

# EL PSICOANÁLISIS Y LA INVESTIGACIÓN EN LA UNIVERSIDAD



Héctor Gallo / Mario Elkin Ramírez

Serie TRI

**grama**  
EDICIONES

Héctor Gallo  
Mario Elkin Ramírez

El psicoanálisis  
y la investigación  
en la Universidad

 grama  
EDICIONES

2012



© GRAMA ediciones, 2012.  
Av. Maipú 3511, 1° A (1636) Olivos  
Pcia. de Buenos Aires.  
Tel.: 5293-2275 • grama@gramaediciones.com.ar  
http://www.gramaediciones.com.ar

© Mario Elkin Ramírez y Héctor Gallo

Ramírez, Mario Elkin; Gallo, Héctor  
El psicoanálisis y la investigación en la universidad. - 1a  
ed. - Buenos Aires : Grama Ediciones, 2012.  
268 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1649-72-3

1. Psicoanálisis. I. Título  
CDD 150.195

Diseño de tapa: *Mario Merlo* (mario@kilak.com)

Hecho el depósito que determina la ley 11.723  
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro  
por medios gráficos, fotostáticos, electrónico o cualquier otro  
sin permiso del editor.

IMPRESO EN ARGENTINA

## Índice

<b>Introducción</b> .....	9
<b>CAPÍTULO UNO</b>	
<b>El método clínico de Freud y el paradigma indiciario</b> .....	19
Introducción .....	19
Elemental, mi querido Freud .....	21
Vidas paralelas: Sigmund Freud y Arthur Conan Doyle .....	22
El método de Sherlock Holmes .....	33
Freud, aprendiz de un <i>connoisseur</i> del alma humana .....	41
El método morelliano .....	48
Freud y el <i>Moisés</i> de Miguel Ángel .....	52
<b>CAPÍTULO DOS</b>	
<b>El principio de la investigación en psicoanálisis</b> .....	57
Introducción .....	57
La precisión .....	58
<b>CAPÍTULO TRES</b>	
<b>Del método y la investigación psicoanalítica</b> .....	77
Introducción .....	77
Búsqueda de lo nuevo versus repetición .....	78
Método, investigación y subjetividad .....	86
Especificidad del método y singularidad en lo clínico .....	93
Método clínico e investigación .....	98
<b>CAPÍTULO CUATRO</b>	
<b>Método, sorpresa, subjetividad, verdad y saber</b> .....	105
Introducción .....	105
Flexibilidad del método y desconfianza de la experiencia acumulada .....	106

El método que incluye el sujeto del inconsciente...	113
Del hallazgo subjetivo y la investigación .....	116
Método, verdad y saber .....	122
<b>CAPÍTULO CINCO</b>	
<b>El método clínico de Freud aplicado a la investigación de fenómenos sociales .....</b>	<b>129</b>
Introducción .....	129
Cómo Freud formalizaba sus casos .....	130
<b>CAPÍTULO SEIS</b>	
<b>¿Qué es y cómo se produce un nuevo concepto en el psicoanálisis? .....</b>	<b>143</b>
Introducción .....	143
Buscar versus encontrar.....	143
Qué significa aprender e investigar .....	148
<b>CAPÍTULO SIETE</b>	
<b>Investigación psicoanalítica, clínica de lo social y valor del concepto.....</b>	<b>163</b>
Introducción .....	163
Presencia del psicoanalista.....	163
Los conceptos definen una orientación investigativa .....	165
Lo real testimoniado.....	169
Intimidad entre lo clínico y lo social: el caso de la homosexualidad .....	174
La investigación psicoanalítica como apuesta metodológica .....	176
<b>CAPÍTULO OCHO</b>	
<b>Del síntoma a lo real del fenómeno social en la investigación psicoanalítica .....</b>	<b>183</b>
Introducción .....	183
El síntoma y lo psíquico .....	185
Síntoma, realidad, fantasía y verosimilitud del dicho.....	187

Síntoma y fin de análisis.....	192
Clínica de la subjetividad .....	193
Lectura clínica y ética del fenómeno social .....	196
Una confusión epistemológica.....	199
<b>CAPÍTULO NUEVE</b>	
<b>De John Locke a Freud, el sujeto de la experiencia..</b>	<b>205</b>
Introducción .....	205
Una lectura del Ensayo sobre el entendimiento humano .....	206
El sujeto de la experiencia en Freud .....	219
<b>CAPÍTULO DIEZ</b>	
<b>La experiencia desde el psicoanálisis .....</b>	<b>227</b>
Introducción .....	227
¿A qué llamamos experiencia? .....	229
La experiencia singular del sujeto.....	231
Del fenómeno .....	238
<b>CAPÍTULO ONCE</b>	
<b>Horizontes de la investigación psicoanalítica.....</b>	<b>241</b>
Introducción.....	241
De la metodología que conviene a una investigación interdisciplinaria.....	244
Conflicto y sujeto .....	245
El fundamento metodológico de los núcleos problemáticos.....	250
Un ejemplo de perspectiva de análisis .....	252
La subjetividad en una experiencia interdisciplinaria concreta .....	255
<b>Bibliografía.....</b>	<b>265</b>

## Introducción

Lo que motivó la puesta en acto de la escritura conjunta de este libro fue la coincidencia de los dos autores en un mismo lugar de trabajo durante varios años; pero, más allá de esta circunstancia, fue el hecho de haber compartido una misma preocupación con respecto a la pregunta por la investigación psicoanalítica en lo clínico y en lo social, así como por su método. Esto nos condujo, a cada uno por su lado, a encargarnos en su momento de dos seminarios sobre el tema.<sup>1</sup> El otro elemento de coincidencia es aún más profundo, y tiene que ver con el encuentro fundamental, gracias a palabras producidas en la experiencia del análisis, con un modo particular de saber jovial en relación con *un nuevo deseo de saber*, deseo que nos ha servido como recreación de lo imposible.

La satisfacción que procura ese saber jovial ha inspirado en los autores un nuevo estilo de vida. Se trata de una vida en la que el entusiasmo que caracteriza a dicho estilo está fundamentado en un deseo engendrado gracias al psicoanálisis. Este entusiasmo empezó a vislumbrarse como ideal desde la juventud, tiempo en el que si bien el horizonte era incierto, no excluía la posibilidad de soñar.

<sup>1</sup> Uno de estos seminarios se llevó a cabo en el contexto de la Maestría en Investigación Psicoanalítica en el segundo semestre de 2010 en la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, y el otro en la Maestría en psicoanálisis con mención en educación, en la Universidad Católica Santiago de Guayaquil, en Ecuador.

Este libro concreta un sueño, no de escribir algo en colaboración, sino de dar a luz el producto más auténtico de una relación con la escritura, la cual se ha convertido en parte del acontecer en el que cada quien ha quedado inmerso. La escritura, entendida como un acto real, potente, desprendido del ideal, conmovedor e inamovible, del cual hace parte este texto, ha permitido a cada uno ser actor de lo que hace y acceder, de acuerdo a la manera como cada quien demuestra relacionarse con su invención, a un "[...] saber hacer con la vida, con el goce, con el deseo".<sup>2</sup>

El insumo principal para la reflexión emprendida en este libro ha sido una lectura creativa y sistemática de algunos textos, entre ellos varios de Jacques-Alain Miller, en los que se evoca el problema de la investigación psicoanalítica y la interrogación por el método a partir de la experiencia clínica. En la elaboración del texto nos hemos guiado por un principio que Miller aconseja mantener presente, tanto en el ámbito conceptual como en el clínico, la *precisión*, sin por ello dejar de ser didácticos en nuestra exposición.

Tener en cuenta la experiencia clínica como algo que soporta la actividad docente e investigativa en la universidad ha sido nuestra manera de oponernos civilizadamente al "más de lo mismo" al que empuja dicha institución. Este libro es el testimonio de que no hemos cedido en nuestro empeño de conservar la pregunta por cuál es la implicación del sujeto del inconsciente en la investigación, así esta se realice en un contexto universitario. Nos interesa dar cuenta de qué sujeto se trata en la investigación psicoanalítica, y qué lo distingue del sujeto de la investigación cualitativa y del sujeto del conocimiento al que se accede por medio de la experiencia sensible.

Nuestra modesta aspiración cuando emprendimos la aventura de construir este texto era trascender la cuestión del método, tal como es pensado desde el punto de vista filosófi-

<sup>2</sup> Jacques-Alain Miller, "Al fin y al cabo", en: *Conferencias porteñas*, t. 3, Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 180.

co, y subordinar la reflexión a la investigación psicoanalítica, buscando lograr efectos de transmisión que, se espera, puedan reflejarse en los estudiantes en formación que realizan estudios de especialización, maestría y doctorado orientados por el psicoanálisis o con énfasis en esta disciplina, en distintas ciudades del país y de Latinoamérica. Ellos son el público primario a quien se dirige este libro, aunque pensamos que también profesores de psicoanálisis y de investigación en ciencias humanas pueden encontrar provecho en su lectura.

Nuestro interés como psicoanalistas y docentes, al escribir este libro, es dar testimonio de una reflexión y un recorrido de más de diez años investigando con el psicoanálisis y contribuyendo a formar investigadores capaces de contar, en sus propuestas de investigación, con los fundamentos conceptuales y clínicos de esta disciplina. Se trata de mostrar que investigar psicoanalíticamente es algo que siempre propicia incertidumbres, que nunca se alcanza a dominar completamente, pero con lo que es posible dar cuenta de un recorrido, con sus logros, dificultades y puntos de escansión.

Ahora que cumplimos el sueño de llevar a lo escrito de manera sistemática lo que antes parcialmente habíamos transmitido como discurso en las clases con los estudiantes, en las discusiones con los colegas y luego en escritos cortos para revistas impresas y electrónicas y en capítulos de libros sobre investigación psicoanalítica, nos dirigimos a una comunidad más amplia de lectores interesados en comprender cómo se investiga con el psicoanálisis. Esperamos que este libro tenga en ellos efectos de formación y les sirva de orientación en su recorrido, pues hemos hecho un esfuerzo sostenido de articular lo clínico y lo social en el campo de la investigación psicoanalítica.

El acto que significa este libro se inscribe como parte de un compromiso íntimo con una sentencia de Jacques-Alain Miller que toca con la formación del psicoanalista de orientación lacaniana y, particularmente, con aquel que se desempeña también como docente universitario: si "el docente no está a su vez animado por un sueño, la enseñanza y la investiga-

ción no son realmente efectivas".<sup>3</sup> Tratándose de la transmisión, de la investigación, del método psicoanalítico, del modo como lo entendemos y de la orientación que nos dispensa, habría que preservar —dice Miller— "una dimensión de insatisfacción".<sup>4</sup>

Esto quiere decir que, cuando se trata del psicoanálisis, no se juega solamente un ideal académico de constituirse como un docente-investigador para que la universidad quede bien representada por su servidor, sino que se trata de poner en juego el deseo. Esto implica un nivel de compromiso y de respuesta que va más allá de las obligaciones con la universidad y con los alumnos que se tienen a cargo en cada ciclo lectivo. Se trata de reanimar en cada ocasión la relación con el psicoanálisis, de hacerlo más asequible a las nuevas generaciones y adecuarlo a las circunstancias sin traicionar sus principios.

Este libro es la puesta en común de un proyecto conjunto, en el cual cada uno de los autores se ha comprometido de manera particular, de acuerdo con el momento de su producción, con el modo de relacionarse con la insatisfacción que sostiene el entusiasmo ante el objeto que nos convoca, y con el modo de reaccionar frente al real, ante el cual se fracasa cada vez que se le pretende dominar. Entendiendo por real lo que es sin ley, lo que se sale del cálculo, de lo previsible.

Actualmente, el modelo de producción de saber se llama investigación, y su marco conceptual es la ciencia. Sin embargo, Martín Heidegger anuncia y denuncia que en esa vía el hombre se aleja cada vez más de la pregunta esencial por el ser. El psicoanálisis es hijo de la ciencia y vivió el paso de los paradigmas fisicalistas y biólogos que rodearon a Sigmund Freud, al estructuralismo, la lógica y la topología que circundaron a Jacques Lacan. Entretanto, las ciencias *psi* se desplazaron desde la psiquiatría clásica hasta la epidemiología y la evaluación de las terapias cognitivo-conductuales.

<sup>3</sup> Jacques-Alain Miller, "El ruiseñor de Lacan", en: *Conferencias portátiles*, op. cit., t. 3, p. 119.

<sup>4</sup> *Ibid.*

*Método* es una palabra griega equivalente a camino, *odos*. No se trata de un camino vuelto autopista, manido, transitado con comodidad en medio del bosque, sino de un camino arduo, en el que se tienen dudas, discusiones, decisiones; es una senda perdida, como diría Heidegger, un camino que la mayoría de las veces no lleva a ninguna parte. Este sendero se hace literalmente investigando: *investigare* significa seguir la huella.

Como dice María Zambrano, la huella de los animales, vista desde el borde del bosque, no permite avanzar. Primero es preciso identificarla, es decir, seguir su indicio, e inferir de qué animal se trata, según su traza, como ocurre en *Zadig o el destino* de Voltaire —que quizás Freud leyó—, o en el capítulo uno de *El nombre de la Rosa* de Umberto Eco, donde, a partir de una huella, se construye, se infiere, sin proponérselo y sin haberlo visto nunca, la singularidad del animal que la dejó.

Hay un placer inédito en la investigación; Zambrano dice que es "descubrir un lugar intacto que parece haberse abierto en ese solo instante y que nunca más se dará así. Pero para ello no hay que buscarlo, no hay que buscar".<sup>5</sup> Es el placer del descubridor. La investigación cualitativa permite algo imposible en otros abordajes: encontrar sin buscar. Porque el que busca tiene un pre-juicio, una idea anticipada de aquello que busca; su mirada está alienada por esa idea consabida y no le deja ver nada que ya no sepa, por eso solo ve lo que corrobora la representación prefigurada de lo que busca. En cambio, adentrarse en el bosque sin una idea previa permite la captación de lo emergente, y es allí donde el investigador se sorprende. Dejarse sorprender es la actitud del investigador, lo cual, la mayoría de las veces, pone en cuestión lo que él ya sabe, y eso le resulta incómodo, pero a la vez le ofrece la gratificación de lo nuevo emergente, de ese claro que nunca será igual después de su primera mirada. Precisamente eso puede leerse en este libro, en el análisis de aquellos materiales que

<sup>5</sup> María Zambrano, *Los claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1997, p. 11.

servieron de fuente, pero que desde esta nueva cartografía se ve distinto.

En cada investigación emergen entonces nuevas vías, que pueden suscitarle a cada lector-investigador –orientado por la nueva cartografía, en la que puede fijar su propio itinerario, su propio viaje– levantar su carta de navegación, es decir, buscar las nuevas coordenadas para su propia aventura de pensamiento.

El capítulo 1 del libro está dedicado a los antecedentes del método clínico de Sigmund Freud, siguiendo las vías del paradigma indiciario y acudiendo a nuevas fuentes sobre la formación de Freud en dicho método y sobre las trazas que de esa formación hay en su obra. El capítulo 2 pone en primer lugar el principio de la investigación psicoanalítica cuando se dirige al detalle clínico, a los signos del goce; dicho principio es la precisión, para lo cual hay que seguir la senda de Descartes leída desde el psicoanálisis. El capítulo 3 analiza la cuestión del método en la investigación psicoanalítica, haciendo énfasis en el modo como sería lícito conducirse en el tratamiento de los fenómenos abordados desde el psicoanálisis, de tal manera que se muestre su movimiento y constante reanimación como campo disciplinar y clínico, en la búsqueda de la singularidad, de lo nuevo, en contra de la repetición y la búsqueda privilegiada de las categorías universales.

Para que lo anterior sea posible, es indispensable que en ningún caso el desarrollo de la pregunta de investigación se proponga como algo ejemplar con respecto al procedimiento que debería seguirse en todos los casos si se quisiera investigar con el psicoanálisis. Cada pregunta ha de conservar su rasgo singular en la forma como es fundamentada y desarrollada, y ha de dar cuenta de sus características y de sus cambios en el transcurso del trabajo, es decir, de esos momentos en los cuales se aparta de lo presupuestado y genera tropiezos.

Si toda pregunta de investigación psicoanalítica comporta una referencia al sujeto del inconsciente, y este “se constituye

siempre como excepción a la regla”,<sup>6</sup> por más que aquella llegue a compartir con otras preguntas una forma semejante en su formulación, siempre habrá que proceder, igual que sucede con el síntoma que el sujeto inventa para responder a eso con lo cual no se siente cómodo, a señalar la singularidad que la hace peculiar.

Otra cuestión que no se deberá evadir es lo que podríamos llamar las paradojas que quizá comporte la pregunta. En caso de que estas surjan, habrá que dar cuenta de la manera como se procedió a develarlas y de la novedad a la que se accede cuando se examina la realidad de un fenómeno sin circunscribirse a nada preestablecido, ni aplicar automáticamente ninguna regla. En la investigación psicoanalítica se trata de que la teoría funcione lo más cercana posible a la experiencia, tal como nos enseñan Freud y Lacan con el concepto de transferencia, en el cual, al ser indisoluble de la práctica analítica, cualquier error en su concepción tiene inmediatamente sanciones clínicas.

En esta misma vía, el capítulo 4 del libro explica por qué el método se reinventa en cada investigación, y cada nuevo objeto exige un nuevo procedimiento –lo cual se opone a los metodólogos que pretenden que hay un solo método fijo, estandarizado, secuencial, construido con base en la experiencia acumulada durante años–; aquí, por el contrario, se plantea la flexibilidad, el principio, en vez del estándar. La única experiencia con la que cuenta el analista en la investigación es la de su propio análisis, en la que puede apoyarse para seguir inventando el método y dar lugar a la emergencia de lo nuevo. Esto conduce a preguntarnos una vez más, desde el psicoanálisis, qué entendemos por verdad y saber, en relación con el método psicoanalítico aplicado a la investigación universitaria.

El capítulo 5 orienta la reflexión sobre el método y la investigación psicoanalítica hacia un fenómeno social como el de la violencia, el cual es tomado como pretexto para tratar

<sup>6</sup> J. A. Miller, “El ruiseñor de Lacan”, *op. cit.*, p. 129.



de mostrar, mediante un ejemplo concreto, de qué forma distintas disciplinas de las ciencias sociales podrían realizar un diálogo creativo en la reflexión sobre dicho fenómeno, y cómo podría darse la participación del psicoanálisis en el mismo, sin perder su especificidad y sin olvidar que su función es decir algo acerca de aquello con lo cual no se sabe cómo proceder, y que por ello vuelve a repetirse sin cesar.

Se plantea en este capítulo qué puede aportar el psicoanálisis, desde su clínica, a la lectura acerca del detalle que se filtra en el fenómeno social como algo que no parece tener sentido, que no encaja en lo ya sabido y se sale de lo común. Esto resulta de gran valor, pues va más allá de la aplicación de técnicas de recolección de datos, sistematización de categorías de análisis, encuestas y modelos de entrevistas, en las que el sujeto es dejado por fuera. El modelo para esta reflexión es la manera como Freud construye sus historiales clínicos.

El capítulo 6 está dedicado a resolver la cuestión acerca de qué son y cómo se producen los nuevos conceptos en psicoanálisis. Se parte de la actitud de encontrar lo nuevo, en vez de buscar confirmar lo ya sabido, y eso nuevo emerge del fenómeno y no del concepto previo en el caso de lo social, como del saber inconsciente en el caso de la clínica individual; en ambos casos se apunta a un saber en lo real. Se hace una diferencia entre el aprender, en el sentido de la asimilación pasiva de contenidos, y el aprendizaje ligado a la investigación y proveniente de un desacomodo del principio del placer. Este tipo de pensamiento introduce la causa del deseo como motor del saber.

En el capítulo 7 se retoma la reflexión sobre lo social y el valor del concepto en la investigación psicoanalítica. Aquí se desarrolla la articulación entre la investigación psicoanalítica aplicada a un fenómeno social y la clínica que define al psicoanálisis como experiencia. El reto de este capítulo, que también lo es del libro en su conjunto, es mostrar en qué medida es posible investigar psicoanalíticamente en el ámbito social, sin por ello dejar de lado la clínica como eje fundamental y tampoco abandonar los fundamentos conceptuales del psico-

análisis. Tener en cuenta la función de la clínica en la investigación psicoanalítica de un fenómeno social permite que esta sea diferenciada de una investigación sociológica que se sirve de conceptos psicoanalíticos.

En el capítulo 8 se pone en tensión la investigación clínica, en la que el objeto es al mismo tiempo el sujeto que se ocupa de indagar sobre las causas subjetivas del sufrimiento que lo agobia, el psicoanálisis aplicado al malestar propio del síntoma social. Esta aplicación se lleva a cabo sin perder de vista la pregunta por la manera como se presenta la incidencia del sujeto del inconsciente en un problema social, y exige del psicoanalista que no se conforme "con una posición de supuesto saber para hacerse amar, respetar".<sup>7</sup> El psicoanalista tiene el deber de insertarse en una cadena demostrativa, retomando las cosas en la experiencia de un no saber, que es desde donde conviene preguntarse por las cosas, para así avanzar conservando un estilo problematizador, estilo del que se espera dar cuenta en este libro, que pone en primer plano la cuestión del método y la investigación psicoanalítica.

El capítulo 9 se centra en las consideraciones acerca del estatuto de las sensaciones en el acceso al conocimiento, y en el vínculo indiscernible de la sensación con la experiencia. Aquí se toma como guía a John Locke, quien participó activamente en la labor de los pioneros de la experimentación y además se ocupó de lo que se ha llamado la *especulación imaginativa*.

El capítulo 10 aborda el concepto de experiencia en sus distintas formas de ser concebido, pero privilegia el hecho de interrogar de manera crítica qué se entiende por experiencia en la clínica psicoanalítica, y en qué se distingue de la experiencia que evoca un saber hacer que se acumula y se constituye en la carta de presentación de un experto que pretende ser portador de un saber sin fisura.

<sup>7</sup> Jacques-Alain Miller, "Cómo se inventan los conceptos en psicoanálisis", en *Introducción a la clínica psicoanalítica*, Conferencias en Barcelona, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, RBA Libros, 2006, p. 93.

Finalmente, el capítulo 11 propone los nuevos horizontes para la investigación psicoanalítica aplicada a la reflexión del fenómeno de la violencia social, para ilustrar de qué manera podría darse la participación del psicoanálisis en un diálogo con otras disciplinas de las ciencias sociales en el plano investigativo. Esta participación tendría como principio mantener las diferencias epistemológicas, en lugar de pretender disolverlas.

## CAPÍTULO UNO

### El método clínico de Freud y el paradigma indiciario

Mario Elkin Ramírez

#### *Introducción*

El fundador de la microhistoria, Carlo Ginzburg, publicó en 1978, bajo el título "Spie. Radici di un paradigma scientifico",<sup>8</sup> un artículo que fue retomado en 1979 como "Spie. Radici di un paradigma indiziario", en el libro colectivo *Crisi della ragione* (crisis de la razón), publicado en Italia. Simultáneamente, el artículo fue publicado en la revista *Ombre Rose*, de gran circulación, y provocó gran impacto en la intelectualidad italiana, y luego en la europea, "para terminar convirtiéndose hoy, en este año del 2006, en el más importan-

<sup>8</sup> Carlo Ginzburg, "Spie. Radici di un paradigma scientifico", en: *Rivista di Storia Contemporanea*, vol. 7, 1978, pp. 1-4. Luego fue traducido al inglés en dos ediciones (1980 y 1983), al alemán y al francés (1980), y tuvo seis ediciones en español (1982, 1983, 1989, 1995, 2003, 2004); fue traducido también al holandés, griego, japonés, danés, ruso, coreano, portugués, sueco y finlandés. Este texto, con todo su trasegar por diferentes idiomas, fue reseñado por Carlos A. Aguirre Rojas, en su artículo "Indicios, lecturas indiciarias, estrategia indiciaria y saberes populares", en: *Contrahistorias*, 7, México, 2006/2007, pp. 37-62. Además de las ediciones en distintos idiomas, el artículo se encuentra incluido en el libro *Mitos, emblemas, indicios*, publicado en 1986. En castellano, el artículo de Ginzburg se publicó como "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en: *Mitos, emblemas, indicios*, Gedisa, Barcelona, 1994, p. 138.

te ensayo de metodología histórica escrito en los últimos cuarenta y cinco años".<sup>9</sup> Este es el ensayo más difundido en el mundo y el más traducido de Ginzburg. Sin embargo, ese éxito inusitado hizo, paradójicamente, que su autor se negara a convertirse en el teórico del paradigma indiciario, y durante más de veinte años no habló más del asunto.

La hipótesis de Ginzburg es que a finales del siglo XIX

Surgió silenciosamente en el ámbito de las ciencias humanas un modelo epistemológico –si así se prefiere, un paradigma– al que no se le ha prestado aún suficiente atención. Un análisis de tal paradigma, ampliamente empleado en la práctica, aunque no se haya teorizado explícitamente sobre él, tal vez pueda ayudarnos a sortear el tembladeral de la contraposición entre "racionalismo" e "irracionalismo".<sup>10</sup>

El artículo de Ginzburg se dedica a una serie de investigaciones sobre Giovanni Morelli, Arthur Conan Doyle (con su personaje Sherlock Holmes) y Sigmund Freud, de las que se infiere ese nuevo paradigma, cuya aplicación en distintos campos constituyó una nueva forma de conocimiento humano de la realidad.

El autor encuentra que el conocimiento a partir de *spie* –que puede traducirse como espías, huellas o indicios– se remonta hasta los cazadores antiguos, pasa por las prácticas jurídicas mesopotámicas, pero también por la semiología médica, para encontrarse después en el método clínico de Freud, en la práctica detectivesca inglesa (a partir de Doyle) y en la crítica de la pintura italiana después de Morelli.

En este capítulo pretendo profundizar en los hallazgos de

<sup>9</sup> Carlos A. Aguirre Rojas, "Indicios, lecturas indiciarias, estrategia indiciaria y saberes populares", en: *Contrahistorias*, 7, México, 2006/2007, p. 38.

<sup>10</sup> Carlo Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en: *Mitos, emblemas, indicios*, Gedisa, Barcelona, 1994, p. 138.

Ginzburg en lo que se refiere al método clínico freudiano, y establecer algunas relaciones del método indiciario con el método en la obra de Freud que no han sido consideradas por el historiador italiano, ni por otros psicoanalistas que nos han precedido en el análisis de este paradigma.<sup>11</sup>

Siguiendo las pistas de Ginzburg, suponemos posible elucidar otro fundamento de la metodología de la investigación psicoanalítica y del método clínico de Freud, diferente del que epistemólogos como Paul Laurent Assoun<sup>12</sup> y Paul Bercherie<sup>13</sup> le han dado: el primero hace de Freud un hijo tardío del fisicalismo positivista del siglo XIX, y el segundo es un heredero, aunque revolucionario, de la psiquiatría clásica.

### *Elemental, mi querido Freud*

El único pasaje en el que Ginzburg habla de Sherlock Holmes es en un comentario sobre Castelnovo, crítico de arte que asimilaba el método de Morelli al de Arthur Conan Doyle:

El conocedor de materias artísticas [Morelli] es comparado con el detective que descubre el autor del delito (el cuadro), por medio de indicios que a la mayoría le resultan imperceptibles. Como se sabe, son innumerables los ejemplos de la sagacidad puesta de manifiesto por Holmes al interpretar huellas de barro, cenizas de cigarrillo y otros indicios parecidos.<sup>14</sup>

Luego Ginzburg cita un pasaje del cuento de Doyle, *La caja de cartón*, en el que Holmes, hablando con Watson, infiere el parentesco entre la persona que lo ha contratado y una víctima –cuyas orejas le han sido enviadas de modo macabro–;

<sup>11</sup> Gabriel Pulice et al, *Investigación ∩ Psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2000.

<sup>12</sup> Paul Laurent Assoun, *Introducción a la epistemología freudiana*, México, Siglo XXI, 1982.

<sup>13</sup> Paul Bercherie, *Genèse des concepts freudiens*, París, Navarin, 1983.

<sup>14</sup> Carlo Ginzburg, *op. cit.*, p. 140.

esto lo hace mediante la observación de los detalles de la oreja cortada y la de la señorita Cushing:

Cada oreja posee características propias, y se diferencia de todas las demás. En la "Reseña antropológica" del año pasado, encontrará usted dos breves monografías sobre este tema, que son de mi pluma. De modo que examiné las orejas que venían en la caja con ojos de experto, y registré cuidadosamente sus características anatómicas. Imagínese cuál no sería mi sorpresa cuando, al detener mi mirada en la señorita Cushing, observé que su oreja correspondía en forma exacta a la oreja femenina que acababa de examinar. No era posible pensar en una coincidencia. En ambas existía el mismo acortamiento del pabellón, la misma curva del lóbulo superior, igual circunvolución del cartílago interno. En todos los puntos esenciales se trataba de la misma oreja. Desde luego, enseguida comprendí la enorme importancia de semejante observación. Era evidente que la víctima debía ser una consanguínea, probablemente muy estrecha, de la señorita.<sup>15</sup>

En ese relato literario sorprende el conocimiento de anatomía desplegado por el detective. ¿De dónde provenía? Hasta allí indaga Ginzburg. Pero hay algo más que nos muestra una conexión inesperada entre Sigmund Freud y Conan Doyle, y es que, como se mostrará a continuación, hay un paralelismo en la formación de ambos autores, es algo que da mayor posibilidad de confirmación de las hipótesis de Ginzburg sobre el paradigma indiciario, y nos pone en la pista de un abordaje inédito sobre el método clínico de Freud.

### *Vidas paralelas: Sigmund Freud y Arthur Conan Doyle*

En mayo de 1859 nació en Edimburgo Arthur Ignatius Conan Doyle, contemporáneo de Freud, quien había nacido

<sup>15</sup> Citado por Ginzburg, de Arthur Conan Doyle, *The Cardboard Box*, en: *The Complete Sherlock Holmes Short Stories*, Londres, 1976, p. 932.

en Moravia en 1856. Como Freud, Doyle estudió medicina, pero antes de instalarse definitivamente en Londres viajó por todo el mundo como médico a bordo de distintos barcos mercantes. La descripción de los detalles de sus viajes están camuflados en sus novelas, y era uno de los elementos fascinantes para el lector del siglo XIX, pues la geografía era el modelo de la exploración de enigmas, de las tierras extrañas. Por ello mismo, Freud usaba la geografía como metáfora de los enigmas por descubrir; así, decía de la sexualidad femenina que era el continente negro, África desconocida. O de su primera teoría etiológica de las neurosis, podía decir, que había hallado el *Caput nili* de la neurología, comparándolo con el descubrimiento de las fuentes del Nilo, que fue el descubrimiento más importante en la geografía del siglo XIX.

Arthur Conan Doyle también viajó a Viena a tratar de especializarse en oftalmología. No se sabe si conoció a Freud, quien estudiaba los efectos analgésicos de la cocaína para las cirugías (aunque Koller le tomó la delantera al descubrir el efecto anestésico de esta sustancia exótica de América del Sur). No está documentado ningún encuentro entre Freud y Doyle, salvo la ficción de Herbert Ross, en la película de 1976, *Elemental, doctor Freud*, que ha sugerido el título del apartado anterior. Se trata en ella de la reunión de Sigmund Freud y Sherlock Holmes, quien va a consultar al médico por su adicción a la morfina; y ambos terminan resolviendo un caso criminal y un caso clínico, combinando sus métodos.

Pero la cercanía intelectual entre Freud y Doyle es algo más que ficción. Freud era anglófilo y leyó las novelas de Doyle; de hecho, lo cita en una carta a Jung, a propósito de la recepción de una paciente que este le había remitido. En su carta le dice:

Fräulein Spielrein ha reconocido en su segunda carta que el asunto que la preocupa guarda relación con usted: por lo demás no revela sus intenciones. Mi respuesta fue de lo más sabia y perspicaz; le di la impresión de que las pistas más vagas me hubieran permitido, como si fuera Sherlock

Holmes, adivinar la situación [...] y le sugería un procedimiento más adecuado, algo endopsíquico".<sup>16</sup>

La coincidencia en el paradigma entre Doyle y Freud se remonta más atrás, a sus años de formación. De su viaje a París, en un prólogo para un libro de Bourke en 1913, Freud dice:

Cuando en 1885 yo residía en París como discípulo de Charcot, lo que más me atrajo, junto a las lecciones del maestro, fueron las demostraciones y dichos de Brouardel, quien solía señalarnos en los cadáveres de la morgue cuántas cosas dignas de conocimiento para el médico había, de las cuales la ciencia no se dignaba anoticiarse. Cierta vez que discurría sobre los *signos que permiten discernir* el estamento, *carácter* y origen de un cadáver no identificado, le oí decir: "Les genoux sales sont le signe d'une fille honnête" [Las rodillas sucias son el signo de una chica honesta] ¡Utilizaba las rodillas sucias de una muchacha como testimonio de su virtud!<sup>17</sup>

Paul Brouardel (1837-1906) era un célebre médico forense, al cual Freud se refirió en términos elogiosos en varios escritos; dice Freud que, atraído por la personalidad de Jean Martín Charcot, en su estancia en París se limitó a seguir las enseñanzas de este único hombre y dejó de asistir a otras clases. Pero agrega: "Solo a las autopsias forenses y conferencias

<sup>16</sup> Carta de Freud a Jung, del 18 de junio de 1909, en: William McGuire (ed.), *The Freud/Jung Letters: The correspondence between Sigmund Freud and C.G. Jung*, Ralph Mannheim y R. F. C. Hull (trads.), Princeton University Press, Princeton, 1974, pp. 234-235. Citada por John Kernn, *La historia secreta del psicoanálisis*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 212.

<sup>17</sup> Sigmund Freud, "Prólogo a la traducción al alemán de J. G. Bourke, *Scatologic Rites of All Nations*", en: *Obras completas*, Vol. 12, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 359. Si el trabajo de la muchacha era el de criada, seguramente limpiaba pisos arrodillada, por ello tenía las rodillas sucias, signo de que era trabajadora y, por lo tanto, era honesta. Las cursivas en la cita son nuestras.

del profesor Brouardel en la Morgue rara vez dejaba de asistir".<sup>18</sup> Freud allí estuvo sensibilizado con la medicina forense de Brouardel y con la manera de inferir detalles de la personalidad de los cadáveres a partir de indicios. En otra referencia a Brouardel, Freud cuenta una interesante anécdota:

Asistía yo a una de esas veladas que daba Charcot; me encontraba cerca del venerado maestro, a quien Brouardel, al parecer, contaba una muy interesante historia de la práctica de esa jornada. Oí al comienzo de manera imprecisa, y poco a poco el relato fue cautivando mi atención: Una joven pareja de lejanas tierras del Oriente, la mujer con un padecimiento grave, y el hombre, impotente o del todo inhábil. "Táchez donc" [inténtelo usted], oí que Charcot repetía, "je vous assure, vous y arriverez" [le aseguro que lo logrará]. Brouardel, quien hablaba en voz más baja, debió de expresar entonces su asombro por el hecho de que en tales circunstancias se presentaran síntomas como los de la mujer. Y Charcot pronunció de pronto, con brío, estas palabras: 'Mais dans des cas pareils c'est toujours la chose génitale, toujours... toujours... toujours!' [Pero en casos parecidos es siempre la cosa genital, siempre... siempre]. [...] Sé que por un instante se apoderó de mí un asombro casi paralizante y me dije: Y si él lo sabe, ¿por qué nunca lo dice?<sup>19</sup>

Para el joven Freud, Brouardel, el maestro que revelaba los detalles de la personalidad a partir de indicios recogidos en un cadáver, era quien contaba la anécdota, y el maestro Charcot era quien afirmaba, desde toda su autoridad, aunque en un ambiente informal, aquello que no decía en su cátedra: que había un origen sexual en la etiología de la histeria, a lo cual Freud no podía responder sino con su asombro.

Arthur Conan Doyle, de origen irlandés, provenía de una familia pobre que pagaba sus estudios con esfuerzo; sus

<sup>18</sup> Sigmund Freud, "Informe sobre mis estudios en París y en Berlín", en *Obras completas*, Vol. 1, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 8.

<sup>19</sup> Sigmund Freud, "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", en: *Obras completas*, Vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 13.

notas, sin embargo, eran mediocres, al contrario de las de Freud, que era un estudiante brillante, también venía de una familia pobre y, además, judía. A sus diecisiete años, Doyle ingresó a clases de medicina en 1877, y allí fue alumno de Joseph Bell, un hombre misterioso y carismático, cuya ambición fue dar base científica a la investigación forense. Bell pudo realizar esa ambición. El profesor Littlejohn, investigador judicial, lo invitó a participar en las autopsias de asesinados en Londres y, con sus observaciones, a encontrar evidencias que permitieran emprender procesos judiciales contra los asesinos. De esta manera, Bell encontró una nueva profesión y fundó un nuevo campo disciplinar: la ciencia forense al servicio de la detección criminal. En efecto, entre 1874 y 1878, Bell dio lugar a un nuevo método de investigación criminal, a partir de la lectura de señales en la escena del crimen, hoy conocida como CSI –por sus siglas en inglés, Crime Scene Investigation–, es decir, investigación de la escena del crimen. Dicho método se fundamentaba en la química, la toxicología, la patología y el análisis grafológico. Su eficacia se demuestra por el hecho de que, trabajando sobre siete casos, Bell pudo enviar a cinco hombres a la cárcel. Pero él insistió en permanecer en el anonimato, pues no deseaba que su nombre estuviera en la prensa ni en los informes policiales.

Joseph Bell asombra a sus alumnos con su poder de razonamiento; para él, el método es sencillo: *observa, infiere y confirma con pruebas indiscutibles*. Ojos, oídos y memoria son sus herramientas. Enfatizaba en la necesidad de la observación detallada, no solamente de los signos de la enfermedad de su paciente, sino también de detalles como la ropa, por la que podía inferir su profesión.

Así como Brouardel impresionó a Freud, Bell lo hizo con Doyle; este contaba que su maestro alguna vez le preguntó a uno de sus pacientes, delante de su discípulo, si había disfrutado de su paseo por West Listen, y el paciente, sorprendido, asintió. Cuando el hombre se retiró, Bell le explicó a Doyle que no había adivinado lo de su paseo, sino que lo supo por la tierra rojiza de sus zapatos: West Listen, el lugar donde

había estado aquel paciente, era el único lugar de Edimburgo donde había tierra de ese tipo. Pero seguramente el paciente quedó atónito por la capacidad adivinatoria de aquel médico. Este pasaje aparece relatado en el cuento de Doyle, *La voz del terror*, en el que Sherlock Holmes se defiende de la resistencia de algunos miembros de un Consejo de Seguridad, opuestos a su contrato para investigar un caso de Estado; y Holmes deslumbra con esa inferencia al resistente –que resulta, a la postre, ser el traidor, y quien, desde su alta posición, pasa información a los nazi.

Doyle cuenta otra anécdota sobre Bell, similar a la que Freud relata de Brouardel. Hallándose frente a un paciente, pregunta Bell:

– ¿Qué le ocurre a este hombre?

– Un problema de cadera, señor.

– Lo sé, pero ese no es su verdadero problema, su problema es que padece alcoholismo crónico, fíjense en la nariz rubicunda, en la cara colorada, pero dado que deben hacer un diagnóstico completo, verán que por el bolsillo derecho de su abrigo asoma una botella de whisky.

Luego incita a los alumnos a verificar sus conclusiones. Todas sus deducciones resultaban absolutamente verdaderas. Ese tipo de inferencias abundan luego en el detective creado por el alumno de Bell.

Joseph Bell resolvió en 1878 un caso de asesinato por envenenamiento que un aristócrata culto, Eugene Chandrel, perpetuó sobre su mujer, creando luego una puesta en escena para hacer aparecer que se trataba de una asfixia accidental por gas de carbón. Bell descubre manchas de vómito, lo que no es característico en estas intoxicaciones; además, el aliento de la muerta no tenía ningún olor, mientras que en un intoxicado por gas de carbón el aliento apesta de modo característico. Bell no disponía de los aparatos sofisticados con los que los investigadores forenses cuentan hoy en día para captar manchas en los fluidos del cuerpo con ADN, o restos de drogas, rastros que, a simple vista, generalmente pasan inadvertidos; solo tenía su capacidad de observación y de razona-

miento, y encontraba que en este caso había cosas sin sentido, detalles que no encajaban.

El análisis de laboratorio y la autopsia revelaron que tampoco los órganos de la mujer apestaban a gas de carbón, ni su sangre tenía el tono brillante que este gas le hubiera dado. Bell buscó además señales de enfermedades que la mujer hubiera podido padecer y que cuadraran con el caso, como una apoplejía, pero no los encontró.

Todo indicaba envenenamiento, era lo que Bell sospechaba. Pero además, siguiendo esa hipótesis, las trazas de vómito no tenían los componentes de venenos habituales, sino de opio. El médico le pidió entonces a un empleado de la compañía de gas que inspeccionara el dormitorio de la muerta, y este confirmó la corazonada de Bell: habían cortado intencionalmente la tubería. No obstante, eso no señalaba al marido como culpable. La tecnología de las huellas dactilares solo se desarrollaría como prueba irrefutable 27 años después.

El marido había comprado opio días antes de la muerte de su esposa, pero no se encontraron restos de opio en su sangre. Bell recibió días después el análisis químico del vómito, en el cual pudo confirmar que este tenía opio, lo cual sí constituía ya una prueba del asesinato.

El caso produjo revuelo porque se trataba de un hombre culto, y en la época se tenía el prejuicio de que los crímenes eran obra de personas iletradas. Bell no asistió al juicio, y quien expuso las pruebas fue Littlejohn, la persona que lo había invitado a participar en el caso.

El lenguaje científico estaba ausente de los tribunales en aquella época, por eso la exposición del amigo de Bell fue cautivante. Luego de los testimonios se esclareció el móvil del crimen, resultando ser de lo más vulgar: según la declaración de una criada, el marido, durante sus borracheras, decía: "me has engañado de nuevo, una buena dosis de opio te tumbará para siempre y nadie se dará cuenta". Pero aquellos celos patológicos no fueron el único móvil del asesinato: el corredor de seguros dijo que, meses antes, el marido le había comprado a su esposa un seguro por 1.000 libras, del cual él era

beneficiario. El jurado lo encuentra culpable y el juez lo condena a la horca. El condenado felicita irónicamente a Littlejohn y a Bell mismo por su buen trabajo. Este caso llegó a los periódicos.

Por aquel tiempo, Joseph Bell había elegido como ayudante a Arthur Conan Doyle entre el numeroso grupo de alumnos; en las memorias del estudiante, cuenta que aquella fue una magnífica oportunidad para observar los métodos del maestro durante casi un año. En 1881 Doyle se licencia y abandona Edimburgo. Abre una consulta en Inglaterra, pero apenas puede vivir con sus honorarios, y decide entonces escribir relatos para ajustar sus ingresos.

En la primavera de 1886, en el mes de marzo, Doyle encuentra su gran inspiración ante la declaración de impotencia de la policía londinense en la resolución de los crímenes, anunciada en los periódicos; había un fracaso en la investigación policial, y eso motivó a Doyle, a los veintisiete años, a escribir una novela, que fue publicada casi dos años después, en noviembre de 1887, con el título *A Study in Scarlet* [*Estudio en escarlata*].

Más que por sus trabajos en medicina e historia, por sus incursiones en política, o por su interés en los fenómenos paranormales, Conan Doyle será recordado esencialmente como el creador del más importante detective de ficción: Sherlock Holmes. *Estudio en escarlata* es protagonizada por un personaje desdoblado en dos: Sherlock Holmes, el investigador privado inspirado en Bell —de quien sabemos más por el personaje de ficción que por su exigua biografía—, y el médico John Watson, en el que Doyle se representa a sí mismo, pues así como la principal actividad de Watson es escribir las hazañas de Holmes, la de Doyle es narrar de manera novelada las virtudes de Bell. En ese libro, Doyle hace la primera descripción de Holmes, la cual coincide con la de Bell, no solamente en su físico y en su conducta, sino también en su manera de pensar. Holmes obtiene su vivacidad del modelo que sirvió de inspiración a Doyle. El libro cautivó a los lectores y a los críticos, y Doyle vendió más de 40.000 ejemplares solo en el primer año.

Mientras tanto, precisamente en el verano de 1888, Joseph Bell se unía a la cacería del más famoso asesino sexual en serie de Inglaterra, Jack el destripador. Bell estudió los expedientes de los crímenes del destripador, así como fotografías, cartas del asesino e informes forenses de sus víctimas. Pudo así inferir ciertos detalles, como si el asesino era diestro o zurdo, o si había estrangulado a sus víctimas antes de destriparlas y envolverlas en sus propios órganos internos. De esta manera construyó una imagen del asesino.

Joseph Bell le explicó su método a Littlejohn, quien también había estudiado el expediente: “éramos dos a la caza, y cuando dos hombres buscan una pelota entre la hierba, la encontrarán donde se crucen las líneas rectas de los ojos de sus mentes. Del mismo modo, cuando dos hombres se ponen a investigar un crimen, allí donde se crucen sus búsquedas estará el resultado”. Bell estudió la caligrafía del asesino en sus cartas, para inferir algo de su personalidad. Actualmente se estudian las características de dicha caligrafía con el propósito de identificar al autor; además se hacen estudios químicos de tintas y papeles y se observan, mediante el uso de la luz ultravioleta, las posibles marcas sobre otro papel mientras era escrito el documento en cuestión, es decir, las marcas dejadas sobre otros papeles por la presión al escribir el documento conocido. Este es el procedimiento llamado detección electrostática, que revela el texto que es invisible a simple vista.

Littlejohn y Bell sacan sus propias conclusiones, cada uno por su lado, y luego confrontan sus versiones y realizan un sorprendente hallazgo: coinciden en el nombre del sospechoso, sacado de la lista de seis iniciales, establecida por la descripción que Bell había hecho de la imagen del asesino. No obstante, algunos años después, el informe de Bell desapareció de Scotland Yard, dejando el nombre de Jack el destripador ignorado para la posteridad. Este hecho ha inspirado otras ficciones, como la película *From Hell (Desde el infierno)* de Hughes Brothers.

En 1886, Arthur Conan Doyle recibe el encargo de escribir

seis historias de Sherlock Holmes para la revista *The Strand Magazine*, que gracias a estos relatos aumentó su tiraje de modo impresionante. Luego su obra fue traducida a múltiples idiomas.

Doyle tomó los nuevos métodos científicos de investigación médica y los trasladó al nuevo territorio de la investigación detectivesca. En la novela *El signo de los cuatro*, Doyle hace que Holmes imite la actuación que tuvo Bell en el juicio de Eugene Chandrel, permaneciendo en un segundo plano en el momento del juicio, mientras el investigador oficial es quien presenta las pruebas. Allí mismo dice: “La detección debería ser una ciencia exacta y debería ser tratada con la misma frialdad y ausencia de emociones”.

Bajo la forma de un tributo, Arthur Conan Doyle contó alguna vez quién había sido su inspirador; pero su gratitud se convirtió en una maldición para Bell, quien se defendió en una entrevista de la prensa, buscando para sí una imagen ante los otros mejor que la que le había asignado Doyle, quien describió a su personaje como frío y calculador. Bell decía que su doble literario, Sherlock Holmes, lo atormentó hasta su retiro de la vida médica a los 64 años.

Aquel que afirmó en su cátedra que “nada sustituye a la práctica” y que “al médico se le enseña en un aula, pero aprende junto a una camilla”, como decía también el maestro de John Locke, murió a los 74 años, en 1911. Arthur Conan Doyle le dedicó su obra: “A mi viejo profesor Joseph Bell, Doctor en Medicina, de Edimburgo”, aunque esta dedicatoria terminó siendo una nota de pie de página en la descripción de las hazañas de su doble literario. Por medio de Sherlock Holmes, Bell se hizo inmortal, y su legado sigue vivo en los laboratorios forenses de todo el mundo.

Freud y Doyle comparten entonces una ambición, pero la realizan emprendiendo caminos diversos: Doyle abandona la medicina para ponerla –al lado de la investigación forense– al servicio de la literatura, y Freud pone su pluma literaria –que le mereció el premio Goethe– al servicio de la nueva ciencia que terminó por descubrir. Compartían, además, un amor a



la verdad: a través de su personaje, Doyle (y Bell) querían esclarecer la verdad jurídica, mientras que Freud quería esclarecer la verdad subjetiva. Al mismo tiempo que Freud hallaba un límite en la ciencia positiva para el tratamiento de las neurosis, Doyle encontraba una frontera en la investigación criminal.

Bell influyó de manera determinante en Doyle para la creación del personaje literario y su forma de razonamiento. Brouardel influyó en Freud solo desde el punto de vista de una actitud metodológica que luego este perfeccionó, desprendiéndose de la observación, para llevarla a la escucha. Escucha de detalles rechazados por la conciencia: el lapsus, el sueño, el olvido, el síntoma. Migajas despreciadas en el banquete de la ciencia positiva, que luego recibió con escándalo y resistencia el resultado de sus inferencias.

Conan Doyle construyó la lógica que le dio a Sherlock Holmes, seguramente, además, a partir de la educación que recibió de los jesuitas. Fue una mezcla del espíritu escolástico de Tomás de Aquino (números, elementos y sintaxis que vienen de la retórica medieval) con el espíritu científico del siglo XIX. En efecto, el género de Doyle aborda uno de los logros más inquietantes del siglo XIX: la reducción de los individuos a casos y de las personas a números estadísticos.

Las obras de Doyle influyeron en el desarrollo de métodos como el retrato hablado o los retratos robots. En esa vía, los británicos en Bengala, India, en 1897, fueron los primeros en tomar las huellas digitales y expandir su práctica a gran escala. La dactiloscopia se convirtió en el instrumento más importante de la detección criminal hasta nuestros días. Las huellas digitales aparecen en las historias de Holmes, como ocurre, por ejemplo, en *El constructor de Norwood*.

Así como Freud supo sacar partido de sus propias vivencias para crear el psicoanálisis, usando sus propios sueños, olvidos, lapsus, etc., Doyle supo extraer de su vida el material para hacer literatura: representó a su padre alcohólico en el hermano de Watson, dotó a este último de amor por las artes marciales, como una evocación del aprendizaje de defensa

personal que el autor debió adquirir en su infancia en las calles del peligroso barrio donde vivía, y tomó el apellido de uno de sus camaradas de colegio para nombrar a su peor enemigo, Moriarti; asimismo, las vivencias de su vida de internado se reconocen en los escenarios de sus novelas, y la locura y la tragedia de su padre son también reelaboradas en algunos pasajes de sus relatos. Arthur Conan Doyle murió el 7 de julio de 1930; Freud lo sobrevivió nueve años.

### *El método de Sherlock Holmes*

Cuando Doyle escribió *Estudio en escarlata* no sospechaba del éxito que tendría. Por tanto, no tenía ninguna idea de que el personaje que allí estaba creando iba a tener tantas consecuencias como las tuvo en la investigación forense, ni de que estaba contribuyendo a crear un nuevo paradigma científico, el paradigma indiciario; Doyle solo era consciente de que hacía literatura.

Las áreas del saber en las que Holmes tenía mayor conocimiento eran: la botánica, sobre todo en cuanto a venenos y narcóticos; la geología, en la que distinguía de un vistazo las clases de tierra ("Después de sus paseos -dice Watson- me ha mostrado las salpicaduras que había en sus pantalones, indicándome, por su color y consistencia, en qué parte de Londres le había saltado"); la química, en la que tenía conocimientos exactos pero no sistemáticos; anatomía, que conocía en profundidad, y literatura sensacionalista, en la que poseía un conocimiento detallado de todos los crímenes perpetrados en el siglo. Todo este saber, aparentemente ecléctico, va a tener todo su interés a la hora de sustentar sus inferencias, cuando el investigador compara los datos con las reglas que se desprenden del funcionamiento habitual de los objetos de dichos saberes, para luego inferir el caso singular. Ahora bien, el autor no deja de señalar cuál es la relación de su personaje con el saber; Watson dice:

la verdad: a través de su personaje, Doyle (y Bell) querían esclarecer la verdad jurídica, mientras que Freud quería esclarecer la verdad subjetiva. Al mismo tiempo que Freud hallaba un límite en la ciencia positiva para el tratamiento de las neurosis, Doyle encontraba una frontera en la investigación criminal.

Bell influyó de manera determinante en Doyle para la creación del personaje literario y su forma de razonamiento. Brouardel influyó en Freud solo desde el punto de vista de una actitud metodológica que luego este perfeccionó, desprendiéndose de la observación, para llevarla a la escucha. Escucha de detalles rechazados por la conciencia: el lapsus, el sueño, el olvido, el síntoma. Migajas despreciadas en el banquete de la ciencia positiva, que luego recibió con escándalo y resistencia el resultado de sus inferencias.

Conan Doyle construyó la lógica que le dio a Sherlock Holmes, seguramente, además, a partir de la educación que recibió de los jesuitas. Fue una mezcla del espíritu escolástico de Tomás de Aquino (números, elementos y sintaxis que vienen de la retórica medieval) con el espíritu científico del siglo XIX. En efecto, el género de Doyle aborda uno de los logros más inquietantes del siglo XIX: la reducción de los individuos a casos y de las personas a números estadísticos.

Las obras de Doyle influyeron en el desarrollo de métodos como el retrato hablado o los retratos robots. En esa vía, los británicos en Bengala, India, en 1897, fueron los primeros en tomar las huellas digitales y expandir su práctica a gran escala. La dactiloscopia se convirtió en el instrumento más importante de la detección criminal hasta nuestros días. Las huellas digitales aparecen en las historias de Holmes, como ocurre, por ejemplo, en *El constructor de Norwood*.

Así como Freud supo sacar partido de sus propias vivencias para crear el psicoanálisis, usando sus propios sueños, olvidos, lapsus, etc., Doyle supo extraer de su vida el material para hacer literatura: representó a su padre alcohólico en el hermano de Watson, dotó a este último de amor por las artes marciales, como una evocación del aprendizaje de defensa

personal que el autor debió adquirir en su infancia en las calles del peligroso barrio donde vivía, y tomó el apellido de uno de sus camaradas de colegio para nombrar a su peor enemigo, Moriarti; asimismo, las vivencias de su vida de internado se reconocen en los escenarios de sus novelas, y la locura y la tragedia de su padre son también reelaboradas en algunos pasajes de sus relatos. Arthur Conan Doyle murió el 7 de julio de 1930; Freud lo sobrevivió nueve años.

### *El método de Sherlock Holmes*

Cuando Doyle escribió *Estudio en escarlata* no sospechaba del éxito que tendría. Por tanto, no tenía ninguna idea de que el personaje que allí estaba creando iba a tener tantas consecuencias como las tuvo en la investigación forense, ni de que estaba contribuyendo a crear un nuevo paradigma científico, el paradigma indiciario; Doyle solo era consciente de que hacía literatura.

Las áreas del saber en las que Holmes tenía mayor conocimiento eran: la botánica, sobre todo en cuanto a venenos y narcóticos; la geología, en la que distinguía de un vistazo las clases de tierra ("Después de sus paseos -dice Watson- me ha mostrado las salpicaduras que había en sus pantalones, indicándome, por su color y consistencia, en qué parte de Londres le había saltado"); la química, en la que tenía conocimientos exactos pero no sistemáticos; anatomía, que conocía en profundidad, y literatura sensacionalista, en la que poseía un conocimiento detallado de todos los crímenes perpetrados en el siglo. Todo este saber, aparentemente ecléctico, va a tener todo su interés a la hora de sustentar sus inferencias, cuando el investigador compara los datos con las reglas que se desprenden del funcionamiento habitual de los objetos de dichos saberes, para luego inferir el caso singular. Ahora bien, el autor no deja de señalar cuál es la relación de su personaje con el saber; Watson dice:

No era medicina lo que estudiaba [...]. Tampoco parecía haber seguido en sus lecturas ninguna norma que pudiera calificarlo para graduarse en una ciencia determinada o para entrar en uno de los pórticos que dan acceso al mundo de la sabiduría. Pero con todo era extraordinario su afán por ciertas materias de estudio, y sus conocimientos, dentro de límites excéntricos, eran tan notablemente amplios y detallados, que las observaciones que él hacía me asombraban bastante.<sup>20</sup>

Hay una especie de extraterritorialidad de esa formación; es claro que la semiología médica fue importante tanto para Doyle como para Freud y Morelli, como se verá más adelante, pero el escritor no se limitó solo a ella. Holmes no se conformó solamente con el discurso de la universidad; su aprendizaje estuvo por fuera de los pórticos de la sabiduría universitaria. Y en esto hay algo en común con Freud, quien en los primeros años de su carrera de medicina estudió filosofía (lo cual es ahora impensable, por la tendencia al saber técnico y cada vez más especializado en un minúsculo capítulo de un campo específico). Tampoco Freud se limitó a sus estudios universitarios: por su cuenta leyó los clásicos, se apasionó por la arqueología y la historia antigua, memorizó la literatura del romanticismo alemán y leyó en español al *Quijote*. Su biblioteca no se restringía a la medicina, la neurología o la psiquiatría; había allí historia del arte, filosofía, filología, historia de las religiones y muchas otras materias.

Su condición de judío le impidió ser nombrado en su juventud profesor universitario; además, en aquella época era usual que el saber proliferara en los cafés, los salones y las sociedades y círculos privados, como el famoso *Círculo de Viena*, por lo que Freud desarrolló la mayor parte de su teoría por fuera del ámbito universitario. Hay pues, en el paradigma indiciario, una extraterritorialidad en el saber, lo cual ha determinado que aun hoy las escuelas de psicoanálisis se hagan por fuera de la universidad.

<sup>20</sup> Arthur Conan Doyle, *Estudio en escarlata*, Anaya, Madrid, 2004, p. 23.

El ideal de conocimiento no era, ni en Freud, ni en Doyle, la erudición; había sí una razón fundada para cargar su memoria con ciertos datos de aquí y de allá. En boca de Holmes, esto se describe así:

El cerebro de una persona es como un pequeño ático vacío en el que hay que meter el mobiliario que uno prefiera [...] El artesano hábil tiene muchísimo cuidado con lo que mete en el ático de su cerebro. Solo admite en el mismo las herramientas que pueden ayudarle a realizar su labor; pero de estas sí que tiene un gran surtido y lo guarda en el orden más perfecto [...] Por consiguiente, es de la mayor importancia no dejar que los datos inútiles desplacen a los útiles.<sup>21</sup>

Holmes no adquiría conocimientos ajenos a aquello que lo ocupaba. "Pretendía sondear los más íntimos pensamientos de un hombre aprovechando una expresión momentánea, una contracción de un músculo del ojo [...] llegaba a conclusiones tan infalibles como otras tantas proposiciones de Euclides".<sup>22</sup> También Freud, a partir de pequeños detalles, lapsus, sueños, chistes, pretendió un sondeo similar en el alma humana. Pero es notable que Doyle se esmere en comparar el saber de lo humano, que generalmente es conjetural, con el saber de lo exacto de la geometría o las matemáticas, como Holmes pretendía.

Hay en Doyle una máxima confianza en la lógica de un razonamiento que tiene, como *a priori*, el conocimiento de las cosas. "Quien se guiase por la lógica podría inferir de una gota de agua la posibilidad de la existencia de un océano Atlántico o de un Niágara sin necesidad de haberlos visto u oído hablar nunca de ellos. Toda la vida es, asimismo, una cadena cuya naturaleza conoceremos siempre que nos muestre uno solo de sus eslabones".<sup>23</sup>

Ese es el presupuesto: que hay un encadenamiento en los fenómenos de la naturaleza, incluso en la naturaleza humana,

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 29.

que es susceptible de inferirse a partir de la elucidación de sus eslabones. Para un psicoanalista lacaniano es inevitable la evocación aquí de la cadena significativa que luego Lacan elucidó con la lingüística del siglo XX, o el reconocimiento del aparato psíquico por Freud en sus primeros años de investigación, a partir de sustratos concéntricos de memoria con grados diferentes de represión alrededor de un núcleo patógeno, pero también de enlaces múltiples, de redes que conectan todas las superficies con el centro, y de nuevo con la periferia o con cualquier otro punto. No obstante, se trata de un tejido con un encadenamiento causal. Es obligada también la evocación del pasaje freudiano en el que habla del ombligo del sueño como el lugar de mayor densidad del tejido reticular de las asociaciones.<sup>24</sup> El postulado, en este caso, es que hay un encadenamiento lógico en la naturaleza psíquica, que es susceptible de ser reconstruido a partir de un detalle develado de su tesis.

Doyle continúa dándole la voz a Holmes:

La profesión de una persona puede revelárenos con claridad ya por las uñas de los dedos de sus manos, ya por la manga de su chaqueta, ya por su calzado, ya por las rodilleras de sus pantalones, ya por las callosidades de sus dedos índice y pulgar, ya por su expresión o por los puños de su camisa. Resulta inconcebible que con todas esas cosas no llegue a mostrarse claro el problema al observador competente.<sup>25</sup>

Ese es el modelo de investigador para Holmes: el de un observador competente. Su énfasis está puesto en la mirada minuciosa del detalle y en la deducción, a partir de éste, del encadenamiento de los hechos. Esta es una actitud reivindicada como eminentemente práctica. Se trata de una especie de "intuición" a partir del detalle: "poseo una cantidad de

<sup>24</sup> Sigmund Freud, "La interpretación de los sueños", en: *Obras completas*, t. 5, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, p. 519.

<sup>25</sup> A. C. Doyle, *op. cit.*, pp. 29-30.

conocimientos especiales que aplico al problema en cuestión [...] la facultad de observar constituye en mí mi segunda naturaleza".<sup>26</sup>

En el relato, la aplicación de este método vuelto facultad se ilustra en el siguiente apartado. Al conocer a Watson, Holmes lo sorprende diciéndole:

-Por lo que veo, ha estado usted en Afganistán.

-¿Cómo diablos lo sabe usted?

Pero solo le resuelve el mecanismo de su sutil inferencia mucho después de exponer su "ciencia de la deducción", luego de lo cual le dice:

Yo descubrí que usted había venido de Afganistán. Por la fuerza de un largo hábito, el curso de mis pensamientos es tan rápido en mi cerebro, que llegué a esa conclusión *sin tener siquiera conciencia de las etapas intermedias*. Sin embargo, pasé por esas etapas. El curso de mi razonamiento fue el siguiente: he aquí un caballero que responde al tipo de hombre de Medicina, pero que tiene un aire marcial. Es, por consiguiente, un médico militar con toda evidencia. Acaba de llegar de países tropicales, porque su cara es de un fuerte color oscuro, color que no es natural por su cutis, porque sus muñecas son blancas. Ha pasado por sufrimientos y enfermedad, como lo pregona su cara macilenta. Ha sufrido una herida en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y de una manera forzada [...] ¿En qué país tropical ha podido un médico del ejército inglés pasar por duros sufrimientos y resultar herido en un brazo? Evidentemente, en Afganistán. Toda esa trabazón de pensamiento no me llevó un segundo. Y entonces hice la observación de que usted había venido de Afganistán, lo cual lo dejó asombrado.<sup>27</sup>

Llama la atención que Holmes haya descrito su cerebro como un receptáculo vacío que él mismo llena de conocimientos escogidos minuciosamente, y que no tuvo conciencia del encadenamiento de las partes en un segmento de su razo-

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 31-32. El subrayado es nuestro.

namiento. Se trata de un texto de 1887, cuando la palabra *inconsciente* existía en los círculos literarios o filosóficos, pero no era un concepto para designar una instancia psíquica. Y no obstante, aun con la precariedad de su concepción del psiquismo —en lo que tampoco hay que olvidar que se trata de una novela y no de un tratado de psicoanálisis—, dice que observa conscientemente, pero, por su hábito mental, una parte de su razonamiento intuitivo pasa por otra instancia no consciente, y solo su solución se conecta a la conciencia.

Por eso en la historia del asesinato que resuelve en su texto logra darles a los detectives detalles del asesino que nadie ha visto, a partir de sus observaciones de la escena del crimen:

Aquí se ha cometido un asesinato, y el asesino fue un hombre. Ese hombre tiene más de seis pies de estatura, es joven, de pies pequeños para lo alto que es. Calzaba botas toscas de puntera cuadrada y fumaba un cigarro de Trichinopoly. Llegó a este lugar con su víctima en un coche de cuatro ruedas, del que tiraba un caballo con tres herraduras viejas y una nueva en su pata derecha delantera. Hay grandes probabilidades de que el asesino fuese un hombre de cara rubicunda y de que tenía notablemente largas las uñas de los dedos de su mano derecha. Se trata únicamente de algunos datos, pero quizá les sean útiles a ustedes.<sup>28</sup>

Después le explica a Watson y al lector cómo llegó a tener certeza de su descripción:

Lo primero en que me fijé al llegar allí fue que un coche había marcado dos surcos con sus ruedas en el bordillo de la acera. Ahora bien: hasta la pasada noche, y desde hacía una semana, no había llovido, de manera que las ruedas que dejaron una huella tan profunda necesariamente lo hicieron durante la noche. También descubrí las huellas de los cascos del caballo; el dibujo de una de ellas estaba marcado con mayor nitidez que el perfil de las

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 49-50.

otras tres, lo que era una indicación de que se trataba de una herradura nueva. Supuesto que el coche se encontraba allí después de que empezó a llover y que no estuvo en ningún momento durante la mañana, en lo cual tengo la palabra de Gregson, se deduce de ello que no tuvo más remedio que estar allí toda la noche; por consiguiente, ese coche llevó dos individuos a casa [...] en nueve casos de diez puede deducirse la estatura de un hombre por la longitud de sus pasos [...] Yo pude ver la anchura de los pasos de este hombre en la arcilla de afuera de la casa como en la capa de polvo del interior. Fuera de esto, dispuse de un medio de comprobar mi cálculo, cuando una persona escribe en una pared, instintivamente lo hace a la altura, más o menos, de sus ojos. Pues bien, aquel escrito estaba a un poquito más de seis pies del suelo [...] cuando un hombre es capaz de dar pasos de cuatro pies y medio sin el menor esfuerzo, no es posible que haya entrado en la edad de la madurez y el agotamiento. De esa anchura era un charco que había en el camino del jardín y que ese hombre había, sin duda alguna, pasado de una zancada. Las botas de charol habían bordeado el charco, y las de puntera cuadrada habían pasado por encima. [...] La escritura en la pared se hizo con el dedo índice empapado de sangre. Mi lente de aumento me permitió descubrir que al hacerlo había resultado el revoque ligeramente arañado, lo que no hubiera ocurrido si la uña de aquel hombre hubiese estado recortada. Recogí algunas cenizas esparcidas por el suelo. Eran de color negro formando escamillas; es decir, se trataba de cenizas que solo deja un cigarro de Trichipolys. He realizado un estudio especial sobre la ceniza de los cigarros [...]. Queda todavía mucho que está oscuro, aunque yo sé a qué atenerme acerca de los hechos principales.<sup>29</sup>

De esta manera va elucidando cómo llegó a cada inferencia, a partir de la comparación de los detalles del caso con el comportamiento habitual de las cosas, sabido por los conocimientos acumulados. Por ejemplo, supo que el asesino que

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 54-55.

dejó el letrero no era alemán: "Un alemán auténtico, cuando escribe en tipo de imprenta, lo hace indefectiblemente en caracteres latinos, y por eso podemos afirmar sin temor a equivocarnos que ese letrero no fue escrito por un alemán, sino por un desmañado imitador que quiso hacerlo demasiado bien".<sup>30</sup> Esto lo deduce porque la *a* del letrero tenía cierto parecido con la letra impresa al estilo alemán. Esta inferencia hace que Watson exclame: "Usted ha convertido el detectivismo en una cosa tan próxima a una ciencia exacta, que ya nadie podrá ir más allá".<sup>31</sup>

Algunos aspectos adicionales de este método son dignos de mencionarse. Al final de la novela, Watson dice:

Ya le tengo explicado que todo aquello que se sale de lo vulgar no resulta un obstáculo, sino que es más bien la guía. El gran factor, cuando se trata de resolver un problema de esta clase, es la *capacidad para razonar hacia atrás* [...] Son muchas las personas que, si usted les describe una serie de hechos, le anunciarán cuál va a ser el resultado. Son capaces de coordinar en su cerebro los hechos, y deducir que han de tener una consecuencia determinada. Sin embargo, son pocas las personas que, diciéndoles usted el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia conciencia los pasos que condujeron a ese resultado. A esta facultad me refiero cuando hablo de *razonar hacia atrás*; es decir, analíticamente.<sup>32</sup>

Este pasaje nos inspirará algunas anotaciones acerca de la manera como Freud reconstruía hacia atrás los procesos psíquicos a partir de las formaciones del inconsciente. Mientras el sueño procede de lo inconsciente a la conciencia, el método del analista va de la conciencia al inconsciente.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 174.

### *Freud, aprendiz de un connoisseur del alma humana*

Carlo Ginzburg inicia su ensayo *Indicios, raíces de un paradigma de inferencias indiciales*, publicado luego en el libro *Mitos, emblemas, indicios*,<sup>33</sup> con la evocación de Giovanni Morelli, de quien se carece de un estudio global, pero se sabe lo suficiente para reconocer en él a un *connoisseur* revolucionario del arte italiano. El psicoanalista francés François Sauvagnat afirma sobre él:

Morelli era un fanático de lo particular [y es necesario] tomar en consideración algunas características de su deseo de saber y del encadenamiento constante en él, de la cuestión de la belleza y la de la paternidad. En efecto, en él, el indicio [...] reenvía mucho más a un detalle en el cual se inscribiría el deseo del crítico, y permitiría, a partir de cierta anulación de este, una ascesis que prefigura el deseo del analista, de aprehender propiamente hablando, la mirada del artista.<sup>34</sup>

Otra fuente bibliográfica nos precisa que Morelli fue un verdadero entendido en arte, y un innovador genial en ese campo:

Estaba decidido a demostrar que no hay ningún misterio en el acto de efectuar una atribución; que como cualquier otra habilidad requiere de *ciertas dotes y práctica constante*; que no descansa en poderes irracionales ni superracionales, sino en una *clara comprensión de las características particulares* por las que el autor de un cuadro puede ser reconocido en su obra.<sup>35</sup>

Para ello creó un método que transformaba las "adivinações inspiradas" de los entendidos de su época en "propo-

<sup>33</sup> Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios*, Gedisa, Barcelona, 1994, p. 138.

<sup>34</sup> François Sauvagnat, "G. Morelli: de l'indice au désir de l'artiste", en: *La cause freudienne*, revue de L'École de la cause freudienne, París, núm. 39, mayo de 1998, p. 47.

<sup>35</sup> Edgar Wind, *Arte y anarquía*, Taurus, Madrid, 1967, p. 49.

siciones que se podían comprobar". Su método, aunque criticado en un comienzo, terminó por ser adoptado en todas las escuelas de historia del arte. "El método Morelli se basa en una técnica meticulosa de disociación visual –un caso extremo de esa especie de separación que hace nuestra percepción del arte una experiencia estrictamente marginal".<sup>36</sup> Experiencia que hace decir a Edgar Wind que en nuestras habituales maneras de acercamiento al arte somos "inconscientes morellianos".<sup>37</sup>

Sauvagnat se pregunta:

¿Cómo comprender que esta doctrina del indicio haya podido integrarse en una estética que hacía indiscutiblemente parte de la época romántica? [...] Morelli era un gran admirador de Schelling, al cual cita en varias ocasiones en su correspondencia, lo cual era además el caso de ciertos de sus maestros como el anatomista Döllinger. Ahora bien, una de las particularidades esenciales de la filosofía schellingiana es su extraña teoría del fundamento, del *Grund*; es tal vez, como lo ha subrayado Mildos Veto, la primera filosofía teológica que, inspirándose en la Cábala de una forma diferente a las influencias que habían hasta entonces podido filtrarse en la filosofía alemana, incluía una teoría del fundamento según la cual Dios mismo es dependiente de la determinación por el *Grund*. Un *Grund* que, por otra parte, está presente en ciertos textos como una realización del mal, con acentos casi satánicos. No se trata más del mal como simple privación, tal como emergencia, por ejemplo, de las reflexiones tomistas, sino de un mal necesario, positivado, a partir del cual y contra el cual la presencia divina debía necesariamente realizarse".<sup>38</sup>

Es decir, en cierto modo, Morelli, en esa referencia al *Grund* de Schelling, podría ser un precursor del objeto a lacaniano, del cual se hablará más adelante. Sauvagnat señala:

<sup>36</sup> *Ibíd.*, p. 50.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, p. 51.

<sup>38</sup> François Sauvagnat, *op. cit.*, p. 47.

La primera temática que reencontramos prácticamente inmodificada en Morelli es que, por grande que sea el artista, [...] forzosamente tuvo que confrontarse con sus propias idiosincrasias, con sus propios automatismos; si era un artista de genio, habría aprendido a luchar contra ellas, según una fórmula que había sabido revelar Leonardo da Vinci. Morelli iría incluso hasta sugerir, en una traducción comentada de un famoso artículo de Schelling, que la obra de arte no debe su verdadera profundidad más que a la coexistencia de lo "terrible", de lo "bajo", de lo "innoble" y de eso que no cesa de ser "noble", "elevado". La *Divina Comedia* de Dante constituye el paradigma de ello, donde cada una de esas polaridades no toma su verdadero valor más que en relación a su opuesto. Es, nos parece, inspirándose en esta problemática schellingiana del *Grund*, que Morelli construye progresivamente su "método".<sup>39</sup>

Sauvagnat precisa que "la temática del *Grund* va desembocando en Schelling en una temática empirista, cientista". Para él:

La divinidad podría perfectamente revelarse en las ciencias experimentales. Esto ha podido ciertamente facilitar la insistencia morelliana en la puesta en evidencia de un método que él quería experimental [...]. En su escrito *Prinzip und Methode*, Morelli somete a una especie de duda metódica las técnicas de los críticos, las de los historiadores del arte, las tradiciones orales o escritas e incluso los documentos supuestos como contemporáneos de la obra a examinar, y termina por enfrentar las diferentes características de los cuadros mismos, no detiene su duda más que sobre lo que los pintores de una época dada no podían más que ignorar, es decir, en suma, sobre un imposible.

En efecto, el método Morelli desemboca en la reconstitución minuciosa, no de las idiosincrasias poco relucientes del artista, sino en lo que no duda en llamar su alma,

<sup>39</sup> *Ibíd.*

reconstituida a partir de las elecciones éticas que debió haber hecho en la representación de su propia mirada, es decir, de su deseo.<sup>40</sup>

Morelli nació en 1816 en Verona y tuvo, como Freud, estudios de medicina ("era entendido en anatomía comparada"); pero, como Conan Doyle, no practicó su profesión. Su vida fue absorbida, en cambio, por la política y el arte. Dedicó sus años a la militancia por la liberación y la unificación de Italia, y solo en la última fase de su vida, investido como Senador del Reino de Italia, tuvo tiempo de publicar sus revolucionarios descubrimientos sobre pintura italiana.

Morelli se impone la idea –en él es una obsesión en la atribución de una obra– de encontrar el nombre escondido del verdadero autor, y esto antes de todo juicio estético. De ese deseo de encontrar la legitimidad de una obra algo puede saberse a partir de los datos de su biografía.

Al respecto, François Sauvagnat piensa que:

No es indiferente anotar en esa vía que [Morelli] fue muy pronto huérfano de padre, ubicado muy temprano en los establecimientos escolares suizos, donde se beneficiará de una enseñanza muy nutrida de las ciencias naturales.

La emergencia progresiva de su interés por el arte pictórico se sellará a causa de la defensa de la madre patria (recordemos que fue uno de los héroes de la liberación de Italia): se trataba de encontrar un método que pudiera hacer justicia a los antiguos maestros italianos. En varias oportunidades, luego de una demostración o de una nueva atribución, Morelli vuelve sobre el mismo tema: los antiguos maestros habían sido traicionados. [...] El autor anónimo de su nota necrológica en la *Quarterly Review* (1891) escribe textualmente: "Los dolores de las obras de todos esos grandes maestros, expuestos al calor y al frío, al polvo y a la humedad, ahumados y quemados por candelabros, picados y torcidos por los clavos y fijados, y

<sup>40</sup> *Ibid.*

finalmente, desposeídos del propio nombre de sus maestros e insultados por un falso nombre, han debido permanecer constantemente en su espíritu". Es muy probable que el giro "revolucionario" que ha tomado su obra debe mucho a esa denuncia de un goce insoportable al cual el padre hubiera estado sometido después de su muerte, goce que vendría, en suma, a completar un Otro abusivo que querría su completitud por medio de engaños seculares. Su método apunta en cierto modo a descompletar un tal Otro, hecho de cobardías acumuladas, para restaurar, finalmente, al padre muerto.<sup>41</sup>

Es decir, que su revuelta contra los falsos maestros y la reivindicación de la legitimidad paterna de los verdaderos autores estaría en una demanda que concierne a un conflicto inconsciente por su propia legitimidad en el mundo, de tintes edípicos ("homenaje a los padres italianos muertos", "salvación de la madre patria"). Si bien son consideraciones que no son metodológicas, sí hablan de la causa psíquica de esa minuciosidad metodológica.

Giovanni Morelli publicó sus estudios bajo un seudónimo: Iván Lermolieff, que era un anagrama rusificado de su propio nombre. Luego tradujo este nombre al alemán como Johannes Schwarze, que aparecía como el traductor de sus propios textos.

Entre 1874 y 1876 aparecieron en la *Zeitschrift für bildende Kunst* una serie de artículos sobre pintura italiana. Los firmaba un desconocido estudioso ruso, Iván Lermolieff; el traductor, no menos desconocido, era Johannes Schwarze [...]. Solo algunos años después el autor prescindió de la doble máscara tras la cual estaba ocultándose: se trataba del italiano Giovanni Morelli, nombre del que Johannes Schwarze es un calco, y Lermolieff el anagrama, o poco menos".<sup>42</sup>

La problemática del *Grund* y su dimensión maléfica, según Sauvagnat:

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>42</sup> Carlo Ginzburg, *op. cit.*, p. 138.



Se encuentra radicalizada en él, porque hemos mostrado que es él mismo quien se encuentra identificado al personaje maléfico, él, para quien la prueba no podrá pasar sino por la postración del objeto "inestético", incluso del detalle abominable. Morelli se presenta gustosamente bajo seudónimos "sombrios", como un bárbaro, un tártaro de las estepas, cuyo nombre es tomado, Lermolieff, imitando aquel del sombrío Lermontiev.<sup>43</sup>

Incluso Sauvagnat arriesga que "no es improbable que la muerte, poco antes de su nacimiento, de un hermano mayor, [sic] esté en el origen de la recurrencia en su obra a la figura de un doble amenazador, enigmático, con el cual, notablemente, por sus diversos seudónimos, él se identifica".<sup>44</sup>

El interés de este *connoisseur* para nuestro tema es la lectura que de él hizo Freud, de la que da cuenta en dos lugares; el primero es una carta a su novia Martha Bernays, en 1883, donde le declara su interés por este personaje, a raíz de una visita a la pinacoteca de Dresde. En esa carta le dice: "me despojé de mi barbarie [en materia de pintura] y he empezado a admirar".<sup>45</sup> Es una declaración importante, dado que en otros lugares dirá que para él la contemplación de la obra de arte tenía que pasar por los procesos cognoscitivos y racionales, más que por los afectivos. Y en efecto, es lo que le ofrece el método morelliano. El segundo lugar es su ensayo sobre el *Moisés* de Miguel Ángel.

Para François Sauvagnat, en otro artículo:

La entrada de Freud en el mundo de la estética parece estar hecha por la vía "inestética" [...] de Morelli, y presupone una "pequeña revolución" que no deja de evocar [...] un cuarto de giro dado por la histórica al discurso del amo. Si Freud fue enseñado por las históricas, me parece que se puede considerar que el caso de Morelli constituye una versión radical de esta proposición, porque su méto-

<sup>43</sup> Sauvagnat, *op. cit.*, p. 49.

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> Citado por Ginzburg, *op. cit.*, p. 142.

do desborda ampliamente el dominio de la estética, al punto que se le ha podido reprochar el permanecer completamente por fuera de ella. No obstante, funda la metodología de la atribución, e instaura [...] un discurso universitario, consecuente para colmar la ausencia del referente, ya que tiene la tendencia a irrealizar el autor del método.<sup>46</sup>

Para demostrar esa hipótesis, más adelante Sauvagnat agrega que:

Hubo para Freud una entrada en la estética pictórica, pero esto aconteció por una puerta estrecha, tardíamente y bajo ciertas condiciones. El bárbaro se civiliza, cuenta a su novia en 1883, con ocasión de la visita de la galería de Dresde. Hay una gran posibilidad, como lo sostiene Carlo Ginzburg, de que esto se haya producido bajo la influencia de los escritos de Morelli, cuyo primer libro aparece en 1880, firmado con el nombre de Lermolieff: trata sobre las obras de maestros italianos de las galerías de Múnich, Dresde y Berlín. Pero en aquella época, Freud no sospechaba que se trataba de un seudónimo.<sup>47</sup>

Y en efecto, el libro de Lermolieff apareció en la biblioteca de Freud, quien tenía el hábito de ponerles a sus libros la fecha de adquisición. Freud volverá después la mirada sobre los pintores de referencia de Morelli, especialmente en "Psicopatología de la vida cotidiana", con aquel memorable olvido de nombre propio, el de Signorelli, y en cuya sustitución venían Botticelli y Boltraffio.

<sup>46</sup> François Sauvagnat, "Morelli avec Freud. Sur quelques conséquences de la 'scienza dell'arte'", en: *Quarto*, revista de L'École de la cause freudienne, Bélgica, núm. 40/41, octubre de 1990, pp. 19-20.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 20.

### El método morelliano

De la eficacia del método morelliano, los resultados más impresionantes hablan por sí mismos. Al respecto, Wind señala:

En la galería de Dresde, se cambió de nombre a cuarenta y seis cuadros merced a los descubrimientos de Morelli, y en otros museos el cataclismo fue más o menos de la misma magnitud. [...] Para citar un solo ejemplo, la *Venus dormida* de Giorgione es hoy un cuadro tan familiar que podríamos figurarnos que siempre fue conocido como una de las grandes obras de Giorgione; pero hasta que Morelli vio detenidamente este cuadro, estaba catalogado en la galería de Dresde como la copia de un Tiziano perdido, efectuada por Sassoferrato, lo cual tenía un sabor tan erudito que a todo el mundo satisfacía.<sup>48</sup>

Sobre el método mismo, dice Wind:

Explicaba Morelli que para reconocer la mano de un maestro en un cuadro determinado es necesario suspender, incluso invertir, la reacción estética normal. Al contemplar un cuadro, nuestro impulso natural es entregarnos primero a la impresión general y luego concentrarnos en los rasgos particulares artísticamente importantes: composición, proporción, color, expresión, gesto. Ninguna de estas cosas, dice Morelli, nos revelará con certeza la mano de un pintor concreto, porque son técnicas de estudio que los pintores aprenden unos de otros. Puede ser cierto, por ejemplo, que Rafael agrupaba algunas de sus figuras en forma de pirámide, pero la composición piramidal llegó a ser un tópico de la escuela de Rafael, de manera que su presencia no nos garantiza la mano del maestro. Las figuras de Rafael expresan frecuentemente devoción elevando los ojos de una manera sentimental, pero Rafael había aprendido este truco de

Perugino, de modo que cualquier otro pintor de su propia escuela podía haberlo aprendido de él. Cuando vemos en un cuadro el retrato de una joven atribuido a Leonardo da Vinci, inadvertidamente nos concentramos en la sonrisa, considerada como característica de las figuras de Leonardo, pero no debemos olvidar que una legión de imitadores y copistas se han concentrado antes en esa sonrisa, con el resultado de que raras veces está ausente de sus cuadros. Es más, puesto que la expresión y la composición son factores artísticamente significativos, el restaurador tratará de preservarlos. En ellos es donde antes queda borrada la mano del maestro al ser reforzada; y, por supuesto, también atraen al falsificador.

Morelli sacó la única conclusión posible de estas observaciones. Para identificar la mano del maestro y distinguirla de la de un copista, *hemos de basarnos en pequeñas idiosincrasias que no parecen esenciales, rasgos subordinados de aspecto tan nimio que no llamarían la atención de ningún imitador, restaurador o falsificador: la forma de la uña o el lóbulo de la oreja. Como estas son partes menos expresivas de una figura, el artista mismo, no menos que su imitador, no se molesta probablemente tanto en la ejecución; son los puntos en que se abandona y obra con espontaneidad, y por esta razón le revelan [al autor] inconfundiblemente. Este es en esencia el argumento de Morelli: el instinto personal de un artista para la forma aparecerá en su máxima pureza en las partes menos significativas de su obra, porque estas son las menos elaboradas.*<sup>49</sup>

La postura preparada cuidadosamente revela menos el carácter auténtico de una persona que el gesto inadvertido. Esta es la inferencia que hace Wind a partir de su lectura de Morelli, y que efectivamente el psicoanálisis apoya.

La manera como Morelli mismo expuso su método no puede ser más sencilla:

Así como la mayoría de los hombres que hablan o escriben tienen hábitos verbales y usan sus palabras o fra-

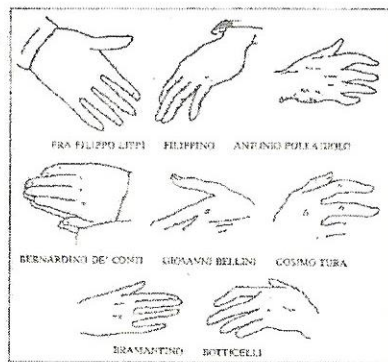
<sup>48</sup> Edgar Wind, *op. cit.*, pp. 52-53.

<sup>49</sup> Edgar Wind, *op. cit.*, pp. 53-54. Las cursivas son nuestras.

ses favoritas involuntariamente [es decir, de manera inconsciente], y a veces hasta muy inadecuadamente, también casi todos los pintores tienen sus propias peculiaridades, que se les escapan sin darse cuenta [...] Todo aquel que desee estudiar a fondo un pintor, debe arreglárselas para descubrir estas naderías, que tienen importancia, y prestarles mucha atención.<sup>50</sup>

Wind señala que los libros de Morelli incluyen ilustraciones que nos revelan, en partes como los dedos y las orejas, aquellas aparentes insignificancias (véase la figura 1.1):

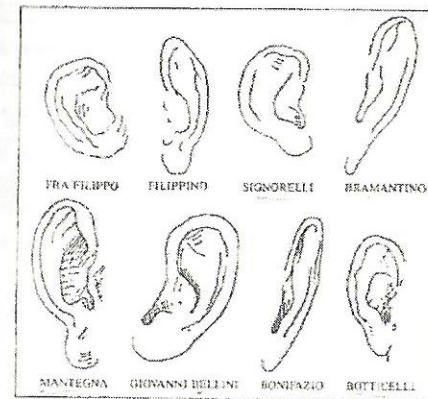
Están salpicados de ilustraciones que representan dedos y orejas, cuidadosos registros de las insignificancias características por las que un artista hace posible su identificación, lo mismo que un criminal puede ser localizado por una huella dactilar [...] Morelli invita a identificar a un gran artista no por la fuerza con que llega a conmovernos, ni por la importancia de lo que tiene que decir, sino por el tic nervioso y el ligero titubeo que difieren solo un poco de los rasgos de sus imitadores.<sup>51</sup>



Manos características de Italian Painters.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 54. Recuérdese que también Doyle dotó a su personaje del saber de la caligrafía.

<sup>51</sup> *Ibid.*



Orejas características de Italian Painters.

Figura 1.1. Manera singular como algunos pintores dibujan manos y orejas, según Morelli

Fuente: Umberto Eco y Thomas A. Shebeok, *El signo de los tres*, Barcelona, Taurus, 1989, pp. 118 y 125.

según Ginzburg, Morelli sostenía que el *connoisseur* debía:

Examinar los detalles menos trascendentes, y menos influidos por la escuela pictórica a la que el pintor pertenecía: los lóbulos de las orejas, las uñas, la forma de los dedos de manos y pies. De este modo Morelli descubrió y catalogó escrupulosamente la forma de oreja característica de Botticelli, de Cosmé Tura y demás; rasgos que se hallaban presentes en los originales, pero no en las copias [...] Morelli no se planteaba problemas estéticos (cosa que le sería reprochada) sino problemas previos, de orden filológico.<sup>52</sup>

Se trata entonces, como el mismo Wind lo afirma, de encontrar los detalles que inconscientemente revelan la personalidad del artista. Lo que autoriza a ir directamente a Freud, en tanto lector de Morelli.

<sup>52</sup> Carlo Ginzburg, *op. cit.*, p. 139. Los resaltados son nuestros.

### *Freud y el Moisés de Miguel Ángel*

El segundo lugar en donde Freud se refiere explícitamente a Morelli es el texto "El Moisés de Miguel Ángel", escrito que Freud no publica como Morelli, bajo un seudónimo anagramático, sino claramente como anónimo. Sauvagnat, a propósito de este texto, dice:

S. Freud entra precisamente en el anonimato cuando publica un texto sobre el *Moisés* de Miguel Ángel, al que le tenía un particular aprecio desde hacía varios años. Él se presenta, evidentemente, no como un crítico o un historiador del arte; tampoco como un conocedor, sino como un simple amateur. Quisiera mostrar que entre la primera y la segunda designación, del mismo modo que entre la segunda y la tercera, hubo, históricamente hablando, una pequeña revolución. En particular, Freud señala que el "fondo de una obra de arte me atrae más que sus cualidades de forma o de técnica a las cuales el artista aferra en primer lugar su valor. Me falta, en arte, una justa comprensión de los medios de expresión y de ciertos efectos". Para [Freud] prevalece la "fuerte impresión" que sobre él ejercen ciertas obras: obras literarias y obras plásticas, "más raramente los cuadros". Se puede evidentemente de entrada hacer el lazo entre la fuerte impresión introducida por el desconcierto de ese amo que es Moisés y la fuerte impresión producida por la Medusa... pero no es indiferente que, para dar cuenta de esto, Freud tome la vía marcada por Morelli.<sup>53</sup>

Esta es la referencia más explícita de Freud a Morelli:

Mucho antes de que pudiera enterarme de la existencia del psicoanálisis, supe que un conocedor ruso en materia de arte, Iván Lermolieff, había provocado una revolución en los museos de Europa revisando la autoría de muchos cuadros, enseñando a distinguir con seguridad

<sup>53</sup> F. Sauvagnat, *op. cit.*, p. 20.

las copias de los originales y especulando sobre la individualidad de nuevos artistas, creadores de las obras cuya supuesta autoría demostró ser falsa. Consiguió todo eso tras indicar que debía prescindirse de la impresión global y de los grandes rasgos de una pintura, y destacar el valor característico de los detalles subordinados, pequeñeces como la forma de las uñas, lóbulos de las orejas, la aureola de los santos y otros detalles inadvertidos cuya imitación el copista omitía y que sin embargo cada artista ejecuta de una manera singular. Luego me interesó mucho saber que bajo ese seudónimo ruso se ocultaba un médico italiano de apellido Morelli. Falleció en 1891 siendo senador del Reino de Italia. *Creo que su procedimiento está muy emparentado con la técnica del psicoanálisis médico* [clínico, dice en la traducción de Ballesteros]. También este suele colegir lo secreto y escondido desde unos rasgos menospreciados o no advertidos, desde la escoria -"refuse"- de la observación".<sup>54</sup>

Que este texto de Freud esté escrito como si no se tratara de él, y que haya sido publicado por primera vez de manera anónima, es tal vez un eco al seudónimo anagramático de Morelli y su supuesto traductor. En el texto, Freud se aplica a hacer, siguiendo el método morelliano, una serie de observaciones sobre la majestuosa estatua de Moisés, esculpida por Miguel Ángel, tratando, a partir de su postura, gestualidad, posición de las manos, ondulaciones de su barba, etcétera, de inferir un carácter psicológico del personaje.

En sus primeras obras, Freud, como se sabe, aplica este mismo método a los sueños, los lapsus, los síntomas, los olvidos, los chistes, es decir, a todo aquello que hace parte de la psicopatología de la vida cotidiana para, siguiendo el proceso inverso a su construcción, ir infiriendo las motivaciones inconscientes que se revelan a partir de esos indicios, y que dan cuenta de procesos desconocidos para el sujeto que los produjo. Al respecto, Sauvagnat dice:

<sup>54</sup> Sigmund Freud, "El Moisés de Miguel Ángel", en: *Obras completas*, t. 13, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

De esa impresión que se apodera de él [de Freud], estima lo que las críticas artísticas son incapaces de hablar; cada uno expresa, sobre cada obra de arte, una opinión diferente. Como lo observa Max Sauerland (1912): "Ninguna obra de arte ha visto expresarse al respecto los juicios más contradictorios que sobre ese Moisés con la cabeza de Pan" [...] Ninguno puede decir que un simple admirador resolverá el enigma. Pero Freud exige saber por qué está emocionado: "Pero ¿por qué la intención del artista no podría ser precisada y traducirse en palabras como toda otra manifestación de la vida psíquica?" Conocemos la solución adoptada por Freud, aferrarse a los detalles que no habían sido utilizados por la crítica: "El dedo pulgar de la mano derecha [de Moisés] está escondido, el índice, y solo el índice, en contacto efectivo con la barba". Si parece que se detuviera en esa solución es inspirado por un misterioso personaje, conocido "antes de que pudiera escuchar hablar del psicoanálisis", el conoedor de arte Iván Lermolieff, cuyos primeros ensayos fueron publicados entre 1874 y 1875.

Es muy interesante que Freud no se haya desprovisto de su "barbarie" para interesarse en alguien que [también] se presentaba como un bárbaro. Como lo escribe Jaynie Anderson, "bajo la máscara de Lermolieff, Morelli se presentaba como un bárbaro tártaro de las estepas, quien, a pesar de su profesión *socrática* de ignorancia, revelaba, por inadvertencia, que sabía más ampliamente sobre el arte que la élite de los eruditos".<sup>55</sup>

Como Morelli, Freud se aplica a seguir los signos de lo rechazado, "refusé" por el saber científico, el material despreciado por la ciencia: los sueños, los olvidos, las equivocaciones orales, las equivocaciones escritas, los síntomas; formaciones en las que se revela el inconsciente. En este punto coincide con Morelli, quien podía encontrar el verdadero autor de una obra a partir de los indicios dejados por su personalidad, como la marca más singular, precisamente en

aquellos rasgos que dibujaba con más soltura y descuido: orejas, pliegues, uñas, etc.

Freud investiga las formaciones del inconsciente haciendo un camino inverso al que ellas siguen: parte del resultado para remontarse a su causa inconsciente que él, en principio, desconoce; en ese punto su método es igual al de Sherlock Holmes, quien a partir de una huella puede inferir quién dejó su traza aunque jamás lo haya visto.

Es a ese procedimiento coincidente en los tres a lo que Ginzburg llama indiciario. No obstante, hay un plus en el procedimiento de Freud, y es que se dirige, en su escucha, de manera esencial a atrapar en el discurso de sus analizantes aquello que después será llamado por Jacques-Alain Miller los signos del goce.

<sup>55</sup> F. Sauvagnat, *op. cit.*, p. 20.

## CAPÍTULO DOS

### El principio de la investigación en psicoanálisis

Mario Elkin Ramírez

#### *Introducción*

En este capítulo se elevará la precisión a la dignidad del principio fundamental de la investigación en psicoanálisis, siguiendo la indicación de Jacques Alain Miller, en la clase inaugural del Instituto Descartes en Buenos Aires. En efecto, el 11 de marzo de 1992, Jacques-Alain Miller pronunció la clase inaugural del Centro Descartes en la ciudad de Buenos Aires, un instituto pionero de lo que luego fueron los Ateneos, Institutos y Centros de Investigación y Docencia (CID) en todas las regiones de influencia de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) y de la Fundación del Campo Freudiano. En ese momento, se trataba de elucidar lo que podía ser la investigación en el psicoanálisis de orientación lacaniana. Miller inició una reflexión que luego se continuó en todo el mundo, de la cual pretendo hacer un recorrido, para introducir algunos pequeños aportes propios del problema de la investigación en psicoanálisis, desde mi experiencia como clínico e investigador social en mi país, y como docente universitario.

### La precisión

Miller empieza por preguntarse cuál puede ser el principio que gobierne la investigación en psicoanálisis –lo que plantea de entrada que la investigación en nuestra orientación se fundamenta en principios–. Esto recuerda un tema reciente de uno de los congresos de la AMP sobre la práctica analítica: “sin estándares, pero no sin principios”; igualmente, en la investigación en psicoanálisis, como la concibo en nuestra orientación, procedemos sin estándares pero no sin principios.

Esto nos conduce a plantear lógicamente: ¿cuáles son los principios de la investigación en el psicoanálisis de orientación lacaniana? Miller señala que el principio fundamental habrá de ser una virtud fría a la que llama *precisión*; y sería la virtud que puede, como en el caso de Descartes, conducir a las ideas claras y distintas, que eran las que guiaban al filósofo en su búsqueda de certezas. El modelo que siguió para su búsqueda fue el modelo matemático, y por eso propone, “como virtud máxima de la investigación analítica, en la enseñanza y en la práctica del psicoanálisis: la precisión”.<sup>56</sup>

Para lograr la precisión, es necesario detenerse en el detalle, pues es este el que nos orienta en la clínica. Para llegar a demostrar esta proposición, es preciso primero trazar de nuevo el recorrido de Descartes y, siguiendo su ejemplo de demostración, intentar proponer algunas consideraciones aprovechables para la investigación con el psicoanálisis, ya que este, como hijo de la ciencia, se rige por la elaboración cartesiana que produce un sujeto.

René Descartes, en efecto, llegó a discernir en la filosofía un sujeto desprovisto de propiedades psicológicas y reducido a un enunciado fundamental: “pienso, luego existo”. La importancia de esclarecer este recorrido radica en que Lacan, por un lado, se refiere al *cogito ergo sum* para subrayar que el

<sup>56</sup> Jacques-Alain Miller, “Clase inaugural del centro Descartes”, en: *Conferencias porteñas*, t. 2, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 142.

sujeto cartesiano es el presupuesto del inconsciente, y, por otro lado, afirma que el sujeto cartesiano, en tanto que sujeto de la certeza, se distingue del sujeto del conocimiento, revalorizado por el inconsciente.

La gran polémica medieval entre fe y razón tuvo gran resonancia en Descartes, quien con su obra respondió a la reforma. Él quiso hacer de la filosofía una ciencia sin los supuestos de la tradición escolástica en la que se formó –aunque gran parte de su argumentación se basó en postulados de la escolástica–. Su idea es que el conocimiento de la filosofía debe provenir solo del discernimiento racional y no de los sentidos. Comienza a elaborar su proyecto cognoscitivo, cuyo programa es llamado por la tradición moderna *la duda metódica*, señalando como fin el encuentro de la verdad, representada en las ideas, constreñidas a dos criterios: claridad y distinción. Ese es el índice de su programa racionalista.

Su duda metódica no es una duda escéptica, sino una duda contra los escépticos a los que dio lugar la Reforma luterana. Es una duda contra el dogmatismo. No es una duda para dejar de creer en el conocimiento, sino para hacerlo claro y distinto.

Para Lacan, según Miller, el recorrido de Descartes “fue una ascesis, es decir, una búsqueda propiamente espiritual, no un ejercicio formal, no un aprendizaje en el cual el sujeto se queda a distancia del saber, sino una búsqueda de sí mismo en la elaboración de saber [...] él mismo aparece como sujeto, como sujeto que trataba de producir, y producía”.<sup>57</sup>

Evidentemente, el saber no había esperado a Descartes, pues la matematización del mundo en su época ya llenaba bibliotecas enteras. Desde la Antigüedad, todo lo que se había escrito y que se había salvado de las llamas, de la pérdida, era conservado y descifrado con esmero. Ese saber era dudoso, y conservaba todos los mitos e historias falsas o imaginarias acumuladas durante siglos.

Pero, como lo describe Lacan, Descartes no es tanto “el

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 144.

hombre del saber sino el hombre de la certeza". Por esta razón:

Descartes en su correspondencia se describe como el que viene a abrir las ventanas y hacer pasar el viento en esas salas oscuras donde se conservaba el saber, como quien va a permitir que entre el sol en esas salas oscuras. Es alguien que ha entrado con la espada y el fuego en las bibliotecas del mundo. Esa búsqueda de certeza actúa como un arma, ya que él viene primero diciendo: "Usted para decirme eso debe demostrármelo" esa es su primera arma. La exigencia de demostración: "¿De dónde lo sabes?" y "¿de dónde yo mismo sé lo que sé?" [...] ese significativo de la certeza [...] hace morir a todos los eruditos agitados que de siglo en siglo elaboran la tradición.<sup>58</sup>

Pero adentrémonos en las *Meditaciones metafísicas* de Descartes para elucidar cómo llega a estas ideas claras y distintas, a su certeza y a la revolucionaria idea del sujeto.

La primera meditación, según el propio resumen de Descartes, se ocupa de las razones por las cuales podemos dudar en general de todas las cosas, y en particular de las cosas materiales, al menos mientras no tengamos otros fundamentos de las ciencias que los que hemos tenido hasta el presente. Y aunque la utilidad de una duda tan general no sea patente al principio, sí es muy grande, pues nos libera de toda suerte de prejuicios y nos prepara un camino fácil para acostumbrar a nuestro espíritu a separarse de los sentidos, y a llegar, en definitiva, a deshacernos de toda duda respecto de aquello que más adelante descubramos como verdadero.

Con ese objetivo, el filósofo comienza por poner en cuestión aquello que en su propia formación ha recibido como conocimiento, e igualmente el procedimiento que ha usado para adquirirlo. Es pues un movimiento reflexivo de Descartes contra Descartes, de autocrítica, aquello que ocupa su pensar es la puesta en cuestión de sus propios fundamentos.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 145.

En ese recorrido de duda metódica de Descartes, él invalida las ideas adquiridas en la escuela, así como todas las formas escolásticas de transmitir a los alumnos el estudio de las ciencias y de las artes. El filósofo duda de los conocimientos que por sí mismo no pueda someter a examen racional, poniendo en suspenso los dogmas escolásticos que le habían enseñado. Duda entonces de los sentidos como vía de conducción a esas ideas claras y distintas, porque pueden engañarlo, como ocurre en la locura, la alucinación y el sueño, que enferman el valor de la pretensión de aprehender lo real. Miller se pregunta:

¿Cuáles son los personajes que Descartes pone en escena? Son el sujeto y otro cuya verdadera naturaleza él busca. Me parece que hay que seguir el camino de Descartes, [él] hace un vacío de todo el saber con la exigencia de certeza. Se pregunta sobre todo lo que se puede dudar; para encontrar la certeza como tal, decide dudar de todo lo que puede dudar [...] Así, con la duda anula con una gran simplicidad, y se ve en eso el carácter feroz de la exigencia lógica de la certeza, anula bibliotecas enteras, anula el mundo exterior también, con simplicidad. ¿Por qué a veces puedo pensar en ver cosas que no son? Como hay semblantes, no puedo estar completamente seguro de ninguna cosa que yo pueda percibir. Están los sueños, seguramente no estoy loco [...] Extiende la duda a todo, salvo a las verdades matemáticas [...] considera extender la posibilidad hasta el punto en que no se puede ir más allá, y parece que no se puede ir más allá de la certeza de las ideas claras y distintas en las matemáticas.<sup>59</sup>

Como un recurso metodológico, Descartes acude a la suposición de un genio maligno que usa los sentidos para engañarlo y hacerlo percibir como real aquello que es quimera; luego entonces, los sentidos no son confiables para su empresa. Dice:

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 149.



Así, puesto que los sentidos nos engañan, a las veces, quise suponer que no hay cosa alguna que sea tal y como ellos nos la presentan en la imaginación; y puesto que hay hombres que yerran al razonar, aun acerca de los más simples asuntos de geometría, y cometen paralogismos, juzgué que yo estaba tan expuesto al error como otro cualquiera, y rechacé como falsas todas las razones que anteriormente había tenido por demostrativas; y, en fin, considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírse nos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas, que hasta entonces habían entrado en mi espíritu, no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: yo pienso, luego soy, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.<sup>60</sup>

Para Jacques-Alain Miller, la del genio maligno es una extraordinaria ficción:

Que es Otro de la trampa, que en sí mismo resume todo el pensamiento barroco. Hace ver que antes se creía, atribuyéndolo a la naturaleza, que el hombre estaba en relación con Otro que engaña [...] Y obtiene como resto, obtiene como lo que es imposible anular, su sujeto, su cogito, que Lacan considera precisamente "puntual y evanescente", en su escrito *La ciencia y la verdad* [...] En cierto modo se descubre el cogito de Descartes con un real: por cuanto es a partir de lo imposible de anular con el método de la duda y el método del genio maligno que permanece como resto ese sujeto [...] Y hay algo como un triunfo en eso del sujeto que, a pesar de todo lo que se movili-

<sup>60</sup> René Descartes, *Le discours de la méthode*, Flammarion, París, 1966, p. 60.

za en un universo destruido, anulado y amenazado por las trampas de otro omnipotente que me engaña, surge y dice [...] "Pienso, ergo soy".<sup>61</sup>

En la segunda meditación, Descartes presenta una versión de este proceso de una manera ligeramente diferente a la que expone en *El discurso del método*; dice:

Me he convencido de que no hay nada en el mundo: ni cielo, ni tierra, ni mentes, ni cuerpos; pero ¿me he convencido también de que yo no soy? Ahora bien, si de algo me he convencido [es de que] ciertamente yo era. Pero hay cierto engañador, sumamente poderoso y astuto, que, de industria, siempre me engaña. Ahora bien, si él me engaña, sin lugar a dudas yo también existo; y, engañeme cuanto pueda, nunca conseguirá que yo no sea nada mientras piense que soy algo. De manera que, habiéndolo sopesado todo exhaustivamente, hay que establecer finalmente que esta proposición: Yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera cada vez que la profiero o que la concibo.<sup>62</sup>

En esta meditación, Descartes concibe al espíritu que, usando su propia libertad, supone que ninguna cosa de cuya existencia tenga la más mínima duda existe, y reconoce que es absolutamente imposible que él mismo no exista. Esto es también de gran utilidad, ya que de ese modo distingue fácilmente aquello que le pertenece a él, es decir, a la naturaleza intelectual, de aquello que pertenece al cuerpo. Pero advierte que, como puede que algunos esperen de él, en ese lugar, las razones para probar la inmortalidad del alma, y habiendo procurado no escribir en estas meditaciones nada que no estuviese sujeto a una muy exacta demostración, se vio obligado a seguir un orden semejante al de los geómetras, a

<sup>61</sup> J.-A. Miller, *op. cit.*, pp. 149-150.

<sup>62</sup> René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, E. López y M. Graña (trad.), Gredos, Madrid, 1997, p. 22.

saber: dejar sentadas de antemano todas las cosas de las que depende la proposición que se busca, antes de obtener conclusión alguna.

Ahora bien, de esas cosas, la primera y principal que se requiere para el conocimiento de la inmortalidad del alma es formar de ella un concepto claro y neto, y enteramente distinto de todas las concepciones que podamos tener del cuerpo; y eso es lo que Descartes hizo en esta meditación. Se requiere, además, saber que todas las cosas que concebimos clara y distintamente son verdaderas tal y como las concebimos –lo cual no pudo probarse sino hasta llegar a la cuarta meditación–. Hay que tener además una concepción distinta acerca de la naturaleza corpórea, cuya concepción se forma, en parte, en esa segunda meditación, y en parte, en la quinta y la sexta.

Por último, debe concluirse de todo ello que las cosas que concebimos clara y distintamente como sustancias diferentes del espíritu y del cuerpo son en efecto sustancias diversas y realmente distintas entre sí –lo que se concluye en la sexta meditación–. Y lo mismo se confirma en la segunda, en virtud de que no concebimos cuerpo alguno que no sea divisible, en tanto que el espíritu, o el alma del hombre, no puede concebirse más que como indivisible; pues, en efecto, no podemos formar el concepto de la mitad de un alma, como hacemos con un cuerpo, por pequeño que sea; de manera que no solo reconocemos que sus naturalezas son diversas, sino además, en cierto modo, contrarias.

Con su duda metódica, Descartes se fue poco a poco quedando sin certezas. Pero en esa meditación tomó conciencia de que había algo de lo que no podía dudar y era, precisamente, de que estaba dudando, esto es, pensando, y si estaba pensando era porque existía como cosa pensante. Formuló entonces como idea clara y distinta el producto final de esa meditación, a saber, su *cogito ergo sum*, pienso, luego existo, o, como la retomará en el *Discurso del método: Je pense donc je suis*. A este lo consideró el primer principio de su filosofía, esto es, la certeza de un yo afirmado en su existencia a partir de su

pensar, una ontología afirmada en un proceso epistémico.

Ese punto de llegada, ese punto de no retorno de su reflexión, fue un hito en el pensamiento, ya que no encontraba su fundamento, como en la tradición, en algo externo, en Dios, por ejemplo, como en la Edad Media, y ni siquiera en un elemento metafísico, como en la Antigüedad. El *arché*, el *hipokeimenon*, esto es, el fundamento, cambió radicalmente; a partir de Descartes fue un fundamento interno, porque resemantizó aquello que se pensaba como lo que sub-yacía, *subjectum*, que no había que ir a buscar en la *Physis*, ni en la teología, sino en el yo, en el que se fundamentaba la certeza primera. Así nació un nuevo *subjectum*, que ahora devenía sujeto cognoscente, cogitante, racional.

De inmediato Descartes dirigió su pensamiento hacia aquello que podía existir, de modo que en la vía racional pudiera admitirse qué otra cosa, además de sí mismo, podía concebirse como existente. El mundo se volvió objeto de ese pensar, y el pensar mismo –según Heidegger– devino representación.

Jacques-Alain Miller encuentra una “segunda idea esencial de Descartes, que domina su siglo, es algo que hemos perdido, que es la primacía del infinito, la primacía de lo perfecto, de un ser omnipotente a partir del cual Descartes piensa”.<sup>63</sup>

Miller complementa su comentario, argumentando que:

Hay en el siglo XVIII una preeminencia de la positividad que hemos perdido, quizás para siempre, y que la noción freudiana de castración encarna de manera efectiva y cruel, que Lacan ha tratado de matematizar [...] Y bien, cuando leemos a Descartes, leemos a alguien para quien el ser está lleno, a tal punto que para entender por qué hay mal en el mundo, o más aún, por qué hay error, debe pensarlo en pos de disculpar a Dios. Porque Dios como ser lleno, omnipotente, es la primera verdad que excluye la mentira y la trampa. ¿Con ese Dios cómo puede acontecer que surja en el mundo el error, el engaño? Debe

<sup>63</sup> J.-A. Miller, *op. cit.*, p. 145.

intentar explicar que la negatividad, la nada, es un error de perspectiva [...] se puede decir que todo el pensamiento del siglo XVII está dominado por esa noción de ser lleno. Esta es la esencia del pensamiento clásico que actualmente no puede animarnos, ya que nosotros pensamos a partir del "carácter finito", entre comillas, del hombre.<sup>64</sup>

Miller encuentra divertida

La manera que tiene Descartes de deducir de ese cogito, o de descubrir, de revelar la preeminencia de la idea de Dios, es decir, revelar que, a partir del cogito, si tengo la idea de un ser infinito, no es posible que me la haya dado yo mismo. Si tengo la idea de infinito, entonces debe corresponder a algo real, porque no he podido crearlo yo mismo. Se recupera como la matriz del argumento ontológico, es decir, a partir de la idea de Dios, a partir de un concepto, poder concluir alguna existencia. Se borra en eso todo hiato entre el concepto, la representación o el significativo y la existencia.<sup>65</sup>

Es esto lo que dio lugar a las ideas innatas. Para Descartes, las ideas de Dios y del sujeto son innatas, así como todas las ideas de la ciencia. Estas ideas solo pueden alcanzarse por medio de un examen de la razón, y su origen está en Dios, pues "al hacer leyes que instituyó en la naturaleza, *ideas mentibus nostris ingentiae*, Dios funda a la vez la racionalidad del mundo y la racionalidad de nuestras razones, pues el Dios que crea las verdades eternas y las deposita en nuestros espíritus es el mismo que ese 'Dios que lo puede todo, y por quien fui creado y producido tal como soy'".<sup>66</sup>

Descartes retrocedió entonces, por un íntimo terror, al verse como hombre, solo, afirmado en su existencia por sí

<sup>64</sup> *Ibid.*, pp. 145-146.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>66</sup> Jean Paul Margot, *La modernidad. Una ontología de lo incomprensible*, Santiago de Cali, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, 1995, p. 125.

mismo, por su sola naturaleza pensante y racional. Y entonces su sistema necesitó de un Dios que no engañara, que se erigiera en garantía de que estaba pensando y por tanto existía. Quiso entonces que ese Dios fuera el fundamento metafísico en el que debían formarse en adelante los hombres, para luego aventurarse a pensar la física del mundo creado por Dios. Un Dios, sin embargo, que no es igual al de la creencia religiosa, sino una entidad lógica garante de la razón humana.

En la tercera meditación, titulada por los editores *De Dios, que existe*, Descartes inicia su argumentación para probar la existencia de Dios, aunque deja algunas cosas oscuras. Así, por ejemplo, piensa que es bastante difícil entender cómo la idea de un ser soberanamente perfecto, la cual está en nosotros, contiene tanta realidad objetiva (es decir, participa por representación de tantos grados de ser y de perfección), que debe venir necesariamente de una causa soberanamente perfecta. Pero lo aclara en las respuestas, por medio de la comparación con una máquina muy perfecta, cuya idea se halle en el espíritu de algún artífice: así como el artificio objetivo de esa idea debe tener alguna causa, a saber, la ciencia del artífice, o la de otro de quien la haya aprendido, de igual modo es imposible que la idea de Dios que está en nosotros no tenga a Dios mismo por causa.

Es extraño que en un tratado epistemológico como las *Meditaciones metafísicas* sea necesaria la demostración de la existencia de Dios. No obstante, la función y las consecuencias de la existencia de Dios en el cartesianismo, la prueba de la existencia de Dios y el problema de las ideas innatas puestas por Dios en los hombres, revisten gran importancia para la comprensión del argumento general de las *Meditaciones*, esto es, la fundamentación epistemológica del conocimiento del mundo. De este modo, la inclusión del *Deus Omnipotens* es clara cuando se comprende que, en Descartes, "Dios es la fuente de toda posibilidad y [que] la idea del alma es la fuente de toda representación". En este sentido, el papel de Dios adquiere una relevancia crucial al lado del papel del sujeto, y

por esta razón Descartes mismo le confiere a ambos el carácter de principios metafísicos.

Si Descartes apela a Dios para resolver un problema epistemológico, es porque está fuertemente influenciado por la necesidad de construir un sistema en el que se integre lo espiritual y lo material, un sistema en el que la tríada Dios, hombre y mundo encuentre unidad, en la cual la relación del hombre con el mundo esté mediada por Dios. Sin embargo, que Descartes recurra a Dios en esa relación no le resta originalidad a su proyecto, ya que, en lo esencial, se aleja considerablemente de la tradición de pensamiento en la que se halla.

Descartes parte de los criterios de veracidad establecidos al comienzo de la primera meditación, a saber, la claridad y la distinción, pues son estos los que restituyen la validez del principio causal. Este principio consiste entonces en la afirmación según la cual "en la causa eficiente y total debe haber por lo menos tanta [realidad] como haya en su efecto". Así pues, el argumento se plantea con base en la pregunta por la causa de las ideas que el sujeto se representa y la realidad que estas poseen, pues una prueba de Dios solo es legítima, en este momento, partiendo de los únicos contenidos mentales que para el sujeto representan las cosas y de los que tiene absoluta certeza, es decir, de las ideas.

El problema de la tercera meditación es, en consecuencia, establecer si la idea de Dios que el sujeto tiene en su mente, y que le representa a un ser perfecto, posee realidad objetiva, esto es, si representa algo real que se encuentre fuera de su pensamiento. A partir de un análisis detallado, Descartes concluye que él no puede ser la causa de la idea de Dios, pues la sustancia que representa a Dios, una sustancia infinita e independiente (perfecta), es de mayor realidad que cualquier otra sustancia y, por tanto, "tal realidad no está en mí ni formal ni eminentemente". La idea de Dios tiene, entonces, realidad objetiva, y esto ya es una garantía de que hay algo diferente del sujeto que le permite salir del solipsismo en el cual permanecía en las meditaciones antecedentes.

La prueba de la existencia de Dios se deriva de la perfec-

ción como su principal atributo, la cual es para Descartes la mayor garantía de la subjetividad finita del hombre y de la posibilidad del conocimiento objetivo del mundo. En este sentido, Miller comenta:

Si se sigue hasta la cuarta meditación, se encuentra la extraordinaria demostración, por parte de Descartes, de que lo que falta en el hombre, sus errores, sus faltas, no se deben atribuir a Dios. Lo demuestra a propósito del error, que viene, según él, de la diferencia de amplitud que hay entre el entendimiento y la voluntad. El entendimiento humano, un tanto limitado pero positivo, no considera la limitación como una negatividad, considera que es limitado pero en su límite es correcto, es verdadero, y la voluntad humana es infinita.<sup>67</sup>

En las veintiuna *Reglas para la conducción del espíritu*, resumidas en las cuatro reglas que recoge en su *Discurso del método*, Descartes concreta los pasos para ese nuevo camino hacia las ideas claras y distintas que había conquistado. Con ello funda el racionalismo como opuesto a la fe medieval. Queriendo entonces hacer una filosofía sin supuestos, conquistó el discernimiento racional como el método para llegar al ideal de una ciencia sin supuestos en la fe. Su intuición fundamental es que lo indubitable es la identidad entre el yo pensante y el sujeto del conocimiento.

Para conducir el pensar propone cuatro reglas: la evidencia, el análisis, la síntesis y la enumeración y revisión; esta última controla a la síntesis.

Según Jacques-Alain Miller, cuando Jacques Lacan trae a Descartes de su lado:

Sigue una vieja tradición francesa, tanto más divertida cuanto que para los cartesianos el inconsciente es impensable porque piensan lo psíquico a partir de la transparencia del cogito [...] También produce un gran efecto de

<sup>67</sup> J.-A. Miller, *op. cit.*, p. 150.

sorpresa al traer lo que usualmente es utilizado para negar el inconsciente, la idea de que el sujeto sabe todo lo que es en lo psíquico como un espacio de inteligibilidad. Lacan, al retomar el cogito, [...] hace aparecer el sujeto cartesiano como el sujeto tachado.<sup>68</sup>

En efecto, Lacan reinterpreta el inconsciente freudiano de una manera que hace valer el sujeto como dividido por su discurso. En ese sentido, reinterpreta la *Spaltung* (escisión) freudiana elevando la división del sujeto –producida por el lenguaje– a la dignidad de una producción, de un efecto del significativo. Dice Lacan:

Tomé como hilo conductor [...] cierto momento del sujeto que considero como un correlato esencial de la ciencia: un momento históricamente definido del que tal vez nos queda por saber si es estrictamente repetible en la experiencia, aquel que Descartes inaugura y que se llama el cogito. Este correlato, como momento, es el desfiladero de un rechazo de todo saber, pero por ello pretende fundar para el sujeto cierta atadura en el ser, que para nosotros constituye el sujeto de la ciencia, en su definición, término que debe tomarse en el sentido de puerta estrecha [...] El sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia puede parecer paradoja [sic]. Es allí, sin embargo, donde debe tomarse un deslinde, a falta del cual todo se mezcla y empieza una deshonestidad que llama por otra parte objetiva: pero es falta de audacia y falta de haber detectado el objeto que se raja. De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables [...] el error de buena fe es entre todos el más imperdonable.<sup>69</sup>

Para Miller:

Lacan introduce la idea, tal vez un poco forzada, de que el sujeto del inconsciente es el sujeto cartesiano, hay

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>69</sup> Jacques Lacan, "La science et la vérité", en: *Écrits*, Seuil, París, 1966, pp. 856-858.

que entenderlo como vacío, como un punto sin contenido. Esto es más preciso en un artículo que he publicado en los *Cahiers pour l'analyse*, en 1976, que eran las respuestas de Lacan a los estudiantes de filosofía, donde dice que invoca la ascesis cartesiana en el punto donde la conciencia y el sujeto coinciden, pero que es un error considerar este momento como exhaustivo del sujeto. Esto mismo ya lo había dicho de manera más fuerte en *La ciencia y la verdad*. Este error de los cartesianos es haber pensado que lo que es verdad en un momento es válido para toda la esfera del sujeto, es decir, haber pensado: sujeto = conciencia. Cuando si algo es verdad en un momento de Descartes, ese no vale para otros momentos.<sup>70</sup>

Lacan piensa que el cogito no funda al sujeto de la conciencia sino al sujeto de la ciencia; la hendidura, la división del sujeto, su desdoblamiento entre ser y pensar se fundan en un mismo acto de afirmación. Pero esa afirmación proviene de una ascesis, la de la privación del saber anterior. El sujeto solo logra rehacerse en las dos partes de su división mediante una torsión de su anudamiento del ser y del pensar. Miller recuerda que:

Lacan ha tratado de dividir el enunciado cartesiano, de negar la simplicidad del "Pienso, entonces soy" y tratarlo como un enunciado, haciendo surgir que necesariamente yo soy el que dice entonces "yo soy"; descubrir que es un enunciado, lo cual implica un sujeto de la enunciación. Hay una duplicidad escondida en esa frase: ser y decir que uno es no es lo mismo, en esto hay un desplazamiento. El "Yo soy" está a nivel del ser, pero también hay un "Yo soy" a nivel del sentido del enunciado; necesariamente se dividen. Eso no anula el argumento de Descartes, pero permite introducir la perspectiva analítica. A tal punto que Lacan en ese texto dice: "Es la división entre el "Yo soy" del sentido y el "Yo soy" del ser".<sup>71</sup>

<sup>70</sup> J.-A. Miller, *op. cit.*, p. 151.

<sup>71</sup> *Ibid.*, pp. 151-152.

Miller captura esa división en Descartes, como equivalente a aquella que se produce en un sujeto que dice: "puedo tener angustia de castración según Freud, aunque puedo negar que eso pueda producirse". En esta división entre "sé, pero aunque sé, eso no impide que...", según dice Miller,

se traduce una división subjetiva interna, que es lo que Freud mismo ha llamado "clivaje" (*Spaltung*) y que Lacan considera como la matriz de la represión original, de tal manera que resitúa el cogito cartesiano como lo que vela, lo que borra, lo que está hecho para borrar la represión original; entonces eleva el sujeto del inconsciente a la dignidad del cogito. No se trata de ser convencido a nivel filosófico por el análisis de Lacan, sino de ver que se puede formular el sujeto del inconsciente en términos que correspondan a los de Descartes. En eso se cumple como un bautismo filosófico de Freud, a través de Lacan.<sup>72</sup>

En el seminario *La lógica del fantasma*, Lacan demuestra, más allá de las disyunciones entre Freud y Descartes, la coincidencia de sus puntos de partida, es decir, del inconsciente y del sujeto cartesiano desprovisto de las cualidades psicológicas, y diferenciado del cuerpo, algo que ocurre, por ejemplo, en la sexta meditación. Pero ya en este seminario piensa los términos del cogito de manera invertida, haciendo uso de la teoría de conjuntos.

La intersección del "yo pienso" y el "yo existo" es considerada por Lacan como vacía, lo cual articula en ese vacío también una elección; pero lejos de ser la elección libre de Descartes, se trata de una elección forzada y disimétrica, que plantea el cogito de una manera diferente, a saber, como un "o no pienso" "o no existo".

La elección de una de las alternativas muestra que sobre el "yo" recae una negación, una transformación en "no-yo", pero que es diferente en cada caso: la elección del "yo no soy"

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 152.

equivale a plantear la inexistencia del sujeto (\$), lo cual quiere decir que no hay significante del sujeto.

Al contrario, si la elección recae sobre la alternativa "yo no pienso", es sobre el pensamiento del "yo" donde la negación se plantea, lo que no excluye un ser cuyas relaciones con el topos hagan posible conferirle una ex-sistencia, pero imposible decir algo más. Existe, sin poder decir nada. Solo la estructura gramatical da testimonio de su ex-sistencia; se trata de un "poco-de-ser" encontrado por la vía del objeto (a).

La verdad del cogito, "pienso", emerge entonces del rechazo del saber subjetivo, el de la ciencia escolar; el "luego existo" es una consecuencia de ese "pienso": existo durante el instante de mi enunciación.

Jacques-Alain Miller recuerda que, en su primera juventud, al mismo tiempo que leía a Descartes leía el libro de Martial Guéroul. Dice Miller:

La idea de Guéroul, y que introdujo una lectura completamente nueva de Descartes, a pesar de todo lo que se había dicho, fue tomar seriamente esas frases de Descartes que dicen: "En todo lo que escribo no sigo el orden de las materias, sino el orden de las razones"; explica lo que significa que no dice el todo de un tema de una sola vez, sino que razona por orden. De las cosas más fáciles a las cosas más difíciles. Deduzco lo que puedo, a veces por una cosa, a veces por otra, y esto es en mi opinión el verdadero camino para encontrar y exponer la verdad.<sup>73</sup>

Lo que Guéroul enseña a Miller es su idea de

Recuperar lo sistemático de un pensamiento [...] que cada frase de un pensador como Descartes se debía entender en relación con otra, que no había azar en eso, por lo menos en el texto de las *Meditaciones*. Es un ejemplo de lectura, como nunca hubo antes, de ese texto famoso, de lectura sistemática y se puede decir estructural, en cuanto

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 147.

que todo puede encontrar su lugar relativo a otros elementos.<sup>74</sup>

Después Miller sigue este ejemplo, aplicado a la obra de Lacan, reinventando el método aplicado a la disciplina del comentario de textos. Lo dice explícitamente: "puedo decir que, por lo menos para mí, eso fue un camino hacia Lacan [...] para mí eso fue como una preparación a la lectura de Lacan, para leerlo paso a paso y de manera sistemática".<sup>75</sup>

Finalmente, colocar la virtud de la precisión como el principio de la investigación en psicoanálisis es oportuno, por cuanto pedir la precisión en el relato de un paciente, o en el análisis de un discurso social, o en la investigación conceptual, remite a la ética del psicoanálisis:

Por cuanto la ética del psicoanálisis, en cierto modo, no apunta a ningún bien distinto del bien decir, según la enseñanza de Lacan. La palabra justa es en sí misma un dato. Lacan habla de cernir, de cernir lo que escapa, de cernir cada vez de más cerca, en la medida en que nuestra práctica tiene que ver con algo que escapa, entonces debemos seguir un movimiento de acercamiento, de aproximación cada vez más fino; y esto, si todo anda bien, es el camino del paciente y es a su vez el camino que deberíamos seguir en la investigación y en la enseñanza. Es decir que en el Instituto del Campo Freudiano [exigiremos] los temas cernidos; preferimos el detalle a la síntesis, el trozo a un cuerpo imaginario y decididamente rechazaremos las propuestas que no cumplen el requisito de la precisión [...] Producir algo nuevo, no importa lo pequeño que sea, algo pequeñito pero nuevo, vale más que síntesis extensas que repitan. De tal manera que tratamos en este lugar de producir, de estimular el deseo por lo nuevo, en tanto sabemos del goce de la repetición, que significa encontrar lo mismo una vez más.<sup>76</sup>

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 148.

<sup>76</sup> *Ibid.*, pp. 142-143.

Miller piensa, finalmente, que "salvar algo de la precisión es salvar lo esencial del psicoanálisis. Es otra manera de traducir el bien decir".<sup>77</sup>

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 155.

## CAPÍTULO TRES

### Del método y la investigación psicoanalítica

Héctor Gallo

#### *Introducción*

Los dos siguientes capítulos de este libro estarán dedicados a una discusión sobre *el método en su relación con la investigación en psicoanálisis*, pensada tanto desde el punto de vista clínico, como de su aplicación a fenómenos sociales. Se hará también un contrapunto entre el método tal como es pensado desde el psicoanálisis, y el método en la investigación social cualitativa y en las ciencias positivas. Con la perspectiva cualitativa se pondrán de relieve los puntos en común con respecto al método y las divergencias en cuanto al sujeto que se pretende restituir en ambos casos.

En el campo de la investigación, "método" evoca ruta a recorrer, camino que de antemano debe diseñarse para alcanzar un fin. No se trata de seguir el camino más corto, el más largo, el más tortuoso o el más fácil, sino el que garantice mayor precisión, que sin duda ha de ser el principio más adecuado y válido para alcanzar el objetivo propuesto en la aventura investigativa. Si diseñar una ruta es condición necesaria para los fines de una investigación, eso quiere decir que el sujeto que conviene se configura como punto de partida de esta, que en él la división no es contingente sino constituyente y que, por tanto, no se conforma como un *todo saber* que se



regocija enseñando lo acumulado, sino como "un vacío de saber".<sup>78</sup>

Para el sujeto dividido que se acaba de evocar, el conocimiento de lo acumulado solo sirve para orientarse hacia algo que puede ser nuevo, mientras que el sentimiento de totalidad o de unidad será considera una ilusión. De este modo, ya no solo el experimento, el control de variables, la medición y la réplica, sino también "toda referencia humanista se hace superflua, puesto que es a"<sup>79</sup> estos aspectos que dicho sujeto le cierra el camino en el plano de la investigación psicoanalítica.

### *Búsqueda de lo nuevo versus repetición*

Tanto a la investigación con el psicoanálisis como a la clínica psicoanalítica les conviene en la partida un sujeto que, en lugar de decir "yo soy un experto" dice "no sé". Esta posición en ambas experiencias tiene una "función operativa".<sup>80</sup> No se trata de la "ignorancia pura sino de ignorancia docta, de la ignorancia de alguien que sabe cosas, pero que voluntariamente ignora hasta cierto punto su saber para dar lugar a lo nuevo que va a ocurrir".<sup>81</sup> "No podemos sostener ninguna enseñanza solamente con la repetición". Hay que tener en cuenta otra vertiente que es la "investigación [...] que significa búsqueda, espera de lo nuevo".<sup>82</sup>

Claro que para lograr establecer que en efecto puede haber

algo nuevo que revelar, hay que hacer un trabajo previo que un investigador nunca deberá saltarse: lo que se denomina "estado de la cuestión". El estado de la cuestión permite evidenciar el problema a investigar, ya que éste no surge sino "a partir de lo que uno mismo, u otro, ha dicho antes y de su confrontación con lo imposible de decir".<sup>83</sup>

El estado de la cuestión es además una vía regia para acceder a conocer lo que ya está acumulado; es un trabajo documental que permite recoger "sistemática y reflexivamente el conocimiento acumulado sobre" el tema central de indagación.<sup>84</sup> Un estado de la cuestión "da origen a una evaluación o un balance de ese conocimiento acumulado, y establece una proyección o líneas de trabajo para posibilitar su desarrollo".<sup>85</sup> Se trata de hacer un exhaustivo examen de las explicaciones, teorías, metodología empleada, tesis, hipótesis y proposiciones hechas sobre el tema central de estudio, hasta precisar algo de lo que falta por decir y poner en discusión lo dicho, con miras a desarrollar algún planteamiento novedoso, que conduzca a nuevas conclusiones.

El estado de la cuestión puede concebirse como la parte inicial de una investigación, o también como una investigación documental con un desarrollo propio y a partir de la cual resulta posible formular problemas que pueden conducir hacia lo todavía no dicho. En esta perspectiva, el estado de la cuestión permite hacer "un balance prospectivo, reflexivo, sistemático y propositivo sobre un objeto particular de conocimiento".<sup>86</sup>

De lo anterior se desprende que en una investigación donde la postura teórica y metodológica se rige por el psicoanálisis, hay que mantener una dialéctica entre la vertiente de lo acumulado –estado de la cuestión– y la de lo nuevo –desa-

<sup>78</sup> Jaques-Alain Miller, *Introducción a la clínica lacaniana*, Conferencias en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, RBA libros, Barcelona, 2006, p. 96.

<sup>79</sup> Jacques Lacan, "Ciencia y verdad", *Escritos 2*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 856.

<sup>80</sup> Jacques-Alain Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 33.

<sup>81</sup> *Ibíd.*

<sup>82</sup> Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, t. 3, Paidós, Buenos Aires, p. 115.

<sup>83</sup> Jacques-Alain Miller, *Introducción a la clínica lacaniana*, op. cit., p. 109.

<sup>84</sup> María Eumelia Galeano, *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*, La Carreta Editores, Colección Ariadna, Medellín, 2007, p. 141.

<sup>85</sup> *Ibíd.*

<sup>86</sup> *Ibíd.*, p. 142.

rollo del trabajo—; es indispensable tener en cuenta esta dialéctica si no se quiere confundir la *repetición docente* con “la espera de lo nuevo, de un buen encuentro, de un hallazgo”.<sup>87</sup> El estilo que se propone como predominante en el psicoanálisis, desde el punto de vista investigativo, es un estilo *problematizador* y de movilidad, no de repetición.

Ahora bien, presentarse como el que cuenta con un saber siempre por demostrar solo cuando se requiera, y no como un docente erudito que por vivir repitiendo lo acumulado muestra de entrada el saber para amilanar al otro y engrandecer su narcisismo, no es una prescripción que los analistas lacanianos deban seguir. Al psicoanalista y al investigador psicoanalítico les conviene adoptar una posición dispuesta al debate, mantener vivo un elemento de duda metódica y un semblante de ignorancia, el cual cumple una función operativa en el orden pragmático, semejante a la que cumple la transferencia analítica y “la constitución del Sujeto-supuesto-saber”.<sup>88</sup>

Es en la medida en que se adopta una posición de no saber, por ejemplo, la causa del estado de ánimo en el caso del analizante, o de lo que le está pasando en su vida, que es posible constituir un “Sujeto-supuesto-saber como interlocutor. ¿Cómo podría alguien presentarse como sujeto que no sabe, como sujeto del no saber, si no es porque tiene una referencia implícita al Sujeto-supuesto-saber?”<sup>89</sup>

Es ético que un analista asuma la suposición referida, no como un traje de luces del que se crea dueño, sino con el cual se disfraza, como un traje prestado y “producido por el no saber del sujeto”,<sup>90</sup> un traje que no deberá confundir con su propia piel, o de lo contrario caerá en la infatuación, en la tontería de creer que “el traje es suyo, cuando solo es alquilado, [...] producido por el no saber del sujeto”.<sup>91</sup>

<sup>87</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 3, op. cit., p. 115.

<sup>88</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, op. cit., p. 33.

<sup>89</sup> J.-A. Miller, *Introducción a la clínica laciana*, op. cit., p. 93.

<sup>90</sup> *Ibid.*

<sup>91</sup> *Ibid.*

La posición de investigador con el psicoanálisis, igual que la del “Sujeto-supuesto-saber” en la clínica, no se establece a partir de un saber constituido sino siempre por constituirse, y es a este respecto que se anuda el valor operativo de la ignorancia. Abrir y recorrer un camino de investigación a partir de un saber por constituirse, del gusto por trabajar para producir un saber, supone no tenerlo todo resuelto, implica ver “más preguntas que respuestas”,<sup>92</sup> y percibir la necesidad de tener que inventar algo dentro del proceso de construcción que se pone en obra. “En esta vertiente estamos en la contingencia, no tenemos seguridad (en la repetición sí tenemos seguridad)”.<sup>93</sup>

Cuando se trata de la clínica, debe entenderse por ignorancia el hecho de no saber de antemano qué le conviene al paciente, y tampoco pretender que se comprende de inmediato lo que quiere decir cuando habla. En el caso de la investigación con el psicoanálisis, la ignorancia sería el soporte de un querer saber, de la disposición a entregarse a una indagación que reforme la manera de pensar, que implique un esfuerzo de formalización y de reformulación permanente de lo ya sabido. Para ubicarse más en el plan de preguntarse que en el de repetir y dar respuestas, lo mejor es partir de un saber por constituirse. Esta posición permite dudar o deshacerse de las ideas preconcebidas, da lugar a suponerle un saber al otro y facilita que se esté dispuesto a atender los requerimientos que ello implica.

Dado que en la investigación el fin es la obtención de un conocimiento que en algún aspecto sea inédito, el diseño de un método es indispensable para mantenerse en las vías de la pregunta, desarrollarla en sus distintos aspectos, evitar desviaciones, conservar el rigor, mantenerla en su relación con el campo del saber en el cual se formula y llevarla a buen puerto. No hay puerto mejor que lograr la elaboración de un producto final que sea transmisible a muchos, que resista la crí-

<sup>92</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 3, op. cit., p. 135.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 115.

tica y permita el intercambio de argumentos y la evaluación de estos.

De mi parte, he procurado en el ejercicio docente que los estudiantes en vía de formación como investigadores psicoanalíticos no se conformen con obtener un aprendizaje formal sobre los conceptos y la investigación en psicoanálisis, que los haga merecedores de un diploma que los acredite como Magíster y les permita pasar en ciertas esferas como expertos. Una búsqueda que no pase de la capacitación en un ejercicio formal, en un aprendizaje técnico en el cual sea notable que el sujeto se mantiene a distancia del saber, es una cuestión contraria al espíritu del psicoanálisis. Aquí no se trata de capacitar técnicos, sino de formar hombres de deseo, seres que logren experimentar algo que, en alguna medida, se parezca a lo que le sucede en un análisis a quien llega a constituirse como analizante.

Para un analizante formado en la orientación lacaniana, lo primordial no es conocer de sí mismo, penetrar en su interior, acceder a una actitud metódica e investigativa a la manera de un arte o a una forma de ser en la que se considera imprescindible dentro de la vida cotidiana una "contrastación dialéctica entre su discurso subjetivo (su teoría) y su experiencia existencial (su práctica)",<sup>94</sup> sino realizar "una búsqueda de sí mismo en la elaboración del saber".<sup>95</sup>

No basta con lograr una integridad o una congruencia entre el discurso y la existencia concreta para convertirse en analizante, tampoco con analizar críticamente los efectos de aquel y, en caso de que se oponga al bien en cualquiera de sus manifestaciones, estar dispuesto a modificarlo. Una virtud tan estimable como esta desde el punto de vista ético suele constituirse no tanto en un vehículo del deseo de analizarse,

<sup>94</sup> Juan Diego Lopera Echavarría et al, *El método analítico*, Grupo de Investigación "El método analítico y sus aplicaciones en las ciencias sociales y humanas", Medellín, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISCH). Universidad de Antioquia, 2010, p. 50.

<sup>95</sup> Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 144.

sino en una forma de taponar el inconsciente y con ello de la posibilidad de hacer causa de la división subjetiva, pues al no darle lugar a la formalización de un síntoma y a su reconocimiento en tanto tal, se opta más bien por prepararse y formarse en un método y en una actitud analítica. Esta perspectiva puede dar como resultado profesores valiosos y estimados por sus alumnos, psicólogos instruidos en el rigor del análisis del discurso, pero en esta vía no se forma un psicoanalista que soporta su acto en el deseo conquistado en su análisis.

No confundir el ideal ético de sostenerse en la identificación con el hecho de hacer valer una actitud analítica en la que coincidan el discurso y el actuar como efecto de la incorporación subjetiva de una perspectiva metódica en el plano del quehacer, con la conquista de un deseo de analista y la perseverancia que le corresponde, es algo imprescindible en la formación del psicoanalista y del investigador psicoanalítico. Lo ético de la función del deseo del analista en su praxis no se afinca en ninguna identificación, pues, al contrario, tiene que ver con una abstención de identificarse con la medida de la realidad, "abstención de la demanda y, fundamentalmente, abstención del fantasma".<sup>96</sup> El deseo del analista realmente cumple su función cuando la persona, por efecto del análisis, deja de obstaculizar la emergencia del sujeto que habla, emergencia que da cabida a las diferencias y que se opone al *todos somos iguales*.

En la misma perspectiva que se acaba de plantear, es deseable que, por ejemplo, el profesor del Departamento de Psicoanálisis en una universidad límite su persona y no se engolosine dando una clase erudita como los demás, sino que, más allá de exhibir su saber y de dar cuenta de su capacidad de impartir unos conocimientos, les permita a sus alumnos ver en dónde se encuentra como sujeto con respecto a lo que produce. En mi caso, la primera vez que hablé del método de forma sistemática y subordinando el concepto a la

<sup>96</sup> Jorge Chamorro, "El encuentro del psicoanalista con el psicótico", en: *Del Edipo y la sexuación*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 290.

investigación psicoanalítica, lo hice en el contexto de una Maestría en psicoanálisis. Esa primera vez exigió partir de muy poco, de casi nada acumulado, de detalles y pequeñas perlas que había logrado encontrar y escharbar aquí y allá. No dicté entonces ese seminario por ser el más capacitado, para lucirme y dar prueba del saber que poseía o para mostrarme como el de más experiencia y recorrido en la investigación psicoanalítica en la universidad, sino porque se me ocurrió hacer una apuesta de invención con muy poco.

Habermé atrevido a hablar de algo de lo cual no sabía, algo que no dominaba y acerca de lo cual apenas me rondaban algunas ideas que, poco a poco, fui desarrollando, argumentando e hilvanando de forma coherente, supuso que mi posición no fuera la del profesor que habla solo. Renuncié a ser un profesor para quien sus alumnos, por no ser reconocidos como interlocutores válidos, se reducen a ser objetos de aprobación o reprobación y a los que además hay que presionar para que rindan de acuerdo con lo esperado. Si se trataba de hacer un seminario y no un curso magistral, entonces lo coherente era conducirme como un orientador, como alguien que aspira a causar a los estudiantes en su formación como investigadores, vela por el funcionamiento, conversa con ellos, dirige sus trabajos y al final espera haber justificado su presencia.

Dado que un profesor en posición de analizante ha de partir de la división subjetiva que implica aceptar ser nombrado para dirigir un seminario en el cual tanto él como sus alumnos son principiantes, le corresponde estar dispuesto a aceptar que su condición es la de alguien que habla para formarse enseñando y, de igual manera, espera que sus interlocutores se formen como investigadores investigando. Recibir de buena gana sugerencias, aportes, anotaciones, correcciones y, sobre todo, mucha participación crítica que lo obligue a pensar, a hablar y a escribir, es lo que, a mi manera de ver, ha de definir la posición ética del profesor-analizante en su transmisión.

"Lacan presenta a Descartes en su *Seminario 11*, como un

hombre de deseo. Se puede decir que se trataba del deseo, y que, a su vez, se trataba de saber cuáles eran los valores que pudieran orientar su vida".<sup>97</sup> Esta posición, atribuida por Lacan a Descartes, nos enseña en qué debería consistir la relación de un analizante con el saber y con la vida. En mi caso, escribir para el Otro que se constituye en lector, transmitir lo que logro asimilar de lo que leo a quienes quieren escucharme, recibir personas que sufren en mi consultorio y contribuir a que logren hacer algo con dicho sufrimiento distinto a la destrucción de los demás y de sí mismos, son valores que orientan mi vida, síntomas que cultivo con esmero.

La finalidad que me guía cuando transmito y escribo es comportarme como un analizante decidido, y es desde este lugar que trato de lograr en los alumnos, así sean ocasionales, un efecto análogo, para que cuando aparezca el aburrimiento se piense que algo sucederá que nos conmueva y entusiasme de nuevo. Lo que espero mostrar entonces no es una relación con el saber de acumulación erudita, que de hecho no poseo, sino algo así como una orientación en un deseo.

No se entienda por orientación un modo de ser, una manera de proceder, un estilo de vida o una actitud inscrita en un interés común, pues en cada quien el deseo ha de ser singular, y en absoluto ha de inscribirse en el ideal de que otros lo incorporen como una forma de vivir. De proceder de acuerdo con este ideal, se estará queriendo restituir un padre más ético que la pluralidad de los significantes amos que lo representan en la actualidad, cuestión que, si bien nada tiene de negativo, y más bien se trata de algo bello y que tiende hacia la armonía, no es hacia donde apunta la ética del deseo en el psicoanálisis, que entra más bien en relación con una falta en ser, con una falta en el saber, en lo verdadero y en el orden de lo bello.

<sup>97</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, op. cit., p. 144.

### *Método, investigación y subjetividad*

Investigar en el campo del sujeto no es un quehacer que dependa de una habilidad especial ni del seguimiento de ciertas reglas; tampoco es un oficio como los otros: es más bien introducirse en una experiencia que tiene valor de aventura intelectual. Aquí el sujeto aparece involucrado de muy distintas maneras, pero siempre bajo la forma de un cuestionamiento, un sentimiento de bienestar o de malestar, una duda, el entusiasmo por una aventura o un atreverse a pensar. Todo esto, tan fundamental en la investigación, desaparece si lo que prima es la sujeción a una técnica establecida que el investigador estaría obligado a asimilar. Cuando un investigador de lo subjetivo y lo social decide obedecer a esquemas metodológicos rígidos y preestablecidos, que determinan "de antemano qué hacer y cómo hacerlo",<sup>98</sup> lo hará más por comodidad que por rigor y precisión.

Debe tenerse en cuenta que el cuestionamiento propio de la investigación no es el resultado de una inclinación natural del individuo biológico a preguntarse. No se nace con la capacidad de formularse preguntas que conduzcan a un mejor conocimiento de la realidad, pues se necesita la aprehensión, por parte del sujeto, de unos conceptos, un método, una disciplina de trabajo, un entusiasmo puesto en relación con el saber, una disposición a pensar distinto, a apartarse del camino común, de lo compacto y articulado y a reedificar lo hecho, hasta que los argumentos que dan piso al razonamiento encuentren la firmeza requerida.

De lo que se acaba de decir se deduce que el ideal de vivir en un mundo técnico, ideal que se introduce a partir de la industrialización caracterizada por la importancia de la máquina, puede servir para agilizar la producción y para contribuir a que el sujeto sea cada vez más "dependiente de

lo que se le presenta como un slogan, como una palabra clave",<sup>99</sup> pero no fortalece el vínculo entre quienes aportan la mano de obra, sino la competencia desleal por mostrarle al Otro quién es el mejor. Miller señala que la dependencia del sujeto de lo que se le presenta como slogan tiene que ver con una pérdida de orientación fundamental, que lo obliga a "identificarse con un significante amo".<sup>100</sup>

La lógica mercantil llevada al campo de lo humano destruye al sujeto de la deducción al enfrentar la dificultad inherente a su trabajo en el campo del saber, y debilita al sujeto que quiere investigar, pues lo convierte en un instrumento del Otro, el cual no admite la equivocación ni el error, y menos el abandono de una programación que ignora las especificidades. Es de esta manera como el mundo del sujeto de la palabra y del lenguaje, y "la precisión como virtud máxima"<sup>101</sup> que propone la investigación psicoanalítica en la "enseñanza y en la práctica del psicoanálisis",<sup>102</sup> van quedando subordinadas al mundo de la máquina, al imperativo de producir, a los universalismos y a la ilusión de que tomando un poco de todo se logrará obtener un saber completo, sin fisuras, pero que excluye los hallazgos.

La precisión en la investigación psicoanalítica no se relaciona con la cuantificación exigida por la técnica, ni con objetos ya hechos, y menos con sustancias, materias, o con la creencia en una verdad objetiva cognoscible definida por los hechos. Dado que el objeto puesto en juego en la investigación psicoanalítica es el sujeto que habla, hay que buscar la precisión en el terreno del lenguaje y ordenar el campo de los fenómenos a partir de una hipótesis, por ejemplo, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, o que no hay relación sexual. Miller dice que este modo de proceder no

<sup>99</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 1, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 274.

<sup>100</sup> *Ibid.*

<sup>101</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, *op. cit.*, p. 142.

<sup>102</sup> *Ibid.*

<sup>98</sup> María Teresa Uribe de H. "Presentación", en: María Eumelia Galeano, *Estrategias de investigación cualitativa. El giro en la mirada*, *op. cit.*, p. 13.

es dogmatismo sino "rigor en la deducción, es la manera de encontrar las dificultades al dar cuenta del psicoanálisis según esa sola hipótesis".<sup>103</sup>

Miller señala que la precisión en el psicoanálisis es una virtud fría que es necesaria en su investigación, y entra en relación con el "punto de los detalles". Dice que "el psicoanálisis desde Freud se nutre de detalles, y en la interrogación clínica paso a paso, las entrevistas preliminares, sabemos cómo debemos comunicar al paciente nuestra orientación hacia el detalle".<sup>104</sup> Para Miller, el investigador psicoanalítico no ha de tomar entonces como punto de orientación una perspectiva ecléctica, que propone diversas maneras de pensar el psicoanálisis y la sociedad, sino una lógico-deductiva, que en lugar de optar por tomar lo mejor de cada cosa, se basa en la argumentación destinada a probar o demostrar una proposición hipotética.

Con el término *precisión* no se apunta en el psicoanálisis a la medición y la cifra concreta, como garantía de que se tienen objetivos y un saber hacer para lograrlos, ni a la búsqueda de una correspondencia de los dichos con los hechos, y menos al experimento que puede ser replicado, sino a excluir la vaguedad en la palabra y la argumentación, tomando la perspectiva ética del bien decir. Aquí precisión y hecho no son complementarios; sin embargo, no es lícito decir que, como la investigación psicoanalítica del sujeto no hace hincapié en el empirismo, se funda entonces en algo mágico, religioso o especulativo, pues emplea otros medios de verificación diversos a los convencionales en materia científica, y en tal medida se sostiene una epistemología basada más en lo singular que en lo universal, una epistemología más próxima, aunque diferenciada, a la investigación cualitativa en la ciencias sociales que a la cuantitativa en las ciencias experimentales.

La investigación psicoanalítica y la investigación cualitativa en las ciencias sociales tienen varios elementos en común,

<sup>103</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 1, op. cit., p. 272.

<sup>104</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, op. cit., p. 142.

por ejemplo, comparten el hecho de que desde ambas perspectivas, aunque en direcciones diferentes, se trabaja por el *retorno del sujeto* "al primer plano del escenario de la investigación".<sup>105</sup> Debe aclararse, sin embargo, que el sujeto del cual se trata en cada caso se define de manera diferente. Para las ciencias sociales se trata del "sujeto de la acción en sus contextos particulares, con sus determinaciones históricas, sus singularidades culturales, sus diferencias y las distintas maneras de vivir y pensar".<sup>106</sup> Para el psicoanálisis se trata menos de un sujeto con capacidad de adquirir una conciencia histórica de los entornos habitados, que de un sujeto detectado por el psicoanalista en su praxis en un *estado de escisión*, un sujeto interesado en un "por qué moral" que hace "parte de su propio síntoma"<sup>107</sup> y que no cabe en una causalidad material, pues corresponde a la manera como se presenta la afectación del lenguaje, el inconsciente y la pulsión.

Para el sujeto referido, el saber de la conciencia cumple un papel mínimo en su síntoma, pues si aquí lo predominante es una escisión que se constituye como hecho empírico, lo que caracteriza a este sujeto es un no saber: "No sé qué pasa conmigo",<sup>108</sup> con respecto a las relaciones amorosas, que no me duran; a mis pensamientos, que no logro controlar; a la comida, que me excedo; a la ingesta de alcohol, que cuando me tomo el primero ya no puedo parar; al cuerpo, que no puedo dominar; a las relaciones sociales, que no son fluidas; a la vida, que nada me funciona. Lo interesante de este sujeto es que, a pesar de presentarse "a partir de una posición de no saber",<sup>109</sup> y de faltarle conciencia en la mayoría de sus actos, no por ello es menos responsable de lo que vive, siente, piensa y hace.

Retornando a la precisión, su función en la clínica psicoanalítica se puede ilustrar de la siguiente manera:

<sup>105</sup> María Teresa Uribe de H. Presentación del libro de María Eumelia Galeano, op. cit., p. 11.

<sup>106</sup> *Ibíd.*

<sup>107</sup> J.-A. Miller, *Introducción a la clínica lacaniana*, op. cit., p. 92.

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 93.

<sup>109</sup> *Ibíd.*

No es suficiente decir: "He tenido mucha angustia", sino que preguntamos por la modalidad específica de esa angustia, por el momento en que surge y cómo se apacigua, y esto, no porque tratemos de saber más, sino porque así comunicamos al paciente algo de la necesidad en el psicoanálisis del bien decir –y en eso me parece oportuno hacer de la precisión una virtud– por cuanto la ética del psicoanálisis, en cierto modo, no apunta a ningún bien distinto del bien decir, según la enseñanza de Lacan. La palabra es en sí misma un dato.<sup>110</sup>

Y como tal deberá ser captado, analizado y formalizado de la manera más precisa posible, siguiendo la lógica del discurso de cada quien.

Allí donde la palabra es tomada como un dato, deja de ser algo que se lo lleva el viento o que vale menos que una imagen, y pasa a tener valor semejante al de los hechos, al de las prácticas sociales, al de la historia particularmente vivida, razón por la cual ya no es necesario verificar si algo dicho sucedió o no, o si corresponde a una realidad objetiva fechada, para darle autenticidad a su ocurrencia y así retirarle todo manto de duda. "Para Lacan este es un ejemplo de la separación entre lo real y la verdad interna al discurso".<sup>111</sup>

¿Cómo trasladar el aspecto del bien decir propio de la clínica psicoanalítica a la investigación con el psicoanálisis? Miller dirá que esto se logra haciendo un esfuerzo constante por *cernir*. Tratándose de la investigación con el psicoanálisis, lo que el investigador tiene la responsabilidad de cernir de manera cada vez más fina es la pregunta. Así como un analizando comprometido con el inconsciente va sistemáticamente acercándose a la roca viva de eso que lo hace sufrir, y esto le ha de permitir formularse interrogantes cuyas respuestas lo han de conducir a verse desde otra perspectiva, del investigador psicoanalítico se espera que cada vez formalice mejor las paradojas del sujeto que se pone en juego en la experiencia de la cual se trate.

<sup>110</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, *op. cit.*, p. 142.

<sup>111</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, *op. cit.*, p. 87.

En la investigación empírica, lo fundamental es "la búsqueda de 'fuentes', de 'hechos' reales".<sup>112</sup> Aquí la realidad no es más que "el correlato del sistema percepción-conciencia".<sup>113</sup> Se supone que tomando la realidad de este modo se evita la especulación y se asegura una descripción correcta de los hechos. En la investigación psicoanalítica, dado que se le atribuye valor de dato al discurso, la noción de realidad con la cual se trabaja y la línea de experiencia que se sanciona, incluye a la realidad psíquica. Aquí lo más importante no son los hechos sino lo que el sujeto logra nombrar de esos hechos, sean reales o fantaseados, y la formalización rigurosa de la pregunta.

Tener en cuenta una acepción de la realidad que involucre los términos que conforman la realidad psíquica, como son el deseo y la fantasía, permite integrar como parte del método la condicionalidad de la vida psíquica e inferir que ningún acto humano es arbitrario, pues al examinar los que aparentemente son más casuales –sueños, olvidos, equivocaciones, ocurrencias, cortes, vacilaciones, pausas–, se descubren condicionados "por un contenido ideológico activo en el sujeto",<sup>114</sup> y es así como se les concede un valor indiciario. Tener en cuenta estos aspectos de la subjetividad exige tomar en serio al hablante en cuestión de verificación, y retirarle en nuestra investigación todo interés al experimento, aunque no a la aspiración de lograr una convicción objetiva.

En la investigación psicoanalítica aplicada a lo social, igual que en la investigación social cualitativa, y contrario a los modelos experimentales, "no basta con la información indirecta de los entrevistados",<sup>115</sup> pues se trata de contar con "el punto de vista de los sujetos estudiados". No es que el

<sup>112</sup> Immanuel Wallerstein, *Las incertidumbres del saber*, Gedisa, Barcelona, 2005, p. 98.

<sup>113</sup> J. Lacan, "La ciencia y la verdad", en: *Escritos 2*, *op. cit.*, p. 835.

<sup>114</sup> Sigmund Freud, "Psicoanálisis y diagnóstico de los procedimientos judiciales", en: *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 1278.

<sup>115</sup> M. E. Galeano, *op. cit.*, p. 38.

investigador psicoanalítico se haga parte de los procesos, en el sentido de mezclar sus sentimientos y compartir actividades o vivencias, pues desde el psicoanálisis se recomienda que estos aspectos imaginarios que caracterizan la relación entre yo y tú sean suspendidos. Esta suspensión, hasta donde sea posible, no se busca en aras de una supuesta objetividad, ni para conducirse como alguien ajeno al proceso y que se muestra diferente, sino para conservar una escucha más libre de la interferencia de los prejuicios y las creencias, una escucha en la que no se diluyan los detalles a favor de una radiografía del sistema social observado.

Miller señala la importancia de preferir "el detalle a la síntesis, [...] y decididamente rechazaremos las propuestas que no cumplen el requisito de la precisión".<sup>116</sup> Desde esta lógica metodológica de preferencia por el detalle y los hechos en apariencia insignificantes, lógica opuesta a la globalidad y la amplitud a veces sin límite, es preferible la elaboración de un texto corto a un texto largo, pero flojo y hecho a partir de la "biblioteca universal".

Miller dice que "lo más efectivo, lo más pragmático, es lo más pequeño".<sup>117</sup> Con esto quiere indicar que es preferible "tener tres páginas agudas y bien escritas que una tesis de cien páginas que a su vez copia la tesis del vecino, que a su vez copia la otra, y que resume por no sé qué cantidad de veces un texto de Freud que todo el mundo conoce".<sup>118</sup> Con el texto corto se busca "un poco menos de lo mismo y un poco más de otra cosa".<sup>119</sup>

Las normas universitarias de la actualidad, cuando sostienen que un criterio para considerar científico un texto es el número de citas realizadas, incentivan el más de lo mismo y, por no contribuir a ponerle límite a la hegemonía de lo cuantitativo, opacan la posibilidad de que se produzca un signifi-

<sup>116</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, op. cit., p. 143.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>118</sup> *Ibid.*

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 143.

cante nuevo. A mayor cantidad de citas exigidas hay menos espacio para los hallazgos y para el detalle iluminador de un encuentro o de la construcción de otra escena que no se ofrece a la vista del investigador, y menos de un observador corriente. Se trata de oscurecer la presencia del autor haciéndolo desaparecer en el amplio universo de las citas.

### *Especificidad del método y singularidad en lo clínico*

El criterio de lo corto, bajo la condición de que sea agudo y bien escrito, también es válido en la sesión analítica. Más vale una sesión corta que se rija por la apuesta de que el sujeto llegue a decir bien, a nombrar un signifiante fundamental que abra un horizonte de asociaciones en las que se vea concernido, que un parloteo sin fin que termina cuando el tiempo estipulado de la sesión se agota. En el primer caso hay que hacer un esfuerzo por nombrar, por metaforizar algo del goce no simbolizado, para así lograr, en cierta medida, renunciar a éste y operar una destitución subjetiva. En el segundo caso, en cambio, basta con hablar y hablar para reforzar los signifi-cantes amos que ponen en escena el ser de goce sin interrogarlo. De este modo, el tiempo pasa sin que el sujeto se vea dividido por sus propias palabras.

Mientras la precisión en el psicoanálisis remite a un proceso de acercamiento cada vez mejor logrado hacia el detalle, el cual es necesario porque tanto la clínica como la investigación se las tienen que ver con algo que se escapa, la precisión en la técnica remite a un modo de hacer uniforme que pueden compartir invariablemente los miembros de una misma comunidad. De este *modo de hacer* que se repite y puede ser administrado sin mucha dificultad, se distancia el método tal como es concebido por el psicoanálisis y las ciencias sociales orientadas por lo cualitativo.

Método, para el psicoanálisis, no remite en rigor a un *modo de hacer*, sino a un *modo de proceder* particular, irrepetible e imposible de evaluar si no es a partir del mismo sujeto. Es en



la medida en que sea entendido de esta manera, que el método resulta más favorable a la producción de algo nuevo, así sea pequeño, que a la repetición. Para ser coherentes con los principios del psicoanálisis es necesario estimular el "deseo por lo nuevo, en tanto sabemos del goce de la repetición que significa: encontrar lo mismo una vez más".<sup>120</sup>

El método corresponde al desenvolvimiento propio de una comunidad de trabajo, y de ninguna manera puede llegar a ser compartido por los investigadores de los distintos campos del saber. Los investigadores, en la medida en que se impliquen como sujetos en lo que se plantean, no se disponen a conformar una masa de los que piensan igual y hacen lo mismo, por el contrario, son seres singulares que hacen valer de manera argumentada sus puntos de vista, de acuerdo con la disciplina que representan en el concierto de las ideas.

Los objetos de conocimiento de cada disciplina, incluso los abordados por las disciplinas que componen las ciencias sociales, no son tampoco homogéneos, sino que guardan su especificidad. En cuanto a las preguntas de investigación, incluso dentro de una misma disciplina, también resultan definidas con respecto a su desarrollo por la particularidad del objeto a investigar, de ahí que puedan conducir a búsquedas que exigen tomar direcciones disímiles, dependiendo de lo que se pregunta. Se deduce que la directriz a seguir en la investigación psicoanalítica no es hacer prevalecer lo general y repetible, el estudio de lo típico, sino de lo excepcional, de los detalles marginales e irrelevantes, lopreciado como irrepitable y menos ligados a lo típico.<sup>121</sup>

Entonces, para el método psicoanalítico, los indicios más reveladores son también los que la mayoría considera triviales y carentes de importancia —en el caso de Freud, las formaciones del inconsciente; en Morelli, "ciertos rasgos pictóricos"; en Holmes, "las pistas e indicios involuntariamente

<sup>120</sup> *Ibid.*

<sup>121</sup> Véase "Morelli, Holmes y Freud", en: Gabriel Pulice et al, *Investigación y psicoanálisis, De Sherlock Holmes, Dupin y Pierce a la experiencia freudiana*, Letra Viva, Buenos Aires, 2000, pp. 124-132.

impresos por el autor en la escena del crimen"<sup>122</sup>-. Aunque estos elementos en sí mismos sean ambiguos, oscuros, atípicos e imposibles de encasillar, se les atribuye el valor de indicios porque constituyen una manifestación de lo más íntimo e incomparable del sujeto o del fenómeno y, por esta misma razón, hacen parte de una realidad más profunda sustraída al control de la conciencia.

Lo que regularmente es dejado de lado por constituir un agujero en el saber ya sabido, por no estar codificado, definido y descrito, para el método psicoanalítico se constituye en punto de apertura hacia el posible surgimiento de "una verdad que, hasta ese momento, ese mismo saber venía obturando".<sup>123</sup> Nos queda la pregunta: ¿cómo articular en una investigación con el psicoanálisis lo singular y lo estructural? Lo singular requiere que el investigador esté dispuesto a mantener abierto el abordaje metódico de lo imprevisto y de lo real no codificado, mientras que lo estructural hace referencia a lo constante. Entre lo real siempre por establecer en su singularidad y lo estructural que invoca lo universal, ha de mantenerse la investigación psicoanalítica tanto en lo clínico como en lo social.

Ahora bien, en el campo de las ciencias sociales, por ejemplo, hay consenso en que el método debe ser diseñado de acuerdo con la pregunta de investigación propuesta, en lugar de ceñirse a formas rígidas de proceder. En el caso del investigador social, hacer uso de algún modelo metodológico ya establecido no le concederá, al menos en el campo cualitativo, el valor de un patrón a seguir, sino que será ese algo que le sirve de inspiración y que ilumina los pasos. Este es otro elemento común entre la investigación social y la investigación psicoanalítica. En ambos campos es importante justificar, en cada ocasión, por qué el método empleado se considera el más adecuado para lograr el fin propuesto, y hay que esforzarse en formalizar cuáles son los límites y las posibilidades de su uso.

<sup>122</sup> *Ibid.*, pp. 127-128.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 131.

Eumelia Galeano dice que entre los investigadores sociales no existe acuerdo "frente al concepto estrategia de investigación social, ni respecto a los umbrales de diferenciación entre modalidad, enfoque y estrategia, ni sobre qué es cada uno".<sup>124</sup> Esto quiere decir que para la realización de una investigación social cualitativa no existe una estrategia estándar, sino la confluencia de varias estrategias que se "combinan, se cruzan, se confrontan y se complementan, imprimiéndole al proceso de investigación flexibilidad y creatividad".<sup>125</sup>

El rechazo a una estrategia estándar, más la importancia de la flexibilidad y la creatividad en el proceso de indagación, son elementos que acercan la investigación social cualitativa y la investigación psicoanalítica, tanto en su aplicación a un fenómeno social como en el registro clínico, donde "el rasgo propio [...] es no tener patrones".<sup>126</sup> Entonces, ni en la investigación social cualitativa, ni en la investigación con el psicoanálisis de fenómenos sociales, ni en la práctica psicoanalítica, hay patrones, pero en los tres casos hay principios gobernantes, entre los cuales hay que contar con la precisión, que, en el caso de la investigación, es más importante que la claridad.

Entre los principios de la investigación social cualitativa se encuentra el hecho de rescatar la "singularidad y las particularidades propias de los procesos sociales", así como "la comprensión de la realidad como resultado de un proceso histórico de construcción a partir de la lógica de los diversos actores sociales, con una mirada desde dentro".<sup>127</sup> En el caso del psicoanálisis aplicado a problemas externos a la clínica, los principios son sus conceptos fundamentales -inconsciente, pulsión, transferencia, repetición-, y es indispensable que sean asimilados por el investigador y aplicados de manera

<sup>124</sup> M. E. Galeano, *op. cit.*, p. 19.

<sup>125</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>126</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico, op. cit.*, p. 14.

<sup>127</sup> M. E. Galeano, *op. cit.*, p. 20.

rigurosa y precisa teniendo en cuenta la pregunta, si se pretende que lo construido siga siendo psicoanálisis.

En cuanto a la clínica, los principios se transmiten sin explicitación "a través del propio análisis. O si no, se transmiten a través de la supervisión".<sup>128</sup> Este procedimiento de transmisión es absolutamente propio de la investigación clínica, pues no tiene que ver con un procedimiento de observación participante en el cual el analista se propone entender a sus pacientes logrando provocar una empatía en ellos, haciéndose así partícipe de sus vivencias y comprenderlos desde dentro de su ser, sino con un alojamiento dado desde su posición deseante en el acto analítico. Si el analista no transmite un deseo cuando saluda, se despide, puntúa, cita o interpreta, no hay análisis, y tampoco entran en escena los principios del poder de la cura.

Ni en su clínica ni en la investigación, un analista desempeña el rol de observador participante; tampoco procede por adivinación o sugestión, ni es un participante observador o totalmente participante: es un ser que escucha desde un lugar de confidencialidad, contando con la transferencia que pueda llegar a establecerse. No predomina en él la participación, ni la aguda observación racional, pero sí la inferencia y la deducción, aunque en todos los casos ha de procurar ser prudente con lo que dice. No tratará de hacerse amigo del entrevistado, o miembro del grupo de entrevistados, pero tampoco optará por observar desde afuera como si se tratara de alguien ajeno o extraño, sino que se conducirá de acuerdo con la lectura que ha de ir haciendo de la transferencia suscitada, no propiamente en el grupo, sino en cada uno de sus integrantes. Aquí el uno por uno es fundamental, porque no se busca construir tipologías o establecer patrones de comportamiento, sino definir singularidades y formalizar detalles.

En la clínica y en la investigación psicoanalítica no se trata de un "excepcional talento para intuir e inferir, a partir de simples observaciones, la solución de los más diversos asun-

<sup>128</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico, op. cit.*, p. 15.

tos",<sup>129</sup> sino de la puesta en acto en el orden transferencial de un deseo decidido por la construcción de un sujeto singular, que es causado en su despertar. Freud nunca dejó de establecer un profundo nexo entre curar e investigar; por esta razón el psicoanálisis no se reduce a una terapéutica y tampoco es una pura elucubración teórica, sino una conjunción dinámica de estos dos aspectos, que le permite mantenerse como una disciplina en movimiento.

Queda la pregunta acerca de ¿cómo pasar del uno a uno de la clínica en la transmisión de los principios, al campo de la transmisión de estos para las multitudes? ¿De qué modo lo que un psicoanalista lleva a cabo en el tratamiento de un sujeto podría transmitirse a otros?

### *Método clínico e investigación*

La importancia de hacer un esfuerzo de formalización y transmisión de la experiencia analítica, así no se logre transmitir todo, así algo quede irremediamente por fuera como parte de un real innombrable, radica en que de esta manera se presiona a los analistas a dar cuenta de lo que hacen, a que no quede en secreto lo que pasa entre las paredes del consultorio. Se puede transmitir para un conglomerado de personas, por ejemplo, en qué consisten las entrevistas preliminares, pues en la práctica lacaniana se constituyen prácticamente en un patrón al que se acogen quienes allí se inscriben, aunque siguiendo un recorrido singular y no estándar.

Los psicoanalistas no presentamos estadísticas sobre los porcentajes de curas exitosas, pero sí nos ocupamos de dar respuestas a los interrogantes que se nos formulan, por ejemplo, acerca de cómo comienzan, transcurren y terminan los análisis. Las respuestas al respecto pueden darse mediante

<sup>129</sup> Gabriel Pulice et al, *Investigación ◇ psicoanálisis, De Sherlock Holmes, Dupin y Pierce a la experiencia freudiana*, Letra Viva, Buenos Aires, 2000, p. 18.

una abstracción conceptual, pero no se aspira a que tengan valor universal, pues cada quien puede constatar y reproducir, de acuerdo con su experiencia como analizante, cómo ha sido su proceso, en qué han consistido los efectos de formación obtenidos y qué utilidad extrajo de su experiencia analizante para su práctica como analista.

Es importante formalizar, por ejemplo, en qué consisten las entrevistas preliminares, y cuál es su función; esto resulta de utilidad para hacer comprensible lo que se denomina un comienzo de análisis, pues dichas entrevistas no se dan automáticamente por el solo hecho de iniciar unas visitas al analista. Las entrevistas preliminares no tienen una duración preestablecida, son un preámbulo variable que tiene lugar en el recorrido del análisis y que consiste en una reformulación, por parte del paciente, de su demanda, atendiendo cada vez más al detalle.

Las entrevistas preliminares se constituyen en una práctica "que es consecuencia directa de cómo damos una estructura a las 'bienvenidas'".<sup>130</sup> La bienvenida es la manera como un analista recibe al analizante desde el momento en que le acepta su demanda de ser paciente; a dicha bienvenida se le da una estructura, empleándola como el medio "para realizar un diagnóstico preliminar".<sup>131</sup> Entiéndase aquí diagnóstico no solo en el sentido de la estructura en juego, sino más que todo con respecto al modo como el sujeto se las arregla con lo real más íntimo, incómodo e insoportable.

En la investigación aplicada a problemas sociales tomando como soporte el psicoanálisis, no hay necesidad de hacer un diagnóstico preliminar, como sí sucede en la investigación clínica, pero sí es indispensable una fase preparatoria de indagación sobre el contexto, de formulación de los antecedentes de la pregunta, de discusión y reformulación. Esta fase no se debe obviar en ningún tipo de investigación que tenga por objeto los asuntos sociales, porque es el momento en el

<sup>130</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, op. cit., p. 18.

<sup>131</sup> *Ibíd.*

que se fija la pertinencia del problema a investigar, se establecen las fuentes y el modo de abordarlas, se distribuyen tareas, se definen responsabilidades, se establecen tiempos de acuerdo con las fases, se diseña un método, se hacen ensayos preliminares de aplicación y discusión de dicho método y, en general, se preparan y ponen a punto todos los detalles de la aventura.

Así como la práctica de las entrevistas preliminares da cuenta de cómo es la entrada de un sujeto en la experiencia analítica, elaborar un proyecto no es solamente formalizar la pregunta, justificarla, definir los objetivos y establecer un método; también implica, así no sea una exigencia académica, que los investigadores hagan una autoevaluación sobre el modo como están dispuestos a implicarse, en términos de deseo, con el problema que se va a trabajar. Del modo como se involucre subjetivamente el investigador con su pregunta depende su dedicación, el compromiso que adquiere y el entusiasmo que ha de asistirlo de principio a fin, así pase por momentos de fatiga, ofuscación, desfallecimiento o desconfianza en sus propias posibilidades, o así sea invadido por cierta tiniebla con respecto a los resultados esperados.

Darle el aval a la demanda de un paciente no se reduce solo a decirle "bienvenido, este es su espacio por el solo hecho de haberme escogido para escucharlo y de tener con qué pagarme", sino que debe, sobre todo, estar en condiciones "de concluir, de una manera previa, algo de la estructura clínica de la persona que viene a verlo".<sup>132</sup> En la investigación con el psicoanálisis, el estudiante en formación, si bien espera recibir el aval de su tutor con respecto a su pregunta de investigación, no deberá conformarse con esto, pues también él mismo deberá conceder su aval al trabajo que ha de realizar, dependiendo de su recorrido teórico, del deseo que ahí compromete y de su disposición a emprender un camino que implica dificultades, que le exige servirse de múltiples referencias y ordenarlas coherentemente en un texto estructurado.

<sup>132</sup> *Ibíd.*, p. 20.

Dar a conocer los resultados, exponerlos y ponerlos a consideración de la crítica ilustrada es algo que en el campo académico debe hacerse como una de las razones de ser de la investigación. Socializar los hallazgos, dar cuenta de cómo se procedió, mostrar cuáles fueron las dificultades que se presentaron, de qué manera se resolvieron y cómo se llegó a alcanzar los fines propuestos, hace parte del testimonio que da el investigador acerca de su formación en este campo, y es una manera de responder a la finalidad de la transmisión acerca de lo hecho.

En mi caso, que me encuentro en las dos orillas, porque como analista hago parte practicante de una Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, y a la vez me desempeño como docente investigador en la universidad, considero tan legítimo hacer transmisible para muchos aquello en lo que ha consistido mi experiencia investigativa con el psicoanálisis, como no apartarme del deber de poner en común lo que hago en la práctica analítica.

No estoy de acuerdo con que se aduzcan cuestiones de orden ético para ahorrarse el esfuerzo de transmitir lo que se hace en la consulta privada, pues en ningún momento se le pide al psicoanalista hacer pública la intimidad de sus analizantes, y menos que se los exponga a ser identificados por su entorno. Lo que por deber ético tendría que hacer público un analista, así sea solo para sus colegas y algunos otros profesionales, no son los casos en su detalle, sino significantes de los casos, o de alguno en particular, que permitan justificar lo que se hace en la intimidad del consultorio, abrir nuevos problemas clínicos, ampliar otros y transmitir, si bien no las reglas, sí "los principios metódicos del análisis".<sup>133</sup>

Debe quedar claro que no es lo mismo hablar de método en la práctica clínica del psicoanálisis, que hacerlo en la investigación con el psicoanálisis; pero, en este plano, sin duda la experiencia como analizante es un elemento sensibilizador, y la clínica una experiencia de inspiración. En ambos casos,

<sup>133</sup> *Ibíd.*, p. 19.

decir método sugiere que la responsabilidad de los resultados, salvo imprevistos externos a la observación de los principios de la clínica o de los preceptos requeridos por la pregunta, recae enteramente sobre el trabajo de quien analiza o investiga. No se trata de habilidades específicas, como capacidad de adaptación a las nuevas situaciones, sentido común y facilidad para relacionarse, con las que baste para ser un buen analista o un investigador competente, sino de una formación continuada del sujeto en su relación con el saber del inconsciente y el saber psicoanalítico.

No ha de esperarse que desde el más allá se produzca de pronto una revelación mágica del enigma que plantea el síntoma del sujeto o la pregunta del investigador, y menos sentarse a esperar, en caso de dificultad y de no saber qué hacer, que si se tiene fe vendrá una iluminación repentina que nos mostrará el camino a recorrer, "el orden verdadero" a seguir, y nos ayudará "a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca".<sup>134</sup> Aquí no se trata del piadoso "todo saldrá bien con la ayuda de Dios y la virgen María", sino de un "aplícate a tu pregunta partiendo del no saber que te causa".

Nuestra práctica clínica y el trabajo investigativo con el psicoanálisis no pasan por creencias relacionadas con el más allá, ni se realizan con la ayuda de un Dios inquieto por saber qué pasa en el alma de los seres humanos o en la realidad de las cosas del mundo. Tampoco existe el santo protector de los analistas ni de los investigadores, porque ninguna de las dos prácticas tiene nada que ver con una experiencia mística. Clínica y trabajo investigativo se distancian de un cálculo "ceñido a la aplicación de leyes, reglas o pautas preestablecidas".<sup>135</sup> No tienen que ver con "una operatoria mecánica y prácticamente despojada de toda creatividad o implicación subjetiva".<sup>136</sup>

<sup>134</sup> René Descartes, *Discurso del método*, Planeta, Colección Historia de la Literatura, Barcelona, 1994, p. 18.

<sup>135</sup> Gabriel Pulice et al, *Investigación ◇ psicoanálisis, De Sherlock Holmes, Dupin y Pierce a la experiencia freudiana*, Letra Viva, Buenos Aires, 2000, p. 88.

<sup>136</sup> *Ibíd.*

Un analista y un investigador psicoanalítico deben testificar en su acto que cuentan con la capacidad de superar los límites de la regla y de jugar las cartas que sean necesarias en cada ocasión. Han de conducirse en su acto por fuera de cualquier posibilidad de que se les asocie con algo de orden místico. De una experiencia de este tipo se puede dar testimonio, pero no es algo que sea transmisible a otros como un conocimiento, porque el mismo sujeto de la experiencia no sabe cómo llegó a adquirir las virtudes o los poderes que dice tener o que sus fieles le atribuyen. No se trata de poderes a los que se acceda siguiendo un orden prescrito por un método, ni de revelaciones que vienen de un Otro que se encarga de ungir al favorecido para que se sirva de esos poderes maravillosos bajo ciertas condiciones.

Así como no hay una manifestación de algo extrasensorial que venga a sustituir en algún momento el trabajo de indagación propio del proceso investigativo, tampoco hay lugar para el golpe de suerte que, gracias a un favorable azar, nos conduzca a un final feliz. Los hallazgos en una investigación son producto del trabajo metódico y de la apertura a lo nuevo, así resulte muy cuestionador de los presupuestos con los que se contaba al comienzo de la aventura. Los hallazgos en un análisis no adquieren el carácter de tal gracias a la sanción de un Otro evaluador, sino que son el producto de una autoevaluación, y en ello cuenta tanto la bienvenida como la despedida.

## CAPÍTULO CUATRO

### Método, sorpresa, subjetividad, verdad y saber

Héctor Gallo

#### *Introducción*

Hasta ahora se ha visto que, tal como se entiende el método en el psicoanálisis como teoría y como praxis, tiene afinidad con el sujeto, la sorpresa, las variables propias de la subjetividad y la construcción de un saber que se opone a la repetición y a la erudición. Vamos a seguir profundizando en este capítulo sobre lo que caracteriza al método en su afinidad con la clínica y la investigación psicoanalítica; se mantendrá el contrapunto con la investigación social cualitativa y con las ciencias positivas que excluyen la subjetividad, y se abordará con mayor juicio las relaciones entre el saber y la verdad.

Cuando alguien no se muestra dispuesto a dejarse tocar por los hallazgos, ni a desarraigar de sí prejuicios y creencias que le impiden disponerse a la sorpresa, no podrá ser paciente, si se trata de la experiencia del análisis, ni formarse como investigador investigando. Es esto lo que sucede, por ejemplo, cuando en nombre de la exactitud científica se pretenden medir todos los fenómenos, incluidos aquellos en los que no es posible la experimentación ni su repetición tal cual, porque interviene la subjetividad.

### *Flexibilidad del método y desconfianza de la experiencia acumulada*

La medida permite colocar en cifras concretas algo que es evidente, pero cuando apunta a lo real imposible de cuantificar, como es el caso del sujeto cuya división es causada por el inconsciente y el lenguaje, lo que se denomina científico por el hecho de ser objetivado se vuelve lo más vago y especulativo. No es por otra razón que los fundamentos invocados para justificar el afán de medir no se sostienen sino en cuanto dejan por "fuera del campo de la ciencia a la categoría de sujeto".<sup>137</sup> Mientras tanto, el psicoanálisis, que se opone rotundamente al afán de la medida cuando se trata de los asuntos de la psique en su relación con lo social, tiene el deber de "seguir representando el retorno de ese sujeto excluido de la ciencia".<sup>138</sup>

El método, tanto en la investigación con el psicoanálisis como en la investigación cualitativa, evoca un modo de proceder sistemático, un orden manifiesto en el que cada paso es debatido, justificado con argumentos, y profundamente reflexionado. Dentro de un modo de proceder metódico, hay lugar para el discernimiento y la determinación en favor de una probabilidad sobre otra, pero no para la improvisación. Es obligatorio admitir la sorpresa, prepararse para darle lugar a lo inesperado y para dejarse permear por eso no calculado que irrumpe como efecto de dicho proceder.

De lo que se acaba de decir se desprende que "un método adecuado no es solo un camino, sino un camino que puede abrir otros, de tal modo que o se alcanza el fin propuesto más plenamente que por medio del azar y la suerte, o se alcanzan inclusive otros fines que no se habían precisado (otros conocimientos u otro tipo de conocimiento, de los que no se tenía idea o se tenía solamente una idea sumamente vaga)".<sup>139</sup>

<sup>137</sup> Miquel Bassols, "Presentación", en: Jacques-Alain Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 8.

<sup>138</sup> *Ibid.*

<sup>139</sup> José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, t. III, Ariel, Barcelona, 1999, p. 2401.

El método no es algo que se elabore de una vez por todas antes de comenzar la investigación, sino que se va construyendo y ajustando a medida que esta avanza, "y la situación investigada da lugar a una reformulación constante en función de la incorporación de nuevos datos".<sup>140</sup> Esto quiere decir que, tanto en la investigación psicoanalítica como en la investigación social cualitativa, el método debe ser flexible, y hay que estar dispuesto a modificarlo en la medida en que los datos y el propósito así lo exijan.

De lo que se acaba de afirmar se desprende que, en el proceso investigativo, el método debe distinguirse de lo que es un protocolo en otro tipo de procedimientos, porque no alude a un hacer mecánico que vale para todos por igual, sino a un proceder intelectual en el cual el sujeto está obligado a ser creativo y no repetitivo. El protocolo consigna los pasos a seguir en un procedimiento de tipo técnico para que éste llegue a buen término, y, por tener el valor de prescripción realizada por expertos, se le concede a dichos pasos el estatuto de un ceremonial invariable y rutinario.

En una investigación es lícito servirse de los métodos establecidos, pero no bajo la forma de un modelo a seguir sin variación, y menos de guías para la acción a las que se les debe dar el valor de imperativos categóricos que requieren obediencia incondicional, sino haciendo un uso subordinado a los fines por lograr. A nada de lo que exista formalizado en las ciencias sociales en calidad de método hay que darle el estatuto de un paradigma, pues únicamente debe servir como un presupuesto de inspiración y orientación. "No hay un solo camino, con métodos y técnicas dogmáticos, sino un abanico de horizontes, y ventanas abiertas, que cada uno podría utilizar según sus objetivos, e incluso se podrá aventurar a abrir nuevas vías atípicas y heterodoxas. Es esta una tarea que solo el investigador puede llevar a cabo".<sup>141</sup>

<sup>140</sup> María Eumelia Galeano, *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*, La Carreta Editores, Colección Ariadna, Medellín, 2007, p. 49.

<sup>141</sup> *Ibid.*, p. 24.

Cada investigación requiere que quienes la realicen se preocupen por darle un sello propio, que se desprende de aspectos como la formación, el recorrido iluminado por la pregunta, las dificultades encontradas, los modos como estas se resolvieron, las enseñanzas que ello trajo consigo y el campo del saber en el cual se desarrolló el trabajo. De cada investigación debe quedar al menos un detalle nuevo, un significativo que dé cuenta de algo que represente "un poquito más de otra cosa".<sup>142</sup>

No hay método que pueda ser elevado a la categoría de "modelo eterno e invariable",<sup>143</sup> pero sí hay métodos más afines a unas disciplinas que a otras. Así, por ejemplo, si bien los distintos métodos cualitativos de las ciencias sociales no son adecuados para investigar con el psicoanálisis, porque parten del presupuesto de que "sujeto" es igual a "yo", y que el peso de las palabras depende de la veracidad de los hechos a los que supuestamente se refieren, hay que darles cierto lugar en nuestro trabajo porque son más afines a nuestros propósitos que los métodos cuantitativos, dado que no se basan en la verificación experimental.

Tanto desde la investigación cualitativa de lo social, como desde la investigación psicoanalítica, se invita a los investigadores a dejar *huella de su trabajo*, dando cuenta de cómo se llevó a cabo el recorrido, en qué consistió la pregunta inicial y cómo esta se fue transformando y reformulando de acuerdo con los hallazgos realizados y las contradicciones encontradas. Se trata de que cada investigador descubra su propio método, sin dejar de tomar como guías "algunos ya seguidos por otros investigadores",<sup>144</sup> pero siempre intentando conquistar una forma propia que oriente su indagación en cada caso.

Las preguntas de investigación que se formulen desde el campo del psicoanálisis y de la investigación social cualitati-

<sup>142</sup> Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 143.

<sup>143</sup> J. Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, t. III, *op. cit.*, p. 2692.

<sup>144</sup> M. E. Galeano, *op. cit.*, p. 24.

va no tienen posibilidad de contar con un patrón objetivo de lo verdadero, tal como sí sucede con las investigaciones en las ciencias positivas. En el psicoanálisis nunca se parte de certezas, sino de la incertidumbre representada por un sujeto que, por no estar gobernado por la razón, sino por el inconsciente y la pulsión, en absoluto coincide con el sujeto cartesiano de la experiencia, el razonamiento y la autodeterminación, y tampoco con el sujeto-actor social en un contexto histórico específico de la investigación cualitativa.

El sujeto cartesiano es un sujeto que, si se acoge a la razón, aparece liberado de las servidumbres del alma y de la división que estas producen, pues se trata de "una cosa absolutamente una y entera".<sup>145</sup> El sujeto de la investigación cualitativa es un ser inmerso en situaciones que dan cuenta de una realidad social que puede ser observada y transformada desde dentro, siguiendo los acontecimientos de la vida diaria. Mientras en esta investigación la fuente principal de los datos son las situaciones que se presentan en el diario vivir, en los contextos y referencias sociales y espaciales, en la investigación psicoanalítica no hay fuente distinta al discurso del sujeto.

Mientras que lograr domeñar las pasiones del alma mediante la fuerza de la razón es una prueba de sabiduría para el sujeto cartesiano, para el sujeto kantiano domeñar dichas pasiones es una prueba de abnegación con respecto al deber, pues hay en el corazón "muchos motivos que se contraponen"<sup>146</sup> a esta idea. Para el sujeto freudiano y lacaniano, oponerse a los excesos de las pasiones pulsionales no es ya cuestión de sabiduría, ni de poner por encima del deseo personal el imperativo del deber, sino cuestión de responsabilidad.

Entiéndase por responsabilidad la posibilidad que tiene un ser de lenguaje de responder a lo que le viene del Otro. Su emergencia no depende de la edad, del desarrollo de la inte-

<sup>145</sup> René Descartes, *Discurso del Método y otras obras*, Estudio introductorio de Francisco Larroyo, Porrúa, Buenos Aires, 1999, p. XVIII.

<sup>146</sup> Immanuel Kant, *Teoría y praxis*, Leviatán, Buenos Aires, 1984, p. 29.



ligencia o de la maduración del juicio, tampoco de ninguna sabiduría especial, y menos de un sacrificio del deseo en nombre del deber. No existe en el campo de la responsabilidad garantía de progreso, y menos de éxito verificable objetivamente, porque al entrar en relación con una dimensión ética solamente puede verse a través de la palabra.

La responsabilidad del sujeto frente a la pulsión nada tiene que ver con el hecho de tender hacia cierta pureza necesaria en la observación del deber moral; es además vacilante y no tiene que ver con una determinación de la voluntad racional, sino con una posición particular con respecto al ser de goce. Este ser, antes que pensar en las ventajas que podrían procurarle la virtud y la moral, piensa en las que obtendría de la transgresión. Por lo demás, cuenta con una disposición que, en lugar de favorecer la veneración del deber moral sobre todas las cosas, favorece la veneración del goce transgresor de la ley. Otra particularidad del ser de goce es que, por ser enteramente subjetivo y en gran medida inconsciente, su estatuto de verdad no se demuestra por vía empírica sino discursiva.

Aspectos del sujeto como el inconsciente y la pulsión se revelan a Freud gracias a una experiencia denominada *clínica del uno por uno*, experiencia que, por no ser de observación experimental, sino de palabra, entra en contacto con objetos de sentido y de sinsentido imposibles de objetivar y de cuantificar. Esta particularidad de la experiencia, de la cual surgen los conceptos que dan lugar a la disciplina del psicoanálisis, imprime un cambio drástico de perspectiva en la forma como el psicoanálisis concibe al ser humano, en los modos de proceder en la investigación de sus conflictos psíquicos y en los criterios de verificación, mas no en la construcción de los conceptos.

El método en psicoanálisis exige contar con los principios fundamentales que han de servir como ejes capaces de dar forma a la investigación. Esos principios son los conceptos que Freud nos dejó, no en calidad de prejuicios que ayudan a deformar la realidad observada, o de certezas absolutas que

no dejan ningún lugar a la incertidumbre, sino de elementos metódicos de partida y medios de lectura, desciframiento, confrontación y análisis de dicha realidad. Esto quiere decir que allí donde el concepto sea invocado en un texto para oscurecer un razonamiento y no para esclarecerlo, se lo vuelve despreciable por emplearlo de una manera que lo violenta en su función epistémica. En la investigación, el concepto debe invocarse para ponerlo al servicio de un bien decir teórico y no de un oscuro decir que afecta la transmisión y causa aburrimiento en el lector.

Para el psicoanálisis, ni el investigador con el psicoanálisis ni el clínico, por muchas investigaciones que hagan y por muchos años que lleven practicando, han de considerarse expertos en ninguno de los dos campos. La palabra 'experto' define "aquel que conoce, aquel que adquirió por la práctica, por la experiencia, una gran habilidad".<sup>147</sup> La investigación no es cuestión de habilidad adquirida mediante capacitaciones, sino de disciplina, entusiasmo, deseo de saber y atrevimiento a pensar. La clínica no se aprende por la experiencia acumulada, sino que es una posición ética, epistémica y política, que se conquista dentro de un proceso de formación que es infinito y que implica estudio sistemático del psicoanálisis, discusión permanente con los colegas, análisis personal, supervisión y transmisión.

Miller dice que Lacan se mostró muy desconfiado con respecto a la experiencia adquirida tratándose del psicoanálisis: "Podemos decir que la experiencia adquirida del practicante constituye en Lacan el objeto de una desvalorización constante. A decir verdad, no imagina un psicoanalista experto".<sup>148</sup> Lo mismo podría decirse con respecto a la investigación con el psicoanálisis, porque también aquí, tal como suce-

<sup>147</sup> Jacques-Alain Miller, "El psicoanálisis en sus relaciones con el mercado, la ciencia y la religión", en: *Revista medio dicho. La utilidad social del psicoanálisis*, Año 10, núm. 30, Córdoba, mayo de 2006, p. 11. Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana, Sección Córdoba.

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 12.

de con el inconsciente, hay que darle el mayor valor a "la frescura de la experiencia".<sup>149</sup>

La desconfianza con la experiencia acumulada no implica que se le desvalorice, sino que tiene que ver con un llamado de atención al investigador psicoanalítico y al psicoanalista para que tomen ciertas precauciones. Es recomendable evitar, por todos los medios posibles, que la experiencia tenga un efecto parasitario de la invención, porque de esta manera el quehacer se constituye en *más de lo mismo* y esto no genera sino aburrición. La experiencia es nociva cuando le sirve al investigador o al clínico para creerse experto, pero si se le emplea como aquello que permite ser mucho más meticuloso y prudente con el acto investigativo y clínico, resultará benéfica.

Cuando la experiencia facilita la repetición y el automatismo, se le cierra el camino a la sorpresa y a la emergencia de lo imprevisible, al encuentro con lo real que adviene sin esperarlo, ni anticiparlo y, por tanto, sin someterse a ninguna ley. En la investigación, como en la clínica, hay que poner en suspenso el saber de la experiencia, que tiene el peligro de hacer perder "el contacto con lo que de lo real es sin ley".<sup>150</sup> Quien entra en relación con leyes o regularidades que ya conoce, corre el peligro de quedar inmerso en el tedio del parasitismo, que es favorable a la repetición y opuesto al hallazgo.

Desde el psicoanálisis se valoriza más el lugar del inexperto que el del experto. Para el primero "todo es nuevo, es más sensible a lo singular";<sup>151</sup> en cambio el segundo quiere que todo sea rápido y mecánico, cree que ya lo ha visto todo y que en nada hay que detenerse a pensar. Si se trata de intervenir, por ejemplo, sobre los trastornos del humor de la población adolescente suministrándoles antidepresivos de forma masiva, no habrá necesidad de establecer en cada caso qué produjo el trastorno, pues cada uno es "cualquiera, el objeto que está puesto en función es cualquiera",<sup>152</sup> y esta

<sup>149</sup> *Ibíd.*

<sup>150</sup> *Ibíd.*, p. 16.

<sup>151</sup> *Ibíd.*, p. 13.

<sup>152</sup> *Ibíd.*, p. 15.

posibilidad de trabajar sobre el "cualquiera" la da la experiencia, cuando es empleada para definir protocolos y hacer cuestionarios con el objetivo de saber qué debe hacerse y qué no debe hacerse.

### *El método que incluye al sujeto del inconsciente*

La crítica dirigida al psicoanálisis por ser un "método no verificable según los criterios de la ciencia experimental"<sup>153</sup> nos es ya conocida y suele hacerse desde disciplinas como la psicología experimental y la cognitiva conductual, que le exigen al psicoanálisis una condición de ciencia que, en ellas mismas, es bastante cuestionable y dudosa. Estas disciplinas creen que es posible mantener indiferenciadas la verdad y la exactitud, incluso si se trata de asuntos que no pueden ser objetivados, como la inteligencia y cuestiones relativas a las pasiones humanas, en donde es imposible no entrar a hacer valer la *conjetura*, sin que necesariamente se excluya el *rigor*.

La condición para que verdad y exactitud se mantengan indiferenciadas es que tanto en la clínica analítica como en la investigación con el psicoanálisis se adopte como condición metodológica una verificación de los hechos relatados, para así certificarlos. Aunque este procedimiento permitiría una cuantificación de la experiencia, que le daría al psicoanálisis una apariencia de ciencia, seguirlo equivaldría a traicionar el método psicoanalítico, que tiene por finalidad preservar al sujeto.

Un aspecto metódico que, a mi manera de ver, deberán compartir quienes investigan con el psicoanálisis e incluyen como parte de las fuentes primarias el testimonio de personas entrevistadas, es cuidar de no reducir el sujeto a sus *dichos* y tener en cuenta la emergencia del *decir*, la cual se produce en la medida en que se cuestione la posición de dicho sujeto con respecto a lo que enuncia. Este modo de proceder es clave,

<sup>153</sup> M. Bassols, *op. cit.*, p. 7.

porque es otro elemento que distingue la investigación psicoanalítica de la investigación social cualitativa. Aquí el trabajo de análisis de discurso se mantiene en el nivel del *enunciado*, en una "lectura de gestos, actitudes, lenguaje corporal, signos, señales, pausas, tonos".<sup>154</sup> El aporte del psicoanálisis es pasar en el análisis de este nivel fenomenológico de producción de discurso a promover un segundo paso hacia la *enunciación*, que no es del todo igual a lo oculto y no aparente, que se trata de desvelar en lo que se denomina análisis de contenido.

Mientras la investigación cualitativa se preocupa por localizar los índices de objetividad, y en el caso de la investigación participante se recomienda una implicación del observador en los acontecimientos o fenómenos estudiados, a la investigación con el psicoanálisis le interesa establecer los índices de la subjetividad —índices del inconsciente—, que no es equivalente a lo oculto y latente, sino el lugar donde en rigor se intenta leer lo que hace marca significativa. No se trata de que el investigador psicoanalítico haga parte de la actividad social y comparta "las actividades fundamentales que se realizan en la comunidad o institución",<sup>155</sup> pues su investigación no se dirige a un grupo, a entender sus modos de expresión, reglas, maneras de funcionar y de comportarse, sino al sujeto en su decir y a la posición que allí se trasluce.

Tanto en un análisis como en la investigación con el psicoanálisis, lo fundamental, desde el punto de vista metodológico, no es en rigor revelar lo no dicho, lo no aparente, lo que escapa al conocimiento consciente, sino "localizar el decir del sujeto, o sea, [...] la enunciación, que significa la posición que aquel que enuncia toma con relación al enunciado".<sup>156</sup> Localizar el decir del sujeto se puede proponer como un principio general que ha de guiar al investigador psicoanalítico en lo clínico y en lo social. Se trata de una línea metódica que sería saludable seguir en las diferentes investigaciones, porque permite preservar el sujeto del inconsciente. Este sujeto se

<sup>154</sup> M. E. Galeano, *op. cit.*, p. 39.

<sup>155</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>156</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico, op. cit.*, p. 39.

diferencia notoriamente del individuo entrevistado en los estudios de caso, "que permiten registrar e interpretar hechos o situaciones con una relativa cercanía a la manera como suceden, representarlos, describirlos, e incluso evaluarlos".<sup>157</sup>

Considero que, con respecto a la definición del valor del dicho en una entrevista investigativa con el psicoanálisis, es clave tener en cuenta la indicación metodológica que se acaba de hacer. Lo que define el valor del dicho no es que sea falso o verdadero, como sucede en una indagación jurídica o en una investigación descriptiva, sino que se establezca qué es lo dicho para el sujeto, si retroactivamente niega o confirma la afirmación, si lo dicho es de él o es una "cita del discurso del Otro".<sup>158</sup>

Es tan usual que quien habla niegue después lo que dijo, se retracte o lo cambie en su contenido, que en el Derecho, por ejemplo, ha sido necesaria la institución de la escritura para cerrar definitivamente un negocio que partió de un acuerdo verbal. Se trata de ponerle un límite legal al posible cambio de posición subjetiva, pues con la firma del contrato se garantiza que, al día siguiente, no se pueda correr a intentar cambiar el papel firmado. Esto quiere decir que el "sujeto del derecho social tiene sus propias leyes en contraposición al sujeto del derecho analítico".<sup>159</sup>

El psicoanálisis en su clínica no se ocupa del sujeto en función del derecho social, sino del sujeto en función del derecho analítico, de ahí que se admita la posibilidad de que el sujeto en su discurso ponga lo dicho anteriormente entre comillas como si fuese una cita, y no por ello se le considerará falto de seriedad. "Siempre que se constituye una secuencia significativa, el dicho anterior cae en cierta objetividad y entonces puedo decir: 'Eso fue lo que yo dije antes, pero ahora diré otra cosa'".<sup>160</sup> El hecho de que quien habla admita esta possibili-

<sup>157</sup> M. E. Galeano, *op. cit.*, p. 77.

<sup>158</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico, op. cit.*, p. 47.

<sup>159</sup> *Ibid.*, pp. 47-48.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 46.

dad de volver permanentemente sobre los dichos para replantarse su posición como sujeto frente a ellos, plantea la cuestión de saber desde qué posición lo hace.

La referencia de lo que se dice, sea en la clínica o en una investigación psicoanalítica que propone entrevistas a profundidad como parte del método, es el propio sujeto y no el fenómeno como tal. Ocuparse de la localización de este sujeto con respecto al dicho no remite a la situación social del hablante, como sucede en la investigación cualitativa, sino que es la manera de facilitar la introducción "del sujeto en el inconsciente".<sup>161</sup>

La afirmación que se acaba de hacer permite consignar la siguiente hipótesis: que la presencia pulsátil del inconsciente —lo que aparece como un destello, un resplandor, y enseguida desaparece— no es exclusiva del dispositivo clínico. Se puede observar esta presencia en un dispositivo de entrevistas a profundidad, pero su captación exige estar atento a la sorpresa que, por ejemplo, produce la aparición inesperada de un *acto de insight*. Este acto constituye el repentino advenimiento de un *hallazgo subjetivo*; se define como la vivencia de un *encuentro* más o menos inexplicable, pero que no es el resultado de un milagro, sino de "una larga cadena de razonamientos"<sup>162</sup> íntimos e imperceptibles por la conciencia.

### *Del hallazgo subjetivo y la investigación*

La manera como la invención o el descubrimiento repentino de algo relacionado consigo mismo o con algo externo tiene que ver con procesos de pensamiento imperceptibles para la conciencia, procesos que cobran efectividad verificable en cierto momento lógico, es algo de lo que han dado cuenta los matemáticos. El matemático francés Henri Poincaré distingue dos fases en el trabajo de invención matemática:

<sup>161</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>162</sup> Gabriel Pulice et al, *Investigación ◊ Psicoanálisis*, Letra Viva, Buenos Aires, 2000, p. 158.

Fases que se encontrarían separadas por una fase inconsciente. Esta concepción está de acuerdo con una experiencia muy corriente acerca de lo que sucede cuando se resuelve un problema matemático suficientemente difícil: tras una serie de tentativas infructuosas llega la fatiga, y se ve uno obligado a abandonar la indagación; mas luego, tras un periodo de reposo, la solución se presenta repentinamente, sin esfuerzo alguno consciente y con claridad y certidumbre sorprendentes; de suerte que la segunda fase del trabajo consciente no consiste sino en comprobar y formular lo que acaba de encontrarse.<sup>163</sup>

Fuera del campo matemático también se encuentran ejemplos de solución de enigmas mientras el trabajo de reflexión se encuentra aparentemente suspendido y en reposo. Este es el caso de Singer, el inventor de la máquina de coser. Se dice que Singer no encontraba el modo de enhebrar el hilo en la aguja de la máquina para hacerla funcionar, por lo que invertía su tiempo pensando en el asunto de manera infructuosa, pues no lograba terminar su invento.

Una noche, agotado luego de tan infructuoso trabajo de pensamiento, se quedó dormido, soñando que era perseguido por un caballero con armadura, la lanza en ristre, notando en el sueño la particularidad de que la punta de la lanza tenía un ojal. Al despertar, por la mañana, pudo relacionar la imagen del sueño con aquello que le faltaba resolver para que su máquina funcionara, logrando de este modo culminar su invento a partir de ubicar el ojo de la aguja en la punta, tal como aparecía en su sueño la lanza del caballero, y tal como desde entonces lo llevan en todo el mundo las máquinas de coser.<sup>164</sup>

El testimonio de Poincaré y lo que se dice del descubrimiento de Singer demuestran que si un investigador preten-

<sup>163</sup> H. Fehr, *Enquette de "L'Enseignement Mathématique" sur la méthode de travail des mathématiciens*. H. Fehr contó para este trabajo con la colaboración de dos distinguidos psicólogos de la época: T. Flournoy y E. Claparéd. Citado en Gabriel Pulice et al, *op. cit.*, p. 159.

<sup>164</sup> *Ibid.*

de hacer un trabajo que concluya en la invención de algo notorio, es indispensable que tenga un compromiso subjetivo sin tregua, compromiso que se mantiene incluso durante el reposo, cuando se supone que el cuerpo se inmoviliza y el espíritu duerme. Este mismo elemento se encuentra en las historias de Holmes y Dupin, los personajes de Doyle y Poe, respectivamente, cuando dejan de pensar conscientemente porque no logran seguir avanzando en sus deducciones, conjeturas e inducciones:

Dupin se deja envolver por la atmósfera del humo de la pipa, liberando así la corriente de su raciocinio; Holmes, por su parte, a veces hace lo mismo que su precursor, otras veces toca el violín o desarrolla experimentos químicos. Esa relajación de la atención, lejos de resultar improductiva, va a tener efectos que no se pueden dejar de reconocer.<sup>165</sup>

En todo caso, la idea es que el mejor método para lograr los fines propuestos en una investigación que incluya algo de invención es que solo exista reposo aparente del lado del pensamiento, pues hay "una fase de trabajo inconsciente que conduciría, por fin, a la solución buscada".<sup>166</sup>

Digamos que en las entrevistas orientadas por una pregunta de investigación no existe como finalidad conducir al entrevistado hasta un *insight*, y ni siquiera puede hablarse de un método o de reglas para lograrlo. Lo que se pretende al interrogar al sujeto no es conducirlo a un *insight*, a que alcance algún tipo de certeza interna iluminado por las observaciones que va revelando, sino que se busca penetrar, gracias al examen del discurso, en una masa de información más profunda que la formalizada, recordada o preformada, y, en esta vía, la entrada en juego del sujeto de la enunciación –el sujeto del inconsciente–, es forzada. Este sujeto es el que puede orientar al investigador psicoanalítico en la comprensión de algo poco aparente relacionado con el fenómeno investigado.

Lo que es indispensable para que esos chispazos del

<sup>165</sup> *Ibíd.*, p. 159.

<sup>166</sup> *Ibíd.*, p. 160.

inconsciente no se desperdicien es la presencia, como entrevistador, de alguien que haya tenido la experiencia del inconsciente y que esté en condiciones de capitalizar la emergencia de la enunciación. No que lo haga bajo la forma de puntuación, corte o interpretación, sino de cita o de pregunta que facilite el despliegue de la palabra, y que permita "hacer explícita la información tácita; o [...] producir una información nueva".<sup>167</sup> Las preguntas al entrevistado en una investigación psicoanalítica tienen la función de ayudar a despejar el campo hacia donde deberá orientarse la búsqueda que permita la producción de un saber, que no se encuentra contenido en la masa de información de la cual se puede disponer.<sup>168</sup>

Mientras en el caso de la investigación judicial el enigma es abierto por aquellos elementos que desentonan en la escena, y que son la llave para, mediante un procedimiento de inferencia, acceder a algún encuentro posible con la verdad de los hechos, en el psicoanálisis el enigma lo abren los quiebres en el discurso, las lagunas e inconsistencias, y se trata de lograr que el sujeto se sienta concernido por ello. Ya no se trata de fijar lo que desentona, lo que resulta cojo en la escena reproducida en la declaración, y luego deducir, inducir o abducir,<sup>169</sup> sino de identificar lo que desentona en el discurso enunciado. Lo que desentona no es otro que el sujeto de la enunciación, sujeto que puede entrar en desacuerdo con lo que acaba de enunciar y que puede hacerlo entrar en una mayor confusión, hasta el punto de reconocer que ya no sabe qué dice ni qué quiere.

A medida que el sujeto habla dentro de un dispositivo analítico, más concernido se va sintiendo con lo que dice, y por ello también más responsabilizado. Este sentimiento no deja de angustiarse, porque siente que el hecho de hablar en un dispositivo en donde las palabras no pasan en vano (igual

<sup>167</sup> *Ibíd.*, p. 155.

<sup>168</sup> Véase *Ibíd.*, p. 158.

<sup>169</sup> Deducir, inducir y abducir son las tres clases de inferencia que propone Pierce en el proceso cognoscitivo, Véase *Ibíd.*, p. 67.

que le ocurre al investigador comprometido con su pregunta) no le deja reposo, no le permite actuar de cualquier manera, ni seguir gozando como hasta entonces lo hacía, o hacerse el tonto que no se da cuenta.

Así como el investigador puede soñar para resolver lo que se quedó en suspenso durante la vigilia, el analizante puede soñar para darle respuesta a un enigma frente al cual se quedó en la víspera sin palabras y que lo estaba angustiando. El sueño también a veces le sirve de orientación al sujeto con respecto a su real más íntimo, le marca una perspectiva de elección, le indica hacia dónde debe orientarse en el plano de sus asociaciones, le marca un avance subjetivo o le permite precisar mejor en relación con qué objeto se localiza su angustia.

Si en la investigación se avanza a partir de una pregunta del investigador sobre algún fenómeno específico, en la clínica del sujeto la pregunta que permite la entrada en análisis no es del analista que quiere saber, sino del sujeto analizante sobre el deseo. Del lado de la histeria, la pregunta que la atormenta se dirige al sexo: "¿Soy mujer? ¿Soy hombre? ¿Soy una verdadera mujer? ¿Soy un hombre fallido?".<sup>170</sup>

La pregunta obsesiva es distinta porque tiene que ver con "el propio paso de la nada -ya que el sujeto está vacío- y el pasaje de nada a alguna cosa es la pregunta de la propia existencia de la nada".<sup>171</sup> Un sujeto obsesivo me decía: "si renuncio a la obsesión, a estar vinculado subjetivamente con el pensamiento, que ha sido mi manera de verificar que estoy vivo y la única forma que conozco de vivir, ¿entonces qué quedará de mí, con qué me quedo o de qué me agarro?".

Se trata de un sujeto que, por un lado, está convencido de que no puede seguir viviendo enjaulado en sus pensamientos parásitos, pero, por el otro, no sabe de qué otra manera vivir que no sea obsesionado. Dado que su experiencia de análisis le ha permitido demostrarse a sí mismo que el padecimiento obsesivo lo ha conducido a sentirse nada, ha concluido que

esa vida ya no es la que quiere, y que ha de trabajar para renunciar a seguir gozando de la misma manera, que no es otra que la de querer tener todo bajo control y evitar cualquier incertidumbre.

El sujeto obsesivo es nada mientras está obsesionado, pero al mismo tiempo es así como experimenta que existe. En el caso referido, el sujeto, como efecto de su indagación analítica, ha decidido pasar a ser alguna cosa por la vía del deseo, en lugar de continuar obsesionándose para sentirse vivo. Lo que ahora se pregunta es cómo hacer para lograrlo, cómo pasar de ser nada a ser algo, cómo vivir sin obsesionarse en aquellos casos en que se ve ante la falta de una certeza con respecto al presente y el porvenir. Aquí se trata de la verdad del sujeto; para acceder a esta no hay otro método que el de la palabra, y se logra de manera singular, por vías inéditas y de forma creativa.

Miller sostiene que el sujeto mismo "es ya una pregunta". "Hay muchos textos de Lacan que consideran la clínica psicoanalítica de las neurosis como una clínica de las preguntas, de las diferentes preguntas en las que el sujeto se sitúa, pero también de las preguntas que el sujeto es".<sup>172</sup> Se concluye que, así como no hay investigación sin pregunta, tampoco hay clínica analítica sin preguntas que el paciente quiera resolver, sin que el sujeto se considere él mismo una pregunta y sin que sea a la vez una pregunta para el analista.

No hay investigación ni análisis sin pregunta porque "el deseo es una pregunta, el deseo es una pregunta sobre el deseo. El deseo es la verdadera pregunta, el *¿che vuoi?* lacaniano".<sup>173</sup> El deseo tiene una dialéctica, se transforma, permite modificaciones, cambios, soporta contradictorios y se constituye en relación con el Otro, al que siempre se le tiene en consideración. El goce, por el contrario, nada tiene que ver con la dialéctica, porque su forma de presentarse es el imperativo. "El goce constituye una inercia [...] Si el deseo es del Otro, el

<sup>170</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, op. cit., p. 105.

<sup>171</sup> *Ibid.*

<sup>172</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 104.

goce es del Uno".<sup>174</sup> El goce se presenta como imperativo, se anuda a significantes amos que no dan tregua, confunden, desorientan y se imponen bajo la forma de la repetición.

Al menos en el campo del psicoanálisis, método es orientación que protege de la confusión; el deseo es un destino, y la investigación requiere de una posición subjetiva fundamental, en correspondencia con el razonamiento y la deducción que le siguen a una pregunta. En psicoanálisis, método, deseo e investigación se oponen a goce, imperativo y estandarización.

### *Método, verdad y saber*

El uso que el llamado experto hace hoy de la palabra 'ciencia' es bastante sospechoso. Estos personajes, elevados a la máxima expresión en el tiempo de la evaluación y de la medición, suelen emplear el término como un adjetivo con el cual califican eso de lo que se habla o se escribe, con el objetivo de darle el valor de una certeza indiscutible. Al aplicarle a una idea, a un trabajo o a un artículo el rótulo de científico, se da por descontado que se está haciendo referencia a una verdad incuestionable, infalible, cuando en realidad puede tratarse de algo poco fiable y especulativo.

"Los científicos dicen con modestia que todas las afirmaciones científicas están sujetas a revisión si surgen nuevos datos, con lo que parecen diferenciarse de las demás formas de aserción de la verdad, que los científicos tildan de ideológicas o especulativas o tradicionales o subjetivas, y por lo tanto, menos (mucho menos) fiables".<sup>175</sup> Lo que desde esta perspectiva se propone como garantía de fiabilidad de una afirmación o un producto calificado como investigación no es entonces llamarlo científico para evitar que se le ponga en duda, sea puesto en tela de juicio o se le someta a revisión y

<sup>174</sup> *Ibíd.*

<sup>175</sup> Immanuel Wallerstein, *Las incertidumbres del saber*, Gedisa, Barcelona, 2004, p. 15.

crítica, sino lo contrario: que es científico justamente porque la verdad que revela tendrá siempre un valor preliminar, no es absoluta, sino falible y susceptible de cuestionamiento.

Un ejemplo histórico, que puede ser evocado para ilustrar la complejidad de la verdad y mostrar por qué a este nivel hay que tener en cuenta dimensiones diversas, sobre todo cuando lo que se pone en juego son fenómenos sociales y políticos y asuntos relacionados con la subjetividad, lo encontramos en el informe publicado en 1998 por "un cuerpo llamado la Comisión de la Verdad y la Reconciliación".<sup>176</sup> Este cuerpo fue constituido por el gobierno sudafricano posterior al *apartheid*, y su misión era elucidar la verdad "sobre las violaciones a los derechos humanos en el periodo 1960-1994".<sup>177</sup>

Así como a propósito del conflicto armado colombiano la Ley de Justicia y Paz vincula tres temas, que son verdad, justicia y reparación, en Sudáfrica también fueron tres los temas que la comisión decidió vincular: la verdad, la reconciliación y la amnistía. Cabe anotar que en este caso, como suele suceder en la mayoría de los escenarios en los que a causa de la guerra o de un régimen antidemocrático se cometen violaciones de los derechos humanos, se tuvo que ofrecer la amnistía a todo aquel que confesara sus crímenes, cuestión que implica consentir cierto margen de impunidad para que la verdad, al menos la que concierne al registro de los hechos, no quede en la más completa oscuridad.

Lo que interesa resaltar para nuestro propósito es que la comisión afirmó haberse encontrado con cuatro nociones de verdad distintas entre sí, pero todas ellas de gran validez en función de aquello a lo que cada una aludía. Tenemos "la verdad objetiva o forense", que es la verdad a la cual se llega gracias a la recolección de pruebas en el lugar de los acontecimientos, pruebas que tienen el valor de signos a partir de los cuales se hacen conjeturas, que, de ser verificadas, adquieren

<sup>176</sup> *Ibíd.*, p. 116.

<sup>177</sup> *Ibíd.*

un gran valor para que el juez ejecutor de penas pueda juzgar a los posibles responsables de un crimen.

Dado que la comisión decidió, de manera afortunada, tener en cuenta la palabra de las víctimas, esto le permitió formalizar lo que se denominó "la verdad personal o narrada". Esta verdad es el producto de la historia que se les permitió contar retroactivamente a las víctimas y, contrario a la anterior verdad, no tiene un estatuto objetivo sino narrativo, y en tal medida tiene el valor de un acto de restitución de la memoria histórica.

Las otras dos verdades son la "social o dialógica" y la "curativa o restauradora".<sup>178</sup> Estas dos últimas verdades son bastante afines a la segunda. Las tres tienen un valor reparador en el plano simbólico, y por eso cada una tiene la particularidad de no fundarse en los hechos sino en el discurso. Tenemos entonces el discurso como narrativa testimonial del modo como fueron percibidos los hechos, el discurso que se pone en juego, a modo de discusión dialéctica, sobre los hechos entre los involucrados y, finalmente, el discurso con el cual se da cuenta del modo como fueron vividos los hechos.

La comisión definió como verdad objetiva la referida a las pruebas sobre lo que efectivamente sucedió. Esta verdad es útil socialmente porque permite limitar la mentira que suele circular sin objeción en el discurso público, y jurídicamente es fundamental porque de otra manera no habría cómo juzgar y condenar a los perpetradores, aunque en algunas ocasiones la condena solamente sea moral. La condena produce socialmente el sentimiento de que por fin hay una justicia que cobra las faltas, cuestión que en alguna medida les trae a las víctimas un alivio, aunque limitado por el sentimiento de que nada equipara lo perdido. Digamos que la verdad objetiva es la única que les importa a los expertos forenses, quienes por razones prácticas trabajan de espaldas al sujeto.

La verdad personal es la del sujeto que narra lo sucedido, es la verdad que Pierce hace corresponder con lo que deno-

<sup>178</sup> *Ibid.*

mina el "pensamiento privado, afectado por la idiosincrasia y los errores de cada persona".<sup>179</sup> Esta es la verdad que, en el caso de las víctimas de la discriminación racial en Sudáfrica, y en general en un conflicto armado como el colombiano, da cuenta del dolor que dejó en cada quien lo vivido. La importancia de esta verdad no se mide en términos de científicidad, pues no está hecha para evitar la falta de concordancia, el error y el malentendido, sino para servir a una función social. Es gracias a su concurso que la palabra de las víctimas es rescatada, se le devuelve su peso, y así ellas salen del anonimato y el silencio al que se ven sometidas por el verdugo, pues son escuchadas y reconocidas, y encuentran la posibilidad de elaborar lo padecido.

La verdad social es la que surge de la interacción y el debate entre los involucrados, a partir de sus distintas visiones; promueve la particularidad, y nada tiene que ver con el otro aspecto poco pragmático y de cierto modo idealista de Pierce, que se relaciona con su postulado de un *pensamiento general*, opuesto al pensamiento de cada uno. La comisión considera que esta verdad sirvió como "base para la dignidad y la integridad humanas".

Finalmente, la verdad curativa fue el tipo de verdad que coloca los hechos y su significado en el contexto de las relaciones humanas, tanto entre ciudadanos como entre el Estado y los ciudadanos. Fue por ello que la comisión hizo hincapié no solo en el conocimiento sino también en el reconocimiento. El reconocimiento es la afirmación de que el dolor de una persona es real y merece ser atendido. Por eso resulta central para la restitución de la dignidad a las víctimas.<sup>180</sup>

Si, en nombre de la científicidad, la comisión se hubiera dedicado únicamente a recoger pruebas objetivas y a verificarlas sobre el terreno mediante procedimientos fiables, se habría olvidado de la dimensión social, política y subjetiva del problema, y habría reducido un problema político, social

<sup>179</sup> Citado por Gabriel Pulice et al, *op. cit.*, p. 70.

<sup>180</sup> *Ibid.*



y de salud mental a un asunto jurídico. Restituir la dignidad de las víctimas es una cuestión que no se logra únicamente juzgando a los perpetradores, sino ante todo mediante procedimientos simbólicos, en los cuales la palabra cumple un papel protagónico.

Digamos que en terrenos como el que se acaba de evocar, en donde aparecen implicadas formas de conocimiento ligadas a la experiencia cotidiana, los procedimientos científicos, en el sentido positivo del término, en absoluto son competentes, fiables, y menos deseables, porque dejan de lado la implicación del sujeto. Es lo que sucede en el campo de la salud mental, donde la ciencia se dedica a hacer valer una postura mercantil dominante en esta época, que consiste en hacer creer que lo psíquico tiene un fundamento cerebral y funciona de acuerdo con leyes fisicoquímicas, que son presentadas con una presunción de exactitud que se acerca a lo ridículo, ya que pretenden garantizar la cientificidad de lo que dicen, excluyendo la conjetura.

Para mantener vigente el objetivo referido, los laboratorios farmacéuticos invierten en investigaciones destinadas a demostrar, mediante manipulación de los datos, que su nuevo medicamento es el más apto para remediar cierto trastorno, que en adelante será incluido en los manuales de clasificación de las enfermedades mentales, manual que se encarga de moldear la mirada del practicante y de establecer lo que tiene valor *indicial*. Como criterio de validación se usa alguna autoridad prestigiosa o una publicación reconocida y especializada, y si ningún otro experto se pronuncia contra lo dicho mostrando su inconsistencia, se le da credibilidad a lo que se pregona por la publicidad, y enseñada se incorpora "al sistema en que almacenamos el saber".<sup>181</sup>

"Es difícil sostener que haya una ciencia –o alguna praxis que aspire a la cientificidad– que no recurra en determinado momento a la conjetura, a la inferencia deductiva".<sup>182</sup> El acto

<sup>181</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>182</sup> *Ibid.*, p. 136.

de conjeturar es parte importante de un *pensamiento creativo*, es un recurso de uso variable, que sirve como punto de partida para avanzar en la vía del descubrimiento. En este sentido, la conjetura tiene el valor de una hipótesis por verificar a posteriori mediante confrontación con la experiencia, confrontación de la que depende su crédito o su descrédito. En el caso de la clínica psicoanalítica, por ejemplo, dicha verificación se da en el discurso del propio sujeto, encargado de definir lo que para él es relevante o se constituye en *indiciario* de algo que había permanecido oculto.

Para los practicantes de la salud mental que basan su acto clínico en manuales, adquiere valor de indicio aquello que aparece ligado "al campo de acción de los psicofármacos; o sea, en muchos casos, es a partir del efecto que se descubre que tiene un psicofármaco en una acción de la conducta, que se definirá y delimitará el trastorno a clasificar".<sup>183</sup> Este modo de proceder es el que ha hecho desaparecer el concepto de *síntoma*, que remite a la pregunta por una etiología, y en su lugar se ha instalado la categoría de *trastorno*, que no implica una pregunta por la etiología, sino por el medicamento que lo hará desaparecer. Como el interés de esta clínica no se afina entonces en indagar, desentrañar, entender, contrastar, criticar, inferir y analizar, sino en "aplacar o corregir", se simplifica la práctica, porque al desaparecer el interés investigativo por la causa, a no ser que sea evidente su estatuto orgánico, "se anula la posibilidad de registrar indicios nuevos".<sup>184</sup>

<sup>183</sup> *Ibid.*, nota a pie de página, p. 138.

<sup>184</sup> *Ibid.*, p. 139.

## CAPÍTULO CINCO

### El método clínico de Freud aplicado a la investigación de fenómenos sociales

Mario Elkin Ramírez

#### *Introducción*

Desde los tiempos de la biblioteca de Alejandría aparecieron, al lado de los libros, los sabios comentadores de los mismos, quienes luego fueron llamados filólogos. Su labor no consistía solo en copiar los libros para duplicar los ejemplares, sino además en reproducir las glosas, las marginalias y los comentarios, como huella del trabajo intelectual del lector frente al texto. Desde sus inicios, la lectura escolástica buscó el desciframiento, la inteligibilidad, la comprensión del sentido del texto, con el fin de entender las doctrinas, así como el sentido literal y las distintas dimensiones textuales. Este procedimiento fue perfeccionado por la filología del siglo XIX.

En esta perspectiva, cabe recordar que Jakob Bernays, el tío que cumplió la función paterna para Martha, la esposa de Freud, era un filólogo prominente, famoso por su comentario de la *Poética* de Aristóteles, y por quien Freud tuvo gran admiración. La relación de Freud con la filología es un capítulo no explorado del psicoanálisis, que puede anudarse a la búsqueda indiciaria de su método y que, como aspiro a demostrarlo, señala que hay una apropiación de herramientas filológicas en la base de la construcción del método clínico del psicoanálisis.

### Cómo Freud formalizaba sus casos

El trabajo de Freud estaba constituido por la elaboración teórica, así como por la formalización de lo que escuchaba de sus pacientes en el consultorio. Las teorías freudianas provienen de ese "laboratorio", de ese lugar donde los enunciados del paciente se ponen a trabajar. La aparente pasividad del psicoanalista en ese espacio se ve luego en acción, en su trabajo de formalización de los casos. Es por lo menos lo que puede verse en el procedimiento de Freud, quien transcribía las sesiones luego de que el paciente partía. Y sobre esas notas, en lecturas sucesivas del material, comenzaba a pensar, haciendo un subrayado aquí, una anotación marginal de un párrafo allá, al modo del filólogo que agrega glosas a un documento antiguo; y hacía, por ejemplo, señalamientos mediante un concepto sugerido por un pasaje de lo dicho. Cuando se dice que el psicoanálisis es una práctica de la letra, significa que se trata de leer el relato del paciente con el valor de transferencia textual señalado.

Igualmente, haciendo uso de las notas a pie de página, en agregados de distintos años, Freud adicionaba puntos de vista críticos a sus propias observaciones previas. Esa reelaboración del material es la que luego dará lugar al historial, tal como lo conocemos.

Ernest Jones, primer biógrafo de Freud, cuenta que éste tenía la costumbre de destruir los manuscritos de los historiales publicados, así como las notas a partir de las cuales los había escrito. Es entonces por azar que uno de esos manuscritos se ha conservado: el que contiene las notas cotidianas que recogen los cuatro primeros meses de tratamiento del "Hombre de las ratas".

Dicho manuscrito está publicado en castellano como "Apuntes originales sobre un caso de neurosis obsesiva", pero en esta edición se pierden detalles esenciales para reconstruir el proceso de pensamiento de Freud, al compararlo con el historial publicado, el cual enseña sobre su método clínico de investigación. En cambio, en la versión bilingüe

del manuscrito, en alemán y francés, se reproduce con mayor fidelidad el documento original de Freud: "L'Homme aux rats, journal d'une analyse".

A partir de su análisis, plantearé en paralelo lo que infiero del método clínico de Freud y mi propuesta de lo que significa la aplicación del psicoanálisis a la investigación de los fenómenos sociales. Como se verá, en esta práctica se parte de los principios del psicoanálisis, pero además se aplica su método.

En la primera nota al inicio del párrafo "La introducción al tratamiento", del historial publicado como *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el "Hombre de las ratas")*, Freud declara que dicho texto ha sido: "Redactado según las notas efectuadas al anochecer del día del tratamiento, apuntadas en los dichos recordados del paciente. Tengo que advertir -dice- que no debe usarse el tiempo del tratamiento mismo para la fijación de lo escuchado".

Freud trata de reproducir casi textualmente el relato del paciente en el manuscrito, y si desaconseja tomar notas durante la sesión analítica es porque piensa que se hace más daño al paciente por desatención en la escucha, que por la falta de fidelidad en la reproducción del historial clínico.

Lo importante para esta reflexión es que Freud diferencia dos momentos del trabajo analítico: uno de escucha del analizante, para el cual ha teorizado una técnica y una ética: la instalación de la transferencia, el uso de la interpretación, la atención parejamente flotante y la suspensión de los prejuicios del analista; y otro momento de escritura y de elaboración, en el que ya no se trata de escuchar sino de leer y pensar, para, finalmente, producir el material que puede publicarse.

En la investigación cualitativa se llevan a cabo entrevistas investigativas; en las que hemos realizado los autores de este libro<sup>185</sup> se ha podido grabar y transcribir o, como en el caso

<sup>185</sup> Especialmente: Pablo Angarita et al, *Dinámicas de guerra y construcción de paz*, Medellín, INER, Universidad de Antioquia, 2008; y Gallo, Héctor et al, *Feminidades, sacrificio y negociación en el tiempo de los derechos*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2010.





la etiología de las neurosis, si bien puede haber un evento actual que desencadene o intensifique un síntoma, el anclado en la infancia es fundamental. La anamnesis se dirige precisamente a elucidar el acontecimiento originario y los lazos asociativos y afectivos con el segundo que revelen la significación del síntoma y expliquen el montante afectivo del mismo. En el manuscrito era solo una abreviatura en el historial, un término en *itálicas*, para empezar a designar un concepto.

En el análisis clínico de la entrevista investigativa también hemos buscado el síntoma, o los significantes con los que el sujeto describe su padecimiento. Freud encontró representaciones obsesivas, y subraya en el manuscrito que están referidas a temores de que les pase algo horrible a las dos personas que el paciente más ama: su padre y la dama que venera. El subrayado de Freud en el manuscrito desaparece en el historial publicado. Era solo una pista para él. Una traza para pensar y elaborar en un segundo plano su impresión diagnóstica. Esto se repite en otros pasajes, cuando, por ejemplo, cita al paciente en el manuscrito, cuando declaraba: "Había personas, muchachas, que me gustaban mucho y por quienes yo sentía un urgentísimo deseo de verlas desnudas. Pero a raíz de ese desear tenía un sentimiento ominoso, como si por fuerza habría de suceder algo si yo lo pensaba, y debía hacer toda clase de cosas para impedirlo". En el historial, el subrayado pasa a *itálicas* que sirven de llamado de atención al lector, preparándolo para el diagnóstico de neurosis obsesiva en este caso, al encontrar deseos hostiles convertidos en temores por un mecanismo defensivo típico de esta neurosis, (véase figura 5.4).

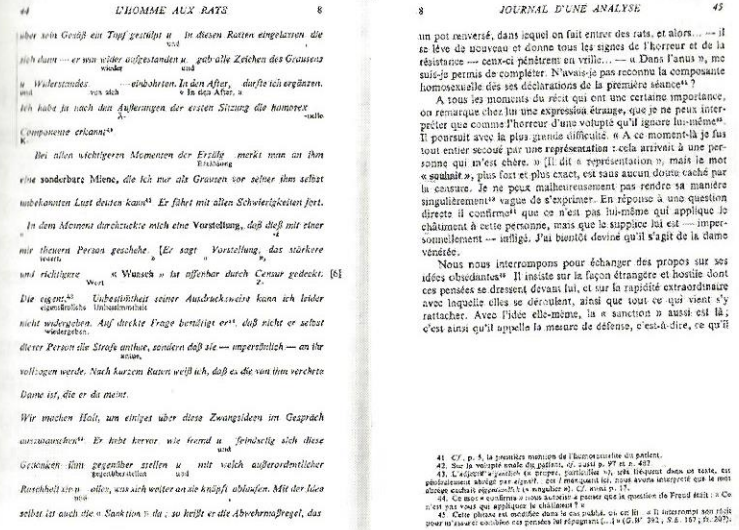


Figura 5.4 Otra página del manuscrito de Freud transcrita en la edición bilingüe Alemán-Francés.

Esos subrayados pueden equivaler para nosotros a lo que en investigación cualitativa, en particular de teoría fundada, se llama *categorías emergentes*. Presento al respecto un ejemplo; una entrevistada dice:

[Mi madre] se quejaba de sentirse encerrada, de estar muy enferma y cansada a pesar de ser una mujer joven, y yo me sentía culpable de que ella se enfermara por cuidar a mi bebé, y por esa culpa yo asumí todos sus gastos médicos [...] Era como un reclamo de ella, no me lo decía directamente [pensé] la tengo allá sacrificada [...] Ella siempre habló de sacrificio [...] que ella se sacrificó por nosotros [...] que se sacrificó por sus hermanas [Decía]: "yo que me quedé aquí, sacrificándome por ustedes cuidándolos para que no les pasara nada y sigo aquí encerrada" [designando una hermana] decía: "vea, ella como

es de desagradecida, como me sacrificué para que ella pudiera estudiar" [esa palabra] se quedó como una culpa, que si era verdad que nosotros la sacrificamos. Lloro.

Aquí el énfasis estuvo, para nosotros, en la reiteración del significante *sacrificio* y en la marca que la sujeto señala de esa palabra que quedó en ella bajo la forma de sentimiento de culpa, lo cual se delata, además, por el llanto que acompaña a esa reflexión. El sacrificio no es un concepto psicoanalítico, por eso no es el concepto el que de manera a priori guía este tipo de investigación, pero es posible pensar esa categoría de manera psicoanalítica, relacionándola a posteriori, por ejemplo, con los conceptos de sentimiento inconsciente de culpa, superyó, masoquismo moral, fantasma, etc. Estos conceptos, en el momento de la formulación, se ponen en tensión con la categoría emergente. Esa aproximación conceptual hace aportes al psicoanálisis y esclarece el fenómeno social. En el caso referido, un significante amo proveniente del discurso de la madre se incrusta en el superyó femenino, convirtiéndose en un obstáculo subjetivo para el ejercicio de las conquististas feministas.

Esto me parece equivalente al hecho de que Freud mismo podía anticipadamente proponer en su manuscrito los conceptos correspondientes al psicoanálisis para pensar el caso; así, por ejemplo, en otro pasaje del manuscrito dice: "El mismo capitán le alcanzó un paquete llegado con el correo y le dijo: 'El lugarteniente David pagó el reembolso por ti. Debes devolvérselo a él'. El paquete contenía los quevedos encargados por vía telegráfica. Pero en ese mismo momento se le plasmó una sanción: No devolver el dinero, de lo contrario sucede aquello, es decir, que su Ph. [fantasía] se volvería real" en el padre y en la dama, según aclara en el historial. Pero desde el manuscrito ha interpretado que se trata de una fantasía.

En otro fragmento del manuscrito, Freud subraya al margen con una línea vertical un pasaje que luego transcribe casi literalmente en el historial:

Mi vida sexual empezó muy temprano. Me acuerdo de una escena de mi cuarto a quinto año (desde mi sexto año poseo recuerdo completo), que años después añoro con claridad. Teníamos una gobernanta joven, muy bella, la señorita Peter [en el manuscrito Rudolf]. Cierta velada yacía ella, ligeramente vestida, sobre el sofá, leyendo; yo yacía junto a ella y le pedí permiso para deslizarme bajo su falda. Lo permitió, siempre que yo no dijera nada a nadie. Tenía poca ropa encima, y yo le toqué los genitales y el vientre, que se me antojó curioso. Desde entonces me quedó una curiosidad ardiente, atormentadora, por ver el cuerpo femenino.

Ese subrayado al margen corresponde a un tema que a Freud le llama la atención en el relato del sujeto, y por eso transcribe tal cual la vida sexual del paciente y uno de sus recuerdos infantiles. Por eso también abre un párrafo especial en el historial, llamado "La sexualidad infantil".

El equivalente en nuestra investigación es que esa categoría emergente del relato da lugar, no solo en la entrevista mencionada, sino curiosamente en muchas otras, a lo que se llama en investigación cualitativa un "punto de saturación", un instrumento de verificación que consiste en establecer una variable fija a pesar del cambio del tamaño de la muestra: por más entrevistas que se añadan, siempre se llega al mismo punto. Del mismo modo, cuando en un pasaje de la entrevista la sujeto trae un recuerdo, señala una fantasía, eso es también objeto de nuestro análisis, y se discute, en confrontación con las otras entrevistas, si esto corresponde a un contenido susceptible de una generalización para el fenómeno social o si se ciñe a la singularidad del caso.

A diferencia de las técnicas investigativas de las ciencias humanas, próximas a lo descrito, se coincide en que esta es una práctica de la letra que concierne a los índices significantes; por tanto, un antropólogo, un psicólogo o un sociólogo pueden también subrayar expresiones que tengan que ver con sus argumentos, tesis, etcétera. Pero hay un plus cuando se trata de llevar los principios del psicoanálisis a la investi-

gación de los fenómenos sociales, y es que con el psicoanálisis se apunta además a los signos del goce. Lo ilustraré a continuación, continuando el paralelo.

En el manuscrito de Freud hay un pasaje en el cual el paciente habla sobre un capitán cruel a quien le gustaba aterrorizar a sus soldados con relatos de torturas; narró una en la cual la víctima era amarrada, en el ano se le colocaba el extremo de un tubo al que se le introducían ratas y del otro extremo se prendía fuego para que, huyendo éste, las ratas entraran en las entrañas de la víctima por el ano. Luego de narrar la tortura oriental cuyo relato satisfacía la crueldad del capitán, quien sazónaba la conversación en la cena de los soldados con ese estilo de cuentos, dice Freud que el paciente: "En todos los momentos del relato que tenían una cierta importancia, se observa en él una expresión extraña, que no puedo interpretar sino como el horror por una voluptuosidad ignorada por él mismo". En el historial está traducido así: "En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que solo puedo resolver como horror ante su placer, ignorado por él mismo". He ahí un signo del goce, como un placer ignorado (*unbekanntes Lust*) por el sujeto mismo, que luego Freud va a tematizar como inconsciente y en el caso de tipo anal.

El equivalente más ilustrativo en nuestro proceder investigativo lo encuentro en una parte de la investigación "Dinámicas de guerra", en la que, en una entrevista a profundidad, la antropóloga que la realizó notó que cuando un sujeto narraba que una patrulla de vigilancia de vecinos, configurada para amedrentar a los delincuentes del barrio, un día golpearon a un pandillero, decía: "se nos fue la mano, se nos fue la mano, se nos fue la mano" y acompañaba ese significativo con el gesto en el que mimaba golpear repetidamente a alguien con un objeto contundente.

La antropóloga decía que no sabía qué quería decir ese énfasis gestual. Pero para los psicoanalistas que hacíamos parte del grupo de investigación era evidente que allí había un goce que no alcanzaba a pasar a la palabra, y que luego

fue confirmado por el relato, pues el producto de la golpiza fue la muerte del muchacho y el encuentro de un límite ético por parte de la patrulla barrial, pues se dijeron: "nosotros no hacemos eso, nosotros no matamos, esta no es la solución, etc."

Frecuentemente, haciendo uso de las notas a pie de página, y en agregados de distintos años, Freud adicionaba puntos de vista críticos a sus propias observaciones. Esto indica que la relectura del material de investigación no necesariamente se cierra en el informe, cuando se trata de un trabajo de largo aliento sobre los temas.

Finalmente, puede señalarse que, a pesar de que éste parece un trabajo muy solitario, a medida que Freud avanzaba en el tratamiento de su paciente obsesivo, hablaba del caso en las reuniones de los miércoles de la Sociedad Psicoanalítica de Viena y en el Congreso de Psicoanálisis en Salzburgo, el 27 de abril de 1908, donde tenía un informe mucho más voluminoso y lleno de detalles que el que finalmente publicó.

Las primeras socializaciones del caso aparecen en las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, del 30 de octubre, el 6 y el 20 de noviembre de 1907, y el 22 de enero y el 8 de abril de 1908. Según las actas de estas reuniones, allí ocurrieron vivas discusiones sobre el caso, así como interpelaciones y esclarecimientos, que nos indican que la investigación, tanto en la clínica individual como en la aplicada a lo social, no puede hacerse sin una comunidad de trabajo. Es el equivalente a los actuales grupos de investigación o a las escuelas de psicoanálisis, donde con mucho respeto por el otro, una gran cortesía y mucho buen humor, a veces se logra un producto como el que me ha servido de inspiración.



## CAPÍTULO SEIS

### ¿Qué es y cómo se produce un nuevo concepto en el psicoanálisis?

Mario Elkin Ramírez

#### *Introducción*

En este capítulo se trata de elucidar lo que se designa en psicoanálisis por un concepto fundamental y como se descubren sus nociones para luego elevarlas a esa dignidad. Freud, como se verá, revela que se trata de hallazgos clínicos que se balbucean, van tomando forma en la confrontación misma con el fenómeno y con la lógica interna de los demás conceptos.

Esto revela que los conceptos no son el a priori del ejercicio clínico sino que son la consecuencia de la clínica misma.

#### *Buscar versus encontrar*

En la clausura de las I Jornadas del Campo Freudiano en Andalucía, Málaga, el 13 de diciembre de 1987, Jacques-Alain Miller pronuncia una conferencia en la que se pregunta "¿Cómo se inventan los nuevos conceptos en psicoanálisis?". Parte de la constatación de que "en un análisis hay una búsqueda de la causa".<sup>186</sup> Incluso se trata de "descubrir la causa

<sup>186</sup> Jacques-Alain Miller, "¿Cómo se inventan nuevos conceptos en psicoanálisis?", en: *Introducción a la clínica lacaniana*, ELP- RBA, Barcelona, 2006, pp. 91.

de una mal". Allí introduce una paradoja entre buscar y encontrar: "La noción de descubrir la causa del mal implica, en sí misma, encontrarla".<sup>187</sup> Al respecto, siempre será pertinente la evocación lacaniana de la frase de Picasso a propósito de su arte: "yo no busco, encuentro". Y en efecto, hay una gran diferencia. Quien busca tiene un prejuicio, una idea preformada de aquello que busca, y muchas veces por buscar algo determinado, desecha aquello que encuentra porque no corresponde a lo que busca.

Miller evoca los primeros tiempos de la investigación freudiana, cuando descubrir, por ejemplo, la causa de un síntoma, significaba al tiempo destruirla, suprimirla, porque se trataba de una causa escondida, inconsciente, no reconocida, que no soportaba el conocimiento, esto es, su advenimiento a la conciencia. Hoy, después de cien años de psicoanálisis, las cosas ya no funcionan de esta manera. Descubrir la causa de un síntoma no lleva consigo la supresión del mismo de esa manera automática, casi mágica, que envuelve los primeros historias clínicas de Freud.

El presupuesto de la investigación en el psicoanálisis clínico y en el psicoanálisis aplicado a lo social ya no es buscar la causa, sino encontrarla. Encontrar es un movimiento diferente a buscar.

La investigación, siguiendo este texto de Miller, sería análoga a lo que acontece en un análisis, pues para encontrar habría que renunciar a buscar, es decir, renunciar a la búsqueda de la idea o el concepto preformado, que es el que está en el origen de la búsqueda, y más bien reconocer que no se sabe la causa. Hay que partir de un no saber sobre la causa de lo que a uno le pasa.

Esa posición ya es suficiente para que el analizante erija un Sujeto-supuesto-saber, es decir, una posición que no busca confirmar lo sabido, sino el reconocimiento de un auténtico agujero en el saber. Pero, a la vez, con esta posición se acepta la idea de que "se trata por tanto de una causa que se podría saber,

que se podría descubrir, a través de lo que se dice".<sup>188</sup> En la investigación, luego de tener la pregunta, la idea es ir a otros autores que hayan tratado el tema, lo cual se denomina el establecimiento del estado del arte o del estado de la cuestión, en el que se verifica o bien que nuestra pregunta ya ha sido respondida, lo cual nos evita el vano esfuerzo de buscar lo ya sabido, o bien que hay un agujero del saber, y por tanto nuestro interrogante es una auténtica pregunta de investigación.

En el análisis, el Sujeto-supuesto-saber no es el analista, "porque, ¿cómo podría el analista conocer con anterioridad la causa del mal de ese sujeto particular? Al contrario, él va a aprenderla de aquel que viene".<sup>189</sup> En ese gesto, el analista repite la actitud de Freud, parte del mismo presupuesto: que la causa está en el inconsciente del analizante y que éste no la sabe, pero puede encontrarla, hallarla, en lo que dice. Así, mientras para el analizante el Sujeto-supuesto-saber puede ser en un primer momento el analista a quien acude, porque supone que sabe lo que a él le está pasando, para el analista el Sujeto-supuesto-saber es el inconsciente del analizante. Es al que interroga.

En la investigación con el psicoanálisis aplicado a lo social, se supone que también la causa está escondida, es desconocida, pero puede emerger; surge, por ejemplo, de los dichos de los entrevistados, de los discursos sobre el fenómeno, que es lo que llamamos las *categorías emergentes*, las cuales aparecen discretas, como nociones, ocurrencias, ideas locas sobre el asunto, y que luego se repiten en otros entrevistados, hasta que saturan el material, esto es, que no dejan de encontrarse. Se denominan emergentes porque no se han considerado en las categorías a priori, en los conceptos del marco teórico previo, en la idea de lo que buscábamos. Miller dice:

El Sujeto-supuesto-saber [en el análisis] es solamente la otra faz del no saber del sujeto en el análisis. El Sujeto-supuesto-saber

<sup>187</sup> *Ibid.*

<sup>188</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>189</sup> *Ibid.*, p. 93.

surge de la palabra misma. ¿Qué expresa ese no saber del sujeto si no es lo que Freud llamó la represión? Freud llamó represión a un no saber del sujeto ubicado en puntos decisivos, determinantes, de sus vivencias. Lo que es presentado como la noción de la causa escondida es la noción misma de represión.<sup>190</sup>

En este punto, y aplicando la idea de que un análisis es equivalente a un proceso de investigación, la postura que se requiere es la del asombro. El investigador, tanto como el analista, o aun el analizante, cuando no sabe y algo comienza a aparecer de la causa, no puede sino cultivar el asombro. Es más, esta es propiamente la postura del investigador para poder encontrar lo nuevo, pues cuando no hay asombro, cuando no hay nada que nos asombre, es porque estamos encontrando lo mismo, es decir, lo ya sabido.

Ahora bien, el asombro es lo que puede nombrar correctamente el sentimiento de Freud, cuando escuchando a las pacientes histéricas de sus comienzos, en un discurso, digamos lineal, en el sentido de la cronología que impone escuchar una cosa detrás de la otra, él descubre que hay niveles, que hay una tópica, que no se habla de todo de la misma manera, que hay cosas más difíciles de enunciar que otras, que hay puntos de interrupción, que hay rodeos, repeticiones, y que hay algo que por más que se intente no termina de decirse, que hay cosas de las que el sujeto habla locuazmente, con una gran facilidad, pero a medida que avanza en otros temas aumenta la dificultad.

De la escucha del relato lineal a sus pacientes, Freud infiere una tópica con la que construye el aparato psíquico. Freud representa el psiquismo en una tópica donde se constituyen capas concéntricas de representaciones, que tienen múltiples modos de vinculación, no solo por estratos, sino también por amarres diversos que anudan el material psíquico a un núcleo patógeno inaccesible, en ese núcleo donde se sitúa el trauma.

Esta tópica retorna en Freud, por ejemplo, cuando reconoce la imposibilidad que tiene la interpretación para encontrar el

<sup>190</sup> *Ibid.*, p. 94.

"sentido último" de las formaciones del inconsciente. A pesar de ello, Freud piensa que en ese núcleo real, en ese ombligo del sueño, está la verdad. Hace coincidir trauma y verdad. Se trata de un punto inaprehensible que es del dominio de lo más desconocido en la relación del sujeto con lo simbólico.

En esa inferencia, Freud ubica la represión como la idea de un no saber. Es algo que él infiere de la experiencia clínica. A este respecto, Miller aconseja que "hay que retomar siempre las cosas en la experiencia misma y ver cómo los conceptos de Freud y Lacan surgen al nivel mismo de la experiencia".<sup>191</sup>

"El inconsciente es el concepto dice Miller que responde a la suposición de que, en realidad y de hecho, el sujeto que dice no saber, sabe sin saber que sabe. Por eso en el inconsciente se trata de un saber reprimido, exactamente un saber que se presenta como no saber".<sup>192</sup>

En la investigación con el psicoanálisis, igualmente, partimos ya no de un saber inconsciente, por ejemplo, de un inconsciente colectivo, sino de que hay un saber en lo real del fenómeno que estudiamos, y que éste se puede revelar en un instante en que estamos dispuestos a encontrarlo.

La pregunta del sujeto es semejante a la pregunta de la investigación. Esto es, "en primer lugar, escribimos a ese sujeto que no sabe como sujeto tachado (\$). Se entiende al sujeto como sujeto del no saber, sujeto formulado con un vacío, separado del saber. Hay que entender de una manera muy precisa esa vacuidad del sujeto".<sup>193</sup>

Esto es equivalente al sujeto cartesiano, dividido, aquel que duda de lo sabido. Pero también, como se verá luego, dividido por un cierto sufrimiento, lo que hace que cuando investigamos algo no lo hacemos por mera curiosidad, sino porque hay algo en la pregunta que atraviesa nuestra subjetividad. Esa vacuidad también la entendemos en el sentido de Locke: nos ofrecemos como una *tabula rasa*.

<sup>191</sup> *Ibid.*

<sup>192</sup> *Ibid.*

<sup>193</sup> *Ibid.*, p. 96.

### Qué significa aprender e investigar

A partir de este sujeto como presupuesto, sigue plantearnos lo que significa aprender e investigar.

En un curso más reciente, Jacques-Alain Miller hace una serie de referencias filosóficas que conciernen al problema planteado por Martín Heidegger en "¿Qué significa pensar?". Allí, el filósofo hace una construcción sobre lo que es el pensamiento. Al respecto, Miller declara que lo que llamamos pensar es una cuestión filosófica, pero que tiene un eco clínico, razón por la cual encuentro pertinente iniciar mi reflexión desde esa perspectiva.

Heidegger sostiene en ese texto la tesis de que estamos en la época de la imagen del mundo, época en la que el pensamiento se ocupa de manera crucial en la investigación. Y en efecto, la actual autoridad intelectual no se le concede al filósofo o al teólogo, como en la Antigüedad, sino al investigador científico, un investigador que ha delimitado un objeto en el mundo y aplica un método para estudiarlo de manera rigurosa, replicable o verificable según algunos, o falsable según Popper.

Pero la ciencia no es neutral, está al servicio del mercado capitalista, ese es su amo. Por tanto, se trata de una ciencia financiada por los gobiernos y por las grandes empresas, para que produzcan tecnología, objetos, que ofrecen llenar la vida contemporánea de confort, pero que hacen que se cumpla el aforismo de Nietzsche: el desierto crece.

Pero la tesis temeraria de Heidegger es que estamos capturados por la representación, y, en consecuencia, el filósofo denuncia que en ese mundo de la investigación y de la técnica todavía no pensamos en lo que verdaderamente es digno de pensarse, es decir, en el ser.

Miller cita un capítulo de la tesis de Deleuze, *Diferencia y repetición*, llamado "La imagen del pensamiento", que hace referencia, entre otras cosas, a "¿Qué significa pensar?", situado en la época en que Deleuze no había realizado su gran sátira contra Heidegger, y, por esta razón, hace en este texto un

comentario del libro de Heidegger, que Miller encuentra verdaderamente pertinente. En su comentario, Deleuze opone dos imágenes del pensamiento, sobre cuya reflexión construiré la columna vertebral de mi planteamiento:

La primera es la imagen contemplativa del pensamiento, una imagen serena, que es del orden del reconocimiento. Se reconoce lo que hay. Y esto aporta una imagen mental de lo que hay. Ese es el pensamiento tranquilo, es el pensamiento en tanto que doble de la realidad, en tanto que partenaire de la realidad, cuyo ideal es el de casarse con la forma del mundo. Es un pensamiento hecho a la medida del mundo.

Se trata de la explicación clásica de la emergencia del pensamiento, que también puede recogerse del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, que constituye el primer tratado empírico sobre cómo la experiencia va inscribiendo en el ser humano sus trazas, en una *tabula rasa*, y cómo van configurándose, a partir de la percepción externa y la interna, las representaciones mentales, los recuerdos, las ideas, e incluso los afectos.

A partir de este planteamiento inicial, podemos decir que aprender se concibe en la actualidad como la asimilación, por parte de las nuevas generaciones de humanos, y por medio de los maestros, de la síntesis de nuestros conocimientos sobre el mundo, acumulados durante tres mil años, divididos en grados de dificultad y por distintas disciplinas: ciencias naturales, historia, religión, español y literatura, matemáticas, etc., que luego se van especializando, en el ciclo de la secundaria: química, física, cálculo, trigonometría, biología, etc. Hasta el ciclo universitario, donde se trata de elegir una, para especializarse, tecnicarse en ella, y dirigirse hacia la investigación, en una maestría, un doctorado o un postdoctorado. La intención de esa transmisión es la representación serena del mundo tal como es.

Cuando no se llega hasta los mayores niveles de educación, que es el caso más frecuente, el alumno se desescolariza

e ingresa a una carrera técnica o a una tecnología, esto es, a lo que se llamaban artes aplicadas u oficios, para ingresar lo más pronto posible a la vida laboral, es decir, a transformar el mundo que se ha logrado representar.

Toda esta enseñanza se dirige al primer tipo de pensamiento, que se hace de encadenamientos de contenidos. Se tiene un pensamiento y luego, lógicamente, se pasa al pensamiento siguiente, y de éste se pasa al contiguo; el pensamiento se encadena, no hay dispersión, no hay contradicción, es un pensamiento consciente y racional. Hay allí entonces una misma imagen del pensamiento, como un doble de la realidad, un encadenamiento deductivo o inductivo de acuerdo al seguimiento de reglas lógicas para el entendimiento. Es además un pensamiento articulador: aquí se tiene un pensamiento, allá se tiene otro, y se busca el pensamiento que los une y que permite articularlos. Esto pasará entonces muy bien entre A y B: designados por un C. Finalmente, puede ser un pensamiento dialéctico, que va de una tesis a una síntesis, pasando por una antítesis.

En los matemas de Lacan, podríamos hacer equivaler este tipo de pensamiento al encadenamiento de los significantes ( $S_1 \rightarrow S_2$ ), que dan la matriz mínima de la cadena significativa y que, además, de la reconocimiento de la realidad, posibilita que un significante represente un sujeto para otro significante. Este encadenamiento permite la operación que genera el pensamiento bajo las modalidades señaladas.

Podríamos hacer equivaler este tipo de pensamiento a aquel que emerge de una lectura epistemológica de la teoría de Freud que se encuentra en los "Dos principios del suceder anímico". En última instancia, se instala el principio de realidad, el sujeto reconoce que hay una alteridad, una otredad de sí mismo, que tanto en sí mismo como en el mundo exterior hay fuentes de placer y displacer, y está dispuesto a instaurar procesos secundarios que limiten el principio del placer, aplazando la satisfacción moderada, con el fin de acomodarse a las condiciones sociales, morales o culturales de la realidad. Éste es el ideal adaptativo que tanto sedujo a los psicoanalis-

tas europeos cuando migraron a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, quienes quisieron un ideal de sujeto adaptado al estilo de vida norteamericano, lo cual dio lugar a la psicología del yo. Éste es también el fundamento de las terapias cognitivo-conductuales, que buscan adaptar el sujeto a la realidad, a partir de medicamentos y técnicas de sugestión, para amaestrar las conductas de los individuos y para que den las respuestas esperadas por las clases dominantes en la realidad social capitalista.

Al inicio seguíamos la indicación de Miller de que había un eco clínico en el pensar, pero él no desarrolla este punto. En efecto, la clínica de la histeria, de manera clásica, se concibe como una estructura en la que el cuerpo habla allí donde la representación desfallece por una represión. Y el psicoanálisis trataba de acompañar al sujeto en la búsqueda del sentido faltante en su discurso, que, al encontrarse vuelto carne en el cuerpo, restablecía su coherencia y hacía desaparecer el síntoma corporal.

Hoy el procedimiento es un poco más complicado, y en nuestra orientación ya no hacemos una clínica del sentido. Porque, si bien, somos seres de lenguaje, podemos decir que no todo es lenguaje en nosotros. Las anorexias, bulimias y toxicomanías contemporáneas, así como las depresiones, no se relacionan habitualmente en la clínica con una falta de sentido que pone en juego el deseo, sino con un vacío que nos pone en presencia de una nada de deseo y de algo más radical que no se alcanza con las estrategias para darle sentido a la vida. Sentido que, por lo demás, no tiene. Por ello nos orientamos no hacia una clínica del sentido, sino hacia lo que hemos llamado una clínica de lo real.

El sesgo obsesivo se ha designado clásicamente como una enfermedad del pensamiento, ya no se entiende como un sentido inervado en el cuerpo, sino como una perturbación del pensamiento, atrapado en la duda, en el laberinto, en la repetición, en la anulación de lo inmediatamente iniciado. El pensamiento de lo que es tiene allí dificultades para hacerse claro y distinto, porque está atrapado en una obsesión sin fin, que

ubica al sujeto ya no frente al deseo insatisfecho de la historia sino frente al deseo imposible. Pero hay que decir que las obsesiones en la contemporaneidad también han cambiado. Se presentan como una roca, una mole, un muro de goce, impenetrable por el lado del sentido, al que el sujeto le ha dado todas las vueltas posibles y laberínticas para resguardar su castración y solo son abordables en la orientación hacia lo real.

Ahora bien, el instrumento para la transmisión del pensamiento tranquilo de tipo uno, que venimos enunciando, nos plantea un problema suplementario: ¿qué significa enseñar? Para trasladar este tipo de pensamiento a las nuevas generaciones se necesita un maestro que parta de la concepción de que en el alumno hay un vacío de saber que él va a llenar con sus conocimientos. Y para ello está dotado de un nuevo instrumento: la evaluación.

Los paradigmas en los que descansa este maestro son la evaluación y el problema-solución. Así, al planteamiento del problema educativo se le da como respuesta la evaluación. La evaluación deriva en el cálculo estadístico para dar una medida, es el modelo cuantitativo. Es la matematización práctica, aplicada al modelo de la educación.

En su artículo "La era del hombre sin atributos", Jacques-Alain Miller reconstruye la arqueología de la tendencia a la evaluación y de la epidemiología social hacia la que ha derivado la psicología contemporánea. Esta tendencia epistemológica se dirige hacia la desaparición del sujeto en la civilización, para volverse un número, una pieza en la estructura social, que, cuando presente problemas, cuando no funcione de acuerdo a un ideal cada vez más alto, inalcanzable, utópico y tiránico de funcionamiento perfecto, será remplazada. Ésa es la solución.

El paradigma del problema-solución es, en el fondo, el de un esquema de sustitución por equivalencia. Es una nueva modalidad del higienismo social, porque es un modelo aplicado no solamente a la educación sino a todas las instancias sociales (la empresa, el hospital, etc.). La evaluación crea un valor estándar en el que los humanos somos equivalentes,

como el dinero hace que, ante un valor, una moneda sea equivalente a otra. Los evaluados nos volvemos moneda corriente, de modo que no importa una moneda en singular sino el valor que representa. Así, todos los sujetos evaluados son equivalentes ante un valor estándar, con una equivalencia mensurable.

Pero la evaluación no es una ciencia sino un arte de gerentes de empresas, de reingenierías administrativas, un arte precisamente de aquellos que transformaron, por ejemplo, el derecho a la educación en un negocio globalizado. Pero así se cifre, se compare, se hagan muestras, etcétera, la evaluación no tiene nada de científico. Así haya cálculo, eso no significa que allí haya ciencia. Una ciencia no funciona por intimidación, que es lo que produce la angustia al maestro, al alumno, a la institución y al funcionario.

Aquello que es insustituible en cada sujeto nos revela el fracaso del sistema, porque la equivalencia de los estándares es falsa. Ningún sujeto es en rigor sustituible por otro, como una moneda que se puede cambiar por otra; queda un resto insustituible, a saber: la singularidad subjetiva de cada uno, que es la que escapa a la evaluación masificadora. Ésa es la que el psicoanálisis pretende rescatar, porque allí se revela lo esencial del sujeto, su singularidad. La evaluación como solución es precisamente la no solución. Es una comprobación empírica, cotidiana, de que, cuando no hay un pensamiento que se dirija al ser, el desierto crece.

Volviendo a Heidegger, vemos que el pensamiento tranquilo, no obstante, daría en el pensar el camino que se busca, la autopista, por la que "queremos ir a algún lado"; es la calle real, adoquinada, enlosada, pavimentada. Pero ese estado de homeóstasis es el que precisamente denuncia Heidegger como aquel en el cual no se piensa el ser. Y es que, bajo el acomodo placentero, no se piensa, se disfruta.

Esto nos hace volver a nuestra pregunta inicial: si no es esta la vía en la que vamos a resolver lo que es aprender, ¿cuál es?

Deleuze, en su lectura de Heidegger, opone a lo que ha

agrupado bajo la noción de lo que es, otra cosa que es del orden del forzamiento, es decir: están las cosas que fuerzan a pensar. Y Deleuze encontró esas cosas que fuerzan a pensar, por ejemplo, en su reflexión sobre el *Parménides*.

No voy a recrear esa reflexión, sino que solo voy a señalar que en algún momento se presenta una paradoja en el pensamiento, no se sabe cómo salir de ella, no se sabe qué pensar, y esto obliga a pensar de manera diferente al pensamiento que acontece en la placidez del principio de adaptación placentera a la realidad. Precisamente porque se fracasa en la primera vía del pensamiento, la del pensamiento sereno, donde no se trata más de imágenes de orden, de conciliación y de reconocimiento, donde se reconoce la cosa, sino que se presenta justamente algo que no se parece a nada, que no se puede reconocer, y que, en consecuencia, cumple el papel de causa, en el sentido de Lacan, de causa del pensamiento. Por esta razón, Miller considera que la construcción de Deleuze es la prolongación de Lacan.

En la segunda imagen del pensamiento, Deleuze captura lo que funciona como causa, el objeto *a* del pensamiento, que está siempre ligada a un fracaso, a un desgarramiento de la imagen contemplativa, serena, del pensamiento.

Es aquí donde cobra sentido la frase de Freud según la cual gobernar, educar y psicoanalizar son acciones imposibles. Es decir, tratan con la imposibilidad, con el límite del pensamiento tranquilo, con la aporía, con el callejón sin salida, con la dificultad. Ésos son los caminos del bosque, o las sendas perdidas de Heidegger. Es el camino que cuenta verdaderamente, aquel que no lleva a ningún lugar, sino aquel donde uno se abre su camino por sí mismo. Es cuando se encuentra el imposible, es decir, lo ineducable de la pulsión, cuando se pone en acción ese otro pensar.

Cuando el niño se encuentra con el sufrimiento por el nacimiento de su hermano intruso, o con el desamor de su madre, o con el desamparo frente a los poderes paternos, o frente a la emergencia incomprensible en su cuerpo de faneiros sexuales, o del empuje considerable de las pulsiones fren-

te a los que no tiene recursos, crea. Crea teorías, explicaciones, mitos, enigmas, crea un saber.

En los matemas de Lacan, podríamos decir que lo que está en la base de la generación del encadenamiento significativo no es un significativo amo, el del ideal social dominante, sino el objeto *a*, que causa el deseo. Lo que se escribiría así:  $a (S_1, S_2)$ .

El eco clínico de este tipo de pensamiento lo encuentro inicialmente en la clínica de las psicosis. En efecto, la relación que tiene el psicótico con la realidad no es la misma que la del neurótico. El psicótico siente que el lenguaje lo parasita, para él esto es más evidente, lo hace sufrir, mientras que el neurótico cubre esto con ideales, con ilusiones, con sentido. El psicótico está más en relación con lo real que con la realidad, esto es, no con la amalgama imaginario-simbólica que constituye la realidad, sino con lo que le es inasimilable, con una vivencia desgarradora de esos velos simbólicos e imaginarios que no alcanzan a estabilizar su relación con lo real. El esfuerzo clínico es el de acompañar al sujeto, convertirse en su partenaire, en la construcción, mediante ese segundo pensamiento, de una suplencia que le permita localizar y hacer tratable el horror de esa vivencia.

Que este tipo de pensamiento encuentre su paradigma clínico en la psicosis no pone a la neurosis al abrigo de esa relación con lo real; a ello me refería cuando previamente mencioné la relación de las anorexias, las bulimias y las toxicomanías contemporáneas con el vacío, pues allí se trata de una relación con lo real refractaria al tratamiento por el sentido.

En esta vía, y como dice Heidegger, es más difícil enseñar que aprender, porque enseñar es dejar aprender. El psicoanalista deja aprender al sujeto porque no pretende adoctrinarlo, llenarle su vacío de conocimiento con el saber del analista. Deja aprender, porque se deja enseñar del paciente. Y para seguir el paralelo, me pregunto si hay maestros en posición de dejarse enseñar por sus alumnos.

Si se trata de llenar un vacío supuesto en el alumno con conocimientos del maestro, no se le deja aprender, se le colma

con conocimientos que él no está requiriendo, que no necesita, en el sentido de que no le procuran instrumentos simbólicos para resolver sus verdaderos problemas, los de su acción en el mundo, el sentido de su vida, su aquí, su ahora.

Es decir, aprender significa encontrar una solución singular, única, subjetiva, a un problema que causa sufrimiento, y ello lo vemos en el psicoanálisis como experiencia clínica, en las instituciones de inspiración psicoanalítica, que trabajan con niños escolarizados o no, y que responden no a la evaluación masificada sino al uno por uno.

El segundo pensamiento, esa segunda navegación, es lo que en psicoanálisis significa pensar, y lo que significa aprender, aprender a pensar el ser. Es decir, dirigirse al punto de opacidad del significante. A la opacidad del lenguaje como casa del ser, a elucidar el ser hablante como sujeto del inconsciente y de la pulsión. Pero para ello hay que tener en cuenta ese segundo pensamiento que cuenta con la causa del deseo, que no es del orden del significante, sino de lo que produce la opacidad en el significante, pero lo que nos da el estatuto de seres hablantes. Es la posibilidad de dar el salto del "todavía no pensamos el ser" de Heidegger al ahora pensamos el ser; porque el psicoanálisis es una experiencia que permite esencialmente que el sujeto piense su ser, su ser de goce, y encuentre su invención singular, para saber hacer con él, de la buena manera.

Finalmente, podemos preguntarnos ¿qué es un concepto en psicoanálisis? En el momento en que el psicoanálisis conquista un campo epistemológico propio, la metapsicología es ubicada en un lugar que exige reordenar la estructura conceptual en su conjunto. En el primer ensayo de su "Metapsicología: las pulsiones y sus destinos", Freud, como epistemólogo, explica lo que concibe como *Grundbegriff*: un concepto fundamental, sobre el cual se edifica una ciencia: su emergencia, su transformación y su devenir.

Freud tiene aquí como modelo los conceptos de la física. Está atravesado por el movimiento del que sus maestros en fisiología hacen parte: "promueven llevar a cabo, por ejem-

plo, la integración de la fisiología a los conceptos de la física moderna, y especialmente aquellos de la energética [...] En el curso de la historia, dice Lacan, tanto la noción de energía como la de fuerza, fueron retomadas en su temática en una realidad cada vez más englobada".<sup>194</sup>

Sin embargo, Freud toma distancia de los temas empiristas, incluso de aquellos que él mismo sostuvo antes, haciendo intervenir, después de la "descripción de los fenómenos, que son luego reunidos, ordenados e insertos en relaciones" -verdadero comienzo de la actividad científica-, "la aplicación de ciertas ideas abstractas [...]. Dichas ideas devendrán conceptos fundamentales si trazan sus vías en lo real que se trata de penetrar",<sup>195</sup> dice Lacan, si ellas funcionan. Estas ideas son "extraídas de diversos sectores y ciertamente no solo de la experiencia actual -dice Freud-, y serán aún más indispensables en la elaboración ulterior de los materiales".<sup>196</sup> Pero en ese estado, estas ideas comportan aún "un cierto grado de indeterminación", lo que se opone a otro pasaje de la "Introducción al narcisismo", donde Freud critica "las concepciones fundamentales nebulosas, evanescentes, apenas representables", con la que se contenta una ciencia levantada sobre la interpretación; allí Freud sostenía que "el fundamento de una ciencia es [...] la observación".<sup>197</sup>

Aquí, en cambio, esas ideas abstractas sirven como rejillas de emergencia a priori para la observación del material empírico. Es a causa de la indeterminación inicial de esas ideas, cuando el real desborda su marco, que no puede cernirse su contenido. En ese estado inicial, "nos ponemos de acuerdo sobre su significación, multiplicando sus referencias al material de la experiencia del que parecen prestadas pero al que, en

<sup>194</sup> Jacques Lacan, *Le séminaire, Livre XI, les quatre concepts de la psychanalyse*, Seuil, París, 1973, p. 149.

<sup>195</sup> *Ibid.*

<sup>196</sup> Sigmund Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión", en: *Obras completas*, t. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 113.

<sup>197</sup> Sigmund Freud, "Introducción al narcisismo", en: *Obras completas*, t. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, p. 2019.



realidad, se les someten. Estas ideas entonces, en todo rigor, tienen el carácter de convenciones".<sup>198</sup> Solamente pueden ser encerradas en conceptos fundamentales luego del "examen profundo del dominio de los fenómenos considerados",<sup>199</sup> después de horadar en la vía del real en cuestión. Lacan observa que la palabra *Konvention*, empleada por Freud:

Está mucho más cerca de aquello de lo que se trata y que nombraría con un término benthamiano, [...] ficción. Término [...] completamente preferible al de modelo, del que se ha abusado demasiado. En todo caso, el modelo no es jamás un Grundbegriff, ya que en un cierto campo, varios modelos pueden funcionar correlativamente. No es lo mismo para un concepto fundamental, ni para una ficción fundamental.<sup>200</sup>

Es gracias a la indicación de Jakobson que Lacan ha encontrado lo que él llama "el resorte de la pequeña bisagra": la obra de Jeremy Bentham *La teoría de las ficciones*. Bentham opone el camino del real al término inglés *fictitious*, que no quiere decir ni ilusorio, ni engañoso. Lacan observa que ese término "está lejos de poder traducirse por ficticio" y subraya que "*fictitious* quiere decir ficticio solo en el sentido en que toda verdad tiene estructura de ficción".<sup>201</sup>

Las ideas previas, que Freud considera como estructuradoras de su observación, tienen para él el estatuto creador de ficción teórica, incluso si son "adivinadas antes [...] de poder tener su conocimiento y aportar la prueba".<sup>202</sup> Finalmente, si dichas ideas devienen conceptos fundamentales, eso está aún lejos de ser definitivo.

Desde la época de las "Cartas a Fliess", librarse a la especulación teórica tenía para Freud todo su alcance. Confiesa que

<sup>198</sup> Sigmund Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión", *op. cit.*, p. 113.

<sup>199</sup> *Ibid.*

<sup>200</sup> Jacques Lacan, *op. cit.*, p. 149.

<sup>201</sup> *Ibid.*

<sup>202</sup> Sigmund Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión", *op. cit.*, p. 113.

un hombre como él "no puede vivir sin 'Dada', sin una pasión ardiente, sin un tirano, [que había encontrado y] servido con cuerpo y alma [...] en la psicología", y añade: "es a ese trabajo que dedico cada uno de mis minutos libres. Todas las noches no hago más que fantasear, transportar, adivinar".<sup>203</sup>

Ese fantasear representa, a mi juicio, el acto psíquico creador de la especulación teórica, la función creativa de las ficciones teóricas. La ficción pertenecerá a un orden simbólico que trata de alcanzar lo real —a partir de la noción del bien—. Es en ese salto del simbólico al real donde Bentham ubica los principios de su ética.

Para Bentham, la ficción corresponde a una cualidad de las entidades de deducción, cuya existencia es dada por el discurso, en función de la forma gramatical del discurso. Esas entidades no son, en consecuencia, ni reales, ni de percepción. Es lo que Lacan, en la "Lógica del fantasma", llama "existencia lógica" por oposición a la "existencia de hecho".

Es al lenguaje, y solamente a él, dice Bentham, "que las entidades ficticias deben su imposible y, sin embargo, indispensable existencia".<sup>204</sup> A pesar de que las entidades ficticias no corresponden a entidades de percepción, están ligadas íntimamente a ellas. Si al final no tienen su existencia sino a partir del discurso, podríamos asimilar esas ficciones a las "ideas abstractas" de las que hablaba Freud, que vienen a funcionar en un discurso, pero que tocan lo real, sin por tanto horadarse una vía en él, a diferencia de los conceptos fundamentales.

El inicio de "Pulsiones y destinos de pulsión" no es el único pasaje de la obra de Freud donde él se refiere al fantasear como una facultad, por así decirlo, del teorizar; al menos como la función de construir ficciones que estén en la base de la actividad científica.

<sup>203</sup> Sigmund Freud, "Los orígenes del psicoanálisis", en: *Obras completas*, t. III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 3516.

<sup>204</sup> Jeremy Bentham, "La théorie des fictions" (1ª parte), Jean-Michel Mack (trad.), en: *Palea*, núm. 9, Secrétariat de l'École de la Cause Freudienne à Strasbourg, 1988, p. 18.

En la "Sinopsis sobre la neurosis de transferencia", llama al conjunto de sus especulaciones su "fantasía filogenética". En "Tótem y Tabú" trata de una "hipótesis que acaso parezca fantástica": su construcción sobre la horda primitiva y el asesinato del protopadre. Finalmente, en uno de sus últimos escritos, "Análisis terminable e interminable", hablando de la bruja metapsicología, Freud dice: "sin especular ni teorizar –por poco digo fantasear– metapsicológicamente, no se avanza un paso aquí".<sup>205</sup>

Hay entonces, tal como Bercherie lo señala, "una dimensión de fantasmaticización teórica mayor, de la que hay que subrayar que apunta a dar cuenta de una realidad clínica esencial: la consistencia de los núcleos fantasmáticos inconscientes, tan llena de efectos, tan resistente a la deconstrucción analítica como el real de la historia de los propios acontecimientos del sujeto".<sup>206</sup>

Esa dimensión de fantasmaticización tiene su importancia cuando la abstracción es condición de aprehensión de un real inasible de modo diferente, lo que da a ese "fantasear" ficciones teóricas, el estatuto epistemológico de motor del movimiento de la "cosa misma" que el psicoanálisis, como campo de investigación, constituye.

Esto expresa también la dialectización de los dos discursos señalados en el recorrido freudiano, el de la ciencia y el del psicoanálisis, dialéctica cuyos avatares nos conducen a plantear, por ejemplo, la pregunta del estatuto del fantasma en psicoanálisis.

Esta pregunta tiene su asidero en la advertencia de Freud según la cual "el progreso del conocimiento no tolera tampoco la rigidez de las definiciones",<sup>207</sup> ninguna *starrheit*, (fascinación de las definiciones), como puntualiza Lacan. Esto nos

<sup>205</sup> Sigmund Freud, "Análisis terminable e interminable", en: *Obras completas*, t. 22, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 228.

<sup>206</sup> Paul Bercherie, *Géographie du Champ psychanalytique*, Navarin, París, 1988, p. 30.

<sup>207</sup> Sigmund Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión", *op. cit.*, p. 113.

hace poner en guardia contra toda fetichización de los conceptos psicoanalíticos, que deben, por tanto, sufrir la transformación nacida de su confrontación con el real de la clínica.

La ficción, en el sentido de Bentham, designa también una estructura de distribución del goce. Es por eso que Lacan luego se desplazará del concepto fundamental al matema:

Nuestra concepción del concepto dice implica que éste es siempre establecido en una aproximación que tiene relación con lo que nos impone como forma el cálculo infinitesimal. Si el concepto se modela en efecto en una aproximación a la realidad que está hecha para ser aprehendida, no es más que un salto, un pasaje al límite que acaba de realizarse. Bajo la forma de cantidad finita.<sup>208</sup>

Con relación a este pasaje, Jacques-Alain Miller señala en Lacan la sustitución del concepto por el matema, en el contexto de la transmisión pretendida integral, sin la pérdida de la comunicación del concepto, ya que éste traspasa lo real al precio de la semántica. El matema, al contrario, reduce a cero el querer decir, lo que lo hace no interpretable, y solamente es posible ver cómo se articula; es un significante puesto por fuera del efecto semántico.

<sup>208</sup> Jacques Lacan, *op. cit.*, p. 149.

## CAPÍTULO SIETE

# Investigación psicoanalítica, clínica de lo social y valor del concepto

Héctor Gallo

### *Introducción*

¿Cómo servirse del psicoanálisis en la investigación de un fenómeno social, y qué función se le puede asignar allí a la clínica que lo define? Dicho de manera más simple: ¿cómo investigar desde el psicoanálisis en el ámbito social, sin abandonar la clínica como eje fundamental y sin dejar de mantenerse fiel a sus fundamentos conceptuales?

### *Presencia del psicoanalista*

La investigación con el psicoanálisis se mantiene según los ejes que traza la clínica, si se cumplen al menos dos condiciones:

1. Que garantice en su desarrollo la presencia efectiva del sujeto del inconsciente y la pulsión.
2. Que existan "psicoanalistas capaces de jugar su partida con la ciencia y la cultura".<sup>209</sup>

Estas dos condiciones reclaman, en su orden, un compro-

<sup>209</sup> Jacques-Alain Miller, *El banquete de los analistas*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p. 296.

miso epistemológico con el concepto tomado como orientación y un deseo que se ponga en acción más allá de los muros del consultorio, del pequeño círculo de los colegas y alumnos y de las insignias que adornan el semblante.

Si aceptamos que la universidad "solo acoge a los saberes que el amo permite, pues es éste quien sustenta las relaciones universitarias",<sup>210</sup> y que en este contexto el psicoanálisis no goza de la mayor simpatía, debido a que conserva algo de "no reglamentado, no encajado directamente en el poder,"<sup>211</sup> entonces los psicoanalistas tenemos una responsabilidad suplementaria que no cobija al psicólogo, al médico, ni al profesor universitario que se conforma con presentar el psicoanálisis como un referente teórico entre otros.

Más allá de la premisa de que no hay formación profesional sin asimilación de saber, nos toca demostrar que, para acceder a la posición de analista, es condición que lo sabido tenga que ver con el ser y la verdad. Esta vertiente, en tanto no se inscribe en el ámbito de un saber acumulado, tal como sucede con el saber universitario, le exige a los psicoanalistas no ser complacientes con "el saber deshabitado del deseo",<sup>212</sup> y menos con los estándares.

Así como la clínica psicoanalítica no se ajusta a protocolos estándar y obligatorios a la hora de proceder, tampoco es una legislación institucional la que sostiene la investigación con el psicoanálisis, sino la transferencia de trabajo. Esta requiere la presencia de un deseo despierto, de "un viviente"<sup>213</sup> que lo sostenga y se sienta convocado, no por devoción a máximas convertidas en "guía de la vida"<sup>214</sup> del investigador, sino como parte de una comunidad de trabajo.

<sup>210</sup> J.-A. Miller, *Elucidación de Lacan*, Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 149.

<sup>211</sup> *Ibíd.*, p. 151.

<sup>212</sup> *Ibíd.*

<sup>213</sup> J.-A. Miller, *Política lacaniana*, Buenos Aires, Colección Diva, p. 24.

<sup>214</sup> J.-A. Miller en colaboración con Eric Laurent, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 19.

### *Los conceptos definen una orientación investigativa*

Un concepto psicoanalítico no es un dogma, "pero sí encierra una orientación, y la orientación"<sup>215</sup> "es saber si uno se deja guiar",<sup>216</sup> en lo que respecta a la investigación con el psicoanálisis, por el inconsciente y la pulsión, o por el individuo y el instinto. El dogma, en el campo religioso, es considerado una verdad que no admite discusión ni reserva. En el filosófico, inicialmente se relacionó con la opinión referida a los principios. Entonces, "el término dogmático [...] significó relativo a una doctrina o fundado en principios".<sup>217</sup> Desde el punto de vista epistemológico, los conceptos son principios que orientan una reflexión y no imperativos categóricos que se afirman sin contar con la realidad concreta; por eso no admiten que se deje de "prestar atención a los hechos o a los argumentos"<sup>218</sup> que permitan su interrogación.

Cuando un psicoanalista es al mismo tiempo profesor universitario, tiene la responsabilidad ética de impedir que la investigación que realice en la universidad entre a hacer parte de una obligación académica entre otras, pues de ser así perderá su interés y se volverá una actividad que, en lugar de crear alrededor de ella un ámbito de pasión, entrará a hacer parte del aburrimiento que caracteriza a todo lo que en la actualidad se hace en la universidad por obligación y no por deseo. Un psicoanalista investigador ha de preservar en la universidad el aspecto apasionante de la invención, el cual se opone a lo curricular que consiste en "una trayectoria que obliga a aprender cosas y después otras de manera sucesiva".<sup>219</sup> Un psicoanalista ha de procurar crear "alrededor de él un ámbito de pasión y de búsqueda, de manera que no se

<sup>215</sup> J.-A. Miller, "A propósito de los afectos en la experiencia analítica", *Matemas II*, Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 152.

<sup>216</sup> *Ibíd.*

<sup>217</sup> José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, Ariel, Barcelona, p. 929.

<sup>218</sup> *Ibíd.*

<sup>219</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 3, Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 324.

propicie que los conceptos demasiado difíciles sean "pura y simplemente dejados en un cajón".<sup>220</sup>

Si no se vuelve cada vez sobre el modo como se ha producido, por ejemplo, el montaje de "la hipótesis freudiana del inconsciente y la práctica que se deduce de ella",<sup>221</sup> no habrá investigación psicoanalítica bien orientada. El inconsciente es un concepto fundamental, porque es una hipótesis que hace parte de la columna vertebral de la práctica inventada por Freud. Así como el individuo-yo es el soporte de la práctica psicológica, el sujeto del inconsciente es el punto de anclaje de la investigación y la práctica analítica.

El inconsciente no es un concepto formado "de una vez por todas",<sup>222</sup> sino una hipótesis que orienta a los psicoanalistas hacia una crítica de toda perspectiva teórica y clínica del sujeto que pretenda ignorar su división. La división es lo que distingue al sujeto psicoanalítico del yo psicológico que aspira a la unidad, al equilibrio y el reforzamiento. La división marca una frontera con respecto a las demás teorías de la subjetividad, porque es el fenómeno clínico que, por dar lugar al lenguaje como causa del sujeto, excluye radicalmente el instinto de su constitución.

¿Qué quiere decir la palabra 'fundamental', referida a algunos conceptos propios de una disciplina como la del psicoanálisis? Que esta disciplina cuenta con un tronco doctrinal que permite localizar el campo propio de su experiencia y también diferenciarla. Esta localización definirá un centro que no excluye la versatilidad necesaria en la investigación con el psicoanálisis.

Los conceptos del psicoanálisis hay que concebirlos en evolución y dispuestos a la prueba que requiere la investigación. Son un *presupuesto* de la reflexión, no "proposiciones"

<sup>220</sup> Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, p. 19.

<sup>221</sup> J.-A. Miller, *Introducción al método psicoanalítico*, Eolia Paidós, Buenos Aires, 2000, p. 8.

<sup>222</sup> J. Lacan, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., p. 18.

inatacables. De hecho, la mayoría de las discusiones que giran alrededor del inconsciente, la pulsión, la transferencia y la repetición, "falla en ponerse de acuerdo sobre el nivel de verdad en que se mantienen"<sup>223</sup> estos conceptos en la actualidad.

Si queremos aproximarnos a lo que implica el inconsciente freudiano como concepto, hay que "ir a los hechos de la experiencia freudiana",<sup>224</sup> que no son los mismos que rigen la experiencia psicológica, ni la de los llamados posfreudianos. En estos autores, y en las distintas psicologías de la conciencia posteriores a Freud, el inconsciente es, sobre todo, aquello que define "en la realidad psíquica el círculo de lo que no tiene el atributo (o la virtud) de la conciencia".<sup>225</sup>

Para los posfreudianos, el inconsciente no tiene el lenguaje como causa, y tampoco lo consideran un "concepto forjado sobre el rastro de lo que opera para constituir al sujeto".<sup>226</sup> Está relacionado con lo primordial o arcaico reprimido, con lo latente sustituido por lo manifiesto y con lo "hereditario que se reconoce en nuestra naturaleza".<sup>227</sup> Esta vertiente, que asocia al inconsciente con algo que debe ser superado, da lugar a la entronización del yo como relevo racional que expulsa del sujeto lo oscuro e incoherente. Se configura así un error central en la doctrina, la clínica y la investigación psicoanalítica.

El fundamento del error referido reposa, según Lacan, "sobre el hecho"<sup>228</sup> de que se transfiera indebidamente a fenómenos sensoriales -atención, percepción y juicio- la experiencia que se evidencia con el cogito, el cual "los utiliza como ejemplos"<sup>229</sup> de su veracidad. Lacan considera al respecto que, lejos del cogito marcar para la ciencia una certi-

<sup>223</sup> J. Lacan, "Posición del inconsciente", en: *Escritos 2, Siglo XXI*, Buenos Aires, 1975, p. 809.

<sup>224</sup> *Ibíd.*

<sup>225</sup> *Ibíd.*

<sup>226</sup> *Ibíd.*

<sup>227</sup> *Ibíd.*, p. 810.

<sup>228</sup> *Ibíd.*

<sup>229</sup> *Ibíd.*

dumbre de saber en relación con lo percibido y lo intuido, más bien marca una ruptura con toda seguridad condicionada en esos aspectos de la conciencia. Esta ruptura tuvo que esperar a Freud y su descubrimiento del inconsciente para instituirse en la concepción del sujeto.

De lo anterior se desprende que la demarcación teórica y clínica implicada en el establecimiento de una orientación, en lugar de ser una operación "dogmática" y "excluyente", más bien responde al deseo de darle coherencia doctrinal a un programa de formación investigativa. No se trata de una exclusión arbitraria de otros autores, conceptos y métodos distintos, sino de una exigencia de rigor epistemológico propio del campo de las disciplinas científicas.

Una orientación se define por la ubicación de unos presupuestos conceptuales necesarios para la localización de un campo y la definición de aquello que lo funda como teoría o como praxis. La orientación no limita una diversidad fructífera para la producción de saber, sino el goce de cada uno pretender ser autor, goce que impide forjar un acuerdo sobre los puntos de anclaje de nuestra praxis.

Un acuerdo imprescindible que debe existir entre los psicoanalistas es que en su clínica se trata lo real por lo simbólico y no lo real por lo real. Aquí es la división y no la razón lo que constituye el dominio esencial del sujeto, y la unidad de la conciencia queda excluida como su principal virtud. Una definición de los fundamentos no supone un acuerdo a priori en la manera de abordar los problemas de la práctica analítica, pero sí permite definir un campo común a partir del cual es posible entrar en discusión dialéctica con otros autores, distintos a Freud y a Lacan, que han hablado y hablan en nombre del psicoanálisis.

Contar con los fundamentos implica la obligación de poner al orden del día varias preguntas: ¿qué es psicoanálisis, qué puede calificarse como práctica psicoanalítica, qué principios le dan su especificidad clínica, cómo se opera con su objeto, qué campo de experiencia delimita y qué podemos transmitir de dicho campo en la universidad?

Si bien la universidad es un espacio académico en donde no se otorgan títulos que autoricen la práctica del psicoanálisis, quienes habitamos dicho espacio para sostener que hay un reverso del discurso que allí se promueve podemos mostrar qué diferencia la clínica psicoanalítica de una técnica psicológica, cuál es su utilidad social y por qué no se ajusta a parámetros estándar.

Mientras la técnica psicológica remite a un saber hacer práctico, la clínica psicoanalítica remite a una ética del deseo, deseo que debe ser interrogado en todos los escenarios en los que un analista interviene. Me pregunto: ¿cómo proceder para que la investigación de un fenómeno social siga siendo psicoanálisis, y en qué se distingue o cómo se articula con la investigación clínica?

### *Lo real testimoniado*

Cuando se trata del psicoanálisis aplicado a la clínica del caso por caso, Lacan sugiere tener en cuenta lo real propio del inconsciente como elemento de orientación. Este real de la subjetividad impide que la clínica psicoanalítica se sostenga de "clasificaciones que se atienen a protocolos y escalas de evaluación".<sup>230</sup> En su lugar, se reintroduce "el acto de decidir, que no es universalizable".<sup>231</sup> En cada caso particular, hay que ocuparse de "los detalles y principios que orientan el diagnóstico y dirigen el tratamiento, porque las clasificaciones tienen cierto carácter relativo y artificial".<sup>232</sup> De este modo, se garantiza la captación de aquello en lo que consiste el real, del cual da testimonio el inconsciente del sujeto.

En el caso del psicoanálisis aplicado a lo social, también habrá que plantearse en qué medida es posible aproximarse

<sup>230</sup> Tomado del III Encuentro Americano - XV Encuentro Internacional del Campo Freudiano. Boletín N° 1, mayo de 2006, p. 1.

<sup>231</sup> *Ibíd.*

<sup>232</sup> *Ibíd.*

al real incomparable que particulariza al fenómeno investigado. Si en efecto logramos en cada investigación cernir algo de ese real en juego, la frontera que separa el análisis de la subjetividad de la aplicación del psicoanálisis a lo social dejará de ser tan radical como algunos creen.

El vínculo de lo clínico con lo social fue señalado por Freud de varias maneras. Por ejemplo, construyó su teoría de la identificación deslizándose "sin esfuerzo del análisis subjetivo a la psicología de las masas y viceversa".<sup>233</sup> Sin lugar a dudas, la identificación es uno de los conceptos freudianos que mejores rendimientos ofrece para tender un puente entre lo subjetivo y lo social, pues como tal "establece precisamente un lazo social, es en sí misma lazo social".<sup>234</sup> De hecho, la definición de lo que se espera de un sujeto como producto de la operación analítica es "la producción de los significantes de la identificación",<sup>235</sup> significantes que dan cuenta del modo como ha incidido el vínculo social en sus elecciones de goce en distintos momentos de la existencia.

El otro término clínico que le sirvió a Freud para deslizar-se del análisis de lo subjetivo al malestar de la civilización o, dicho de otra manera, para dar cuenta de la dimensión social del síntoma y del modo como el contexto puede influirlo en su forma de presentarse, es el de pulsión. A partir de 1930, lo esencial de la pulsión ya no se define en relación con su fuente biológica, ni con el campo de las representaciones y la energía que le sirve de carga. Freud hace variar su extensión y comprensión cuando incorpora en su análisis el superyó y la culpa, asuntos que permiten trasladarlo fuera de la clínica, que es su campo de origen.

Un presupuesto para articular la clínica analítica de la subjetividad con la investigación social es formulado por Jacques-Alain Miller al afirmar que, cuando en 1930 "Freud necesita inventar un compañero para la pulsión, plantea el

<sup>233</sup> J.-A. Miller en colaboración con Eric Laurent, *op. cit.*, p. 16.

<sup>234</sup> *Ibid.*

<sup>235</sup> *Ibid.*

superyó",<sup>236</sup> instancia que, en tanto no se refiere solo al yo, "sobrepasa al sujeto y solo puede situarla en el nivel de lo que llama la civilización".<sup>237</sup>

El aspecto que permite situar el superyó freudiano en el nivel de la civilización es el correspondiente a la culpa. Freud sostiene que la cultura solo consigue alcanzar el objetivo de "unir a los hombres en una masa íntimamente amalgamada [...] mediante la constante y progresiva acentuación del sentimiento de culpabilidad".<sup>238</sup> Los significantes "constante" y "progresiva" denotan un "movimiento perpetuo" que estaría en el centro de la civilización, movimiento que es el de una voluntad que no se detiene.

La voluntad, sea moral o de goce, puesta del lado del superyó y no de la razón, implica una severidad perpetua que no depende de los imperativos de la ley del padre, "sino que corresponde más a nuestra propia agresión contra el objeto"<sup>239</sup> exterior. La perpetuidad que anima a esta agresión y su vínculo imperecedero con la culpa es lo que separa al superyó de la ley del padre, lo conduce hasta su "relación con la masa"<sup>240</sup> y lo "instala en el corazón de la cultura".<sup>241</sup>

La intimidad que en 1930 Freud plantea entre pulsión y superyó no permite asumir más este término como la instancia en donde se localizan los ideales culturales establecidos sobre las identificaciones del yo. Mientras el ideal remite directamente al yo y sus identificaciones, que no tienen que ser perpetuas, el superyó remite al sujeto del inconsciente en su relación con una voluntad perpetua, la cual puede asociarse con el deber y la culpabilidad. Si bien deber y culpa "hacen existir al Otro, son los semblantes del

<sup>236</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>237</sup> *Ibid.*

<sup>238</sup> Sigmund Freud, "El malestar en la cultura", en: *Obras completas*, t. VIII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 3059.

<sup>239</sup> *Ibid.*, p. 3057.

<sup>240</sup> *Ibid.*, p. 3059.

<sup>241</sup> J.-A. Miller, *El banquete de los analistas*, *op. cit.*, p. 305.

Otro",<sup>242</sup> relacionarlos más con el inconsciente y la pulsión que con el yo impide hablar de superyó social, en el mismo sentido en que se habla de ideales culturales propiciados por una identificación colectiva con un padre.

Desde el superyó no se fortalece el vínculo social porque el movimiento perpetuo que define su voluntad lo destruye. La identificación muestra cómo se configura y sostiene el vínculo; en cambio, el superyó muestra cómo se rompe y pervierte. Este aspecto negativo del superyó se esboza en la proposición freudiana según la cual éste se nutre de la agresividad a la que el sujeto renuncia. Aquí Freud deja de articular directamente el superyó con una introyección de la ley y lo pone en relación con la destrucción no realizada en el exterior.

La vertiente anotada es la que Lacan quiere enfatizar, denotando en su versión del superyó la producción de "un imperativo distinto"<sup>243</sup> al deber moral como ley que hace existir al Otro. El imperativo que se opone al vínculo y a la existencia del Otro de la referencia simbólica se enuncia bajo un "goza", definido como eso "que no sirve para nada".<sup>244</sup> El "superyó de nuestra civilización"<sup>245</sup> actual ya no se cumple con el deber moral del sujeto, sino con un "goza de cuanto se te antoje". Entonces mientras el ideal remite al ámbito de las renunciaciones, las exigencias morales y los mandatos que hacen existir al Otro, el superyó remite a los goces que en la actualidad hacen confundir perversión con cultura.

El superyó contemporáneo no es en nuestra realidad psíquica el soporte de las renunciaciones del yo y el eje de la ley, sino el vehículo de un mal vivir al que no se logra renunciar. Como ya no hay mandato universal que sea una guía acogida por todos, el sujeto ha pasado del deber de conservar la virtud por vía de la fe en el Nombre del Padre, al imperativo

<sup>242</sup> J.-A. Miller en colaboración con E. Laurent, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, op. cit., p. 19.

<sup>243</sup> *Ibíd.*

<sup>244</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Buenos Aires, 1981, p. 11.

<sup>245</sup> J.-A. Miller en colaboración con Eric Laurent, op. cit., p. 19.

"goza sin que nada te detenga". Este movimiento de goce que dura y permanece caracteriza el mal vivir de la cultura contemporánea, cuyos vínculos ya no se basan en una moral acorde con los ideales civilizados, sino en una voluntad acorde con la pulsión y sus excesos. La asociación del superyó con dicha pulsión "condena al sujeto a la caza del plus de gozar"<sup>246</sup> en nuestra civilización.

Resumiendo, pulsión y superyó son conceptos que nacen en la clínica freudiana, pero sin duda deben ser tenidos en cuenta cuando queremos examinar, desde el psicoanálisis, fenómenos de la civilización como el problema de la ley, la responsabilidad, el castigo, la prohibición, el maltrato, el crimen, el abuso sexual, la violencia intrafamiliar, el suicidio, la adolescencia, la anorexia y las adicciones.

Ahora bien, en la perspectiva del examen de la civilización, Lacan adquiere gran importancia, porque nos aporta conceptos como goce, discurso, Otro y real. El goce nos orienta hacia las relaciones entre superyó, pulsión, civilización y afecto, evocando una ética de la pasión y no de la moralidad. El discurso, en la medida en que nos orienta hacia la relación del sujeto con el significante, da lugar a examinar el vínculo social, más en la perspectiva de los efectos del lenguaje sobre el cuerpo, que de las reacciones del yo a lo que sucede en el mundo. El Otro abre una rica perspectiva al análisis del padre, que va de una lógica singular a otra plural. En cuanto a lo real, marca una nueva manera de abordar lo insoportable en la clínica.

Goce y civilización son colocados por Lacan en una íntima relación. Su definición de la civilización es traducida así por Miller: "es un sistema de distribución de goce a partir de semblantes".<sup>247</sup> Esto quiere decir que, en la perspectiva del superyó, "una civilización es un modo de goce, incluso un modo común de gozar, una repartición sistematizada de los medios y las maneras de gozar".<sup>248</sup>

<sup>246</sup> *Ibíd.*

<sup>247</sup> *Ibíd.*

<sup>248</sup> *Ibíd.*, p. 18.



Sujeto y civilización evocan un real que tiene que ver con un modo de gozar. En el primer caso, se trata de un modo de goce relativo a lo particular, y en el segundo, a lo social. De acuerdo con la lógica del razonamiento seguido hasta aquí, los conceptos que permiten pensar la articulación entre el goce que define lo particular de un sujeto y el goce que define a una sociedad civilizada, son los de pulsión y superyó.

Una clínica de lo particular no reduce lo social a un segundo plano, sino que sostiene que es necesario, a partir del caso por caso, establecer en qué consiste su determinación. Es indispensable contar con lo social en la clínica del caso por caso, no porque se quiera introducir en este campo "un relativismo social", sino porque el goce del sujeto no se funda por "fuera de la relatividad sociológica".

Así como "la función del padre está ligada a la prevalencia de una determinación social, la de la familia paternalista",<sup>249</sup> el goce particular es relativo a una estructura social. Esto quiere decir que el goce del sujeto, en tanto paradoja del superyó con respecto al ideal, no es independiente del modo como se configura el Otro en la época de la cual se trate. Si aceptamos que en la actualidad el Otro ha caído como referencia moral y se ha instituido más bien como soporte de goce, entonces el sujeto queda más que nunca expuesto al desamparo que lo deja en riesgo, sujeto a engaños, simulaciones, incertidumbre angustiante, depresión, suicidios lentos y a transgresiones de todo tipo.

### *Intimidad entre lo clínico y lo social: el caso de la homosexualidad*

La homosexualidad es un ejemplo que permite ilustrar en qué medida puede establecerse la determinación social de un goce que el sujeto actual ya no tiene necesidad de asumir como máxima de su comportamiento particular. Los homose-

<sup>249</sup> *Ibíd.*

xuales de hoy han logrado, en distintos lugares y valiéndose de los derechos, que su goce deje de ser excluido y pase por un ritual establecido por la ley.

Miller se pregunta: "¿Qué permanece invariable de la homosexualidad y qué cambia cuando el Otro social la recibe de una manera completamente diferente y cuando se está elaborando una norma nueva que confiere una legitimidad inédita y masiva al lazo homosexual?"<sup>250</sup> Sin duda, la identificación con el significante homosexual no ha de quedar intacta tras la mutación, cada vez más evidente, que se ha ido produciendo desde su inclusión en la clínica de las perversiones, pasando por su legitimación como parte de la diversidad sexual, hasta la conformación de una familia que, pese a no ser como las otras, aspira a gozar de sus mismos derechos.

Vemos que un fenómeno, considerado hasta cierto momento del resorte de una clínica de la subjetividad, pasa en la actualidad a entrecruzarse íntimamente con lo social, hasta el punto de ya no ser posible oponer en su análisis esos dos niveles, ni establecer prevalencia de uno sobre otro. Dentro del nuevo régimen de la civilización contemporánea, el del "Otro que no existe" como referencia moral, aunque sí como soporte de multiplicidad de goces, lo clínico y lo social ya no se excluyen mutuamente. Hay más bien que establecer cómo se relacionan en cada caso, dónde se produce la articulación y qué caracteriza a cada ámbito.

Habrá que pensar cómo orientarse en la investigación de un fenómeno social sin ignorar lo real en juego, para que el psicoanálisis permanezca ubicado en su justo lugar. Una vía a seguir para lograr convertir lo que se acaba de decir en una política, sería la siguiente: no servirse en la investigación social —desde el psicoanálisis— de estándares metodológicos, pero sí de los conceptos que Freud y Lacan propusieron para dar cuenta de la dimensión social de la subjetividad. Esta dimensión no se plantea porque se quiera alejar el psicoanálisis de una clínica de lo real, sino más bien para "adoptar la

<sup>250</sup> *Ibíd.*, p. 17

perspectiva necesaria (que implica tomar distancia) para circunscribir este real en su lugar".<sup>251</sup>

### *La investigación psicoanalítica como apuesta metodológica*

Escuchando durante varios semestres a los estudiantes en formación como investigadores, observando sus aciertos y dificultades en los trabajos de investigación realizados, reuniéndome con algunos de ellos para intercambiar ideas sobre su quehacer académico y asesorándolos en sus investigaciones, he llegado a la siguiente conclusión: no es posible conducir a buen puerto una investigación con el psicoanálisis, si durante el recorrido no se opera en la subjetividad del estudiante y, por su puesto, del profesor que transmite y asesora, un movimiento que ponga en juego, de manera singular, un componente ligado al deseo.

El componente al cual me refiero se puede denominar apuesta metódica, que permite poner en acto un tipo de entusiasmo distinto a la euforia de una masa espontánea cuando aparece en un espectáculo público su cantante preferido, cuando el equipo de sus amores marca un gol o se despiden un ídolo del deporte. La idea no es que los estudiantes deban enloquecer de euforia con todo lo que se hace académicamente, ni que conviertan a los profesores que intervenimos en su formación como investigadores en sus ídolos, sino que definan, uno por uno, en qué consiste su apuesta en la universidad.

Las posibles incomodidades con la institución que reglamenta, y con los profesores que tienen particularidades a veces molestas y que suelen hacer exigencias académicas que presionan, es algo normal en un proceso de formación que pasa por la oficialidad universitaria y en donde se reúnen diversas maneras de pensar, de ser y de gozar. Tampoco es evitable el malentendido, sobre todo porque profesores y

estudiantes hacemos parte de un proceso que requiere estar cotidianamente juntos durante cierto tiempo y dentro de un espacio en donde se distribuyen responsabilidades de acuerdo con el lugar que se ocupa.

En donde sí no hay lugar para vacilaciones ni altibajos, porque ello traería consecuencias que se pagan, es en lo que respecta a la apuesta metódica que requiere la pregunta de investigación, apuesta que pasa por la asimilación del concepto y por el hecho de que cada uno se logre representar cómo operar con éste en calidad de principio teórico y clínico que orienta el desarrollo de la pregunta. Este desarrollo tendrá que contar con el sujeto del inconsciente, la pulsión, la transferencia y la repetición, que un investigador psicoanalítico tiene el deber de trabajar a profundidad.

Para orientarse hacia lo que he llamado apuesta metódica, que sin duda es lo que permite lograr una especie de enamoramiento de la pregunta, enamoramiento que debe estar libre de traiciones representadas, por ejemplo, en la pereza y el desgano, hay que estar entusiasmado con una apuesta que más vale que sea tomada "en el contexto de un no-saber".<sup>252</sup>

Invocar un no-saber al principio de un recorrido tiene relación con lo que sería una posición ética fundamental cuando se trata de una apuesta compartida. La idea del no-saber no se introduce en la investigación psicoanalítica como una consigna obligada, sino como una decisión voluntaria. La decisión consiste en poner entre paréntesis, tal como se ha indicado en otros lugares de este libro, enunciados como "yo sé muy bien", "soy un experto", o "domino voluntariamente el método, los conceptos y conozco todas las posibilidades".

El entusiasmo sostenido por la apuesta metódica requiere de cierto sacrificio, porque se necesita una inversión libidinal y ello supone un gasto psíquico. Si el trabajo de investigación requiere un gasto libidinal, es necesario retirar libido de otros

<sup>251</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>252</sup> J.-A. Miller, *Psicoanálisis y política*, Escuela de Orientación Lacaniana (EOL), Grama ediciones, Colección Orientación Lacaniana, Buenos Aires, 2004, p. 75.

lados para ponerla en la pregunta y, en términos de Jacques-Alain Miller, hay que hacer un esfuerzo de poesía, que consiste en una invención creativa. Lacan nos dejó a los psicoanalistas, como enseñanza, que en la relación con el saber no se debe tener nada de burócrata, pues "apasionaba a la gente con una invención constante y una retórica admirable".<sup>253</sup>

El gasto libidinal supone un sacrificio. El sacrificio involucra a un Otro a seducir con lo que se hace, otro que te dirá: "haces bien, te felicito, disfruto por ello, sigue así. Sacrificándote te haces amable".<sup>254</sup> En cuanto a la poesía, como se trata de la invención de una experiencia original, no existe por fuera de la *apuesta*, que es un modo privilegiado de dar cuenta de la localización subjetiva de un deseo como causa. Esta localización, en el caso del psicoanálisis, deberá dar lugar a una posición política, ética y epistémica.

Un investigador deberá pensar qué sacrifica y en nombre de qué y cómo ha de hacer para que lo sacrificado no malogre el disfrute de su permanente indagación. No estoy diciendo que la investigación requiera una posición sacrificial del investigador, pero sí se debe tener en cuenta esta advertencia de Miller: "Sacrificar es consagrar la vida a lo sagrado, es decir, a lo que es para el Otro, respecto de quien, evidentemente, la cuestión siempre es la de saber si ese sacrificio le agrada y de qué manera da testimonio de esa aceptación".<sup>255</sup>

No se trata, como investigador, de una consagración de la vida a algo sagrado, como se le pide, por ejemplo, a los religiosos de clausura, que deben dedicarse a la contemplación, o a los misioneros que andan por el mundo haciendo el bien por querer agrandar al Otro. Se trata solo de tener en cuenta que sin cierto margen de sacrificio consentido y voluntario no hay apuesta que permita obtener lo que se quiere. Nadie sacrifica algo por nada, y en la investigación no se trata de sacrificar la existencia o del sacrificio como profesión de fe,

<sup>253</sup> J.-A. Miller, *Conferencias porteñas*, t. 3, *op. cit.*, p. 324.

<sup>254</sup> J.-A. Miller, "Psicoanálisis y política", *op. cit.*, p. 77.

<sup>255</sup> *Ibid.*, p. 76.

sino más bien de hacer algo para lograr darle un mayor sentido a la vida y enriquecerla.

En el tiempo que llevo en la universidad como profesor, me he preguntado si en la relación con los estudiantes es posible hacer prevalecer una política basada en un no-saber, sobre la política basada en aquello que "se sabe muy bien" y que, debido a la repetición que involucra, para nada conviene a la invención permanente de una experiencia original.

Estamos lejos de aquellas épocas en las que a profesores y estudiantes les interesaba hacer valer una ética de la apuesta y una epistemología del concepto como principios de orientación del quehacer. Ahora lo que predomina es la política del todo saber del experto, y experto significa experimentado, es decir, alguien que no tiene nada que aprender de la experiencia con sus estudiantes. La falta de epistemología característica del goce en la repetición del profesor mediocre, y la ausencia de poesía del burócrata que mata la apuesta con el estándar y la evaluación, amenazan con ganarnos la partida.

Una manera privilegiada de convertir el no-saber en política de la investigación es llegar a establecer "cuál es el no-saber" que nos interesa en cada ocasión. Esto no se logra sin definir en qué consiste la apuesta metódica que se pone en juego en una pregunta, con la cual no hay compromiso sino a partir de una decisión. Una apuesta, en su sentido estricto, implica contar con que las posibilidades de triunfo no son demasiadas, pero, tratándose del saber, sin su concurso no habrá posibilidad de hacer nada que valga la pena.

Si, como dice Miller, "la apuesta es una decisión que se toma en el contexto de un no-saber",<sup>256</sup> del cual podemos llegar a saber algo solo en posición de analizantes, esto quiere decir que únicamente hay "apuesta digna de ese nombre cuando no se tiene"<sup>257</sup> sino una ínfima probabilidad de salir victorioso. La improbabilidad de victoria produce, sin duda, un efecto de división subjetiva, pero al mismo tiempo un elo-

<sup>256</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>257</sup> *Ibid.*

gio de la dificultad, pues el valor de lo que puede llegar a ganarse es "infinitamente más grande que todo cuanto podríamos ganar en otras circunstancias".<sup>258</sup>

El sentimiento de no tener nada seguro y de una oportunidad precaria, afortunadamente no aplica cuando hablamos de la apuesta en el caso de la investigación. Contrario a lo que sucede, por ejemplo, en la apuesta en los juegos de azar o en las realizadas por aquellos que por haber tenido éxito en una empresa con mínimas posibilidades de lograrlo se vuelven héroes, puede decirse que el éxito de la investigación, salvo imprevistos no calculados, sí depende enteramente del investigador.

En el caso de las investigaciones aplicadas a lo social, la apuesta consiste en darle a lo que Miller denomina "vida cotidiana universal",<sup>259</sup> una "dignidad igual a la de la vida cotidiana singular".<sup>260</sup> Esto implica cierta renuncia al purismo del enclave psicoanalítico, pues de otra manera no se tendrá en cuenta que "el relato de la actualidad no tiene un ser menor que el de un sueño".<sup>261</sup>

Miller da una indicación metodológica a quienes nos ocupamos de investigar sobre la actualidad de los síntomas contemporáneos: hay que tomar el "relato de la actualidad"<sup>262</sup> como un sueño, ya no hecho por un sujeto singular, sino por una colectividad. Esta es una manera de Miller traducir la fórmula de Lacan del inconsciente como discurso del amo.

Si el sujeto dividido es el sujeto del inconsciente, no es extraño que en el discurso histérico el sujeto en posición de analizante, es decir, de alguien que se expone a tener que hablar para interrogarse y para demandar, ocupe el lugar de comando. El sujeto dividido es el inconsciente constituido en su falla, por eso es un campo abonado para la angustia, la

<sup>258</sup> *Ibíd.*

<sup>259</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>260</sup> *Ibíd.*

<sup>261</sup> *Ibíd.*

<sup>262</sup> *Ibíd.*

inhibición, el síntoma y todo aquello que surge como impedimento de la apuesta que el no-saber exige para darse una oportunidad.

Dejaremos planteadas algunas inquietudes con respecto al debate que venimos realizando. ¿En la investigación psicoanalítica habría que darle a la pregunta un lugar de comando semejante al que tiene el sujeto del inconsciente en un análisis? ¿La pregunta define la política del investigador que cuenta con el psicoanálisis en su indagación? Dicho de otra manera, si el inconsciente es la política del analista en la cura, ¿lo mismo podemos decir de la pregunta en el caso del investigador que cuenta con el psicoanálisis?

Cuando el investigador se resiste a dejarse guiar por la pregunta, las probabilidades de lograr algo que sea más o menos inédito serán cada vez menores, y en lugar de avanzar tendrá la sensación de estancarse o de estar retrocediendo hasta encontrarse con un muro que paraliza su avance. Otra forma de resistirse es avanzar sin contar con la especificidad que le da originalidad a la pregunta y avanzar abordando aspectos generales que conducen a apartarse del propósito. Cuando esto sucede, sin que se logre un retorno al buen cauce, lo que ocurre es que no se ha logrado convertir el deseo del investigador en la medida de lo que puede hacer. El deseo del investigador deberá cifrarse en la pregunta y descifrarse mediante una lectura cuidadosa de su relación con esta.

No se hace psicoanálisis en la universidad, pero es importante que un psicoanalista practicante que trabaje en la universidad sea coherente en su relación con los alumnos, con lo que se supone hace como psicoanalista. Dejarse guiar por la relación del estudiante con la pregunta no ha de resultar difícil para un analista acostumbrado a dejarse guiar por las interpretaciones del inconsciente del analizante colocado en posición histérica, por la angustia fundamentada en lo real imposible y la culpa que muestra el camino de la relación con el deseo. Esta manera de proceder es decisiva para no resistirse a la investigación que el analizante realiza a partir de la instalación de su verdadero no saber sobre lo que le sucede.

## CAPÍTULO OCHO

# Del síntoma a lo real del fenómeno social en la investigación psicoanalítica

Héctor Gallo

### *Introducción*

En este capítulo buscaremos establecer las coordenadas necesarias para definir lo que es el síntoma en Freud y su relación con el sujeto, en la perspectiva de sus vínculos. Anotemos de entrada que desde el psicoanálisis no se denomina fenómeno social contemporáneo a expresiones culturales o a trastornos y manifestaciones diversas que trascienden al individuo porque varias personas participan bajo la forma de un colectivo, sino a síntomas que se producen y evolucionan en el registro del vínculo social de la actualidad.

Se dará también en este capítulo un paso más en la reflexión acerca de qué se entiende por aplicar el psicoanálisis, desde el punto de vista investigativo, a un problema social, y cómo se pone en juego la subjetividad en este proceso o, en todo caso, de qué manera hay que proceder para lograr aislarla.

Una de las apuestas de la investigación del psicoanálisis aplicado a problemas sociales es evidenciar cómo se desprende la subjetividad del fenómeno estudiado, de qué manera influye en su producción y qué aporta para su mejor comprensión. Desde este punto de vista, tener en cuenta la subjetividad en la investigación de un fenómeno social implica oponerse a que la investigación se reduzca a una descripción

estadística. Sostenemos que el ingreso de la subjetividad en el procedimiento investigativo, en vez de dar lugar a una vaguedad explicativa, tal como suele presumirse en una lógica positivista ingenua, más bien aporta *precisión* porque exige tener en cuenta el *detalle*.

El fenómeno social, visto desde una óptica psicoanalítica basada en la orientación lacaniana, no se asume desde la oposición vida individual-vida colectiva, sino como síntoma. La oposición anotada introduce la imprecisión que consiste en suponer que el individuo nos ubica ante el uno aislado, y lo colectivo ante una masa definida por la cantidad. El síntoma, en cambio, nos permite tomar tanto al Uno como al conjunto en función del vínculo, aspecto en el que no solo entran en juego identificaciones, sino también goces que se transportan y sostienen más allá del individuo en su relación con el medio ambiente.

El malestar que produce el goce transportado como satisfacción destructiva exige establecer, en cada caso, cómo influye el Otro colectivo en la subjetividad del conjunto, y esto se logra cuando hacemos entrevistas de campo, apuntando a la "palabra justa" porque esta, en la medida en que logre cernir lo que se escapa, en sí misma vale como "un dato".<sup>263</sup>

En cuanto al Otro que colectiviza, no es el líder con el cual se identifica una masa a la que conduce, sino lo que se configura como agente de un discurso conformado por significantes amos que rigen a una sociedad e influyen en la distribución común de los goces que la caracterizan en cada época. Un ejemplo de esto es la seguridad, que sin duda ocupa en nuestro tiempo el papel de un significativo amo a partir del cual se legitiman globalmente ciertos procedimientos que atentan contra los derechos humanos, pero que son presentados como una manera de garantizar la tranquilidad.

Quien primero relaciona el síntoma con la subjetividad es Breuer, pues lo define como la forma en que se manifiestan las

<sup>263</sup> Jacques-Alain Miller, "Clase inaugural del Centro Descartes", *Descartes, Revista Internacional*, núm. 11/12, julio de 1993, p. 9.

"ideas inconscientes" que dominan a los enfermos. Es importante rescatar esta definición porque ella distancia desde hace más de un siglo el síntoma psicoanalítico del síntoma médico. Mientras en esta práctica se considera que los síntomas son el signo de una patología orgánica que debe suprimirse, en el psicoanálisis definen una producción psíquica con "sentido propio y una íntima relación con la vida de las personas en las que surgen".<sup>264</sup> Esta intimidad del síntoma con la vida del sujeto es la que lo hace inseparable del vínculo.

### *El síntoma y lo psíquico*

Que el síntoma sea psíquico, que su relación con la vida sea íntima y se le atribuya sentido propio, supone que en la investigación clínica el factor etiológico debe ser buscado en los modos como el sujeto se vincula socialmente. De una clínica médica basada en el signo y que admite ciertos protocolos en los modos de proceder en el abordaje del cuerpo enfermo, se pasa con Freud a una clínica de la singularidad subjetiva que privilegia el pequeño detalle y el caso por caso.

Otro aspecto que Freud señala, por ejemplo, en sus "Lecciones introductorias al psicoanálisis" con respecto a los síntomas psíquicos, y que tampoco encontramos en la clínica médica, es el correspondiente a la forma como el sujeto vive su síntoma: para él es al mismo tiempo lo más extraño y lo más entrañable. Es extraño porque puede empezar "siendo en la vida psíquica un intruso indeseado al que todo es adverso, situación que nos explica su frecuente desaparición espontánea y en apariencia por la sola acción del tiempo".<sup>265</sup>

Hay otros casos en los que, aunque el síntoma induce al sujeto a comportamientos nada favorables al vínculo social y

<sup>264</sup> Sigmund Freud, "Lecciones introductorias al psicoanálisis", en: *Obras completas*, t. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 2282.

<sup>265</sup> Sigmund Freud, "Análisis fragmentario de una histeria", en: *Obras completas*, t. III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 956.

no le proporciona ningún placer, como es el caso de los ceremoniales obsesivos o de ciertas adicciones, a él le resulta imposible sustraerse a dichos comportamientos. Esta es una de las maneras como se manifiesta lo real freudiano en el síntoma.

En cuanto a lo entrañable del síntoma, tiene que ver con el hecho de que el sujeto suele conducirse como si no pudiera vivir sino en función de éste. Independientemente de la función que desempeñe en la vida del sujeto, el síntoma es descrito por Freud, en distintos pasajes de su obra, como algo incomprensible que domina la voluntad de quien lo padece, limita su libertad y le incita a hacer lo que menos conviene para vivir con placer.

En relación con el tratamiento del síntoma, después de abandonar la hipnosis y la sugestión, Freud propone confiar en el poder de la palabra, pero a condición de abstenerse de orientar y aconsejar. La abstención del analista de posicionarse como guía del paciente no es caprichosa, pues tiene su razón de ser en un temprano hallazgo clínico de Freud: que así el sujeto se muestre de acuerdo con lo que se le pide hacer, y además quisiera llevarlo a cabo, no puede, sin embargo, hacer nada por mejorar su estado psíquico.

Algo propio del síntoma en Freud es el hecho de que se ve atravesado por cierta imposibilidad, distinta a la que vemos emerger en la cronicidad de algunas enfermedades médicas. En la enfermedad crónica, el saber médico choca con un imposible si se propone su curación; en el síntoma freudiano ocurre que los poderes que le sirven de sostén escapan al dominio por la voluntad del yo. Cuando se trata de una obsesión, por ejemplo, no está en manos del yo evitarla o dominarla, pues escasamente logra desplazarla o sustituirla. Puede remplazar una idea absurda por otra que quizá lo es menos, pero no suprimirla. Puede cambiar de precauciones y de prohibiciones, o variar de ceremonial, pero no dejar de llevarlo a cabo con la misma meticulosidad de siempre,<sup>266</sup> así lo esté perjudicando en sus vínculos.

<sup>266</sup> Ver *Ibíd.*, p. 2284.

En cuanto a las funciones que cumple el síntoma, éste puede ser una forma de rehabilitar al Otro, de engrandecerlo, protegerlo, rebajarlo, denunciarlo, protestar contra sus excesos, mostrar su falta y revelarse, o incluso de castigarlo o castigarse a sí mismo. En algunas depresiones de corte melancólico, es común encontrar que el sujeto se desvaloriza porque es indigno, por ejemplo, del Otro paterno, que es considerado un ser sin defecto que abruma. En la depresión histérica, el Otro no es grandioso y digno de elogios, sino defectuoso y reprochable; en la paranoia, el Otro deprime cuando se vuelve abrumador en su persecución, y en la obsesión, cuando se le supone demasiado superior.

Con respecto a la vigencia que en la clínica psicoanalítica actual conservaría la idea del síntoma como portador de sentido, digamos que es gracias a que dicho sentido se anuda al síntoma que éste se diferencia del trastorno psiquiátrico. El sentido tiene el valor de enlazar el síntoma a la vida del sujeto que lo padece y no a funciones alteradas, razón por la cual habilita de pleno derecho la pregunta por la experiencia subjetiva del individuo biológico.

### *Síntoma, realidad, fantasía y verosimilitud del dicho*

En un estadio que podemos considerar todavía preanalítico, Freud pensó que el surgimiento del síntoma tenía que ver con sucesos reales de la historia íntima del sujeto. Luego, con el descubrimiento de la realidad psíquica, se da cuenta de que dichos sucesos también pueden ser fantaseados, y en ambos casos la relación es inconsciente.

Si los sucesos de los que habla un analizante fueran siempre reales y no también fantaseados, la clínica analítica se movería sobre un terreno tan sólido como en el que pretende moverse la práctica jurídica, en la que la fantasía es mentira, engaño, falsedad, mitomanía o signo de locura, porque hace referencia a un dicho que no coincide con la realidad de lo sucedido. Lo que se dice en un análisis sobre el pasado es

incierto y comporta vacíos; lo que se dice de una situación en la que hubo desarrollo de angustia tampoco es siempre coherente en su totalidad. De todos modos, no todo lo que se dice del pasado o en un estado psíquico alterado es falso o corresponde a fantasías que no deberían tenerse en cuenta. Un analista habla de sucesos que a la vez son falsos y reales, su palabra será siempre una mezcla de verdad y mentira. Pero un analista considerará que la verosimilitud de lo que se dice no cambia por ser realidad o fantasía.

Lo que diferencia a la investigación clínica psicoanalítica de una práctica psicológica o de psicoterapia es el hecho de colocar realidad y fantasía en un mismo plano de verosimilitud. La verosimilitud no se mide por una confrontación de lo que el sujeto dice con la realidad, sino dentro de su mismo discurso. Lo más real del síntoma freudiano en los albores de la clínica psicoanalítica es, entonces, conducir al sujeto a tratar con sucesos imaginarios como si hubieran sucedido.

Al comienzo Freud piensa que los sucesos históricos son la guía inicial para orientarse hacia el sentido de los síntomas, y como dicho sentido se ignora, propone la interpretación, que no es igual a explicar sino a descifrar. Freud anota, sin embargo, que no todo el significado del síntoma es susceptible de desciframiento, porque siempre queda algo por revelar.

Ahora bien, Freud no hace equivaler supresión del síntoma a curación, porque ni siquiera en el ámbito médico dicha equivalencia es válida. En medicina es común oír hablar de enfermedades silenciosas o asintomáticas, y también de modos de silenciar el síntoma sin que el proceso interno degenerativo se detenga. Freud señala en sus "Lecciones introductorias al psicoanálisis" que estar enfermo es un concepto básicamente práctico, pues alguien está enfermo cuando se encuentra incapacitado para hacer algo que normalmente hacía.

La noción de enfermedad en psicoanálisis se relaciona con un síntoma que hace pregunta, sobre todo en aquellos casos en los que incapacita al sujeto para actividades más vitales y productivas que, por ejemplo, las que se llevan a cabo en un ceremonial obsesivo. Estos actos, si bien cumplen una fun-

ción subjetiva importante porque son una forma de arreglarse con la angustia, también son nocivos e inútiles para el vínculo social. Lo más paradójico es que a veces son realizados por el sujeto contra su voluntad y a costa de experimentar displacer o dolor.

El gasto subjetivo implicado en el síntoma se debe a que éste trae a escena dos fuerzas antagónicas: por un lado está el libido insatisfecha, alejada de la realidad y obligada a buscar nuevos modos de satisfacción, y, por otro lado, el yo represor. El síntoma sería entonces el producto deformado de una realización de deseos libidinosos inconscientes, producto contra el cual el yo consciente reacciona.

Entre las *Lecciones de introducción al psicoanálisis e Inhibición, síntoma y angustia* hay cierta diferencia en la definición del síntoma, pero también hay coincidencia en lo fundamental. En las *Lecciones* (1915), Freud dice que la satisfacción del síntoma no es sentida como tal en la conciencia, sino "como algo doloroso y lamentable, transformación que no es sino un efecto natural del conflicto psíquico, bajo la presión del cual hubo de formarse".<sup>267</sup> En 1925 dice que el síntoma es "un signo y un sustitutivo de una expectativa de satisfacción de un instinto, un resultado del proceso de la represión".<sup>268</sup>

En 1925 Freud ya no relaciona la transformación del placer en dolor con un resultado natural del conflicto, sino con la represión. Al decir que la represión transforma "en displacer el placer de satisfacción esperado",<sup>269</sup> introduce en el síntoma la dimensión del malestar. El síntoma transporta una satisfacción pulsional, que es sentida por el yo como displacer. Esto permite definirlo en dos direcciones: es la solución que da el sujeto a un impulso pulsional inhibido o desviado, y es a la vez el resultado de su defensa. Tenemos la intolerancia de la defensa y lo intolerable para el yo del deseo prohibido.

<sup>267</sup> S. Freud, *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, op. cit., p. 2350.

<sup>268</sup> S. Freud, "Inhibición, síntoma y angustia", en: *Obras completas*, t. VIII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 1836.

<sup>269</sup> *Ibid.*



Es debido a que el síntoma es simultáneamente una solución y una defensa que el yo trabaja por incorporarlo a su organización, por hacerlo parte de lo que constituye su identidad o, como se dice en el ámbito psicológico, de su personalidad. Si se cumple el requisito de que el yo se adapte al síntoma, éste se convierte en uno de los modos como el sujeto se vincula socialmente. Es como si cada quien dijera: yo me vinculo con los semejantes de acuerdo con mi síntoma. De este modo es como se logra eliminar del yo "el extrañamiento y el aislamiento"<sup>270</sup> que le corresponden al síntoma.

Un ejemplo de la incorporación del síntoma a los vínculos del sujeto son aquellos síntomas histéricos de tipo conversivo que se evidencian "como transacciones entre la necesidad de satisfacción y la de castigo".<sup>271</sup> Aquí el síntoma le da gusto a dos señores: a la pulsión y a los ideales del yo. Esta incrustación del síntoma en el vínculo social mediante la formación de compromiso se pone del lado del siguiente razonamiento: si no hay remedio, si es inevitable lo que sucede, lo mejor es familiarizarse con la situación dada y sacar de ella el mejor partido.

Como puede verse, el yo trata de adaptarse al síntoma de forma análoga a como busca hacerlo con el mundo exterior. De este modo el síntoma deja de tener para el yo el estatuto de cuerpo extraño, y a veces llega a volverse tan íntimo y valioso que se hace indispensable. Esta es una de las razones por las cuales el síntoma no es leído en la clínica psicoanalítica solo como el signo de un proceso patológico que se debe suprimir, sino más que todo como una forma de arreglarse con la satisfacción, así sea a costa de la frustración.

El yo crea el síntoma para gozar de sus ventajas, porque produce una satisfacción narcisista inaccesible de otro modo. Un ejemplo de esto lo encontramos en los obsesivos, quienes "halagan su amor propio con la ilusión de que son hombres mejores que los demás, por ser más puros o de más estricta

<sup>270</sup> *Ibid.*, p. 2840.

<sup>271</sup> *Ibid.*

moral; y los delirios de la paranoia abren a la agudeza y fantasía del paciente un amplio campo de acción difícilmente sustituible".<sup>272</sup> Esto quiere decir que en la obsesión el síntoma tiene unos aspectos favorables al vínculo, como la moralidad, la honestidad y el estricto cumplimiento de la ley, y otros que le son desfavorables, como el ceremonial, cuando se vuelve demasiado estricto y meticuloso.

Entonces tenemos que la ventaja primaria del síntoma tiene que ver con el goce fantasmático que transporta, y la ventaja secundaria con el apoyo que presta a la tendencia del yo a incorporarse el síntoma y a fortalecer la fijación de este último. La primera ventaja es perjudicial para el yo y sus vínculos, pero es favorable para los fines pulsionales porque el síntoma renueva continuamente las "exigencias de satisfacción"<sup>273</sup> de la pulsión. Se espera que este aspecto negativo para el yo lo anime a combatir el síntoma de manera decidida.

La segunda ventaja produce enlaces conciliadores entre el yo y el síntoma, enlaces cuya disolución es complicada y que justifican que clínicamente sea necesario preguntarse por su función de anudamiento para el sujeto, al tiempo que metódicamente se deben molestar los elementos perturbadores del análisis. Tenemos un aspecto pacifista del yo, que "quiere incorporarse el síntoma, acogiéndolo en su totalidad",<sup>274</sup> y otro que, de acuerdo con el principio del placer, quiere combatir el síntoma y del cual podría servirse el análisis.

Pero hay un tercer aspecto del yo en su relación con el síntoma que es el más paradójico y enigmático, porque se vincula con la pulsión de muerte y pone en escena un más allá del placer. Este más allá se manifiesta como reacción terapéutica negativa y consiste en que a mayor señal de displacer dada por el yo a propósito del síntoma, menos intención de cura se manifiesta en aquél. Es como si el yo se comportara de manera contraria a lo esperado, como si dijera: no me intere-

<sup>272</sup> S. Freud, "Inhibición, síntoma y angustia", *op. cit.*, pp. 2840-2841.

<sup>273</sup> *Ibid.*, p. 2841.

<sup>274</sup> *Ibid.*

sa defenderme ni luchar contra aquello que me hace sufrir. Éste es el aspecto más crudo del goce del yo inconsciente en el síntoma, que en este caso ya no contribuye al vínculo sino a su destrucción. Aquí la compulsión a la repetición se anuda al beneficio que encuentra la pulsión en el síntoma.

### *Síntoma y fin de análisis*

El lento progreso de los análisis es una cuestión de actualidad, pero que fue abordada por Freud al final de su vida. Una estrategia que él empleó cuando el análisis se alargaba de manera indefinida y el sujeto no parecía progresar debido a su acomodamiento en el síntoma, fue definir un límite de tiempo para su terminación. Este procedimiento técnico le dio buenos resultados en su práctica, pero recomienda no volverlo regla general.

Las intervenciones del analista que apuntan a separar el sujeto de un goce en el síntoma deben ser el efecto de un cálculo y no de un saber hacer técnico. Mientras el saber hacer se apoya en reglas generales que se aplican indiscriminadamente en todos los casos, el cálculo clínico tiene en cuenta el momento oportuno y el caso por caso. Una imagen con la que Freud grafica el rigor en el uso técnico del cálculo es que "el león solo salta una vez".<sup>275</sup> Esto quiere decir que no hay forma de rectificar un error de cálculo. El cálculo freudiano no remite a un universal, sino a lo particular.

Con respecto al fin del análisis, Freud introduce dos significados. El primero es de orden práctico y consiste en que psicoanalista y paciente dejan de verse porque el sujeto no sufre más de sus síntomas y porque se ha ampliado tanto el campo del sentido y se ha reforzado de tal manera el yo, que no hay que temer una recaída. En la actualidad, tal vez éste sería el final más afortunado de una psicoterapia de orientación psi-

<sup>275</sup> S. Freud, "Análisis terminable e interminable", en: *Obras completas*, t. IX, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 3341.

coanalítica. El segundo sentido de "terminación" tiene que ver con la conquista de una normalidad estable.

Por normalidad entiéndase lograr casarse con la mujer amada y vivir en paz, o haber superado la rivalidad edípica con los colegas mediante su transformación en amistad y en relaciones de trabajo. Este final tiene que ver con una normalización del vínculo e implica la garantía de que no habrá mayores nubes que lo perturben, pero no garantiza que el aspecto pulsional del síntoma quede totalmente extinguido.

La normalidad en el sentido freudiano garantiza un yo maduro, pero no supone el control absoluto de la pulsión, la ausencia de pasiones o de conflictos internos, y mucho menos el logro de "un grado considerable de normalidad y de salud mentales".<sup>276</sup> El poder curativo del análisis no es ilimitado sino restringido, pero en lo que atañe, por ejemplo, a la responsabilidad frente a la pulsión por parte de quien se analiza, no hay circunstancias atenuantes.

No poder curarse de la pulsión no justifica en absoluto el hecho de no hacerse cargo del goce que ella comporta. Lo primero implica que la curación del síntoma no supone la desaparición de las pasiones o el total dominio pulsional. Lo segundo evoca una cuestión ética: quien ha hecho un análisis freudiano debe demostrar cierta superioridad en lo relativo a su responsabilidad frente al goce, y ha de ser capaz de establecer relaciones basadas en el amor a la verdad y en la exclusión de cualquier clase de abuso de poder, "de impostura o engaño".<sup>277</sup>

### *Clínica de la subjetividad*

Pasando ahora de la investigación clínica que se suscita a partir del síntoma particular al psicoanálisis aplicado al malestar propio del síntoma social, diremos, a manera de

<sup>276</sup> *Ibid.*, p. 3361.

<sup>277</sup> *Ibid.*

hipótesis de trabajo, que el modelo de investigación ha de ser semejante en los dos casos. En el examen de esta semejanza se deben tener en cuenta dos aspectos: las estructuras clínicas y las categorías conceptuales. Las primeras son transtemporales y las segundas son relativas.

Transtemporales no quiere decir inmóviles y eternizadas como la roca, sino que dependen de lo inmemorial.<sup>278</sup> El pensamiento mágico del obsesivo, por ejemplo, no depende, desde el punto de vista de su fundamento estructural, de una influencia genética, sino de lo inmemorial, pues dice Freud que lo encontramos en lo prehistórico, es decir, en lo más primitivo, en el animismo. Lo prehistórico en el sujeto es lo que está antes de su nacimiento al orden simbólico, y en la humanidad es lo que está antes de la constitución de una memoria histórica.

En cuanto a las categorías conceptuales, estas definen una orientación que consideramos fundamental para formular la experiencia del análisis e interrogar cualquier fenómeno social desde el psicoanálisis. Pulsión, repetición, transferencia, inconsciente, identificación, real, Otro, superyó, goce y discurso son conceptos indispensables para definir rigurosamente el campo específico en una investigación desde el psicoanálisis.

¿Cuáles conceptos deben ser los más relevantes en una investigación con el psicoanálisis? Depende de la pregunta que se quiera desarrollar, y esto debe hacerse explícito en el planteamiento del problema. En cuanto al uso de los conceptos de nuestra clínica, al emplearlos como orientación en la investigación de un fenómeno social habrá que contar con el sesgo del relativismo, el cual deberá ser puesto en evidencia en cada investigación, no de forma sociológica, "sino clínica y ética".<sup>279</sup>

Relatividad significa que en nuestras investigaciones no es

<sup>278</sup> Véase Jacques-Alain Miller en colaboración con Eric Laurent, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 32.

<sup>279</sup> J.-A. Miller y en colaboración con Eric Laurent, *op. cit.*, p. 23.

lícito suponer, como premisa que sirva de punto de partida, un todo previo que valga por igual para el conjunto nominado con el síntoma particular o social en cuestión. La relatividad también excluye una causalidad única, un método estándar y la medición como única forma válida "para establecer la legitimidad de la investigación".<sup>280</sup> Esta advertencia metodológica no implica que la investigación clínica o desde el psicoanálisis sea especulativa, basada en posiciones espiritualistas o mágico-religiosas, sino que se emplean otras vías para preservar el principio de la precisión en la investigación, y se hace uso de un marco diferente al de las ciencias puras.

La precisión tiene que ver con el privilegio del detalle, el cual evita la generalización, "la manía de la evaluación psicológica sin método crítico"<sup>281</sup> y el furor clasificatorio. En cuanto al marco en el cual se realiza nuestra investigación, no se basa en el utilitarismo que busca como único bien la mejor relación calidad-precio; y en lo relativo a las categorías que empleamos, estas no responden al mercado sino "a la historia, la sociología, el estado de la civilización".<sup>282</sup> El psicoanálisis, dice Eric Laurent, localiza en su centro "una teoría de la civilización, de esta civilización técnica que quiere evaluar todo".<sup>283</sup>

De lo anterior se desprende que las categorías del psicoanálisis son exteriores. Miller señala, por ejemplo, que el inconsciente no es nuestra parte interior más secreta.<sup>284</sup> Lacan "lo definía como el discurso del Otro para que no se pensara que era algo de adentro y muy de uno mismo".<sup>285</sup> El inconsciente no es ese secreto que está muy adentro, esa verdad que por hacer parte de las profundidades más ignotas solo flota al final de un análisis. En cuanto a la identificación, no es la imi-

<sup>280</sup> Eric Laurent, *Psicoanálisis y salud mental*, Tres Haches, Buenos Aires, 2000, p. 144.

<sup>281</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>282</sup> J.-A. Miller en colaboración con Eric Laurent, *op. cit.*, p. 32.

<sup>283</sup> E. Laurent, *Psicoanálisis y salud mental*, *op. cit.*, p. 149.

<sup>284</sup> J.-A. Miller, en colaboración con Eric Laurent, *op. cit.*, p. 32.

<sup>285</sup> *Ibid.*, pp. 32-33.

tación entendida como copia de un modelo y tampoco es lo más íntimo, pues no ha de olvidarse que también evidencia la relación con el Otro y los modos como esta relación se produce.

### *Lectura clínica y ética del fenómeno social*

¿Qué quiere decir que la relatividad exterior de los conceptos del psicoanálisis y de los fenómenos sociales abordados con su orientación deba evidenciarse mediante una lectura clínica y ética?

Lectura clínica significa tener en cuenta de qué manera y en qué condiciones el sujeto, así se encuentre inmerso en una colectividad de afectados por un trastorno, aparece inscrito o excluido de las figuras del discurso del amo que él considera que le convienen para vivir. En una perspectiva de análisis en donde la adaptación-desadaptación no es lo que rige la lectura investigativa, lo real dejará de ser la herencia genética y el acontecimiento exterior altamente traumático, ya que dicho real habrá que ingresarlo en la investigación como parte del sujeto, en lugar de dejarlo como parte de un mundo que se debería evitar para no exponerse al riesgo y así preservar la salud.

Contar con la inspiración clínica en una investigación aplicada a un fenómeno social supone adoptar menos la perspectiva psicológica de la técnica que la trazada por lo real. Mientras la técnica psicológica se elabora y transmite a nivel universitario sin preguntas "sobre su lugar en la civilización", el real del psicoanálisis sí obliga a plantear este tipo de preguntas porque es un real con valor de *contingencia*. Si buscamos el modelo de esta contingencia en el exterior, vemos que ella apunta a lo que amenaza al sujeto inmerso en la colectividad -catástrofes naturales, guerras y terrorismo-, pero también, en la clínica del sujeto, se revela bajo la forma de lo *insoportable*.

Como contingencia, lo real es aquello que marca una

irrupción de la cosa que no se deja anticipar y que hace fallar una programación. En tanto concepto que nombra lo insoportable para el sujeto, lo real permite adoptar la perspectiva necesaria para captar las variaciones de aquél y definir lo que no cede ante la prevención masiva ni el tratamiento estándar. Lo real no es asunto de la psicología porque pone en vilo su existencia basada en la "eficacia evaluada". Los elementos particulares que definen lo real escapan a la nominación uniforme que el amo hace del síntoma: maltratados, traumatizados, infractores, delincuentes, adictos, homicidas, deprimidos, anoréxico-bulímicos, afectados por estrés postraumático, víctimas de la guerra y el desplazamiento forzado.

Si tomáramos el ejemplo del maltrato psicológico y decidiéramos adoptar como categoría de análisis de este fenómeno social la "deprivación afectiva", ¿qué pasaría aquí con lo real? Quedaría excluido como orientación del análisis del fenómeno social en cuestión.

Lo real implicado en el fenómeno social denominado maltrato psicológico es una situación de la que nadie quiere hacerse responsable debido a lo insoportable que resulta. Es inaceptable que el maltrato psicológico sea el sello paradójico de los vínculos humanos más íntimos. El maltrato psicológico es un síntoma generalizado de la intimidad y de las relaciones que implican una permanencia elegida o forzada.

El real que vincula intimidad con maltrato responde a un desencuentro que, si se tuviera en cuenta no como el efecto de una familia disfuncional, sino como un problema de estructura, permitiría plantear programas de prevención del maltrato y de la violencia intrafamiliar, por fuera del ideal del amor y la unidad en la familia. Aquí la prevención no consistirá en educar en valores contrarios a la violencia, sino en crear espacios de escucha en donde los sujetos puedan preguntarse por aquellos elementos particulares de la intimidad que la promueven y hacen fracasar la anticipación implicada en la prevención.

En un hombre acusado por su mujer de maltrato psicológico se reveló que para él, en un momento dado, se volvió

insoportable la idea de verla embarazada, no porque su embarazo en sí lo pusiera furioso, sino porque se produjo sin su consentimiento. Verse obligado a tener ante sus ojos una imagen deformada de su mujer se le volvió un real ominoso. El embarazo llegó inmediatamente después del matrimonio, a pesar de haberse acordado de antemano "disfrutar solos y sin nada que los limitara". Como el imperativo estético que adoptó el marido como condición de amor para los primeros años de matrimonio era ver esbelta a su mujer y luciendo elegante para él, verla caminando por la casa con las piernas demasiado separadas una de otra tenía el valor de un acto agresivo que la hacía merecedora del maltrato psicológico. De enamorado, caballeroso y especial, pasó a verdugo empecinado en la venganza: no desaprovechaba oportunidad de hacerle saber lo fea que se veía con esa barriga y caminando de forma tan horrible.

El detalle anotado nos permite precisar por qué el maltrato psicológico no admite definiciones a partir de categorías generales, sino del examen de la subjetividad que se pone en juego en cada situación familiar y de pareja. Si explicamos con el machismo el maltrato del hombre hacia su mujer embarazada, perdemos la particularidad de lo que en cada situación precipita el maltrato, y esto tiene por consecuencia generalizar un prejuicio en lugar de aportar una explicación precisa.

Por otro lado, tampoco damos lugar a lo particular si en la recolección de los datos nos servimos de un diseño de entrevista orientado hacia la elaboración de una tipología sociológica o psicológica y no a captar las variaciones del sujeto. Igual resultado se obtiene cuando por privilegiar en los casos de maltrato las encuestas, las mediciones y la evaluación, se elaboran estrategias estándar de intervención.

En cuanto a la lectura ética del fenómeno social, implica tener en cuenta que en éste siempre aparece involucrado un sujeto que se ve arrastrado por "la paradoja de la confusión"<sup>286</sup> de su goce. Hay que formular de qué manera se pre-

senta esta paradoja en el fenómeno y definir cómo se localiza allí el sujeto en función de sus variaciones.

La lectura del fenómeno social contando con eso exterior que es el sujeto del inconsciente suele revelar un goce. Este goce se constituye en la manera particular como cada sujeto se aísla en soledad o participa en comunidades que encuentran su identidad en aquello que las segrega. El goce, en un sujeto o en una colectividad, define una confusión y una deslocalización que se puede pretender superar, por ejemplo, mediante una búsqueda de legitimación, por la configuración de una secta mística o satánica, o de un movimiento de cualquier índole que implique paradoja y exceso.

En una investigación con el psicoanálisis hay que explicar cómo se instituye la paradoja en el fenómeno del cual se trata, cómo responde el Otro a dicha paradoja, qué elementos de la subjetividad de una época la sostienen, cómo afecta el sentido de la vida y hacia qué extravíos conduce.

### *Una confusión epistemológica*

Se trate de una investigación clínica o de la lectura psicoanalítica de un fenómeno social, el modelo a implementar no deberá en absoluto inscribirse en la dimensión médica, tal como se le exige actualmente a la psicología por haber pasado, como práctica, a hacer parte del área de la salud. Esto ha legitimado oficialmente una confusión epistemológica muy grave, pues no solo se le ha dado vía libre al modelo médico para tratar problemas de salud mental —que se inscriben en premisas epistemológicas diversas a las del organismo—, sino que además dicho modelo es impuesto obligatoriamente a los psicólogos que trabajan en instituciones de salud.

Para mantener en el orden práctico la rentable confusión enunciada, la cual consiste en tratar la incierta realidad psíquica y social como si fuera una realidad orgánica cierta y posible de ajustarse a regularidades (por ejemplo, en el tratamiento), los psicólogos están siendo formados en las univer-

<sup>286</sup> *Ibid.*, p. 25.

sidades del país siguiendo la misma lógica que capacita a los profesionales de las áreas técnicas, olvidándose así de la clínica, pues esta práctica, en la medida en que hace énfasis en el aspecto ético, no se ajusta a la lógica expeditiva y al rendimiento inmediato coherente con la rentabilidad.

Es con el fin de oponerse a la confusión referida que el psicoanálisis, como práctica clínica y como disciplina que investiga sobre las cuestiones del sujeto, insiste en ser coherente con su objeto al hablar de síntomas, estructuras clínicas y caso único. Para mantener los límites de su disciplina con respecto al campo médico en lo que atañe al síntoma y para hacer valer que se trata de dos "patrias (*patries*) que hablan lenguas diferentes y, por cierto, que se ubican en canales separados,<sup>287</sup> no define el síntoma como signo de una enfermedad, sino como un significante que cumple una función simbólica en la vida del sujeto, porque es la manera particular que eligió de forma forzada para tratar con algo del orden de lo real no comprendido y que no se ajusta a nada de lo sabido.

A la concepción anotada se opone la del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM IV),<sup>288</sup> confeccionado según el modelo médico ya referido, y que sustituye el síntoma por "trastorno", sea de "personalidad" o de "comportamiento". Estas categorías se dejan inscribir en protocolos universales de intervención, pues al hacer con ellas hincapié en la similitud y no en la variedad de las conductas humanas, se inscriben sin dificultad en el supuesto de que hay unos pasos que deben seguirse de manera ritual en todo tiempo y lugar si se quiere actuar correctamente. También es común encontrar en los manuales la categoría "conductas disfuncionales", para referirse a lo que no marcha adecuadamente en las relaciones con los demás.

Desde esta perspectiva, el trastorno de personalidad se

considera un patrón permanente, de larga duración, nada coyuntural y con un carácter inflexible. Se trata de una experiencia interna o de comportamiento, que da cuenta de un apartamiento del individuo de las expectativas que sobre él tiene el Otro cultural. Este patrón de comportamiento permanente puede tener su inicio en la adolescencia o al principio de la edad adulta, es estable a lo largo del tiempo y comporta malestar, no solo para el sujeto, sino también para su entorno.

Cuando en los niños se observa alguna anomalía psíquica no se habla tanto de trastorno de personalidad, sino de trastornos intelectuales, motores, de desarrollo, de atención o de ingestión alimentaria, los cuales se relacionan con la edad, el sexo y la cultura. Tanto en los adultos como en los niños, el trastorno remite a inadaptación, y los criterios diagnósticos y de clasificación no varían. Dentro de esta lógica nominalista del trastorno, una persona enferma psíquicamente es aquella que presenta comportamientos desadaptados y en la que se afecta el principio de rendimiento.

Lo más paradójico a nivel epistemológico en la definición que hace el DSM IV del trastorno es que, a pesar de localizarlo en el campo de las relaciones sociales y de mostrar que cuando se habla de personalidad no se hace referencia a una función orgánica, sino a formas de percibir, de pensar y de relacionarse con el otro y consigo mismo, el diagnóstico se hace, como ya se dijo, a partir de descubrimientos químicos y, en consecuencia, el tratamiento prescrito será de medicamentos. Aquí tenemos una grave inconsistencia desde el punto de vista epistemológico, clínico y ético.

A nivel epistemológico, la inconsistencia radica en que un problema de relación humana es pensado con categorías que no nacen en el ámbito de lo psíquico sino de lo médico. Las categorías médicas sirven para explicar la función de los órganos, cómo se relacionan entre sí, cuáles son sus afecciones más frecuentes, qué las causa y cómo se previene e interviene la enfermedad. Las categorías médicas no están diseñadas para explicar problemas de relación social, cuyas repercusiones son psíquicas. La clasificación de los trastornos y el

<sup>287</sup> Immanuel Wallerstein, *Las incertidumbres del saber*, Gedisa, Barcelona, 2005, p. 56.

<sup>288</sup> *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Masson, Barcelona, 1995.

hecho de proponer como procedimiento terapéutico intervenirlos como un cuerpo extraño que se debe extirpar para que el afectado vuelva a la normalidad, da cuenta de que la clínica inspiradora de este procedimiento nace en la fisiología y no en la subjetividad.

Proceder clínicamente con un trastorno psíquico de manera semejante a como se procede con el daño en una función orgánica es tan inadecuado, desde el punto de vista epistemológico y clínico, como recomendarle terapia por la palabra a una persona que tiene un riñón inservible. Si en lugar de intervenir a este paciente quirúrgicamente, un psicoanalista lo invita a que hable de lo que para él significa tener un riñón funcionando mal, con la intención de inferir a partir de ahí la causa de su mal, nos acusarán con toda razón de no cumplir con un mínimo criterio científico.

Hablar de lo que significa emocionalmente para una persona tener un problema renal o una enfermedad física que lo incapacite para hacer las cosas que más le agradan, o ingerir un medicamento cuando la angustia o la depresión se vuelven inmanejables por la palabra, es algo que sin duda será eficaz en el momento de la urgencia, porque esta situación exige un alivio que aporte cierta homeostasis necesaria en el momento. Pero suponer que alguien que necesita un trasplante de riñón se aliviará hablando es tan descabellado como pretender aliviar a un ser humano de sus problemas relacionados con el ser y con la existencia consumiendo medicamentos. En los dos casos el remedio será peor que la enfermedad; en el primero porque mientras el paciente habla morirá, y en el segundo porque entre más medicamentos se le prescriban menos sabrá qué le sucede y más incapacitado estará en lo que respecta al deseo por lo que hace.

Es insólito que en la actualidad a casi nadie le parezca un error que los psiquiatras procedan, en nombre de la química farmacéutica y cumpliendo con indicaciones de laboratorios, a prescribir medicamentos para males que, desde el punto de vista etiológico, en absoluto tienen, según se ha demostrado, relación directa con la fisiología cerebral. El mecanismo de

formación de síntomas relacionados con los males de amor, con los duelos, con los problemas con el ser y con la existencia, así como los conflictos éticos, es psíquico y no cerebral. No hay que confundir lo psíquico con lo cerebral, tal como suelen hacerlo ahora las neurociencias. Estas quieren poner en el mismo recipiente lo neuronal y lo relacionado con el campo de la representación, que está del lado del significante y no de la anatomía cerebral.

Suministrar un tratamiento médico a las personas con males relacionados con el orden simbólico, en lugar de ofrecerles un dispositivo de escucha, es un atropello que nadie sanciona y que, por el contrario, todo el mundo alimenta. Aquí pierde el paciente, pero gana la ley del mercado, y esto se considera técnicamente legítimo, así no sea ético desde el punto de vista de una clínica de la subjetividad no basada en el consumo, sino en la perspectiva de producir la verdad del ser.

Inscribirse en la ley del mercado cuando de salud psíquica se trata, equivale a consentir el deterioro de cualquier principio de humanidad. El sujeto que sufre psíquicamente no necesariamente morirá mientras toma medicamentos en lugar de hablar y ser escuchado, pero su salud física y psíquica sí se deteriorará de manera progresiva si hace del medicamento su manera preferencial de tratar con el sufrimiento que implica vivir, enamorarse y relacionarse con otros. Además, nunca sabrá por qué se pone mejor de la cabeza o por qué se pone peor.

## CAPÍTULO NUEVE

### De John Locke a Freud, el sujeto de la experiencia

Mario Elkin Ramírez

#### *Introducción*

En la presentación que haré de John Locke en este capítulo partiré de uno de sus textos filosóficos, para luego pasar a señalar algunas consecuencias psicoanalíticas de su pensamiento. Conjeturo que el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke constituye el primer tratado empírico sobre cómo la experiencia va inscribiendo en el ser humano sus trazas, como en una *tabula rasa*, y cómo van configurándose, a partir de la percepción externa e interna, las representaciones mentales, los recuerdos, las ideas, e incluso los afectos. Locke, a mi parecer, da una primera representación filosófica de lo que tres siglos después será, en lenguaje científico, una construcción del aparato psíquico, esbozada por Freud en el "Proyecto de psicología para neurólogos".

John Locke (1632-1704) no solo se ocupaba de la especulación imaginativa, sino también de cuidadosos experimentos, tanto así que participó activamente en la labor de los pioneros de la experimentación. Fue amigo y colaborador de alto nivel de Robert Boyle (1627-1691), y se hizo colaborador del médico Thomas Sydenham (1624-1689), el autor del célebre *Methodus curando febres*, a quien acompañaba en sus rondas, y registraba en sus cuadernos de notas sus consejos y recomendaciones. Ambos prepararon en común acuerdo un tratado sobre la viruela, que hará después parte de la versión refor-



mulada del *Methodus* en 1676; asimismo, proyectaron una obra de metodología médica que no vio la luz. A pesar de que sus propias investigaciones sobre la sangre humana se ignoran en los estudios contemporáneos, Locke contribuyó a la medicina con dos manuscritos fragmentarios de ese libro inédito: *Anatomía y De arte médica*.

El breve tratado *De arte médica* expresa un profundo escepticismo acerca de todas las hipótesis sobre la naturaleza de la enfermedad y, en consecuencia, apoya un enfoque puramente empírico de la práctica médica. Sydenham creía que la medicina había que aprenderla al lado de la cama del enfermo y no en la biblioteca; intentaba determinar las especies de enfermedad en función de su "historia" en el sentido de Bacon, esto es, sin ninguna idea a priori de causas primeras, sin ideas preconcebidas de los síntomas de la enfermedad, sino como se manifiestan llanamente en la experiencia sensible y en el encadenamiento, en el sentido propio de los fenómenos de la naturaleza, para luego establecer un método de tratamiento racional. En su horizonte de comprensión, según lo señala en su "Epístola al lector", estaba además Isaac Newton.

Locke se conoce como el fundador del empirismo, orientación según la cual concebía que el conocimiento se adquiere por la percepción sensorial de los objetos, los hechos y los fenómenos del mundo, o por la introspección. Pero no era un empirista ingenuo, que pensara que solo se pueden conocer las representaciones de los sentidos. Locke también era racionalista, en una directriz que lo llevaba a pensar que todas las creencias y opiniones debían comparecer ante el tribunal de la razón. No buscaba negar la existencia de una realidad espiritual, de un orden sobrenatural o de revelaciones divinas de verdades, mientras estas no fueran contrarias a la razón.

### *Una lectura del Ensayo sobre el entendimiento humano*

El *Ensayo sobre el entendimiento humano*, escrito entre 1671 y 1690, es uno de los textos más importantes para la historia del

empirismo, además de ser la obra principal de Locke en el ámbito de la filosofía teórica. Como su título lo revela, se trata de una investigación sobre cómo el entendimiento adviene a los humanos. Si bien había antecedentes de esta reflexión en Platón, Aristóteles, San Agustín, Descartes, Bacon y Hobbes, fue realmente Locke quien dedicó su obra fundamental a este problema. Por esta razón es a Locke –además de Kant– a quien se le debe que la teoría del conocimiento ocupe un papel tan protagónico en la filosofía moderna.

Locke define las ideas como: "lo que es el objeto del entendimiento cuando un hombre piensa [...] lo que se entiende por fantasma, noción, especie, o aquello que sea en que se ocupa la mente cuando piensa".<sup>289</sup> Ello llevaría a pensar que el *Ensayo* se propone una tarea que hoy llamaríamos epistemológica, pero su labor va más allá, pues en la "Introducción" declara que su intención es "investigar los orígenes, la certidumbre y el alcance del entendimiento humano, junto con los fundamentos y grados de las creencias, opiniones y asentimientos".<sup>290</sup> Locke no establece entonces una diferenciación entre una dimensión epistémica sobre la naturaleza del conocimiento y del fundamento de la "opinión" y una dimensión psicológica del origen de nuestras ideas. Esta indistinción puede ser motivo de objeción para los epistemólogos, pero a la vez es un mérito del autor, ya que, debido a su condición de médico y de filósofo, Locke pudo dar en el *Ensayo* páginas de gran valor para los estudiosos de la psiquis humana, lo que nos lo hace aparecer como un glorioso antecedente filosófico de lo que se configuró después como un saber científico, a saber, la psicología y el psicoanálisis.

En aquella época era improbable lograr el establecimiento de una diferencia entre los planos psicológico y epistémico. Por ello Locke continúa planteando que "merece la pena, pues, averiguar los límites entre la opinión y el conocimiento

<sup>289</sup> John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 21.

<sup>290</sup> *Ibid.*, p. 17.

y examinar, tocante a las cosas de las cuales no tenemos un conocimiento cierto, por qué medidas debemos regular nuestro asentimiento y moderar nuestras persuasiones”,<sup>291</sup> es decir, hace un programa epistémico, pero el primer punto para desarrollarlo es el de una investigación psicológica: “Primero, investigar el origen de esas ideas, nociones o como quieran llamarse, que un hombre puede advertir y de las cuales es consciente que tiene en su mente, y la manera como el entendimiento llega a hacerse con ellas”.<sup>292</sup>

La investigación sobre las ideas es desarrollada en los libros uno y dos del *Ensayo*. En el primero, Locke critica la teoría de las ideas innatas de Descartes, y en el segundo expone sus propias teorías acerca del origen y la naturaleza de las ideas. En el tercer libro, el autor trata de las palabras en estrecha relación con el libro anterior; allí dice: “las palabras en su significación primaria o inmediata nada significan, salvo las ideas que están en la mente de quien las usa”.<sup>293</sup> Así, las palabras representan las cosas. Finalmente, el cuarto libro versa sobre el conocimiento y la opinión.

Lo que prepara la teoría empirista del conocimiento en Locke es su crítica a las ideas innatas, doctrina que está representada en la “opinión establecida entre algunos hombres, que hay en el entendimiento ciertos principios innatos; ciertas nociones primarias (*χολιαι έννοιαι*), caracteres, como impresos en la mente del hombre, que el alma recibe en su primer ser y que trae al mundo con ella”.<sup>294</sup> Algunos de dichos entendimientos serían especulativos y otros prácticos, es decir, morales. Al contrario, Locke piensa que “esos principios no están impresos naturalmente en el alma, porque los desconocen los niños, los idiotas, etcétera [...] que no tienen la menor aprehensión o pensamiento de aquellas proposiciones, y semejante carencia basta para destruir aquel ascenso

<sup>291</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>292</sup> *Ibid.*

<sup>293</sup> *Ibid.*, p. 394.

<sup>294</sup> *Ibid.*, p. 21.

universal, que forzosamente tiene que ser concomitante necesario de toda verdad innata”.<sup>295</sup>

Es pues desde una verificación empírica en los niños, los idiotas, los ignorantes y los salvajes como Locke refuta la existencia de tal innatismo, para luego reconstruir la idea de los universales mismos. Además, agrega más adelante: “gran parte de la gente analfabeta y los salvajes se pasan muchos años, aun de su edad racional, sin jamás pensar en eso, ni en otras proposiciones generales semejantes”,<sup>296</sup> como la de la imposibilidad de que una cosa sea y no sea a la vez. Del mismo modo, respecto a los preceptos morales universales e innatos, reflexiona: “¿Cuáles son las máximas generales que se encuentran en los niños, los idiotas, los salvajes y los crasamente ignorantes? Bien pocas y bien estrechas son las nociones que poseen, sacadas todas de aquellos objetos con que tienen más íntimo trato y que han sido las más frecuentes y fuertes impresiones de sus sentidos”.<sup>297</sup> Reconoce que hay en los hombres tendencias naturales, pero ello no quiere decir lo mismo que ideas innatas.

Con estas nociones, Locke se oponía a las tesis sobre las ideas o principios implícita o virtualmente innatos, sostenidas por pensadores como Descartes o Leibniz que, siguiendo la tradición platónica desde el *Teeteto*, daban por sentado que el conocimiento no podía provenir de la percepción. Locke se alza contra la explicación metafísica de la razón y de sus principios. La calidad de innato de un principio supone su inmanencia en una sustancia, de modo que desde el origen tengamos en el ser su conocimiento virtual.

Estas consideraciones se actualizan hoy a partir de la reflexión psicoanalítica, especialmente a partir de las enseñanzas de Lacan.

En efecto, Lacan muestra que lo que hay en el fondo de esta discusión es la refutación de un yo originario, sustancial, para avanzar hacia la construcción de un yo formal:

<sup>295</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>296</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>297</sup> *Ibid.*, p. 39.

Las consideraciones de los filósofos nos llevaron a una noción del yo cada vez más puramente formal y, para decirlo todo, a una crítica de dicha función. El progreso del pensamiento se desvió, cuando menos provisionalmente, de la idea de que el yo fuese sustancia, como de un mito que debe ser sometido a una estricta crítica científica. Legítimamente o no, poco importa, el pensamiento se embarcó en el intento de considerarla como puro espejismo, con Locke, con Kant e incluso con los psicofísicos, que no tenían más que ir tras estos, claro que con otras razones y otras premisas. Ellos consideraron con el mayor recelo la función del yo, en la medida en que esta perpetúa de manera más o menos implícita el sustancialismo implicado en la noción religiosa del alma, en cuanto sustancia revestida, por lo menos, con las propiedades de la inmortalidad.<sup>298</sup>

Lacan piensa que la lógica de la cuantificación interesa a los psicoanalistas en el nivel de lo que se llama los universales. Por ejemplo, los que denuncia Locke en las ideas innatas en los humanos. Ideas como "todos los hombres son mortales", que sirven para mostrar que hay siempre algo profundamente borrado y que produce un encanto prodigioso, que en ese silogismo ejemplar se oculta una petición de principio. Al respecto, dice Lacan:

Si acaban de decir que Sócrates es un hombre, no podría negarse que Sócrates es mortal sin poner en cuestión lo que habían puesto al comienzo. Fue Locke el que descubrió que se trataba de una petición de principio [...] el interés está evidentemente en lo siguiente —está en las mangas del prestidigitador— que no es vano para nada hablar de Sócrates en esta oportunidad, puesto que Sócrates no es mortal del mismo modo que todos los demás hombres y es precisamente lo que al final de cuentas nos retiene y nos excita, no es simplemente por una incidencia lateral debida a la particularidad de la ilus-

<sup>298</sup> Jacques Lacan, *Le Séminaire, livre II, Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*, Seuil, París, 1978, p. 15.

tración sino porque es precisamente de eso de lo que se trata en el fondo de la lógica, de saber siempre cómo se podría estar en paz con ese sagrado sujeto de la enunciación, lo que no se consigue fácilmente, especialmente a nivel de la lógica de la cuantificación que es particularmente resistente.<sup>299</sup>

Es decir, para nosotros es necesario que a ese sujeto cuantificado, que se califica de modo develado como sujeto de la enunciación, esto es, como índice del que habla, un "yo" variable a nivel de los discursos, que es designado bajo la manga como presupuesto de un yo sustancial —que piensa, luego existe—, y sobre el que se construye todo un sistema diferenciado, lo distingamos de un "yo miento" o "yo no soy", que podría también ser enunciado, y que posee para nosotros todo su interés en lo que tiene de imposible, porque le da el soporte a lo que concierne al sujeto del inconsciente.

Rebatida esta teoría del innatismo, ¿cuál es el sujeto que le sirve de punto de partida a Locke para sostener sus ideas? El filósofo se cuestiona: "Supongamos, entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? ¿De dónde se hace la mente de ese prodigioso cúmulo, que la activa e ilimitada imaginación del hombre ha pintado en ella, en una variedad casi infinita? ¿De dónde saca todo ese material de la razón y el conocimiento?"<sup>300</sup> Es decir, se vuelve a preguntar cómo el entendimiento humano adquiere su catálogo de ideas: "A esto contesto con una sola palabra, la de la experiencia: he aquí el fundamento de todo nuestro saber, y de allí es de donde en última instancia se deriva".<sup>301</sup>

Antes de toda experiencia, el entendimiento no es más que una *tabula rasa* (*ωδπερ εν γραμματειω*), y es de la *Εμπειρια* —experiencia— de la que se deriva el fundamento de todo el saber, mientras que la experiencia misma es constituida, en última instancia, por la sensación o por la reflexión. "Las

<sup>299</sup> Jacques Lacan, *Seminario 15, El acto psicoanalítico*, 1968, inédito.

<sup>300</sup> John Locke, *op. cit.*, p. 83.

<sup>301</sup> *Ibid.*

observaciones que hacemos acerca los objetos sensibles externos, o acerca de las operaciones internas de nuestra mente, que percibimos, y sobre las cuales reflexionamos nosotros mismos, son las que proveen a nuestro entendimiento de todos los materiales del pensar".<sup>302</sup>

De manera que la experiencia sensible es la única fuente de conocimiento racional con valor objetivo. En consecuencia:

Todos esos pensamientos sublimes que se levantan por encima de las nubes y que llegan hasta las alturas del cielo mismo, tienen su arranque y su base en aquel cimiento, y en toda esa vasta extensión que la mente recorre al entregarse a esas apartadas especulaciones que al parecer la elevan tanto, no excede ni en un ápice el alcance de esas ideas que la sensación y la reflexión le han ofrecido como objetos de su contemplación.<sup>303</sup>

Desde una lectura psicoanalítica, es interesante rescatar sus observaciones de la infancia y de los estados oníricos. Locke declara que "todos los que nacen en este mundo están rodeados de cuerpos que continuamente y de diverso modo los afectan, una gran variedad de ideas se imprimen en la mente de los niños, téngase o no el cuidado de enseñárselas".<sup>304</sup>

Que proceda a hablar del niño es un método de la historia, que rechaza las hipótesis a priori y se instaura como principio de una filosofía analítica. La mente del hombre es la que elabora sus nociones, incluyendo las más abstractas, como la idea de Dios, y las más pragmáticas, como las máximas de la moralidad o los principios primeros de la razón (la identidad, la contradicción), tal como lo anticipa en la introducción al capítulo uno del libro primero de su *Ensayo*.

De la percepción sensible proceden las ideas de la sensación. Esas ideas pueden ser las expresadas por sensaciones

como amarillo, frío, calor, blando, duro, amargo, dulce, etc. Las ideas de sensación proceden de la experiencia externa. El alma comienza a tener ideas cuando empieza a percibir.

En cuanto a las ideas que provienen de la reflexión, dice que aparecen en el hombre en una fase más tardía, "porque requieren atención".<sup>305</sup> Es preciso un tiempo "antes de que la mayoría de los niños tengan ideas acerca de las operaciones de sus mentes, y porque muchas personas no tienen, a lo largo de su vida, ninguna idea muy clara o perfecta de la mayor parte de esas operaciones [...] hasta que el entendimiento, volviendo sobre sí mismo, reflexiona sobre su propia contemplación".<sup>306</sup> Las ideas de reflexión son las expresadas por operaciones como pensar, dudar, razonar, querer, creer, etc., y proceden de la experiencia interna. Por eso también designa esta operación como de la propia mente: "sentido interno".

En cuanto a la concepción del estado onírico, Locke considera que un hombre que duerme piensa sin saberlo; el hombre dormido y el hombre despierto son dos personas:

Sócrates dormido y Sócrates despierto no son la misma persona; sino que el alma de Sócrates, cuando duerme, y Sócrates el hombre, compuesto de cuerpo y alma cuando está despierto, son dos personas; puesto que el Sócrates despierto no tiene conocimiento de, ni le importa, esa felicidad o miseria que su alma experimenta sola y por sí misma mientras él duerme, sin percibir nada de ello, y que le es tan ajeno como la felicidad o la miseria de un hombre de las Indias, cuya existencia desconoce.<sup>307</sup>

En suma, anticipa la idea de un sujeto dividido.

A Locke se le hace difícil establecer la identidad personal cuando estamos privados de conciencia acerca de nuestras sensaciones y de nuestras acciones. Las ideas de sensación y

<sup>302</sup> *Ibíd.*

<sup>303</sup> *Ibíd.*, p. 97.

<sup>304</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>305</sup> *Ibíd.*, p. 86.

<sup>306</sup> *Ibíd.*

<sup>307</sup> *Ibíd.*, p. 89.

de reflexión son recibidas pasivamente por el entendimiento, y son llamadas por Locke "ideas simples", entendidas como datos irreductibles al análisis, en el sentido de que se imponen a la conciencia en la experiencia sensible, sin que el espíritu sea su causa productora, propiamente hablando. Las ideas simples de Locke se agrupan en cuatro clases: las que provienen de un solo sentido, por ejemplo, *blanco*; las que provienen de varios sentidos, como el movimiento; las que provienen de la reflexión interna, por pensar sobre ideas simples de los sentidos, como la percepción, el pensamiento y la voluntad; y las que proceden de la sensación y la reflexión a un mismo tiempo, a manera de síntesis, como la percepción del dolor o de la existencia de un objeto externo.

A partir de esta primera materia del conocimiento, la mente ejerce una actividad de correlación que da lugar a la constitución de ideas complejas, ya que la mente puede combinar ideas simples, relacionar dos o más ideas, yuxtaponiéndolas, o separar unas ideas de otras, esto es, abstraerlas, y así surgen, respectivamente, las ideas complejas, las relaciones y las ideas generales. Combinando, relacionando y abstrayendo se pueden formar ideas complejas, que son de tres clases: de modos, de sustancias o de relaciones. Las ideas de modos son las ideas complejas con las que pensamos, por abstracción, conjuntos de ideas simples –referibles a diversas sustancias– que no subsisten como un ser particular; las ideas de sustancia son aquellas con las que concebimos un ser particular, y las ideas de relación surgen de la comparación de ideas.

En su teoría sobre las cualidades primarias: la solidez, la figura, la extensión, la quietud, el movimiento y el número, Locke las define como inseparables del cuerpo, pues están realmente en los cuerpos percibidos. Las cualidades secundarias serán todas las restantes: sonido, color, olor, etc. Estas, al contrario de las primeras, solo están en quien las percibe. Es decir, sin el ojo no habrá colores, sin el oído no habrá sonidos, etcétera. Si bien esta teoría resultó ser errónea desde el punto de vista teórico, desde el punto de vista pragmático fue de

gran utilidad para varios descubrimientos físicos, según afirma Bertrand Russel.

George Berkeley establece una identidad entre el pensamiento del mundo y el mundo del pensamiento; Locke transforma esta idea y demuestra que las representaciones, las ideas, no representan a las cosas, sino que se representan entre ellas. Así, las ideas más complejas representan a las más simples, es decir, se representan entre sí. Esto último constituye una noción que le es cara al psicoanálisis lacaniano y a su teoría del significante.

Al respecto enuncia Lacan:

Es por la observación que una idea simple se transforma en imagen de sí misma, es decir, en idea compleja, pues su objetividad la rodea en la idea, pero en esa idea general por donde es transformada hay una inscripción, una connotación de la inscripción, de su transformación en imagen, es decir que la idea, una vez transformada, de alguna manera está inscrita, deviene idea compleja y ya no idea simple. El problema reside en saber cómo es posible, vale decir, qué había al principio, qué se transforma al principio, a partir de qué se transforma para obtener la primera causa, ¿Qué es, de alguna manera, lo 'ante-primer'?' Locke lo plantea en esos términos cuando habla de sensación irreductible, de una sensación originaria. Si una reflexión es originaria ¿qué es reflexionado que sea pre-originario? Es decir, ¿qué es lo pre-originario? ¿Qué posibilita esa facultad?<sup>308</sup>

En cuanto a las pasiones y su relación con la construcción de la ética, contrapuesta a las ideas innatas, Locke propone unas ideas que hoy son adoptadas por el psicoanálisis, tal como aquí las describe:

Las cosas, por lo tanto, son buenas o malas solamente en relación al placer o al dolor. Llamamos bueno aquello

<sup>308</sup> Jacques Lacan, *Seminario 19, El saber del psicoanalista*, 1972, inédito.

que sea capaz de causar o aumentar en nosotros el placer o de disminuir el dolor; o bien, lo que sea capaz de procurarnos o de conservarnos la posesión de cualquier otro bien, o la ausencia de cualquier mal. Y, por lo contrario, llamamos mal aquello que sea capaz de producir o de aumentar en nosotros cualquier dolor, o de disminuir cualquier placer; o bien, lo que sea capaz de procurarnos cualquier mal, o privarnos de cualquier bien. Por placer y por dolor debe entenderse que me refiero tanto a lo que toca al cuerpo como a la mente.<sup>309</sup>

Luego de que en el libro uno Locke ha refutado los principios y las ideas innatas, y en el libro dos ha presentado las ideas como la materia del conocimiento, el libro tres del *Ensayo* está dedicado a las palabras como signos de las ideas, refiriéndose también al saber y la probabilidad. Muestra en lo esencial que lo que la metafísica presenta como saber sobre el mundo es meramente verbal.

En el capítulo tres del *Ensayo*, su autor adopta el nominalismo en relación con el problema de los universales, para decir que todas las cosas que existen son particulares, y que podemos formar ideas generales a partir de la aplicación de muchos particulares, pero como nombres. En sí mismas, esas ideas generales son tan particulares como todo lo demás. En el capítulo cuatro de este mismo libro discute el problema de la esencia, que, tal como podemos conocerla, es igualmente verbal, es decir, es la definición de un término general, mientras que la esencia real que pueden tener las cosas, es decir, su constitución física, en lo fundamental nos es desconocida.

En la definición de su posición filosófica, que trascendió bajo la forma del empirismo, Locke puso por encima de sus convicciones religiosas su amor a la verdad. Así, en los últimos capítulos de su *Ensayo*, afirma que el amor a la verdad es necesario; por ello enuncia que "hay la siguiente señal infalible, a saber: el no abrazar ninguna proposición con mayor

<sup>309</sup> John Locke, *op. cit.*, p. 210.

seguridad que la que autoricen sus pruebas".<sup>310</sup> Esto es, no tomar como criterio de verdad la sola demostración lógica, sino además la experiencia controlada y las diferencias que se puedan sacar de ella como consecuencias. Esta es la derivación moral de su investigación sobre la naturaleza y los límites del conocimiento humano, desde la perspectiva de una filosofía de la experiencia.

En el contexto epistemológico hasta aquí expuesto se da cuenta del enfrentamiento de una tradición idealista, platónica, que defiende el innatismo de las facultades del conocimiento y de las ideas, con las teorías del empirismo sustentadas por Locke y Condillac, quienes sostienen que dichas facultades son adquiridas.

Los fundamentos del empirismo llegaron a la psicología y al psicoanálisis por la vía de Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780), quien sistematizó en su *Tratado de las sensaciones* (1754) una teoría de la cual Lacan dice:

Nunca insistiré suficientemente que releen el *Tratado de las sensaciones*. Ante todo porque es una lectura absolutamente encantadora, de un estilo de época inimitable. Verán allí que mi estado primitivo de un sujeto que está en todas partes, y que en cierto modo es la imagen visual, tiene su ancestro. En Condillac, el aroma a rosas parece un punto de partida perfectamente sólido del que hay que extraer, aparentemente sin la menor dificultad, [...] toda la edificación psíquica.<sup>311</sup>

Condillac, en efecto, parte de la ficción de una estatua envuelta en mármol, material que la separa del mundo exterior, constituida por dentro como un hombre. El autor empieza por darle el sentido del olfato, y desde que la estatua huele una rosa, su psiquismo comienza a configurarse, inicialmente conociendo olores: con relación a sí misma, en ese momento la estatua no es más que olores. Luego es capaz de la aten-

<sup>310</sup> *Ibid.*, p. 703.

<sup>311</sup> Jacques Lacan, *Le Séminaire, livre II...*, *op. cit.*, pp. 79-80.

ción, del goce, del sufrimiento, del placer, del dolor, como principios de sus operaciones; después es capaz de configurar la memoria, de distinguir sucesiones dentro de su proceso cognoscitivo, de diferenciar sus estados; a continuación compara, juzga, puede asombrarse, enlaza ideas, comienza a tener necesidades, a diferenciar la memoria de la imaginación, a dar orden a las ideas que se enlazan diferentemente a partir de nuevas comparaciones, y adquiere hábitos de pensamiento y de modos de ser, esto es, puede discernir.

Poco a poco, y derivados solo del olfato, comienzan a aparecer las pasiones, los deseos, el amor, el odio, la esperanza, el temor y la voluntad. Condillac describe cómo se derivan las ideas del contento y del descontento, así como las ideas abstractas y generales, y cómo el placer se convierte en el objeto de la voluntad; asimismo, expone cómo la estatua llega a tener las ideas de número, comienza a conocer las verdades particulares y las generales, y adquiere las ideas de lo posible, de lo imposible, de la duración, del pasado, del futuro, de lo indefinido y de la eternidad. Hay un apasionante capítulo sobre cómo la estatua duerme y cómo produce los sueños; se describe también la debilidad de sus facultades y cómo emerge en ella la idea de un yo y de una personalidad.

Condillac continúa la ficción señalando que ese homúnculo no está limitado al olfato sino al oído, y después a la vista; finalmente, describe cómo se configura al unir el olfato, el oído, el gusto y el tacto. Este último es el único sentido que juzga por sí solo los objetos exteriores. De allí se derivan el movimiento y la extensión.

Para resolver el problema de pasar de las propias sensaciones al conocimiento de los cuerpos, el filósofo demuestra cómo la estatua descubre el cuerpo y aprende lo que hay fuera de él. Finalmente, pretende dar una base empírica a su trabajo, apoyado en el análisis de los niños salvajes.

Estos antecedentes filosóficos le dan el fundamento al modelo sobre el que se ha constituido después la pedagogía, dirigiéndose a ese sujeto unitario y consciente, que rechaza, como Descartes, el genio maligno, que le hace confundir la

realidad con el sueño y que, en cierto modo, podemos aproximar al inconsciente. Es a ese sujeto a quien la pedagogía le traza un método para que se acerque al conocimiento. Estas referencias fueron asimiladas por Rousseau, Pestalozzi, Itard, Montessori y otros grandes pedagogos como el mismo Jean Piaget.

### *El sujeto de la experiencia en Freud*

Sigmund Freud, en el discurso de la ciencia de su época, propone la construcción de un nuevo sujeto que se deriva del *Proyecto de psicología*. Con este texto se produce un viraje radical, contundente en la teoría del conocimiento, porque es el salto de las mónadas cerradas de Leibniz, de esta especie de sujeto solipsista, a un sujeto que no es sin el Otro, sin el semejante, y para quien incluso el acceso al conocimiento del mundo se da por la mediación del semejante. En este texto dice Freud:

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo [*Nebenmensch*]. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto como este es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. Es que los complejos de percepción que parten de este prójimo serán en parte nuevos e incomparables por ejemplo, sus rasgos en el ámbito visual [...] el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo [*das Ding*], mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio.<sup>312</sup>

<sup>312</sup> Sigmund Freud, "Proyecto de psicología", en: *Obras completas*, t. I, Amorrortu, Buenos Aires, 1986, p. 377.

En el acercamiento al mundo por medio del semejante, hay pues un aspecto del otro que es inasimilable a través del pensamiento, un componente que impone un montaje constante y tiene la consistencia de una cosa; y otro aspecto que, si se articula en términos de conocimiento, de comprensión, revela que cierta dimensión de la relación con el mundo a través del semejante pasa por el cuerpo. Allí ya se esboza un proceso de escisión del sujeto (*Spaltung*) en el proceso de la relación con el semejante, y por ende con el mundo. El aspecto que pasa por el cuerpo y por el semejante es susceptible de memoria, mientras que el otro no lo es.

En la parte final del *Proyecto de psicología* Freud afirma: "Al comienzo de la operación de juicio, cuando las percepciones interesan por causa de su posible vínculo con el objeto-deseo, y sus complejos (como ya fue descrito) se descomponen en una parte inasimilable [no comparable] (la cosa del mundo [*das Ding*]) y una consabida para el yo por su propia experiencia (propiedad, actividad) lo que se llama comprender, [en esta última vía] se producen dos enlaces para la operación de lenguaje".<sup>313</sup>

Freud demuestra que, ante el grito del niño, el Otro acude y procura la primera experiencia de satisfacción, la cual deja como huellas mnémicas la imagen del objeto que procuró la descarga (el seno) y la imagen de los movimientos reflejos que participaron en dicha descarga (el chupeteo, por ejemplo). Ante una nueva tensión corporal, se activa lo que Freud llama un estado de deseo de satisfacción, que tiende a recargar dichas huellas, lo cual produce una satisfacción alucinatoria. No obstante, la carga real sigue en aumento, y luego el "yo" debe inhibir ese proceso. La privación impone en el aparato una decepción de esta vía, por lo que deberá acudir de nuevo al llanto. Se privilegia así una vía en la cual dicho llanto ha caído en una red significativa del Otro, que le adjudica un significado y acude de nuevo para procurar la satisfacción.

<sup>313</sup> *Ibid.*, p. 414.

En estos pasajes del *Proyecto de psicología* Freud ha advertido que, debido a la inmersión en el lenguaje permitida por el complejo del semejante, dicho complejo se escinde en dos partes: una inasimilable por el pensamiento (una cosa constante), y otra que, merced al lenguaje, puede realizar juicios atributivos de cualidades que permanecen en la memoria, en el pensamiento, y en virtud de lo cual el "yo" puede comprender algo. Por esta razón, allí mismo explicita que:

En primer lugar, se encuentran objetos-percepciones que lo hacen gritar a uno porque excitan dolor, y cobra enorme sustantividad que esta asociación de un sonido (que también incita imágenes de movimiento propio) con una [imagen-] percepción, por lo demás compuesta, ponga de relieve este objeto como hostil y sirva para guiar la atención sobre la [imagen-] percepción. Toda vez que ante el dolor no se reciban buenos signos de cualidad del objeto, la noticia del propio gritar sirve como característica del objeto.<sup>314</sup>

Esto es, por el propio grito el sujeto puede, de acuerdo a la acción específica del objeto, obtener datos sobre las cualidades de éste, debido al enlace entre lo perceptivo y lo verbal. Estamos en el terreno que mucho después Lacan llamará la *lalengua* (esto es, el balbuceo asemántico que reproduce el niño a partir de la resonancia en su cuerpo del lenguaje del Otro); Freud agrega que "de aquí a inventar el lenguaje no hay mucha distancia. Existen otros objetos que de manera constante producen ciertos fonemas, y dentro de cuyo complejo de percepción, entonces, un sonido desempeña cierto papel. En virtud de la tendencia a la imitación que aflora a raíz del juzgar, es posible hallar la noticia de movimiento para esta imagen sonora".<sup>315</sup> De este modo, el sujeto va poco a poco a comprender, por medio del lenguaje. Dice Freud: "hemos averiguado que lo característico del proceso del pensar discerniente es que en él la atención está vuelta de antemano hacia los

<sup>314</sup> *Ibid.*, pp. 414-415.

<sup>315</sup> *Ibid.*, p. 415.



signos de la descarga del pensar, los signos de lenguaje".<sup>316</sup> El conocimiento cognoscitivo, en consecuencia, solo es posible en el humano mediante el lenguaje. Pero esto ocurre gracias a que en el complejo del semejante algo ha sido excluido, el *das Ding*. Es por eso que luego puede producirse el pensamiento conducente al juicio de atribución y más tarde al de existencia.

Freud da un paso más en esta construcción de un nuevo sujeto cuando incluye, en el proceso del conocer, al genio maligno<sup>317</sup> que tanto Descartes como el empirismo excluyeron, a saber: el inconsciente como una memoria activa. En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* sitúa en un extremo del aparato psíquico la percepción-conciencia, y en el otro la motricidad, y entre ambos extremos ubica una serie de gradaciones de memorias: el preconscious y el inconsciente, donde se almacenan las huellas mnémicas de su relación con el mundo por medio de sus semejantes. Esto da lugar al llamado esquema del peine, donde Freud representa el aparato psíquico como un sistema de memorias e instancias (véase la figura 9.1).

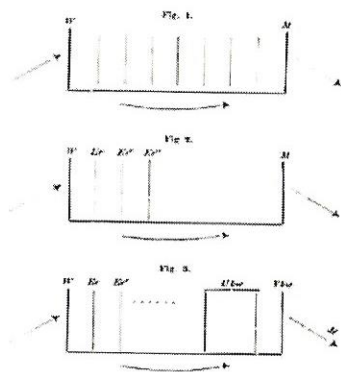


Figura 9.1. Esquema del peine.

Convenciones: W = Percepción, Freud utiliza su abreviatura en Alemán; M = Motricidad, Mn, Mn', Mn'' = Huellas mnémicas inscritas en distintas instancias; UbW = Inconsciente; Prc = Preconscious.

<sup>316</sup> *Ibid.*

<sup>317</sup> Ver al respecto el capítulo dos de este libro, "El principio de la investigación en psicoanálisis".

Este esquema es explicado en detalle en *La interpretación de los sueños*:<sup>318</sup>

La novedad de esta concepción de sujeto no consiste solamente en el hecho de descentrar de las concepciones anteriores a un sujeto asimilado a la conciencia y a la racionalidad para Freud la conciencia es apenas una instancia del aparato psíquico, un corcho nadando en un mar inconsciente, sino además en instituir un sujeto dividido por sus deseos, sus ideales, sus pulsiones, sus intereses y sus instancias psíquicas, sea en la primera tópica (el inconsciente, el preconscious y la conciencia) o en la segunda tópica (el yo, el ello y el superyó). Y donde las instancias de las primeras se transforman en cualidades de los procesos que acontecen en las instancias de la segunda.

Otro punto crucial del aporte a esta nueva concepción del sujeto está en un pequeño texto llamado *Verneinung*, donde se introduce el hecho de que el sujeto debe hacer la experiencia de una afirmación primordial, una *Bejahung*, a partir de la cual luego podrá establecer juicios de existencia y juicios de atribución sobre los objetos del mundo. Esos juicios no dependen únicamente de las facultades descritas en los otros sistemas de pensamiento, sino que además estarán influenciados por la represión, la forclusión del Nombre-del-Padre, el repudio y la denegación.

El psicoanálisis reconoce que hay un goce filtrado en los juicios de existencia y de atribución del sujeto, a partir de la interferencia del principio del placer que lo gobierna, e incluso del más allá del principio del placer que rige lo pulsional de dicho sujeto y parasita sus juicios. Las pulsiones alienan el juicio, el principio del placer lo condiciona, y la pulsión de muerte lo penetra.

Esto implica que ya no basta con el sujeto del conocimien-

<sup>318</sup> Sigmund Freud, "La interpretación de los sueños", en: *Obras completas*, t. 5, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, pp. 530-534.

to, con su racionalidad y su lógica significativa, sino que es preciso introducir otro método para acceder al saber que se le escapa a dicho sujeto, para llegar a captar algo de eso no sabido y producido en el límite por la exclusión originaria del *das Ding* para instalar su ser de lenguaje.

De manera primordial, el *das Ding* es lo indesignable en el mundo y en el semejante, es lo inasimilable por su pensamiento; lo incognoscible que siempre quedará opaco es lo real. No obstante, allí no se agota la tarea del psicoanálisis, porque puede permitirle además a ese sujeto un saber de lo que perturba su conocimiento, de sí mismo, de sus semejantes y del mundo, bajo las formas del goce del sentido  $s(A)$ , del goce del objeto  $(a)$ , del anclaje fálico negativizado por la castración  $(-)$ , o positivizado en las fórmulas de la sexuación  $,$  y finalmente, bajo la forma del Goce Otro o goce femenino  $J(A)$ .

Esto pone en cuestión el monopolio en el pensamiento occidental del sujeto de la conciencia, cognoscente, unitario, frente al mundo por conocer, y lo complementa con el requerimiento de un método, precisamente el psicoanálisis, para además develar una dimensión de la subjetividad en la que además se devela en ese mismo sujeto aquel dotado de pulsiones y de un goce más allá del principio del placer. De ese modo podemos acceder a otra perspectiva del mundo. Su movimiento no es el de la forclusión del sujeto que hace la ciencia, cuando para garantizar su objetividad en la observación excluye lo subjetivo, sino que es la asunción de la opacidad del sujeto como una variable más en la observación científica y lo que de su goce pueda saberse que hace obstáculo a su aprehensión del mundo.

En este sentido, concibo que para la investigación en y con el psicoanálisis ya no es posible sostener un sujeto puro, neutro, consciente, imparcial, abstinente, objetivo y racional, sino un sujeto animado por un deseo de saber de su goce, para lo cual requiere de la experiencia del psicoanálisis. Una experiencia que involucre íntimamente al sujeto y le permita desatar aquellos mecanismos que en su subjetividad le impiden el conocimiento, pero, sobre todo y lo que es más importante

para nuestra disciplina, el saber de su ser de goce, lo que lo conduce a una ética en la que, conociendo sus prejuicios, pueda dirigir una mirada diferente al mundo por conocer en el que está inmerso.

## CAPÍTULO DIEZ

### La experiencia desde el psicoanálisis

Héctor Gallo

#### *Introducción*

Dado que el abordaje del fenómeno social supone poner a prueba el concepto con la experiencia, y a partir de ahí definir sus rendimientos, sus límites y sus posibilidades, no sobra examinar este concepto contando con la inspiración de la teoría y la clínica psicoanalíticas, ni tampoco sobra intentar aproximarse a lo que desde el psicoanálisis se denomina fenómeno.

El término 'experiencia' es "tomado del lat. *experientia* Id., derivado de *experiri*, intentar, ensayar, experimentar".<sup>319</sup> Son cercanos a experiencia vocablos como experimento (de *experimentum*), que remite a "ensayo, prueba por la experiencia; experimentar, experimentación; experimentado [...]; experimentador; experimental [...]. Experto [...], tomado del lat. *Expertus*, que tiene experiencia, participio de *experiri*; en el sentido sustantivo de perito es galicismo reciente, no popularizado hasta después de la Segunda Guerra Mundial, por influjo de la Sociedad de Naciones".<sup>320</sup> Desde entonces se fue volviendo común el uso de palabras como peritación, pericia

<sup>319</sup> Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e historia*, Gredos, Madrid, 1980, p. 825.

<sup>320</sup> *Ibid.*

o pericial, que en este momento circulan de manera amplia, no solo en el ámbito de la criminalística, sino también en el de la salud, la educación, la industria y el comercio.

La palabra 'experiencia' es de uso generalizado en el discurso cotidiano, e incluso suele circular bajo el supuesto de que no es necesario explicarla, porque se cree que el oyente sabe siempre a qué se refiere. Suele definirse la experiencia como si fuera un bien que habilita a su poseedor para ser competente en algo. Se oye hablar de la experiencia que se tiene en un oficio, de la habilidad que da la experiencia, de la experiencia que dan los años, de lo aprendido de la experiencia, de la experiencia como una vivencia interna captada por la conciencia y que puede tener o no carácter místico. También se habla de la experiencia de la vida, de una experiencia inolvidable e irrepetible, y de feliz o amarga experiencia. Esta última modalidad de experiencia es muy similar a la vivencia, a lo que se siente.

En todos estos casos, con la palabra 'experiencia' se alude a una situación en la que a veces el sujeto es el protagonista principal, porque aprehende de manera sensible algo acerca de una realidad interior o exterior; y hay otros casos en los que el sujeto es trascendido porque a su pesar sufre los efectos de algo externo a él, como sucede, por ejemplo, cuando se ve envuelto en acontecimientos traumáticos por catástrofes naturales, accidentes o escenarios de violencia política.

A pesar de que no es usual preguntarse a qué hace referencia un sujeto cuando dice "yo tengo experiencia" en tal o cual cosa, porque de inmediato se asocia con pericia, conocimiento y habilidad, debe tenerse en cuenta que es un concepto sumamente vago e impreciso.<sup>321</sup> Por tener tantas acepciones, ser de un uso tan común y ser aplicado de forma tan general, el concepto de experiencia pierde su especificidad, y su valor explicativo se debilita.

La imprecisión del concepto de experiencia nos impulsa a

<sup>321</sup> Véase José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, Ariel, Barcelona, 2001, p. 1186.

dedicar este capítulo a un debate sobre éste, pero interrogándolo desde el punto de vista del psicoanálisis, y tratando de mostrar qué se entiende por experiencia en relación con el sujeto, el saber, la clínica analítica y la educación.

### *¿A qué llamamos experiencia?*

¿Qué hace que una forma de ser, un modo de hacer, una manera de vivir, una iluminación interior, un modo de conocer, una modalidad de aprehensión de la realidad externa, un aprendizaje adquirido con la práctica de un oficio y con el hecho de vivir, más la conformación de los juicios sobre la realidad por medio de una verificación y lo correspondiente al sentir, al pensar y a las vivencias íntimas, se pueda considerar una experiencia?

A manera de precaución metodológica, se precisará de entrada que la experiencia entendida como una forma natural, inmediata y automática de relacionarse con las cosas y de aprehenderlas, así como la que remite a experimentación, pericia y experticia, quedan descartadas como objeto de nuestra reflexión. La razón para ello radica en que, en lugar de involucrar un compromiso del sujeto con el saber siempre por construir, con estas definiciones se evoca un manejo instrumental. De este énfasis puede surgir un técnico experimentado en un hacer, o un administrador preocupado porque las cosas funcionen tal como el amo espera, pero no un sujeto causado por un deseo de saber y con capacidad de causarlo.

La experiencia que se reduce a un conjunto de actividades que se realizan con gran habilidad corresponde a un saber hacer práctico que se funda en la repetición. A manera de hipótesis, diré que la experiencia inmediata no es la del sujeto que desea saber, sino la del individuo que adquiere destrezas y competencias que lo convierten en un ser práctico que ha acumulado experiencia.

Propongo oponer al individuo de la experiencia inmediata y de la actividad práctica, el sujeto de la experiencia media-

tizada por una praxis específica. Para este sujeto son menos importantes los órganos de los sentidos en lo tocante a la aprehensión de los objetos del mundo, que el pensamiento y el lenguaje. Mediante la percepción consciente el individuo entra en contacto con cualidades internas que se experimentan como sensaciones de placer-displacer y con objetos exteriores.

Pero si se quiere pasar de la inmediatez de la experiencia a su formalización simbólica, es imprescindible un paso más, al que se puede denominar *subjetivación significativa*. Este acto simbólico es condición necesaria, aunque no suficiente, para que se dé lugar al escenario subjetivo que permita dar nacimiento a un deseo de pasar de la experiencia inmediata y su existencia por el concepto, a trabajar en la construcción de un saber de lo real más particular y menos aparente que lo universal.

El individuo que obtiene experiencia gracias a la percepción, la memoria y la atención, entra en relación con el aprendizaje, entendido como el resultado de un conjunto de experiencias vividas y acumuladas. Pero cuando se trata del sujeto que no se conforma con una praxis reducida a un quehacer exterior o a una contemplación interior, hay que pasar de la percepción de lo universal a una formalización ordenada de la experiencia de lo real singular. Aquí lo que se denomina experiencia ya no se confunde más con la difusa y parcial experiencia sensible.

La invocación del sujeto tal como es entendido por el psicoanálisis, como sujeto dividido por el lenguaje y singularizado por el deseo, hace más complejo de entender el concepto de experiencia. Aquí experiencia ya no designa el conocimiento del mundo de la apariencia, ni se relaciona con eso que es objeto de comprobación y cuantificación, sino que define lo que resulta de la articulación de dicho sujeto con una praxis que no es objetivable.

¿Qué es eso que convierte lo vivido, lo practicado, lo sentido, en una auténtica experiencia y cuál es su fundamento?

### *La experiencia singular del sujeto*

La acepción filosófica que más se aproxima al modo como en el psicoanálisis se toma el concepto de experiencia es la de Aristóteles, para quien la experiencia "es la aprehensión de lo singular".<sup>322</sup> La experiencia como analizante, por ejemplo, no se define por la adquisición de un conocimiento de lo que hay en el inconsciente, pues no se trata de que acceda, por ejemplo, a lo que hay de perverso, de transgresor, criminal y egoísta en él, y tampoco es una vivencia destinada a la aprehensión de procesos internos, a la manera de un "conócete a ti mismo". La experiencia del inconsciente es una experiencia de discurso, mediante la cual un sujeto aspira a captar lo singular de su síntoma, que por ser analítico "no tiene objetividad, a diferencia del síntoma psiquiátrico".<sup>323</sup>

El síntoma analítico no surge de una evaluación hecha por el analista sobre el modo como el sujeto se relaciona con la realidad, sino que "se funda sobre una autoevaluación del sujeto mismo, de tal manera que a veces, regularmente, es imperceptible para los demás".<sup>324</sup> Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el síntoma obsesivo, que si bien a veces logra traducirse claramente en la conducta y el paciente tiene una experiencia íntima de él, experiencia de la que le da noticia al terapeuta, también puede estar "únicamente reservado a la intimidad del sujeto, ser imperceptible, a diferencia de los pacientes mandados al psiquiatra".<sup>325</sup>

Cuando los padres, amigos, familiares, médicos o autoridades educativas nos envían a una persona a consulta, es indispensable que esta logre subjetivar el mandato de aquellos como una decisión propia, de lo contrario no se producirá una entrada en la experiencia del análisis, entrada que,

<sup>322</sup> Véase *Ibíd.*, p. 1182.

<sup>323</sup> Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, t. 1, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 255.

<sup>324</sup> *Ibíd.*

<sup>325</sup> *Ibíd.*

como ya se dijo, depende de una autoevaluación que funda el síntoma. Miller dice que, "correlativamente, la curación misma está fundada sobre dicha autoevaluación".<sup>326</sup>

La experiencia íntima del análisis no es una aventura intelectual, ni una vivencia contemplativa, porque es indispensable agregarle una praxis, que no es un quehacer, ni una transacción, negocio o actividad exterior al agente del discurso, sino un acto de palabra. Este acto resulta transformador solo en la medida en que involucre un sufrimiento. Jacques-Alain Miller dice que "la praxis de un análisis es un sufrimiento, es una queja, es la declaración de un ser que quiere cambiar, y cuando esos elementos faltan"<sup>327</sup> puede que se dé la experiencia íntima de hablar y de haber sido escuchado, pero no se le estará dando una praxis a esa experiencia, y si esto no sucede no hay análisis.

Cuando un sujeto que se siente bien viene a vernos, cuando alguien que "se siente en el colmo de sus posibilidades"<sup>328</sup> quisiera, por ejemplo, hacer un análisis para ser analista, no está en condiciones de darle "una praxis a la experiencia".<sup>329</sup> Esto quiere decir que la praxis correspondiente a la experiencia de un analista no es aportada por la asimilación intelectual de lo que es un análisis, ni por la asimilación de los conceptos del psicoanálisis o por lo acumulado en sus años de practicante, sino por el sufrimiento que lo llevó a convertirse en un analizante causado por un deseo de saber. Entonces lo que autoriza a un analista a acoger la queja de un sujeto es el hecho de pensar en que cuenta con "los medios de remediar ese sufrimiento",<sup>330</sup> gracias a su praxis sufriente como analizante, al hecho de que demuestre ser capaz de hablar en su propio nombre y a la experiencia deseante de su acto como analista.

<sup>326</sup> *Ibíd.*

<sup>327</sup> *Ibíd.*, p. 254.

<sup>328</sup> *Ibíd.*

<sup>329</sup> *Ibíd.*

<sup>330</sup> *Ibíd.*

Un analista es un analizado al que se le atribuye la cualidad de analista porque ha dado pruebas de haber asimilado ciertas revelaciones producidas en su experiencia como analizante. Una revelación fundamental para la autorización de un analizante como analista es el deseo de analista, que no es un deseo de saber, sino el testimonio subjetivo de la caída de las identificaciones, de su desplazamiento como sujeto del goce que lo inmovilizaba, de la consecuente construcción de un síntoma fundamental que lo anuda en términos éticos, políticos y epistémicos a la vida y a nuevos amores, y de la capacidad de localizarse como causa de deseo de quien viene a verlo y se convierte en analizante, deseo "que es un deseo de saber".<sup>331</sup>

En cuanto al educador, ¿cómo podría éste darle una praxis a la experiencia, más allá de acreditarla con un diploma de pedagogo, con certificados de capacitaciones y de cursos de actualización y con sus aptitudes en la enseñanza de la materia asignada?

Me atrevo a considerar que una verdadera praxis a la experiencia del educador no es aportada en rigor por la adquisición de habilidades pedagógicas para hacerse entender y lograr transmitir agradablemente la asignatura que le corresponde, sino por la conquista de una posición subjetiva que le permita colocarse en su acto educativo en un lugar favorable para la transmisión de un deseo de saber. Un educador que en su acto educativo logre ponerse en relación con la ignorancia, que no se presente ante sus alumnos enarbolando el orgullo del educador experimentado, sino la insatisfacción con su experiencia acumulada, sin duda obtendrá resultados que le devolverán el valor que necesita para trabajar entusiasmado.

La insatisfacción con la "la infatuación de un *ya lo sé*"<sup>332</sup> es el presupuesto subjetivo para que un educador pase de con-

<sup>331</sup> Jacques-Alain Miller, *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 18.

<sup>332</sup> *Ibíd.*, p. 19.

formarse con exhibir orgullosamente su experiencia, a preguntarse por cómo llegar a colocarse, en su acto educativo, en una posición favorable para causar el deseo de saber del estudiante. En nuestro tiempo esta tarea parece más difícil, no solo porque lo normal es que el estudiante llegue a la escuela identificado con el lugar de un no quiero saber, sino también porque el escenario diseñado para que el profesor ejerza su función de enseñanza es el del "para todos por igual", de tal manera que, en lugar de formar a partir de un deseo, informa para cumplir con un deber.

Mientras la experiencia educativa se defina oficialmente como una experiencia que destierra lo singular en favor de lo masivo, el aporte de una praxis a la experiencia educativa vendrá dada por un buen uso de modelos pedagógicos válidos para todos. La experiencia educativa, dice Miller, "es en gran medida el aprendizaje de las soluciones típicas, de las soluciones sociales para resolver el problema que plantea al ser hablante el buen uso de su cuerpo y de las partes de su cuerpo: con esta hay que hacer esto, con esta otra no hay que hacer esto".<sup>333</sup>

Lograr la distribución ordenada de las partes del cuerpo constituye un problema de actualidad en la educación; de esto da cuenta el hecho de que la mayoría de los niños en el aula de clase se dividan en inhibidos, agresivos-hiperactivos y algunos con rasgos perversos, cuestión que incide de manera definitiva en la experiencia.

La inhibición la refiere Freud a una "disminución de la función",<sup>334</sup> a un defecto en su utilización. La inhibición es la expresión de una *restricción funcional del "yo"*.<sup>335</sup> Freud indica que dicha restricción se debe a "una intensísima erotiza-

<sup>333</sup> Jacques-Alain Miller, *El caldero de la Escuela*, Nueva Serie, Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL), Buenos Aires, núm. 11, 2009, pp. 5-6.

<sup>334</sup> Sigmund Freud, "Inhibición, síntoma y angustia", en: *Obras completas*, t. VII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 2833.

<sup>335</sup> *Ibid.*, p. 2835.

ción de los órganos que en tales funciones intervienen".<sup>336</sup> La tesis de Freud es que "la función de un órgano queda alterada cuando su significación sexual, su 'erogeneidad', recibe un incremento".<sup>337</sup>

En la hiperactividad también es notable una erotización, pero el efecto ya no es una restricción sino un exceso en la utilización de la función; y en cuanto a los niños con rasgos perversos, sucede que se han encontrado de forma prematura con excitaciones sexuales propiciadas por personas cercanas, y esto los pone fuera de sí. Se dedican a mostrarles a las autoridades educativas que su órgano escapa "a ser tomado por el discurso del amo sobre el cuerpo"<sup>338</sup> y esto los convierte en una "mala influencia" para los demás.

Dado que el cambio de forma del órgano en el niño aparece para él como algo que no pertenece al cuerpo y es signo de que eso obra a su antojo y sin control, corresponde a "la aparición de una x. ¿Qué se puede hacer de eso?".<sup>339</sup> Los que no entran en el conjunto de los inhibidos evidencian que la función del órgano no se agota en la micción y muestran, así en algunos casos esto no se mire con buenos ojos y sea rechazado, que tienen muchas ideas acerca de lo que puede hacerse con la erección. Les muestran lo que tienen a las compañeritas y a las tías más jóvenes, lindas y alcahuetas para que reaccionen, quieren ser tocados allí, mirados y se tocan delante de los demás o buscan el rozamiento.

Tanto la inhibición como la hiperactividad y el despertar prematuro de la sexualidad son fenómenos que "traducen un avance de la pulsión sobre el campo del yo: cuando las exigencias pulsionales, las fuerzas armadas del ello ingresan en el terreno del yo, éste retrocede y deja una parte del territorio para que lo ocupe lo pulsional, el goce".<sup>340</sup> Los efectos de esta

<sup>336</sup> *Ibid.*

<sup>337</sup> *Ibid.*

<sup>338</sup> Jacques-Alain Miller, *El caldero de la Escuela*, op. cit., p. 7.

<sup>339</sup> *Ibid.*

<sup>340</sup> Jacques-Alain Miller, *Conferencias porteñas*, t. 2, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 318.

invasión, que constituye una declaración de guerra al yo y, de igual forma, a los modelos pedagógicos de la institución y al manual de convivencia, hasta el punto de hacer ver obsoleto lo que está escrito como guía, son diversos, y entre ellos se encuentra la impotencia. El educador se da cuenta de que todo cuanto ha acumulado en términos de conocimiento y de aprendizaje pedagógico le sirve poco para agregar a su experiencia una praxis concreta con esos alumnos que desafían la ley de diferentes maneras.

Si en la inhibición se trata de un no poder, de un no soy capaz, en la hiperactividad ya no se trata de restricción, sino de falta de abstención. ¿Cómo hacer mover al inhibido y aquietar al hiperactivo? Esto no es algo que al parecer se encuentre contemplado en los modelos pedagógicos y en los manuales de convivencia, donde no se plantea el deber ético de reflexionar y el político de deliberar con los otros acerca de cómo abordar lo que no funciona, sino que se consignan los procedimientos de sanción.

Ante el real aludido, real que la experiencia acumulada no logra recubrir, el educador responde con angustia. La manera como en la mayoría de los casos la institución educativa pretende resolver la angustia de no saber qué hacer es evitando colocarse en la posición histórica de querer saber, acudiendo a un discurso externo al de la pedagogía. La ciencia es llamada para que con su experiencia de comprobación y verificación les resuelva el problema a los educadores y les evite tener que repensar su acto educativo a partir de ponerse en relación con la ignorancia.

El llamado a la ciencia para combatir la invasión guerrera de la pulsión en los niños, y a la policía cuando se trata de los jóvenes, es un acto de comodidad en el que se inscriben las instituciones que hacen valer su certificación de calidad sobre la interrogación acerca del real que altera su experiencia.

Inhibición e hiperactividad son fenómenos escolares que denuncian cómo los niños han abandonado su deseo infantil de saber, por el desencanto de una institución que les exige a sus educadores invertir la energía en el cumplimiento del

deber. En la inhibición es como si faltara el motor que mueve a la acción y a la aventura intelectual; en la hiperactividad, en cambio, es como si se tuviera un motor prendido incorporado en el cuerpo, no para querer saber, sino para moverse sin control.

El niño inhibido suele tener buena disciplina, es obediente, respetuoso y acata la norma, pero no desea saber, mientras que el hiperactivo es indisciplinado, no acata la norma, es desafiante, no atiende y da muestras de querer saber solo sobre lo que le interesa. Hay niños cuya falta de rendimiento es favorecido por una falta de lectura del profesor sobre el lugar hacia el que apunta su deseo de saber, y entonces en lugar de causarlos en esta dirección, más bien se preocupa por etiquetarlos, y con ello se hace artífice de una vacilación del discurso educativo.

La invasión pulsional que afecta el funcionamiento del cuerpo ha hecho que la educación le abra la puerta a los test, a las pruebas psicológicas supuestamente científicas y, lo que es todavía más grave, a la química farmacéutica. Es la manera de renunciar a convertir fenómenos como los anotados en parte de la experiencia educativa del profesor, quien pasa a convertirse en un agente más de control y segregación.

Si un educador no hace de su encuentro con el saber una experiencia singular, se ajustará con facilidad a modelos pedagógicos que lo aproximan al protocolo como ceremonial y lo alejan del protocolo que Miller denomina como experiencia. Este protocolo consiste en un "conjunto de reglas que determinan la ejecución de una experiencia de la que se puede esperar el acceso a un real."<sup>341</sup>

La experiencia que se acumula es vaga y poco interrogada, pero a la vez es también la más confiable para la oficialidad. A los psicoanalistas nos suscita desconfianza, y la excluimos de nuestra formación porque esta nada tiene que ver con la acumulación de habilidades y el desarrollo de competencias.

<sup>341</sup> J.-A. Miller, *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, op. cit., p. 13.



Ambas son útiles para la administración de las cosas y la calificación de individuos en un quehacer práctico, pero no sirven para formar sujetos éticos capaces de hacerse responsables de sus actos, sujetos políticos con capacidad de deliberación y ciudadanos que acepten la confrontación con el otro sin necesidad de aniquilarlo.

### *Del fenómeno*

La palabra 'fenómeno' guarda gran afinidad con la de 'experiencia', pues entra en estrecha relación con la apariencia. Según el *Diccionario de filosofía* de Ferrater Mora, 'fenómeno' es un concepto sumamente equívoco: "si, por una parte, puede ser la verdad, lo que es a la vez aparente y evidente, por otra, puede ser lo que encubre la verdad, el falso ser, y, finalmente, el camino hacia lo verdadero".<sup>342</sup>

En el sentido clásico del término, un fenómeno es lo que hace parte del mundo de la apariencia, mundo que se ofrece a la percepción inmediata y que puede ser materia de descripción, pero con el cual no se explica lo que es el ser de una cosa, aquello en lo que consistiría la realidad verdadera. Desde este punto de vista, el mundo de la apariencia tiene más la función de encubrir la verdad del ser de las cosas que de contribuir a desnudarla. El fenómeno nos coloca en la vertiente de lo que podríamos llamar el "realismo del objeto".

En el psicoanálisis no se habla de fenómeno social para hacer referencia a una apariencia o al mundo de las representaciones, sino para denotar que en eso que aparece como objeto real o como patologías del objeto, hay también algo subjetivo que entra en juego y que por tener que ver con el sentido exige una intervención diferenciada de lo asistencial y del sometimiento del sujeto a la tiranía de la causalidad.

El síntoma analítico, contrario al fenómeno, designa algo

<sup>342</sup> José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, t. 2, Ariel, Barcelona, 2001, p. 1235.

puramente subjetivo, pues su presencia depende de una autoevaluación y no de un diagnóstico hecho por alguien externo al sujeto. El fenómeno es objetivo, perceptible a primera vista, pero en el modo como es tomado por el psicoanálisis tiene la particularidad de constituirse en un elemento capaz de orientar hacia una verdad que tiene un estatuto distinto al de los hechos. El fenómeno involucra al mismo tiempo una realidad objetiva y una realidad subjetiva, realidad que no se ofrece a la percepción directa porque debe ser descifrada y vuelta transmisible proponiendo al respecto nuevos puntos de vista.

Del crimen, por ejemplo, puede afirmarse que es un fenómeno social, no porque sea una apariencia que encubre alguna verdad, sino porque es un objeto que, como lo indica Lacan, sería metodológicamente inadecuado concebirlo por fuera de su realidad sociológica. Esto quiere decir que una investigación sobre la incidencia de la subjetividad en el crimen debe tener en cuenta la relación de éste con aspectos sociales y jurídicos como la ley, el castigo y la responsabilidad.

Los aspectos anotados también se ven atravesados por resortes psíquicos que exigen el concurso del psicoanálisis, porque es necesario conjeturar y descifrar, en cada caso, en qué consiste la relación del sujeto con su acto y qué sentido tiene éste para aquél. Lacan lo plantea de este modo para descartar lo que denomina "la autosuficiencia clínica y el fariseísmo prevencionista".<sup>343</sup>

La crítica a la autosuficiencia clínica debe entenderse como una invitación al analista a que no reduzca su acto a las paredes del consultorio. "A diferencia de lo que pensaba Freud, hoy más que nunca la aplicación está a cargo del analista y no puede ser dejada en manos de los investigadores de las distintas disciplinas".<sup>344</sup> Pero que el analista tome a su

<sup>343</sup> Jacques Lacan, "Función del psicoanálisis en criminología", en: *Escritos 1*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 120.

<sup>344</sup> Carlo Vigano, "El psicoanálisis aplicado", en: *Más Uno, Psicoanálisis y lógicas colectivas*, Escuela de Orientación Lacaniana, núm. 7, Buenos Aires, julio de 2001, p. 93.

cargo la aplicación del psicoanálisis implica tener cuidado de no salir a sumarse a las lógicas de la prevención dominantes en el campo de la salud. Su responsabilidad es mostrar, por ejemplo, cómo intervienen conceptos clínicos como el inconsciente, la pulsión, el goce, el superyó y la repetición, en fenómenos externos a la clínica del uno por uno, cuya realidad es sociológica y no psíquica.

Si seguimos a Freud en *Tótem y tabú*, concluiremos que la responsabilidad del psicoanalista al ocuparse de investigar sobre un fenómeno social como el crimen será trascender el alcance superficial de las investigaciones sociológicas y psicológicas acerca de este hecho humano estudiado en ese texto en sus dos formas, como dice Lacan, más aborrecidas: el incesto y el parricidio, cuya sombra engendra toda la patología del Edipo".<sup>345</sup>

Lacan dice que pese a cualquier crítica de método a la que se someta el trabajo de Freud en *Tótem y tabú*, "lo importante era haber reconocido que con la Ley y el Crimen comenzaba el hombre, una vez que el clínico hubiese ya mostrado que sus significaciones sostenían hasta la forma del individuo, no solo en su valor para el otro, sino también en su erección para sí mismo".<sup>346</sup>

La tesis de que la ley y el crimen definen el nacimiento del hombre destierra del psicoanálisis cualquier intento de considerar al crimen como signo de un trastorno, patología o desadaptación, porque se trata de algo específicamente humano y cuyos resortes trascienden lo social y se enraízan en la subjetividad. Es esto lo que se muestra clínicamente con la noción de autocastigo, cuya incidencia puede llegar a imponerse por más que el sujeto no ignore en qué consisten los golpes que da la ley si es transgredida. Con la noción de autocastigo, por ejemplo, se muestra el vínculo que puede establecerse entre lo social y lo subjetivo en el análisis de un fenómeno como el crimen.

<sup>345</sup> Jacques Lacan, "Función del psicoanálisis en criminología", *op. cit.*, p. 121.

<sup>346</sup> *Ibid.*, p. 122.

## CAPÍTULO ONCE

### Horizontes de la investigación psicoanalítica

Héctor Gallo

#### *Introducción*

Después de abordar los términos de experiencia y fenómeno desde el punto de vista de la investigación psicoanalítica, se tomará en este capítulo final un fenómeno social concreto como es el de la violencia, pero no como problema de investigación, sino como recurso pedagógico para dar cuenta de algunos elementos que nos permitan pensar de qué manera podría darse la participación del psicoanálisis en un diálogo con otras disciplinas de las ciencias sociales en el plano investigativo.

En nuestro medio la violencia, en sus distintas modalidades, no preocupa a un sector específico de la sociedad, sino a todos sus estamentos, y ha de reconocerse que las investigaciones realizadas hasta el momento muestran a cada paso que, por lo "inasible y escurridizo" del fenómeno, se emparenta con un real sobre el cual no cesa de retornarse en la investigación social.

De la misma manera que en Europa, a partir de la Primera Guerra Mundial, y hasta después de la Segunda, se hablaba bastante de la agresividad porque se vivía bajo la preocupación de la guerra y de la invasión, aquí en Colombia, a partir del auge del narcotráfico y del consecuente fenómeno violento del sicariato, hasta la consolidación del conflicto armado,

no se respira otro ambiente distinto al de la masacre, el destierro, la desaparición forzada y la violación de los derechos humanos, lo que ha conducido a una gran preocupación por la seguridad y al llamado a la negociación y a la paz. No cabe duda de que la violencia se mantiene como un tema candente de investigación, que vale la pena examinar dentro de una perspectiva interdisciplinaria.

La interdisciplinaria en la investigación sobre la violencia resulta coherente con su polivalencia y debe inscribirse no propiamente en la vía de una vana erudición o del anhelo ecléctico de construir un saber en el cual confluyan todas las vertientes que tengan algo que decir sobre el problema, sino en una orientación que busque darle un piso epistemológico de mayor rigor a los acercamientos al fenómeno, orientación en la que el psicoanálisis puede contribuir.

En conjunto, y también de manera aislada, juristas, politólogos, médicos, psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, sociólogos, antropólogos, trabajadores sociales, cada uno apoyándose en su disciplina, han dado cuenta de que tanto desde el punto de vista práctico como desde el punto de vista teórico, el fenómeno de la violencia no ha sido suficientemente descifrado.

La doble dimensión de drama y enigma que caracteriza actualmente al fenómeno violento lo convierte en un signifiante que ha penetrado todos los rincones de nuestra sociedad, ha afectado a todas las edades de la vida, ha enfermado de manera incalculable los vínculos que la cultura promueve y se ha instaurado como el modo más expeditivo de anular las diferencias y aniquilar a quien ha sido construido como enemigo visible. Muerte al enemigo o destierro inmediato del diferente, es la consigna que, poco a poco, se va extendiendo a todos los estamentos de la sociedad. De esta manera se va pasando del odio civilizado —en donde las diferencias se resuelven sin el borramiento real del otro— al exterminio del enemigo radical.

Lo más preocupante es que, a pesar de la invasión del fenómeno violento y de la abundante literatura sobre el tema,

se verifica, en no pocos casos, el retorno de argumentos similares en los distintos autores que han investigado sobre el problema, y de las mismas recomendaciones al Estado. En cuanto a las hipótesis que se elaboran, al contrastarlas con la realidad que se pretende explicar, pronto se demuestran unilaterales o seguidas de conclusiones demasiado parciales.

La compleja realidad que habitamos ha provocado como única respuesta válida un activismo desenfrenado, que en aras de una supuesta praxis tomada como el alfa y el omega que determina el valor del pensar, se convierte en el pretexto para instaurar el dominio de un objetivismo ingenuo que suele aquejar a quienes se han ocupado de investigar sobre la violencia en Colombia.

Los psicoanalistas tenemos la obligación ética de contribuir a responder, en nuestro caso desde las coordenadas del sujeto, el inconsciente y la pulsión, al drama de nuestro tiempo. Interesa plantear investigaciones ajustadas al real que nos convoca, en lugar de promover o apoyar acciones destinadas a ubicar un culpable externo a nuestra frontera subjetiva, como suele suceder con los gobiernos, los activistas universitarios, los gremios sindicales y las asociaciones del mutuo elogio.

Más que ubicar un culpable, al psicoanalista investigador le interesa mantener vivo el deseo de llegar a nombrar algo más de ese "por decir" que siempre nos queda agobiando después de cada reflexión realizada. De la misma manera que en el acto violento se constata la intervención de algo indómito que no permite detenerlo en forma definitiva, también se verifica que hay un enigmático resto de explicación que siempre escapa al supuesto experto en el tema, y es posible formalizar algo de ese resto si se tiene en cuenta cómo interviene la subjetividad en las lógicas de la violencia.

### De la metodología que conviene a una investigación interdisciplinaria

Teniendo en cuenta la variedad temática que se desprende del fenómeno de la violencia y la consecuente heterogeneidad de los puntos de vista que se configuran, ¿cómo hacer posible un diálogo que, a partir de las diferencias epistemológicas y de la exigencia creativa que de estas se desprende, nos conduzca hacia un producto investigativo en el que se constate una inspiración recíproca de las disciplinas en juego, la convergencia de intereses temáticos y la articulación de los problemas que despiertan un interés investigativo?

Una respuesta metodológica coherente con la amplitud del fenómeno de la violencia consiste en crear *núcleos problemáticos*. Estos núcleos no serían definidos a partir de una disciplina del conocimiento relativamente autónoma, como el psicoanálisis o la sociología, sino con base en algunos conceptos rectores afines con el de la violencia en algún aspecto, que puedan establecerse como lugares de intersección entre distintas disciplinas y áreas temáticas involucradas.

El punto de entrecruzamiento disciplinar y de anudamiento de las áreas temáticas que pueden orientar un trabajo interdisciplinario hace del nudo un tronco formal que, si bien no garantiza que se evite la yuxtaposición en lo tocante a las hipótesis explicativas y a las múltiples interpretaciones del fenómeno en cuestión, sí define un presupuesto metodológico que permite ubicar un elemento común que inspire la interacción y la articulación dialéctica entre los distintos abordajes posibles del objeto a investigar.

Un concepto que puede proponerse como inspiración de núcleos problemáticos es el de *violencia*, que se haría entrar en relación con nociones como *ley*, *cultura*, *conflicto* y *sujeto*, entendido en este contexto como efecto de las relaciones sociales que las instituciones culturales deben promover. Las categorías enunciadas pueden proponerse como puntos de intersección cuando varios representantes de disciplinas afines se proponen un proyecto de investigación conjunto.

### Conflicto y sujeto

Los conceptos que se empleen para nombrar un tema general alrededor del cual pueden llegar a reunirse distintos investigadores y estudiantes en formación no deberían tener el valor de abstracciones explicativas que definan a priori un problema a investigar, sino de órganos formales en los cuales se subsumen múltiples vías investigativas a concretar.

Desde el psicoanálisis se considera que el concepto de sujeto, por ejemplo, es indispensable para pensar la violencia. Si se define su existencia menos en función de su unidad que de un desgarramiento con respecto al objeto, y por lo tanto en una perspectiva de sujeción referida más al poder del lenguaje y el discurso que al poder de la fuerza legítima o ilegítimamente ejercida, al poder de lo económico y lo político, su consideración permitirá darle un estatuto más riguroso a la interpretación de las relaciones entre el individuo y la sociedad. A la luz del concepto de sujeto, términos como yo, conciencia, memoria histórica, territorio, destierro, reparación, actor, víctima, conflicto, poder o relación social, conyugal y familiar, que son de uso común en la investigación social sobre la violencia, sin duda han de adquirir un sentido renovado.

Cuando se nombran en un contexto violento, los términos mencionados remiten a las dificultades allí padecidas por el vínculo social y a los diversos efectos emocionales que ello produce como secuela, pero dichas dificultades no son descritas por los investigadores sociales apuntando a la posición de los sujetos inmersos en el conflicto, sino a la trasgresión que suele producirse y a los problemas sociales, de orden público y de salud física y mental que se generan según el tipo de devastación causada.

Es común que a los análisis políticos, históricos y económicos de la violencia se les escape, por ejemplo, una explicación de por qué la violencia, en cualquiera de sus manifestaciones, no para de reincidir en distintas épocas, sociedades y contextos, a pesar de verificarse en muchos casos una eventual superación de las necesidades económicas y educativas,

y de haber alcanzado, como fue el caso del pueblo alemán en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, un desarrollo tecnológico envidiable en la modernidad.

Contar con el sujeto exige en cada caso un análisis de la particularidad y una crítica permanente de las formas tradicionales de pensar, en lugar de la estandarización, de la homogeneización propia de las tipologías y de creer en la derrota del mal y la miseria, como lo ha pretendido la ciencia natural. El sujeto es en la mayoría de los casos borrado de las consideraciones explicativas y reducido a un estrangulamiento por los ejecutivos del saber, quienes suelen invocarlo como sinónimo de *lo humano* y de *lo individual* en una perspectiva asistencial, reivindicativa o caritativa.

Es común ver que las comisiones de paz, formadas por supuestos especialistas en solución de conflictos, y los investigadores encargados por el Estado para decir lo que es la violencia en nuestro país, ignoran con frecuencia que es indispensable, por un lado, repensar las formas tradicionales de configurar los pactos y de explicar la violencia, y por otro, atender simultáneamente a una pluralidad de causas en lugar de insistir en las buenas intenciones de los contrincantes, en el perdón y el olvido, en los acuerdos humanitarios, en las acusaciones recíprocas que buscan diluir la responsabilidad de cada uno en el otro y en un activismo del cada uno por su lado con la esperanza de erradicar el conflicto.

El concepto de sujeto es tan importante en la investigación de fenómenos sociales como la violencia, que permite demostrar por qué en ningún caso la violencia y la agresividad han de entenderse como fenómenos instintivos que nos preexisten a la manera de un saber ancestral. Otro aspecto que se descarta en la explicación de la violencia a partir del sujeto es que se trata de un fenómeno susceptible de aprender o desaprender, y menos aún de un drama que puede erradicarse acudiendo al sentido común y a los actos humanitarios. Estos actos no tienen ninguna consecuencia, mientras no se acompañen de una política en la que se definan estrategias destinadas a impedir la repetición de los actos violentos.

Agresividad y violencia son fenómenos exclusivamente humanos, es decir, producidos por los conflictos propios del tejido cultural. Desde este punto de vista, la cultura como tal se constituye en el fundamento no solo de la vida humana y de sus vínculos sociales, sino también de su destrucción y del crimen. Habrá que interrogar esta paradoja de la cultura moderna en cada investigación propuesta, con el objeto de mostrar su especificidad lógica.

Ahora bien, si se acepta que el escenario por excelencia de la agresividad y la violencia no son en rigor los barrios populares ubicados en la periferia de las ciudades, ni las zonas rurales en donde hay enfrentamiento armado, ni las familias descompuestas o los centros carcelarios, sino los vínculos sociales en general, esto convierte a aquéllas en paradojas que caracterizan el paso de la naturaleza a la cultura y el nacimiento mismo de la ley y el derecho. La hipótesis que se desprende de dicha paradoja que la historia verifica es que la cultura, a pesar de tener como prioridad la pacificación de las relaciones entre los humanos y de fundarse en la ilusión de armonizar sus vínculos, en su manera de estructurarse genera ella misma las condiciones necesarias para que el crimen y la trasgresión violenta se produzcan, aunque con mayor intensidad en unos escenarios que en otros.

Entre los animales, justamente debido a que existen por fuera del lenguaje, y por supuesto también del poder que ejerce una sociedad de discurso, no hay conflicto de intereses, y la sexualidad, por ejemplo, no es fuente de violencia, ni el amor es causa de sufrimiento. Los animales no son violentos, no experimentan pasiones que despierten su agresividad contra el congénere. Se agreden a partir del saber ancestral del instinto, y ejercen la fuerza sobre el congénere corporalmente inferior, en función de la autoconservación, del cuidado del territorio y el equilibrio del sistema, pero no se aprovechan del más débil para explotar su fuerza de trabajo, maltratarlo, engañarlo, humillarlo y matarlo a la menor oportunidad que se tenga.

La agresión animal se refiere a los hechos de la realidad; la

agresividad humana tiene que ver con la intención de dañar y no con una agresión como hecho. La agresividad se define en el psicoanálisis a partir de un deseo de muerte y de una satisfacción que no existe en los animales. La satisfacción agresiva se configura en el discurso y puede estar presente en las palabras, aunque en algunos casos no se logre discernir abiertamente en el contenido de estas. En cuanto a la violencia, esta se relaciona tanto con el hecho destructor como con la intención, pero tiene una particularidad que la distingue de las otras dos categorías, a saber, su relación con lo que en el psicoanálisis lacaniano se denomina una *coyuntura de emergencia*, que exige la intervención urgente de un tercero pacificador.

La violencia, estrictamente hablando, puede ubicarse en relación con un acontecimiento imprevisto que fulmina o traumatiza, un acontecimiento en donde el sujeto desaparece, el vínculo social queda radicalmente roto, y en su lugar se instala la rivalidad a muerte, el estrago, la aniquilación, la impotencia, el exceso, la sevicia, el descuartizamiento, la segregación descarnada, la persecución real, el disparo cierto en donde la muerte es calculada con la exactitud propia de la ciencia moderna, etc.

Las características enunciadas son más propias de la violencia que de la agresividad. En la agresividad entendida como intención del yo humano, los actores se conforman con dañar-ser dañado, pegar-ser pegado, maltratar-ser maltratado, abusar-ser abusado, sin necesariamente pasar a la sevicia y la tortura. A veces la agresividad se queda en el plano de las palabras que desgarran, los gestos desobligantes, las miradas perniciosas o las insinuaciones sexuales sin consentimiento, que son formas de agresividad que hieren, pero que al fin y al cabo se agrupan dentro una forma civilizada de odiar, que es preferible a la violencia en tanto real destructor que aniquila.

El odio civilizado, que es el predominante en las sociedades pacíficas, a pesar de ofender, decepcionar, herir moralmente y en ocasiones hacer sufrir tanto o más que los hechos reales, se constituye en la máxima meta para una cultura en materia de paz. Cuando los conflictos entre humanos perma-

necen en el registro del odio civilizado, las posibilidades dialécticas son superiores, desde el punto de vista práctico, a cuando se trata de la violencia de la pulsión de muerte. En el odio civilizado siempre queda una oportunidad para la palabra, y por ende para la emergencia del sujeto ético, del sujeto que logra tomar distancia de su odio; en cambio, la violencia se presenta cuando el diálogo civilizado fracasa y el odio se impone como pasaje al acto aniquilador.

Si bien tanto en la agresividad como en la violencia puede tratarse de la fuerza real ejercida por parte de un agente más fuerte sobre otro más débil, los matices de este ejercicio no son de ninguna manera los mismos, porque la situación y la posición del sujeto en cuestión varían según el caso.

Lo que finalmente se pretende con esta disquisición es arriesgar una hipótesis que tiene sobre todo un valor metodológico: que intentar una distinción, así sea mínima, entre agresividad y violencia, y hacerla además operativa en una investigación, sobre la guerra por ejemplo, le dará al sujeto un estatuto *de mejor ley* que el concedido cuando se lo reduce al individuo, el yo y la conciencia. Tomados como instrumentos prácticos de la investigación y no como una elucubración que deja por fuera la experiencia, los conceptos arriba mencionados exigirán al investigador no solamente prudencia epistemológica, sino también asumir la praxis menos como un lugar a partir del cual se impide pensar en nombre de la acción, que como un lugar a partir del cual el pensamiento sea criticado permanentemente.

Una de las ventajas explicativas de tener en cuenta al sujeto como un instrumento de análisis del mundo social es que permite precisar la función que en una investigación tendría la clasificación de la violencia en violencias. A nuestro juicio, esta clasificación ha de cumplir una función ordenadora, y su valor será descriptivo, no explicativo. Clasificar equivale a nominar y no a producir un nuevo saber sobre los mecanismos específicos de generación de un fenómeno. El sujeto se resiste a ser clasificado y a ser definido estadísticamente, porque exige no olvidar la particularidad lógica de la realidad en

juego, por eso, en lugar de ser un concepto que oriente la reflexión hacia un saber absoluto, universal y homogéneo, más bien siempre reclama la fundamentación de una especificidad que se oponga a la tentación burocrática de generalizar.

Cada vez que a las violencias ya establecidas se agrega una nominación nueva, se puede constatar que su justificación es práctica y no conceptual; por esta razón, en lugar de producir un debate teórico adicional, se buscará demostrar su pertinencia y la verdad de lo dicho acudiendo al dato estadístico. Desde el punto de vista epistemológico, una nominación inédita solo se justifica si se demuestra por qué con los conceptos vigentes no es posible explicar lo que a nivel práctico se impone como nuevo, de lo contrario tendremos una definición hasta el momento no considerada, pero a la hora de examinar los argumentos explicativos nos encontraremos, como dice Foucault, con que se pueden decir verdades pero en el espacio de *una exterioridad salvaje*, donde dará lo mismo hablar de sujeto que de individuo, actor, víctima o victimario; de cultura, que de civilización y sociedad; de fuerza, que de violencia y poder, y de lenguaje, que de discurso, palabra, comunicación y diálogo, etc.

### *El fundamento metodológico de los núcleos problemáticos*

A partir de las consideraciones hasta ahora realizadas, puede decirse que, en el plano interdisciplinario, un proyecto de investigación, si bien ha de fundamentarse en una pregunta, en lugar de referirla a un *área temática*, podría tener como referente un *núcleo problemático*. Cada núcleo ha de tener una generalidad inferior a la del tema amplio de investigación y estará compuesto por ejes comunes, a los que se dará el estatuto de instrumentos lógicos del pensar investigativo. Teniendo en cuenta el modelo interdisciplinario trazado, buscaremos que cada categoría elegida para referirnos a la *cosa pensada* se articule con las más afines desde el punto de vista disciplinar.

Las categorías que conforman los núcleos problemáticos, en la medida en que no solo serán principios internos de la pregunta que la investigación se formule, sino que también han de garantizar un conocimiento objetivo del fenómeno en cuestión, cumplirán como mínimo con dos condiciones que son de orden metodológico:

a) No corresponden a una invención efectuada estrictamente dentro de una disciplina en particular, porque esto impediría la esperada combinación de las áreas temáticas, la pluralidad de las respuestas siempre orientadas a iluminar un centro, y por ende las posibilidades interdisciplinarias del abordaje.

b) Son categorías con tradición en la historia de las ideas, pues no creemos que los antiguos conceptos se deban reemplazar por otros nuevos, sino que más bien hay que volver a pensarlos, criticarlos y redimensionarlos en torno a la reflexión que se proponga, pues si bien este procedimiento no garantiza exactitud y unidad en las hipótesis que se arriesguen, sí nos ubica frente a una complejidad epistemológica en la que nuestra discusión, subordinada al problema que nos convoca, ha de ser sin duda fructífera en términos investigativos y permitirá rendir cuentas de lo dicho ante una comunidad de investigadores.

Por otro lado, este modelo de los núcleos problemáticos no tiene otra función que la de permitir enmarcar metodológicamente la pregunta de investigación que se proponga, de acuerdo con los intereses compartidos de quienes decidan reunirse en torno a una empresa investigativa común. Aparte de la justificación metodológica que el modelo requiere, se ha de confrontar permanentemente en sus rendimientos y ha de ponerse en discusión en las distintas fases de la investigación que se proponga.

### *Un ejemplo de perspectiva de análisis*

En la investigación social cualitativa se han intentado soluciones teóricas importantes, materializadas en cambios de perspectiva en el análisis. Se ha planteado la necesidad de pasar de la investigación de la violencia a la de las violencias, y en virtud de la multiplicidad y heterogeneidad de formas, campos de conflicto y actores implicados, se han establecido clasificaciones como "la violencia política", "la violencia urbana", "la violencia organizada", "la violencia en familia" o "violencia contra los niños y contra minorías étnicas".

Se han tenido también en cuenta "los escenarios" de violencia, y de ellos se abrió un abanico en el que se incluye el narcotráfico, el conflicto armado, el conflicto entre bandas y el conflicto familiar, que es un marco en el que de preferencia se mueven los investigadores de la violencia interesados en la familia, el género y la conyugalidad.

Los investigadores, cualquiera que sea la perspectiva en que se orienten, no dejan de encontrar, sin embargo, el polimorfismo que se evidencia en medio de cada forma o escenario de violencia estudiado, hecho que tiene por consecuencia mantener incompletas y con cierto nivel de desajuste las interpretaciones y explicaciones buscadas.

Lo que puede aportar la vía de los núcleos problemáticos es una perspectiva de análisis que metodológicamente conduzca hacia una comprensión más clara de, por ejemplo, el fenómeno de la violencia. Las áreas temáticas pueden dar cuenta de los campos o contextos sociales estructurantes de las relaciones violentas, y es posible aprehender esa multiplicidad de formas y de cruces, esa polivalencia y polimorfismo de la violencia, que invita menos a la clasificación descriptiva y más a la pregunta por los mecanismos discursivos que originan, sostienen y promueven la aniquilación violenta de las posibilidades de mantenerse dentro de los límites de un conflicto civilizado.

La separación por áreas temáticas subordinadas a cada disciplina cumple el papel de ordenar y diferenciar las for-

mas del fenómeno. Ahora bien, si se quiere comprender de forma renovada el fenómeno de las relaciones violentas, hay que integrar lo violento dentro de un campo complejo de relaciones entre sujetos, en el cual sea posible articular lo heterogéneo y polivalente.

Ubicarse en función ya no de enriquecer la clasificación existente, sino de recrear un resto innumerable bordeado de diversas maneras, es lo que justifica insistir en la investigación a partir de núcleos problemáticos, que permitan conducirnos hacia el aporte de nuevas pautas para la investigación más allá de las fronteras locales.

Tenemos en la violencia un lado agobiante, que presiona la introducción de soluciones prácticas y la definición de estrategias de intervención; y hay otro lado enigmático, inexplicado, que exige la elaboración formal para poder leer lo que sucede por fuera del prejuicio, la ideología imperante y el activismo que se desencadena cuando hay pánico colectivo y exigencias como las del burócrata, quien pretende mostrar, con estadísticas favorables, resultados inmediatos para salvar su gestión. Para este personaje, una muerte violenta es algo que lo sobresalta, no porque se priva del derecho a la vida a un ser humano, sino porque aumenta la estadística de muertes violentas y esto afecta su gestión.

Estas circunstancias ineludibles y limitantes del avance investigativo llevan a tener en cuenta que seguramente los proyectos de investigación a los que pueda dar lugar el debate de los núcleos problemáticos han de ajustarse obligatoriamente a un imperativo práctico, que por ningún motivo ha de conducir a descuidar o a desdeñar el nivel formal. Habrá que buscar la elaboración de un diseño metodológico en donde se combinen los efectos prácticos esperados por quien financia la investigación, y el avance teórico, que es de vital importancia en el plano epistemológico.

Por tratarse de un fenómeno de gran actualidad social y política, en el que además participa directamente el sujeto en relación a sus vínculos y del cual se desprenden alteraciones del orden público, problemas de salud pública, violación de



los derechos humanos, soledad, pánico, miedo, angustia, dolor, desprotección, amenazas, delirios persecutorios y, en general, todo aquello que da cuenta de la impotencia del discurso del amo moderno para regular el conflicto y de una falta de credibilidad en su función simbólica de pacificación, es indispensable proponer investigaciones en las que se tengan en cuenta al menos dos niveles en los que pueden desarrollarse. Estos niveles son:

a) El de la investigación básica, que pone el énfasis en la fundamentación conceptual del fenómeno, en su análisis y en la elaboración de interpretaciones. Aquí es donde encontraría lugar una investigación que ponga al orden del día la discusión desde la historia, la sociología, la biología y el psicoanálisis, en torno a la cultura, el sujeto, el conflicto, el derecho, el crimen, la agresión, la agresividad y la violencia.

b) El de la investigación aplicada, que implica una descripción diagnóstica, una evaluación y la elaboración de recomendaciones destinadas a la prevención, la intervención y el control del fenómeno en cuestión. Este nivel de investigación, que es el privilegiado por los organismos estatales, en lugar de cuestionar los conceptos vigentes en cuanto a sus rendimientos explicativos y de formularse nuevas preguntas, se dedica a diseñar modelos de intervención y a demostrar lo ya sabido. Aquí es fácil confundir la eficacia visible con la cientificidad, donde lo esencial es el rigor con el cual se formulen las hipótesis de investigación y no tanto la cobertura inmediata solicitada por un funcionario del saber.

Tratándose de investigadores que vean en la interdisciplinariedad el presupuesto metodológico de su reflexión y un compromiso directo con la sociedad que habita el motivo que los causa, lo recomendable es darles cabida a los dos modelos de indagación antes anotados, naturalmente ajustándolos a las exigencias formales del núcleo problemático en el cual se inscriba la investigación propuesta.

### *La subjetividad en una experiencia interdisciplinaria concreta*

En el contexto de una investigación aplicada a un problema social, concretamente el conflicto político armado en la Comuna 13 de Medellín, en la cual el autor de estas líneas participó activamente,<sup>347</sup> se tuvo cuidado de impedir que la inclusión de la subjetividad se redujera a una descripción de las implicaciones emocionales del conflicto en los habitantes afectados psíquicamente por la guerra, como ocurre usualmente en la investigación social cualitativa.

Se les mostró a los colegas de las ciencias sociales por qué vincular subjetividad con emoción tiene el problema de invocar una explicación relacionada con el individuo orgánico y de incluir "una sensibilidad a la palabra que indica la existencia de un vacío al que se llena de tal o cual sentido".<sup>348</sup> Cuando se supone que un sujeto debe hablar y gritar para desahogarse y quedar liviano, la concepción de ser humano que ahí se pone en circulación es la de un individuo definido a partir de la falacia imaginaria de la unidad de su cuerpo.

Mientras el individuo se define a partir de su unidad integrada, el sujeto que nos interesa en la investigación psicoanalítica se define a partir de su división, de su malestar social, de aquello que se produce en él como déficit de sentido. Esta particularidad, en tanto permite identificar al sujeto no con un ser esencial, ya establecido y justificado, sino con una falta en ser, nos da la posibilidad de conjeturar que mientras una comunidad formada por individuos debe olvidar, perdonar, descargarse y divertirse para recuperar su tranquilidad, otra formada por sujetos divididos debe ocuparse de historizar lo

<sup>347</sup> Véase Héctor Gallo et al, *Dinámicas de guerra y construcción de paz. Estudio interdisciplinario del conflicto armado en la Comuna 13 de Medellín*, Medellín, Universidad de Antioquia, Universidad de Medellín, Corporación Región, Instituto Popular de Capacitación (IPC), 2008.

<sup>348</sup> Jaques-Alain Miller, *Estructura, desarrollo e historia*, Gelbo, Bogotá, 1999, p. 64.

ocurrido para que cada sujeto acceda al cambio y a la transformación esperada, cuestión que cambia todo en el modo de hacer la indagación.

Mientras el concepto de individuo se mantiene en la dialéctica adaptación-desadaptación, y no se puede definir sin tener en cuenta el cuerpo tomado como unidad, el concepto de sujeto evoca "una variable de sentido, es susceptible de tomar varios valores y de modificarse".<sup>349</sup> El sujeto y su entorno se pueden transformar mediante las variaciones simbólicas de sentido; el individuo y su medio ambiente no se transforman sino mediante una intervención concreta que se pueda medir y generalizar.

De acuerdo con las diferencias conceptuales establecidas, las políticas de gobierno dirigidas a la intervención psicosocial no serán iguales si las comunidades afectadas por el conflicto político armado se toman como una colectividad de individuos que, por haber nacido y crecido en un medio violento, tienen el estatuto de víctimas, que si las consideramos como una comunidad de sujetos que han definido su ser a partir de una *falta* llena de unos efectos de sentido predominantemente violentos. La definición de colectividad como un conjunto de organismos inmersos en procesos adaptativos sirve para la programación de políticas de asistencia social; la de sujetos que son el resultado de una división producida por el sufrimiento causado por los acontecimientos de la historia es la que debe privilegiarse cuando se trata de la intervención psicosocial contando con la subjetividad.

En una investigación aplicada a lo social contando con el sujeto dividido del psicoanálisis debe tenerse claro, como presupuesto metodológico, que la individualidad se define a partir del Uno corporal, y que si bien esto "vale para las especies animales, [...] para lo vegetal también, [...] para el viviente,"<sup>350</sup> no vale en absoluto para el sujeto. El sujeto no se define a partir de su cuerpo, porque no es un viviente con una

<sup>349</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>350</sup> *Ibid.*, p. 63.

individualidad tan claramente definida como la de "los animales que se reproducen por vía sexuada".<sup>351</sup> Estos animales tienen individualidad pero no tienen sujeto, si definimos a éste como algo que se produce en el individuo, ya no tomado solo como organismo, sino también como ser hablante. El sujeto nace cuando al organismo se le suma el lenguaje con sus efectos de sentido.

Cuando se pretende dar cuenta del estatuto de la subjetividad, por ejemplo, en un conflicto político armado, un principio metodológico a tener en cuenta es el siguiente: que los habitantes de cualquier comunidad agobiada por el sufrimiento asociado a una guerra son seres que pueden hablar de las cosas que les hicieron mal "y de cosas imposibles de decir que les hacen sufrir".<sup>352</sup>

Si la investigación incluye entrevistas, la experiencia analítica permite suponer que en los testimonios el entrevistador pondrá sin duda sentimientos, creencias y expectativas en respuesta a lo dicho, y un deseo de actuar sobre dichas creencias y expectativas anticipadas.

Cuando se trata de una sesión analítica, habrá desciframiento del sentido, y el analizante también intentará recuperar, junto a su interlocutor, algo perdido. En este sentido, Eric Laurent dice:

Esta recuperación del objeto es la llave del mito freudiano de la pulsión. Es ella la que funda la transferencia que anuda a los dos participantes. La fórmula de Lacan según la cual el sujeto recibe del Otro su propio mensaje invertido incluye tanto el desciframiento como la voluntad de actuar sobre aquel a quien uno se dirige. En esta última instancia, cuando el analizante habla, quiere encontrar en el otro, más allá del sentido de lo que dice, a la pareja de sus expectativas, de sus creencias y deseos. Su objetivo es encontrar a la pareja de su

<sup>351</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>352</sup> Eric Laurent, "Principios rectores del acto psicoanalítico", *Ornicar Digital*. Revue électronique multilingue de psychanalyse publiée à Paris, núm. 293, julio de 2006.

fantasma. El psicoanalista, aclarado por la experiencia analítica sobre la naturaleza de su propio fantasma, lo tiene en cuenta y se abstiene de actuar en nombre de ese fantasma.<sup>353</sup>

En el caso de la entrevista como fuente de la investigación, tenemos también en escena a dos personas, el entrevistador y el entrevistado, pero aquí no será el entrevistado el que se dirige al entrevistador, sino a la inversa, porque la demanda viene de éste último. Esto de entrada cambia las cosas, porque será el entrevistador quien pone en el entrevistado sus expectativas. Claro que la ética de este tipo de investigación exige que la expectativa no pase por el sentimiento sino por el saber.

El entrevistador interroga y puntúa en función de su pregunta de investigación. Ha de tener en cuenta que la respuesta obtenida no estará limpia de creencias, prejuicios y afecciones. Pero mientras en la sesión analítica las puntuaciones de los decires del analizante han de permitirle componer "el tejido de su propio inconsciente", las del entrevistador estarán destinadas a componer cada vez un mejor tejido de la pregunta en cuestión, pregunta que no se apoya en el poder del lenguaje para acercarse a unos efectos de verdad íntimos, sino a ciertos detalles que pueden aportar precisión.

Mientras en la sesión analítica el lenguaje, "los efectos de verdad que éste permite"<sup>354</sup> y la interpretación "constituyen el poder mismo del inconsciente", en la investigación con el psicoanálisis aplicado a lo social el lenguaje no vale tanto por los efectos de verdad que pueda permitirle al sujeto entrevistado, sino por los efectos de saber que pueda aportar acerca de la pregunta y por el grano de verdad que allí pueda descifrarse.

Un ejemplo de lo que se acaba de plantear podemos extraerlo de la investigación realizada en la Comuna 13 de Medellín en 2008,<sup>355</sup> donde la pregunta era por la dinámica del conflicto político armado y las iniciativas de paz. Uno de

<sup>353</sup> *Ibíd.*

<sup>354</sup> *Ibíd.*

<sup>355</sup> Héctor Gallo et al, *op. cit.*

los hallazgos importantes consistió en establecer que quienes legitimaron la implantación de los grupos armados ilegales que ofrecían tranquilidad y seguridad lo hicieron en nombre de "un principio de utilidad inmediato", sin medir las consecuencias futuras.

La utilidad inmediata como razón de ser de la legitimación de un actor armado ha sido algo que en las distintas comunas de Medellín ha obnubilado el buen juicio de sus habitantes, así como obnubiló el juicio del presidente Álvaro Uribe cuando, en nombre de la seguridad, alentó la formación de las Convivir, que después se salieron de control y derivaron en fuente de crímenes y atropellos de los derechos humanos. La verdad que ahí se revela, en esas decisiones que conducen a lo peor, es la presencia de un cálculo inconsciente en el cual coincide una colectividad. Se trata de un cálculo paradójico, porque consiste en asegurar las condiciones subjetivas, sociales y políticas de repetición de la violencia que se pretende conscientemente erradicar con la legitimación del que promete seguridad.

En lo que se acaba de mostrar, se ilustra que una interpretación, así no sea analítica, pero que se inspire en los poderes del lenguaje y en sus efectos de verdad, algo ha de explicar sobre el modo como se pone en juego la subjetividad en la participación de una comunidad en un conflicto como el que se ha vivido en nuestras comunidades urbanas.

Con la interpretación enunciada no se pretende dar cuenta del tejido inconsciente de quienes legitimaron el ingreso de los grupos armados ilegales a las comunidades (por ejemplo a la Comuna 13), pero sí se ilustra cómo interviene el poder del inconsciente allí donde parece estar excluido, es decir, en el conflicto político armado. En la descripción e interpretación del material obtenido en las entrevistas, cuando se cuenta con la subjetividad definida por su división, habrá que sostener el cuestionamiento, la abertura y el enigma, en lugar de taponarlos con la ilusión de darle una apariencia coherente a la investigación.

Mientras se sostenga el anterior principio como un ele-

mento rector, el investigador psicoanalítico se distinguirá del investigador cualitativo porque no aceptará identificarse con alguno de los roles que quiere hacerle representar su interlocutor, ni se inscribirá en ningún ideal presente en la civilización o en prejuicios en circulación. Así como "el analista es aquel que no es asignable a ningún lugar que no sea el de la pregunta sobre su deseo",<sup>356</sup> el investigador que cuente con el sujeto dividido y la pulsión no deberá sino actuar en función del deseo de saber que se supone ha tejido alrededor de su pregunta de investigación.

Así como las interpretaciones que hacemos como analistas tienen que ver esencialmente con la relación que tenemos con nuestro propio inconsciente, las interpretaciones que hagamos del material recogido en las entrevistas tendrán que ver con la relación que como investigadores hayamos establecido con la pregunta en juego. Entre el investigador que ha ido a análisis y aquel que no ha pasado por esa experiencia, con seguridad habrá enormes diferencias en el tratamiento del material.

A quien no ha pasado por la experiencia de un análisis, sin duda le resultará más atractiva la interpretación como resolución de lo enigmático que como apertura del enigma. Claro que como en los dos casos el principio del análisis del material ha de hacerse teniendo en cuenta los engaños y las complicaciones que introduce el inconsciente, el único objetivo previamente establecido que se admite es el relacionado con la pregunta de investigación. Queda también por fuera de toda consideración la cuantificación de los resultados o su uso como prueba objetiva, por ejemplo, para enjuiciar a alguien.

Si en ninguna de nuestras investigaciones aplicadas a lo social tomamos a las comunidades como un conjunto de individuos, sino de sujetos, es porque no vamos tras el sentido inmediato, sino tras el tejido de lo que se pueda articular entre el entrevistador, el entrevistado y la pregunta de investigación. Actuando de esta manera, no se dejará de observar los eslabones que indican el movimiento de articulación de lo

<sup>356</sup> *Ibíd.*

singular con lo social, se evitará desdeñar el detalle y así nos opondremos a la petrificación de las respuestas.

Volviendo a la investigación de la Comuna 13 en la cual participé, allí la subjetividad se enmarcó en una pregunta que colocó la percepción y el conflicto en primer plano. Entonces lo que se enfatizó al invocarla fue un aspecto de sujeción y respuesta. Las percepciones de los habitantes sobre el conflicto político armado aparecieron sujetadas a la influencia que sobre ellos ejerce la concepción que tienen del barrio, la familia, la organización comunitaria, la banda, la milicia, el grupo paramilitar o el Estado. Aquí cumple un papel principal el modo como pueda haberse producido la simbolización de la propia historia en la comuna.

Sobre el Estado puede concluirse, por ejemplo, que hasta la Operación Orión (operación militar mediante la cual se pretendió recuperar el control de la Comuna 13 de Medellín) los habitantes del sector lo percibían como una estructura sin consistencia, debilitada, llena de fisuras y con niveles múltiples. Su autoridad era suplantada por las milicias, e igual sucedía con la autoridad simbólica del padre y de la madre en la familia. En cuanto a las organizaciones comunitarias, ocupaban un segundo plano como referentes de agrupamiento, pues el territorio en sus distintas dimensiones estaba copado.

Después de la Operación Orión, la familia, el Estado, las organizaciones comunitarias y la calle pasan a tener una estampa renovada. Al Estado se le reconoce una presencia legítima en la zona, y es asociado con seguridad y algún bienestar. Las organizaciones recobran un papel protagónico, la calle es reivindicada como un lugar para habitar, la familia espera que no se vea de nuevo amenazada, y del Estado se desea que intervenga, de manera efectiva, tanto en el nivel policial como en el asistencial y en el psicosocial.

El llamado que posteriormente se le ha hecho al Estado ha tenido diversas formas de presentarse. Está, por ejemplo, la denuncia, una manera de llamar que floreció sobre todo cuando se empezaron a percibir signos de una nueva conformación de grupos armados en la zona, y cuando se presenta

alguna acción que le pueda ser atribuida a cierta banda delin cuencial en conformación o ya conformada. La denuncia puede interpretarse como una manera de desprestigiar la administración actual, o bien como una forma, así sea negativa, de dar cuenta de que el Estado pasó a existir como una representación de justicia, legalidad y orden, hecho que amplía su campo de responsabilidad y lo presenta con una deuda social ensanchada.

Si en otro tiempo el asesinato, el desplazamiento y la amenaza eran "normales" porque se contaba con una explicación anticipada y se sabía de dónde provenía, después de la Operación Orión cualquier cosa de este tipo que suceda, por un lado, revive el fantasma del pasado cruel y, por el otro, produce sorpresa porque se considera inesperado. Antes los acontecimientos negativos para la convivencia no parecían sorprender porque sucedían diariamente; después, en la medida en que dejaron de ser "el pan de cada día", cualquier acto transgresor puede sorprender y angustiar. La comunidad los lee como signos de una renovación de lo que no quiere volver a padecer.

Antes se esperaba muy poco del Estado porque era percibido como un padre despreocupado y abandonador; después de la Operación Orión la comunidad da muestras de encontrarse embarcada en un movimiento civil destinado a lograr que su adopción como autoridad legítima sea cada vez más amplia: cada acto que dé cuenta de su ausencia, desidia o impotencia, enciende de inmediato las alarmas. A mayor legitimación del Estado de derecho, mayor será la demanda de su presencia cuando se percibe alguna acción criminal, mayor el pánico cuando no responde como se esperaba, y menos disposición a enfrentar las situaciones negativas sin su apoyo.

No es raro que acciones como un asesinato sin móviles claros, un nuevo desplazamiento forzado, una amenaza, una presión indebida o algún coartamiento de la movilidad se interpreten como signos de que "las cosas de nuevo se van a dañar" o que "esto se va volver a prender". Antes "eso se prendía en cualquier momento" o "vivía prendido", después

se pasó a vivir en una tensa calma. Durante cierto tiempo la fiesta temida dejó de ser balacera que impone el refugio y apareció la fiesta del encuentro y la visita, pero en esto hay vaivenes porque la destrucción siempre retorna.

En todo caso, hoy al Estado se le pide que sea protector no solo en el nivel policial, sino también en lo asistencial y en lo psicosocial. En lo policial, las personas quieren un Estado atento, sin corrupción y que no duerma. En lo asistencial quieren salud, trabajo, satisfacción de necesidades primarias, guarderías y educación. En lo psicosocial quieren ser respetados y reconocidos como una comunidad con capacidad de ciudadanía, de democracia y de hacerse cargo de su historia. En este aspecto, que es el de la subjetividad, quieren sentir cercano al funcionario, lo prefieren casi íntimo, con un semblante de padre comprensivo, pero de igual manera dispuestos a hacer valer la ley y a proponer soluciones cada vez que resurjan contingencias como el delito, la corrupción o la guerra entre bandas delin cuenciales, que no cesa de retornar, y entre nuevos grupos armados al margen de la ley.

La comunidad no quiere experimentar de nuevo la angustia relacionada con el desamparo, la segregación y la amenaza. En este sentido, el Estado no debe dejar de tener presente que en la comunidad habrá no solo agradecimiento, sino también amor y odio, reproches, empujes a transgredir su ley, tentación de burlarse de su autoridad y ganas de hacerlo quedar mal para demostrarle que es impotente.

Los amantes de la ilegalidad que no están interesados en cambiar se ocuparán sin descanso de hacer fracasar el trabajo de las organizaciones para hacer existir una sociedad civil; los defensores de los derechos humanos estarán atentos a denunciar todo lo que interpreten como signo de violencia estatal, delin cuencial y de grupos armados ilegales, y la comunidad, por su parte, se quejará porque recibe algún beneficio o porque no lo recibe. En todo caso, como el Estado existe, no hay que dejarlo dormir en los laureles, hay que despertarlo, sorprenderlo y ocasionarle dolores de cabeza.

Las conquistas obtenidas en materia de implantación de

las instituciones del Estado en la Comuna 13 deben aprovecharse para crear estrategias destinadas a un trabajo de intervención psicosocial que cuente con la subjetividad. Esto quiere decir que no pueden ser demasiado masivas y estandarizadas, porque cuando se procede según el principio del para todos por igual, si bien pueden ahorrarse costos, al mismo tiempo se elimina la particularidad que esas comunidades han ido construyendo. No cabe duda de que la particularidad desdeñada por el estándar se hará valer, por ejemplo, forzando el fracaso del trabajo que allí se realice, pues esta es la mejor manera de volver impotente a un amo que no tiene en cuenta la lógica interna de un colectivo.

Cuando la intervención psicosocial se lleva a cabo a partir de protocolos, se desconoce a las comunidades en su propia historia, porque en lugar de tenerlas en cuenta según sus rasgos diferenciales, son clasificadas en función de patrones de conducta masificadores. A causa de un acontecimiento violento o de una catástrofe natural, muchos pueden quedar traumatizados, pero no todos se conducen de igual manera frente al sufrimiento ni siguen los mismos pasos en su elaboración, y tampoco requieren del mismo tiempo para retornar al equilibrio perdido.

## Bibliografía

- Aguirre Rojas, Carlos A., "Indicios, lecturas indiciarias, estrategia indiciaria y saberes populares", en: *Contrahistorias*, 7, México, 2006/2007.
- Angarita, Pablo et al, *Dinámicas de guerra y construcción de paz*, Medellín, INER, Universidad de Antioquia, 2008.
- Assoun, Paul Laurent, *Introducción a la epistemología freudiana*, México, Siglo XXI, 1982.
- Bentham, Jeremy, "La théorie des fictions" (1ª parte), Jean-Michel Mack (trad.), en: *Palea*, núm. 9, Secrétariat de l'École de la Cause Freudienne à Strasbourg, 1988,
- Bercherie, Paul, *Genèse des concepts freudiens*, París, Navarin, 1983.
- Chamorro, Jorge, "El encuentro del psicoanalista con el psicótico", en: *Del Edipo y la sexuación*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Conan Doyle, Arthur, *Estudio en escarlata*, Madrid, Anaya, 2004.
- Descartes, René, *Discurso del método*, Barcelona, Planeta, Colección Historia de la Literatura, 1994.
- , *Meditaciones metafísicas*, E. López y M. Graña (trad.), Madrid, Gredos, 1997.
- Eco Umberto y Shebeok Thomas A., *El signo de los tres*, Barcelona, Taurus, 1989.
- Freud, Sigmund, "Análisis fragmentario de una histeria", en: *Obras completas*, Vol. III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- , "Análisis terminable e interminable", en: *Obras completas*, Vol. IX, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- , "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", en: *Obras completas*, Vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- , "El malestar en la cultura", en: *Obras completas*, Vol. VIII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- , "El Moisés de Miguel Ángel", en: *Obras completas*, Vol. 13, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- , "Informe sobre mis estudios en París y en Berlín", en: *Obras completas*, Vol. 1, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- , "Inhibición, síntoma y angustia", en: *Obras completas*, Vol. VII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- , "Introducción al narcisismo", en: *Obras completas*, Vol. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.

- , “La interpretación de los sueños”, en: *Obras completas*, Vol. 5, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- , “Lecciones introductorias al psicoanálisis”, en: *Obras completas*, Vol. VI, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- , “Prólogo a la traducción al alemán de J. G. Bourke, “Scatologic rites of all nations””, en: *Obras completas*, Vol. 12, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- , “Proyecto de psicología”, en: *Obras completas*, Vol. 1, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 377.
- , “Psicoanálisis y diagnóstico de los procedimientos judiciales”, en: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- , “Pulsiones y destinos de pulsión”, en: *Obras completas*, Vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- Galeano, María Eumelia, *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*, Medellín, La Carreta Editores, Colección Ariadna, 2007.
- Gallo, Héctor et al, *Dinámicas de guerra y construcción de paz. Estudio interdisciplinario del conflicto armado en la Comuna 13 de Medellín*, Medellín, Universidad de Antioquia, Universidad de Medellín, Corporación Región, Instituto Popular de Capacitación (IPC), 2008.
- Gallo, Héctor et al, *Feminidades, sacrificio y negociación en el tiempo de los derechos*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2010.
- Ginzburg, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- , “Spie. Radici di un paradigma scientifico”, en: *Rivista di Storia Contemporánea*, vol. 7, 1978, pp. 1-4.
- Kant, Immanuel, *Teoría y praxis*, Buenos Aires, Leviatán, 1984.
- Kernn, John, *La historia secreta del psicoanálisis*, Barcelona, Crítica, 1995.
- Lacan, Jacques, “Ciencia y verdad”, en: *Escritos 2*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- , “Función del psicoanálisis en criminología”, en: *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- , “Posición del inconsciente”, en: *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- , *Aun*, Seminario 20, Buenos Aires, Paidós, 1881.
- , *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1989.
- Laurent, Eric, “Principios rectores del acto psicoanalítico”, *Ornicar Digital*. Revue électronique multilingue de psychanalyse publiée

- à Paris, núm. 293, julio de 2006.
- , *Psicoanálisis y salud mental*, Buenos Aires, Tres Haches, 2000.
- Locke, John, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Lopera Echavarría, Juan Diego et al, *El método analítico*, Grupo de Investigación “El método analítico y sus aplicaciones en las ciencias sociales y humanas”, Medellín, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISCH). Universidad de Antioquia, 2010.
- Margot, Jean Paul, *La modernidad. Una ontología de lo incomprensible*, Santiago de Cali, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, 1995, p. 125.
- Miller, Jacques-Alain, “Al fin y al cabo”, en: *Conferencias porteñas*, Tomo 3, Buenos Aires, Paidós, 2010.
- , “A propósito de los afectos en la experiencia analítica”, *Matemas II*, Buenos Aires, Manantial, 1988.
- , “Clase inaugural del Centro Descartes”, *Descartes, Revista Internacional*, núm. 11/12, julio de 1993.
- , “Cómo se inventan los conceptos en psicoanálisis”, en: *Introducción a la clínica psicoanalítica*, Conferencias en España, Barcelona, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, RBA Libros, 2006.
- , “El psicoanálisis en sus relaciones con el mercado, la ciencia y la religión”, en: *Revista medio dicho. La utilidad social del psicoanálisis*, Córdoba, Año 10, núm. 30, mayo de 2006.
- , *Conferencias porteñas*, Buenos Aires, Paidós, 2009.
- , *El banquete de los analistas*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- , *El caldero de la Escuela*, Nueva Serie, Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL), Buenos Aires, núm. 11, 2009.
- , *Elucidación de Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- , *Estructura, desarrollo e historia*, Bogotá, Gelbo, 1999.
- , *Introducción a la clínica lacaniana*, Conferencias en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Barcelona, RBA libros, 2006.
- , *Introducción al método psicoanalítico*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- , *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- , *Política lacaniana*, Buenos Aires, Colección Diva.
- , *Psicoanálisis y política*, Buenos Aires, Escuela de Orientación Lacaniana, (EOL), Grama, Colección Orientación Lacaniana, 2004.
- Miller, Jacques-Alain, en colaboración con Eric Laurent, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

- Pulice, Gabriel et al, *Investigación  $\diamond$  psicoanálisis. De Sherlock Holmes, Dupin y Pierce a la experiencia freudiana*, Buenos Aires, Letra Viva, 2000.
- Sauvagnat, François, "G. Morelli: de l'indice au désir de l'artiste", en: *La cause freudienne*, revista de l'École de la cause freudienne, París, núm. 39, mayo de 1998, pp. 46-48.
- Sauvagnat, François, "Morelli avec Freud Sur quelques conséquences de la 'scienza dell'arte'", en: *Quarto*, revista de l'École de la cause freudienne, en Bélgica, núm. 40/41, octubre de 1990, pp. 19-25.
- Vigano, Carlo, "El psicoanálisis aplicado", en: *Más Uno*, Psicoanálisis y lógicas colectivas, Buenos Aires, Escuela de Orientación Lacaniana, núm. 7, julio de 2001.
- Wallerstein, Immanuel, *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005.
- Wind, Edgar, *Arte y anarquía*, Madrid, Taurus, 1967.
- Zambrano, María, *Los claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1997.

## OTROS TÍTULOS DE LA SERIE TRI

---

- Psicoanálisis con niños y dificultades en el aprendizaje  
*Mario Elkin Ramírez*
- Una política del síntoma  
*Luis Tudanca*
- Logos 7  
*Nel-Miami*
- Los decires del amor  
*Oscar Zack*
- La trilogía de los cuatro discursos  
*Rosa Edith Yurevich*
- Eso que es más fuerte que yo  
*Marta Goldenberg*
- Lacan y Dalí: dos obras, dos caminos, un encuentro  
*Nohemí Ibáñez Brown*
- Intermitencias de la práctica psicoanalítica: en singular  
*Luis Ermeta*
- En busca de lo singular  
*Gerardo Arenas*
- Lacan, la política en cuestión...  
*Jorge Alemán*
- Un nuevo concepto de inconsciente  
*Gerardo Maeso*